
MARIAH EVANS
Con las manos en la masa

MARIAH EVANS

Con las manos en la masa





Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Con las manos en la masa
©Mariah Evans, agosto 2026
Imagen de la portada: Mariah Evans
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)

Con mucho cariño para ti.

Gracias por darme siempre una oportunidad y confiar en mis novelas.

Espero que la disfrutes mucho y te haga pasar un rato entretenido.

Un fuerte abrazo,

María.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

Agradecimientos



1

—¿Me pones otro "No puedo más con mi vida"? Por favor…

Daniela levantó la vista de la caja registradora y sonrió.

—¿Con doble de azúcar? ¿Necesitas apoyo emocional extra? —bromeó Daniela.

El hombre soltó una carcajada y señaló la vitrina.

—Sí, y añádeme una *cookie* de chocolate. He tenido una reunión de vecinos a las siete y media de la mañana.

—Ufff, eso son palabras mayores. Ahora te lo llevamos todo a la mesa.

Marcó el pedido en la pantalla mientras el olor a café recién molido y mantequilla caliente envolvía *La Santa Massa*[1] como cada mañana.

El local estaba lleno del ruido habitual: cucharillas chocando contra tazas, conversaciones cruzadas, el vapor de la cafetera exprés y la música suave que salía del viejo altavoz que Toni juraba que llevaba roto desde 2018.

La Santa Massa ocupaba una esquina soleada del barrio de Sant Antoni, con una fachada color crema llena de plantas y letras blancas ligeramente desgastadas. Daniela siempre decía que el local parecía una persona agotada intentando seguir siendo atractiva, algo con lo que se identificaba profundamente.

Fuera, el barrio ya estaba completamente despierto. Bicicletas pasando por la calle, gente paseando perros, turistas perdidos

mirando Google Maps como si aquello fuese una expedición al Amazonas y vecinos entrando directamente a la cafetería sin siquiera echar un vistazo a la carta, porque nadie iba allí por la carta: iban por el café, por los cruasanes de mantequilla de Toni y porque La Santa Massa era uno de esos sitios donde todo el mundo acababa hablando con todo el mundo, aunque no quisiera.

—¡Marcos! —gritó Daniela girándose hacia la barra—. ¡Lleva un "No puedo más con mi vida" a la mesa tres!

—Voy.

Marcos apareció con una bandeja bajo el brazo, el pelo despeinado y expresión de haber dormido exactamente veinte minutos.

—¿Sabes qué necesita ese hombre? —dijo cogiendo la taza y apartando la mirada del último cliente—. Terapia.

—Y dormir —concretó ella.

—Y probablemente divorciarse.

Daniela soltó una risa mientras él desaparecía entre las mesas.

A unos metros, Carla estaba enseñándole un vídeo de TikTok a otro compañero en vez de trabajar.

—Carla, si vuelvo a verte enseñando vídeos durante el turno, te reduzco el sueldo.

—Es un vídeo de un perro haciendo té matcha —se excusó la joven.

—Eso no mejora la situación.

—Un poco sí.

Daniela negó con la cabeza mientras cogía otra taza. Detrás de la cristalera del obrador, Toni, su panadero, levantó la vista de una bandeja de ensaimadas.

—La jefa tiene razón. Enséñamelo luego.

—No pienso participar en esto —murmuró Daniela.

—Ya participas. Has contratado a TikTok con piernas.

Iba a responder cuando sintió un codazo en las costillas.

Inés, la camarera, apareció a su lado con una sonrisa peligrosamente amplia.

—Ahí está el chico guapo otra vez.

Daniela no necesitó preguntar a quién se refería.

La puerta se abrió y él entro con ese aura de elegancia que poca gente poseía, como si el tiempo se paralizase mientras él daba siempre sus primeros pasos en el interior del local.

Durante las últimas dos semanas, aquel hombre había aparecido cada mañana exactamente a la misma hora, siempre impecable, tranquilo y absurdamente atractivo.

Daniela seguía sin saber cómo alguien podía parecer tan elegante a las ocho y cuarto de la mañana.

El hombre atravesó la cafetería con paso calmado, el móvil en una mano y la otra dentro del bolsillo del pantalón de traje oscuro perfectamente ajustado. Alto, más de metro ochenta seguro, castaño oscuro, mandíbula marcada, ojos de un color grisáceo y esa clase de rostro que hacía parecer injusto el reparto genético de la humanidad. Y luego estaba la sonrisa, aquel era el verdadero problema: la sonrisa.

No sonreía mucho, pero cuando lo hacía… Madre de Dios.

—Ese hombre parece oler caro —susurró Inés.

—La gente no huele a caro.

—Él sí. Seguro que huele a madera elegante.

Daniela intentó ignorarla justo cuando el hombre levantaba la vista del móvil y la miraba directamente y sonreía… otra vez.

El muy desgraciado.

—Buenos días —dijo él acercándose al mostrador.

Su voz era grave, tranquila y demasiado agradable para alguien con esa cara.

Daniela tragó saliva discretamente.

—Buenos días.

—Lo de siempre.

Claro que era lo de siempre. Americano doble y cruasán de mantequilla, acompañado de una propina ridículamente alta que estaba empezando a irritarla por motivos que prefería no analizar.

—Marchando un desayuno elegante.

Una sombra divertida cruzó los ojos de aquel hombre.

—Suena prometedor.

Inés apareció pegándose al mostrador como una cotilla profesional.

—¿Quieres también apoyo emocional de azúcar?

Daniela cerró los ojos un segundo.

—Inés.

—¿Qué? Estoy creando experiencia de cliente.

El hombre soltó una risa baja.

—Con el café será suficiente, gracias —respondió él.

Daniela marcó el pedido intentando concentrarse en la pantalla y no en el hecho de que aquel hombre llevaba el traje gris marengo mejor que cualquier hombre que hubiese conocido.

—Te lo llevamos enseguida.

Él asintió suavemente.

—Gracias, Daniela.

Y ahí estaba otro problema: recordaba su nombre.

El hombre se dirigió a su mesa habitual junto a la ventana mientras revisaba algo en el móvil e Inés esperó exactamente tres segundos antes de volver a hablar.

—Ese hombre podría arruinarme la vida y yo le daría las gracias.

—Estás enferma —le susurró Daniela.

—Daniela, por favor, ¿has visto esa sonrisa? Ese tío seguro que empotra tan bien que te reorganiza la personalidad.

Daniela se atragantó con su propia saliva.

—¡Inés!

Varias personas giraron la cabeza, pero Inés ni se inmutó.

—¿Qué? Solo digo que tiene pinta de…

—No termines esa frase —la señaló con el dedo.

—… hacerte olvidar tus traumas.

Daniela cogió la taza de café americano antes de lanzársela a la cabeza a Inés.

—Voy a llevarle el café para no escucharte más.

—Mírale las manos cuando vuelvas.

—¿Por qué iba a mirarle las manos?

Inés la observó con expresión de absoluta lástima.

—Ay, cariño…

Daniela agarró la bandeja y caminó hacia la mesa de él, intentando ignorar el calor absurdo que le subía por el cuello.

Él seguía mirando el móvil cuando ella dejó el café en la mesa.

—Americano doble y un cruasán elegante.

Él levantó la vista y sonrió otra vez. Definitivamente, aquello debería ser ilegal.

—Gracias.

—Que aproveche.

Él asintió sin apartar del todo la mirada de ella.

Daniela volvió rápidamente al mostrador, tratando de convencerse de que el corazón no le latía más rápido, aunque no funcionó demasiado.

—Te ha mirado el culo.

Daniela dejó la bandeja sobre la barra con más fuerza de la necesaria.

—No me ha mirado el culo.

Inés levantó una ceja.

—Soy camarera desde los dieciocho —le recordó su amiga—. Sé reconocer cuándo un tío está mirando un culo.

—No estaba mirando mi culo —insistió ella.

—Estaba calculando el número exacto de hijos que tendréis.

Daniela abrió la boca para protestar, pero Toni apareció en ese momento desde el obrador sosteniendo una bandeja de cruasanes.

—¿Quién quiere hijos?

—El ejecutivo sexy de la mesa siete —respondió Inés.

Toni giró la cabeza hacia la ventana y frunció el ceño inmediatamente.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—Porque tiene cara de subir alquileres.

Daniela soltó una carcajada.

—Eso no es una cara, Toni.

—Claro que sí. Los ricos tienen una expresión concreta, como si estuvieran constantemente decepcionados por el precio del aceite de oliva.

—A mí me parece amable —dijo Carla apareciendo de pronto con el móvil en la mano—. Además, ayer me sostuvo la puerta.

Toni la señaló con un cruasán.

—Así empiezan, pero no te ilusiones…

—Qué dramático eres. Quizá no es rico, quizá solo trabaja en el banco, o es comercial… —continuó Daniela.

—Soy panadero, tengo derecho a ser dramático.

Daniela escondió la sonrisa mientras empezaba a preparar otro café. La cafetería seguía llena y el murmullo constante de conversaciones hacía que La Santa Massa pareciera viva, cálida y caótica. Fuera, la luz de la mañana se colaba por los ventanales, iluminando las plantas colgantes y las migas sobre las mesas que Marcos juraba haber limpiado hacía cinco minutos.

—Mesa cuatro —cantó Marcos entrando con una caja vacía bajo el brazo—. Han pedido seis "Necesito vacaciones" y dos "Mi jefe me odia".

—Eso no es un desayuno, es una llamada de auxilio —murmuró Daniela.

Marcos dejó la caja junto al mostrador y bajó la voz.

—Por cierto, tu hombre trajeado sexy sigue mirándote.

Daniela levantó la vista automáticamente… y sí. Él seguía sentado junto a la ventana, impecable entre el caos acogedor de la cafetería, con una mano sujetando su móvil y la otra alrededor de la taza de café, la corbata oscura ligeramente aflojada, el reloj caro asomando bajo la manga de la camisa y esa expresión tranquila de hombre que jamás había tenido que correr detrás de un autobús en su vida.

En ese momento, levantó la vista y volvió a pillarla mirándolo.

Una sonrisa lenta apareció en su boca. El imbécil sabía exactamente lo que hacía.

Daniela apartó la mirada tan rápido que casi tiró una cuchara.

—Madre mía —susurró Carla—. Eso ha sido sexual.

—No ha sido sexual —protestó Daniela.

—Ha habido tensión —aseguró Marcos—. Yo he sentido tensión y estaba mirando una tostadora.

Inés se apoyó en el mostrador, observándola con una sonrisa maliciosa.

—Te gusta el trajeado.

—No me gusta el trajeado.

—Te lo tirarías encima de una mesa.

—Inés, por favor, que hay clientes —dijo mirando de un lado para otro.

—Y todos me darían la razón.

Daniela abrió la boca, indignada, justo cuando sonó el móvil de Inés.

Ella miró la pantalla y resopló.

—Otra vez los de la asociación de comerciantes.

—¿Qué quieren ahora?

—Ni idea. Seguro que más dramas por las obras.

Daniela frunció ligeramente el ceño.

Durante las últimas semanas todo el barrio estaba alterado. Reuniones constantes, rumores, locales que cerraban antes de tiempo, gente hablando de inversores y compras de edificios. Nadie sabía qué estaba pasando exactamente, pero una cosa sí estaba Carla: alguien estaba comprando media manzana y eso, a Daniela, no le gustaba lo más mínimo.

Inés abrió el correo mientras seguía observando a aquel hombre de reojo.

—Ay, mira, han vuelto a hablar del "Proyecto urbanístico premium". Me recuerda al nombre de un villano de Marvel.

Toni soltó un gruñido desde el obrador.

—Gentuza con dinero aburrida.

—Dice que quieren reunirse con los propietarios restantes.

Daniela dejó la taza lentamente.

—¿Restantes?

—Mmm.

—¿Qué significa "restantes"?

Nadie respondió porque todos sabían exactamente lo que significaba. Más locales habían vendido, otra vez.

El pequeño nudo de ansiedad habitual apareció en el estómago de Daniela.

La Santa Massa llevaba allí años. Prácticamente el barrio entero había visto crecer aquella cafetería. No pensaba dejar que cuatro ejecutivos con zapatos italianos y nombres absurdos convirtieran Sant Antoni en otro escaparate sin alma.

—Pues pueden esperar sentados —murmuró ella.

—Eso mismo dijo el dueño de la librería —comentó Marcos—. Ahora hay una tienda de velas artesanales en su lugar.

Toni hizo una mueca de dolor.

—Qué horror.

Daniela suspiró y levantó la vista sin querer.

Él seguía allí, mirándola, como si hubiese notado exactamente el momento en que su humor había cambiado. Entonces, hizo algo todavía peor: le sonrió otra vez, suave y
tranquilo, como si el resto del mundo no existiera demasiado mientras la observaba detrás de aquella barra llena de tazas y caos.

Daniela sintió un calor absurdo subirle por el cuello y lo odió un poquito por ello.

—¿Cómo crees que se llama? —preguntó Inés, apoyándose sobre el mostrador mientras fingía limpiar una taza que llevaba perfectamente limpia diez minutos.

Daniela levantó una ceja.

—¿Quién?

—El hombre atractivo… —dijo como si fuera obvio y lo señaló con disimulo.

Daniela miró automáticamente hacia la ventana.

Él seguía sentado allí, revisando el móvil con esa tranquilidad ofensiva.

—No sé —murmuró Daniela—. Tiene cara de llamarse… Álvaro.

—No, no, no. Álvaro lleva pulseras de cuero y hace paddle surf.

—Es verdad.

—Ese hombre se llama algo caro —dijo Inés, pensativa.

—¿Algo caro?

—Sí. Tipo Hugo, o Nicolás, o Alejandro… alguien con demasiado patrimonio inmobiliario. —Daniela soltó una risa—. Tiene cara de "Hola, conduzco un coche alemán y rompo corazones sin querer".

—Inés, por favor.

—O queriendo —le guiñó el ojo.

Un cliente se acercó al mostrador antes de que Daniela pudiera responder.

—Perdona, ¿me pones dos "Necesito vacaciones" y una de esas de pistacho?

Daniela señaló la bandeja.

—La "No voy a superar esta semana".

—Esa misma —confirmó el cliente.

—Buena elección. Lleva crema suficiente como para alegrar un día entero.

El hombre asintió con total seriedad.

—Perfecto, justo lo que necesito.

Mientras Daniela preparaba la caja, Inés seguía mirando discretamente hacia la mesa del hombre elegante.

—Deberíamos ponerle nombre a una pasta nueva.

—No —la cortó Daniela.

—Sí.

—Cada vez que dices eso terminamos teniendo problemas.

—Escúchame primero.

Daniela suspiró.

—Habla —le ofreció con un movimiento de mano.

Inés sonrió lentamente.

—"Necesito un hombre".

Daniela se giró horrorizada.

—No voy a ponerle eso a una pasta.

—Sería un éxito.

—Inés…

—La gente compraría cajas enteras.

—¡Inés!

—Yo me la comería continuamente.

Daniela dejó la caja sobre el mostrador.

—Te juro que un día voy a despedirte.

—Mentira. Soy el carisma de este negocio.

Carla apareció por detrás justo a tiempo para escuchar la conversación.

—A mí me parece un *marketing* excelente —confirmó ella.

—Podría llevar extra de crema —continuó Inés, ignorándola completamente—. Muy rellena… muy indecente.

Toni asomó la cabeza desde el obrador.

—¿Estamos hablando de bollería o de actores porno?

—Nunca lo sabremos —respondió Marcos pasando por detrás con una bandeja.

Daniela se tapó la cara un segundo.

—Trabajo con animales.

—Pero animales con encanto —dijo Inés.

El sonido de una silla arrastrándose hizo que Daniela levantara la vista.

El hombre del traje acababa de ponerse de pie y… madre de Dios, de pie era todavía peor.

El traje gris oscuro parecía hecho específicamente para su cuerpo y Daniela empezaba a sospechar seriamente que aquello debía de ser algún tipo de delito financiero. Guardó el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y caminó hacia el mostrador con esa calma elegante que la ponía inexplicablemente nerviosa.

Inés literalmente suspiró.

—Míralo andar. Ese hombre paga impuestos de sexy.

El hombre se detuvo frente a la barra y dejó unos billetes junto a la caja.

—Estaba todo perfecto, como siempre.

—Gracias —respondió Daniela intentando que su voz sonara normal.

Él la miró un segundo más de la cuenta con esa sonrisa suave, peligrosa y ridículamente bonita.

—Que tengáis un buen día.

—Igualmente —dijeron Daniela e Inés al mismo tiempo.

Las dos se miraron inmediatamente después.

—Dios mío —susurró Inés mientras él salía del local—. Es guapísimo.

Daniela cogió una bayeta fingiendo concentrarse muchísimo en limpiar una máquina que ya estaba limpia.

—Bueno…

—Bueno, dice —se quejó Inés—. Parece una fantasía femenina escrita por una mujer divorciada.

Daniela soltó una carcajada antes de poder evitarlo.

Fuera, el hombre se alejaba calle abajo entre la gente de Sant Antoni, impecable bajo la luz de la mañana.

Inés apoyó la barbilla en la mano, observándolo.

—¿Tendrá novia?

Daniela resopló.

—Eso no nos interesa.

—Claro que nos interesa.

—No. Lo que nos interesa es que siga viniendo aquí y consumiendo todo lo posible.

—Ajá.

—Las propinas son excelentes —la señaló mientras metía los billetes en la caja registradora.

—Daniela…

—¿Qué?

Inés sonrió lentamente.

—Mira el traje.

—No voy a mirar el traje.

—Se le ajusta al trasero que es una barbaridad —pronunció Inés parpadeando varias veces. Daniela intentó no mirar, aunque fracasó estrepitosamente—. Madre mía —continuó Inés—. Si te digo yo que este te pilla contra una pared y…

El trapo impactó directamente en su cara.

—¡Cállate!

Inés soltó una carcajada quitándose la bayeta de encima.

—No te hagas la estrecha ahora, Daniela Costa.

—No soy estrecha.

—Hace literalmente treinta segundos estabas mirándole el culo.

—¡No le estaba mirando el culo! —le susurró como si estuviese molesta.

Marcos pasó junto a ellas con expresión tranquila.

—Sí se lo estabas mirando… se lo estaba mirando hasta yo —bromeó.

Carla levantó el móvil.

—Voy a abrir una encuesta.

—¡Carla, no!

—"¿El hombre misterioso del traje se siente atraído por nuestra jefa?"

Inés se quedó pensativa.

—Yo creo que sí, te sonríe mucho… —la señaló.

—Es un hombre amable —se encogió Daniela de hombros.

—Ya te digo yo lo que tiene este de amable… este te pilla a solas y te destro…

El trapo volvió a estrellarse contra la cara de Inés que rio al momento.

Daniela negó con la cabeza mientras se acercaba de nuevo al mostrador.

—¿Cómo puedes ser tan bruta? —Luego se giró hacia delante para atender a otro cliente que acababa de entrar—. Buenos días. ¿Qué desea?



2

—Marcos, si vuelvo a encontrar una cucharilla dentro del fregadero mañana por la mañana, te la voy a clavar en un ojo.

—Eso me parece un poco hostil, ¿eh?

—Es higiene básica —respondió Daniela, pasando una bayeta por última vez sobre el mostrador.

La Santa Massa olía a café frío, detergente y mantequilla después del cierre, una mezcla extrañamente reconfortante que ya asociaba automáticamente con el final del día. Las luces cálidas seguían encendidas y la persiana estaba a medio bajar mientras fuera Sant Antoni continuaba lleno de vida: risas en las terrazas cercanas, motos pasando, gente caminando sin prisa, parejas tomando algo…

Toni salió del obrador quitándose el delantal.

—He dejado preparada la masa de mañana.

—Gracias, te quiero muchísimo —rio Daniela.

—Ya lo sé.

Inés soltó una carcajada desde la zona de la cafetera industrial.

—Qué asco dais los dos.

Daniela negó con la cabeza mientras cerraba la caja registradora. Le dolían los pies, la espalda y probablemente partes del cuerpo que la ciencia todavía no había identificado, pero era ese tipo de cansancio que ya formaba parte de ella. Abrir antes de las siete de la mañana y cerrar casi a las nueve de la noche no dejaba demasiado

espacio para otra cosa. Aun así, adoraba aquella cafetería, incluso en días horribles cuando los proveedores eran un desastre, Carla olvidaba pedidos o Marcos rompía algo accidentalmente por tercera vez en una semana.

—¿Volverá mañana el hombre atractivo del traje ajustado? —preguntó Inés poniéndose la chaqueta.

Daniela levantó la vista inmediatamente.

—Ni idea.

—Ojalá —dijo Inés—. Así nos alegramos la vista un ratito.

Marcos asintió con total seriedad.

—Yo también me casaría con él.

—¿Quién habla de casarse? —rio Inés.

—Gracias por compartir eso con todos nosotros —murmuró Daniela.

Toni resopló.

—A mí sigue sin gustarme.

Carla apareció ya con el bolso colgado del hombro.

—Pues yo quiero saber cómo huele.

—Qué obsesión tenéis todos con olerlo, ¿no? —preguntó Daniela.

—Tiene que oler a hombretón —respondió Inés.

Daniela soltó una risa antes de poder contenerla, y eso era precisamente lo peligroso del hombre del traje: incluso después de irse, seguía provocando conversaciones.

—Anda, fuera todos —dijo señalando la puerta—. Quiero cerrar e irme a mi casa antes de convertirme en parte del mobiliario.

Las despedidas siempre eran rápidas.

Toni se marchó protestando por las bicicletas eléctricas, Carla grabándose para Instagram, Marcos robando una *cookie* para el camino e Inés deteniéndose antes de salir.

—Si mañana viene el hombre sexy, avísame, aunque no sea mi turno.

—Lárgate.

—Buenas noches —canturreó alejándose mientras Daniela le lanzaba una servilleta a la cabeza.

Después de bajar completamente la persiana y echar la llave, el silencio relativo de la calle la golpeó de pronto. Ajustó el bolso sobre el hombro y comenzó a caminar hacia la parada del autobús con el cansancio pesándole en cada paso.

Fue entonces cuando lo vio, apoyado junto a la marquesina.

Sergi.

Daniela cerró los ojos un segundo. Perfecto.

Él levantó la cabeza al verla acercarse y sonrió inmediatamente. Era injusto admitirlo, pero Sergi seguía siendo atractivo. Treinta años, algo más alto que ella, moreno, barba descuidada y esa apariencia eternamente desordenada de hombre que parecía acabar de levantarse incluso cuando intentaba arreglarse. Llevaba una cazadora vaquera negra sobre una camiseta blanca y el casco de moto colgando de una mano.

Se habían conocido años atrás, cuando Daniela todavía trabajaba como camarera mientras intentaba sacar adelante La Santa Massa. Sergi, por aquel entonces, era fotógrafo *freelance*: divertido, espontáneo, intenso… de esos hombres que conseguían que todo pareciera emocionante al principio.

—Hola —dijo él, incorporándose.

Daniela suspiró suavemente.

—Hola, Sergi.

—Te estaba esperando.

—Ya lo veo.

Él se acercó un poco.

—¿Cómo ha ido el día?

—Ha sido muy largo.

Sergi asintió y ladeó su cuello.

—Te llevo a casa —se ofreció.

—No hace falta —respondió ella rápidamente.

—Daniela…

—He dicho que no hace falta —repitió.

Sergi se pasó una mano por el pelo con expresión cansada.

—Solo quiero hablar contigo cinco minutos.

Ella soltó el aire lentamente.

Llevaban casi seis meses así. Seis meses desde que ella lo dejó, desde la última discusión… Seis meses intentando hacerle entender que no iba a volver con él y, aun así, Sergi seguía apareciendo. A veces delante de la cafetería, otras cerca de su piso y otras veces simplemente enviándole mensajes larguísimos a las dos de la mañana.

No era agresivo, nunca la había asustado realmente, pero estaba cansada, muy cansada de que se comportase de aquella forma.

—Ya hemos hablado muchas veces.

—No las suficientes —pronunció Sergi.

—Sergi…

—Solo dame una oportunidad más —suplicó.

Daniela lo miró directamente.

—Te he dado demasiadas.

Eso pareció dolerle un poco y, durante un instante, sintió culpa, hasta que recordó exactamente por qué había terminado todo. Las promesas, siempre las promesas: que cambiaría, que empezaría a tomarse las cosas en serio, que dejaría de desaparecer durante días cuando tenía problemas, que dejaría de comportarse como si toda la responsabilidad emocional de la relación fuese de ella.

Y luego estaba aquella noche, cuando le había prometido llegar temprano para ayudarla a cerrar. No apareció en el piso hasta pasada la medianoche, borracho, después de olvidar el móvil en casa de unos amigos.

Daniela llevaba años intentando construir algo estable mientras Sergi parecía vivir improvisando constantemente. Un día, simplemente, se cansó.

—No puedes seguir esperándome fuera del trabajo —dijo ella más suave esta vez.

—Te echo de menos —confesó.

—Eso no cambia nada.

Sergi bajó la mirada unos segundos antes de volver a insistir.

—Podríamos empezar poco a poco.

Daniela dejó escapar una risa incrédula.

—¿Poco a poco hacia dónde?

Él abrió la boca para responder, pero las luces del autobús aparecieron al final de la calle.

Gracias a Dios.

El autobús se detuvo frente a ellos con un resoplido de frenos.

Daniela subió el primer escalón antes de girarse un momento.

—Sergi. —Él levantó la vista inmediatamente—. Por favor… intenta aceptarlo ya. Aquello pareció apagar algo en su expresión. Aun así, asintió pensativo.

—Buenas noches, Dani.

Ella asintió suavemente.

—Buenas noches.

El autobús arrancó poco después y Daniela se dejó caer en uno de los asientos junto a la ventana, observando cómo Sergi desaparecía calle abajo. Luego, apoyó la cabeza contra el cristal.

Estaba agotada y, lo peor de todo, ya ni siquiera estaba enfadada con él. Solo cansada.

Una parte de Sergi siempre había esperado que ella solucionara también su vida, como si quererla mucho fuese suficiente para construir algo juntos, pero Daniela llevaba demasiado tiempo sosteniendo sola demasiadas cosas. La cafetería, las facturas, los problemas, la relación… y llegó un momento en que simplemente ya no pudo más.

Veinte minutos después bajó cerca de su calle, en un barrio tranquilo no demasiado lejos de Sant Antoni. Su piso estaba en un edificio antiguo, con un ascensor diminuto y vecinos que parecían mantener una guerra permanente por la comunidad.

Era un piso pequeño, algo viejo, pero suyo. Bueno, del banco y suyo.

Al entrar, dejó las llaves sobre el pequeño mueble de la entrada y suspiró. El apartamento apenas tenía sesenta metros cuadrados, pero resultaba acogedor. Cocina americana, sofá lleno de cojines, estanterías repletas de libros y plantas sobreviviendo milagrosamente a su falta de tiempo en casa.

Las luces cálidas hacían que todo pareciera más tranquilo de lo que realmente era.

Daniela se quitó las zapatillas nada más entrar y caminó directamente hacia el baño mientras se recogía el pelo.

Necesitaba urgentemente una buena ducha y dormir. Sobre todo, dormir.

Mientras el agua caliente caía sobre su cuerpo, cerró los ojos unos segundos intentando vaciar la cabeza. Al día siguiente volvería a sonar la alarma demasiado temprano, volverían el café, las bandejas, los clientes y el caos. Inés diciendo barbaridades, Marcos perdiendo cosas y, probablemente, el hombre del traje elegante.

Ese pensamiento apareció sin pedir permiso y Daniela abrió los ojos inmediatamente.

—Mierda, esto es culpa de Inés —susurró mientras se frotaba el cabello formando espuma.

Salió de la ducha envuelta en vapor, se puso una camiseta enorme y unos pantalones cortos cómodos, cenó la pasta que le había sobrado el día anterior delante de la televisión, sin prestar demasiada atención, y terminó desplomándose en la cama poco antes de medianoche.

Así era su vida últimamente: trabajar, dormir e intentar no pensar demasiado. De momento, le estaba funcionando.

—¡Un "Mi estabilidad emocional depende del café" para la mesa cinco!

—¡Voy! —respondió Marcos atravesando la cafetería con una bandeja sobre la cabeza, como si trabajara en un circo.

—Un día vas a matar a alguien con eso.

—Qué va… domino la situación totalmente —se defendió Marcos.

La Santa Massa estaba completamente llena aquella mañana de octubre. El olor a mantequilla caliente y café recién hecho flotaba bajo las luces cálidas mientras fuera la lluvia fina empañaba ligeramente los cristales de la fachada. Sant Antoni parecía especialmente vivo los días grises: bicicletas mojadas, paraguas cruzándose por la calle y gente refugiándose dentro de cafeterías como si el café fuese una necesidad médica.

Daniela apenas había parado quieta en dos horas.

—¿Mesa dos?

—Dos "Necesito vacaciones" y un "No puedo más con mi vida" —cantó Inés desde la cafetera exprés.

Toni dejó una bandeja de cruasanes sobre el mostrador.

—La masa madre está mejor organizada que este negocio.

—Y, aun así, seguimos abiertos —respondió Daniela cogiendo platos.

La puerta se abrió justo entonces. Una ráfaga de aire húmedo entró primero, seguida de un hombre vestido con una chaqueta azul marino y una carpeta rígida bajo el brazo.

—¿Daniela Costa? —preguntó, mirando alrededor.

Ella levantó ligeramente la mano.

—Sí, soy yo.

—Traigo una notificación certificada para usted. Necesito una firma aquí.

Perfecto, exactamente la clase de frase que nadie quería escuchar un martes por la mañana.

Daniela dejó la bandeja sobre la barra mientras el hombre sacaba unos documentos.

—¿Qué es esto?

—Notificación formal relacionada con la propiedad del edificio.

El nudo en su estómago apareció inmediatamente.

Firmó rápido, intentando no pensar demasiado mientras el hombre arrancaba la copia y se despedía dirigiéndose a la puerta rápidamente.

Inés ya estaba pegada a ella antes de que desapareciera por la puerta.

—¿Qué pone?

—No lo sé todavía, no lo he abierto —Daniela le mostró el sobre.

—Tiene pinta de poner "Vas a acabar llorando".

—Gracias por el optimismo.

Daniela abrió el sobre mientras volvía detrás de la barra.

El membrete elegante ocupaba toda la parte superior del documento.

VANGUARD URBAN GROUP

El nombre, automáticamente, ya le cayó mal.

Comenzó a leer.

"Estimada señora Costa:
Tras la reciente adquisición patrimonial del inmueble situado en…"

¿Adquisición patrimonial?

Qué manera tan elegante de decir "Hemos comprado el edificio donde está toda tu vida".

Sintió cómo algo se tensaba en su pecho.

—¿Dani? —preguntó Inés, más seria esta vez.

Daniela siguió leyendo.

"Nos ponemos en contacto con usted con el objetivo de iniciar conversaciones
relativas a una posible rescisión anticipada de contrato…"

—Hijos de puta —murmuró.

—¿Qué?

—Quieren negociar el local —dijo ella rápidamente.

Inés abrió muchísimo los ojos.

—¿Qué significa negociar?

Daniela pasó rápidamente a la segunda página.

"La compañía desea ofrecer una compensación económica favorable…"

¿Compensación económica favorable? Como si aquello fuera un trámite, como si La Santa Massa fuese simplemente una casilla dentro de una hoja de cálculo.

—¿Cuánto? —preguntó Inés.

Daniela leyó unos segundos más y casi soltó una carcajada, incrédula.

—Madre de Dios.

—¿Qué?

—Ciento veinte mil euros.

—¡¿Qué?! —gritó.

Varias personas giraron la cabeza y Daniela bajó inmediatamente la voz.

—Shhh.

Ella misma estaba en shock. Ciento veinte mil euros. Nunca había tenido tanto dinero junto en toda su vida y, aun así, sintió ganas de arrugar la carta y prenderle fuego.

Aquellas corporaciones no entendían nada. No entendían que aquello no era solo un negocio. Era Toni amasando a las cinco de la mañana, Marcos saludando a medio barrio, Carla grabando TikToks detrás de la cafetera exprés y las mesas llenas incluso en los días malos.

Era su vida entera.

"Asimismo, se contempla la posibilidad de prioridad comercial en los nuevos espacios rehabilitados…"

Daniela resopló.

Claro, ahí estaba: el nuevo local moderno, frío, minimalista y seguro que lleno de plantas caras y tostadas de nueve euros.

—Quieren convertir esto en una cafetería *beige* para gente con portátil —murmuró.

—Dios mío, son psicópatas.

La puerta volvió a abrirse y Daniela levantó la vista automáticamente.

Ahí estaba él: el hombre del traje.

Entró sacudiéndose unas gotas de lluvia del abrigo oscuro mientras el murmullo habitual parecía bajar de volumen alrededor suyo. Seguía siendo absurdamente atractivo, y eso empezaba a molestarle personalmente.

Traje gris oscuro impecable, cabello ligeramente húmedo, reloj caro, expresión tranquila. El muy desgraciado parecía salido de una campaña de perfume y Daniela estaba demasiado enfadada con el Universo para soportarlo esa mañana.

Adrián se acercó al mostrador y la observó un segundo más de la cuenta.

—Buenos días.

—Hola —respondió casi sin mirarlo.

Inés los miró alternativamente, como si estuviera viendo un partido de tenis profesional.

—Lo de siempre —dijo él suavemente.

Daniela marcó el pedido, intentando no pensar simultáneamente en el burofax, el alquiler o el hecho de que aquel hombre tuviera la voz demasiado bonita.

—Americano doble y el cruasán elegante —comentó ella que ya se sabía su pedido de memoria.

Una pequeña sonrisa apareció en la boca de él.

—Exacto.

Él sacó la tarjeta mientras ella todavía tenía la carta medio abierta junto a la caja.

Los ojos de él bajaron un instante al membrete de la carta: Vanguard Urban Group, pero Daniela ni lo notó.

—Ahora te lo llevamos.

Él asintió y caminó hacia su mesa habitual junto a la ventana.

Inés esperó exactamente dos segundos.

—¿Y si es rico?

—¿Qué? —preguntó Daniela girando su cuello hacia ella.

—Tiene pinta de rico.

—Todo el mundo tiene pinta de rico comparado con nosotros.

—No, no. Rico de verdad, rico elegante.

—Inés, por favor…

—Mira ese abrigo. Ese hombre jamás ha mirado el precio del aceite de oliva en un supermercado.

Daniela preparó el café mientras seguía leyendo fragmentos de la carta entre líneas.

"La compañía considera prioritario alcanzar acuerdos amistosos…"

Claro, amistosos… como un secuestro elegante.

Colocó el café y el cruasán en una bandeja antes de caminar hacia la mesa de él, el cual levantó la vista del móvil inmediatamente al verla acercarse.

Y ahí estaba otra vez: esa sensación absurda de que el hombre le prestaba demasiada atención.

—Tu desayuno elegante.

—Gracias —contestó con una sonrisa.

Ella dejó la bandeja sobre la mesa intentando no pensar en el burofax doblado junto a la caja y la observó un segundo más.

—¿Todo bien?

Y maldita sea… porque por su voz sonaba sinceramente preocupada.

Daniela forzó una sonrisa.

—Sí. Todo bien.

Él no pareció creérselo del todo, pero tampoco insistió.

—Me alegro.

Ella volvió rápidamente al mostrador antes de empezar a contarle su vida a un hombre cuyo nombre y apellido ni siquiera conocía.

Cogió otra vez la carta y siguió leyendo.

Más lenguaje corporativo, más palabras vacías y más frases cuidadosamente diseñadas para sonar humanas, pero sin serlo realmente.

Hasta que llegó al final.

"Quedamos a la espera de concertar una reunión con usted.
Atentamente:
Adrián Valcárcel. CEO de Vanguard Urban Group"

Daniela se quedó completamente quieta y parpadeó. Finalmente, leyó el nombre por segunda vez.

—¿Adrián… Valcárcel? —pronunció más alto de lo que en realidad deseaba.

Desde la mesa junto a la ventana, el hombre levantó la vista lentamente.

Sus ojos se encontraron con los de ella y, entonces, enarcó una ceja, como si acabara de darse cuenta de algo. Después, sonrió lentamente y siguió desayunando.

—¿Qué significa exactamente eso de "rescisión anticipada"? —preguntó Inés, inclinándose peligrosamente sobre el papel, como si estuviera leyendo una autopsia.

Daniela seguía mirando el nombre al final de la carta: Adrián Valcárcel.

Qué nombre tan absurdamente elegante para alguien que acababa de arruinarle la mañana.

—Significa que quieren que nos marchemos antes de que termine el contrato.

Inés parpadeó.

—Pero ¿pueden hacer eso?

—No pueden obligarme… creo.

—¿Crees? —gritó Inés.

Daniela dejó escapar el aire lentamente y volvió a leer fragmentos del documento, intentando traducir del idioma corporativo al idioma humano.

—Vale… a ver… —murmuró—. Lo que entiendo es que la propietaria ha vendido el edificio.

—¿Doña Amparo ha vendido?

—Supongo que sí.

Eso le produjo una punzada inesperada.

Doña Amparo llevaba años alquilándole aquel local. A veces, bajaba simplemente a tomarse un café y criticar turistas. Daniela siempre había asumido que moriría siendo dueña de aquella finca y, aparentemente, no era así.

—Entonces… —Inés señaló el papel—, ¿los nuevos propietarios son estos?

Daniela volvió a mirar el encabezado.

Vanguard Urban Group.

Hasta el nombre sonaba antipático.

—Sí, y el CEO es ese… Adrián Valcárcel.

Desde la mesa junto a la ventana, el hombre del traje seguía desayunando tranquilamente, sin prestar atención aparente a nada.

Qué suerte tenían algunas personas de existir sin estrés financiero.

—¿Y qué quieren hacer exactamente? —preguntó Inés.

Daniela ojeó otra vez el burofax.

—Rehabilitación premium de la finca.

—Eso significa "gente rica", ¿verdad?

—Muchísima gente rica.

—Qué horror.

—Quieren reformarlo todo. Los pisos, los bajos, probablemente hasta las tuberías. Hablan de espacios gastronómicos nuevos, modernización comercial y no sé qué mierdas más.

—¿Espacios gastronómicos? Dios mío, ¿quieren convertir esto en una cafetería pija?

Daniela resopló.

—Y mira esto… —señaló otra línea—. "Unificación estética de locales".

—¿Qué significa eso?

—Que quieren cargárselo todo.

La frase salió más amarga de lo que pretendía.

De pronto podía verlo: las mesas de madera desapareciendo, las plantas, las paredes llenas de fotos, el obrador de Toni, el viejo letrero de La Santa Massa… todo convertido en uno de esos locales donde la gente trabajaba con su portátil fingiendo ser feliz.

Sintió un nudo desagradable en la garganta.

—¿Cuánto te queda de contrato? —preguntó Inés con voz seria.

Daniela pasó páginas rápidamente hasta encontrar la fecha.

—Cuatro años y medio.

—Pues que les den.

Daniela soltó una risa nerviosa.

—Básicamente —asintió ella.

Aun así, el miedo seguía ahí, porque sabía perfectamente cómo funcionaban esas cosas. Primero llegaban las cartas elegantes, luego las llamadas, las reuniones, la presión constante… y tarde o temprano acababas sintiéndote pequeña frente a empresas enormes llenas de abogados.

Inés volvió a mirar la carta.

—¿Y no deberías hablar con alguien que entienda de esto?

—¿Un abogado?

—Sí.

Daniela suspiró.

—Supongo —respondió, encogiéndose de hombros.

—Quizá deberías empezar ya. —Luego, Inés levantó lentamente la vista hacia la ventana, hacia el hombre del traje—. Igual ese es abogado.

Daniela lo miró de nuevo y tuvo que tragar saliva.

El hombre del traje estaba todavía más atractivo sentado junto a la ventana con la lluvia de fondo y la taza de café entre las manos. Tenía el abrigo oscuro doblado sobre la silla, la camisa perfectamente ajustada y una concentración tranquila mientras revisaba documentos en el móvil que hacía parecer que protagonizaba una serie cara.

Daniela se quedó mirándolo unos segundos más de la cuenta porque, sinceramente, ¿cómo podía existir alguien así en la vida real?

Inés sonrió lentamente.

—Mírale esa cara, ese pecho, esos brazos… Ese hombre ha demandado a gente, seguro…

Daniela apartó la mirada inmediatamente.

—No tiene cara de abogado.

—Tiene cara de facturar muchísimo dinero por hora.

—Eso sí.

—Y de empotrarte contra una mesa de reuniones…

—¡Inés! —la interrumpió.

La clienta de la mesa dos levantó la cabeza e Inés ni pestañeó.

—¿Qué? El capitalismo tiene cosas malas y cosas buenas.

Daniela cogió una bandeja solo para tener algo que hacer con las manos. De repente, le estaba costando demasiado concentrarse y, además, ahora tenía aquella carta, aquella maldita carta.

Mientras preparaba cafés automáticamente, empezó a mirar alrededor de La Santa Massa de otra manera. La cafetería llevaba allí más de quince años, mucho antes de que ella la dirigiera. Cuando era adolescente, venía algunas tardes después del instituto porque la antigua dueña le regalaba trozos de tarta al final del día. Años después, cuando el negocio estuvo a punto de cerrar, Daniela se dejó la vida trabajando para salvarlo… y lo había conseguido.

Había convertido aquel pequeño local caótico en algo vivo, en algo querido.

La idea de perderlo le producía una tristeza absurda en el pecho.

—¿Me cobras un "Necesito vacaciones"? —preguntó un cliente acercándose a la barra.

Daniela sonrió, volviendo de sus pensamientos.

—Claro.

Sus manos siguieron funcionando solas mientras la cabeza seguía atrapada en contratos,
reformas, abogados… y ciento veinte mil euros.

Ciento veinte mil. Nunca había tenido tanto dinero junto, pero aquello seguía sintiéndose casi como un insulto.

Levantó la vista sin querer y suspiró.

—Sigue mirándote —susurró Inés apareciendo a su lado.

—No me está mirando.

—Daniela, ese hombre lleva meses viniendo aquí cada mañana y deja propinas que podrían financiar países pequeños.

—Igual simplemente le gusta el café.

Inés la observó con absoluta lástima.

—Ay, cariño.

Daniela iba a responder cuando vio cómo él abría un correo electrónico nuevo en la pantalla del portátil.

No podía leer casi nada desde allí, solo frases sueltas, números y muchísimo lenguaje empresarial que ya le producía urticaria psicológica.

El hombre escribió unas líneas rápidas.

La reunión sigue prevista para las 18:00.
Adrián Valcárcel
CEO — Vanguard Urban Group

—¡Joder! —gritó Marcos al dejar caer una bandeja detrás de ella.

Toda la cafetería giró la cabeza.

—¿Qué has roto ahora? —preguntó Toni desde el obrador.

—Nada importante.

—Eso no ha sonado a "nada importante".

—Solo una taza.

—¡Era un juego bueno! —pronunció Daniela intentando armarse de paciencia.

Adrián Valcárcel dio el último sorbo a su café y se levantó lentamente. Francamente, debería existir una ley que prohibiera verse tan bien al ponerse un abrigo.

Daniela lo observó acercarse hacia la barra con esa calma elegante suya que empezaba a ponerle nerviosa por motivos completamente estúpidos.

—¿Cuánto te debo hoy? —preguntó él.

Su voz seguía siendo demasiado agradable para la salud mental de cualquier mujer cuerda y soltera.

Dejó entonces unos billetes sobre la barra y Daniela bajó la vista.

—Eso es demasiada propina —pronunció, sorprendida.

—Considerémoslo apoyo emocional para el martes —respondió él antes de girarse.

La sonrisa apareció en la boca de Daniela antes de que pudiera evitarlo.

—Pues gracias.

Él sostuvo su mirada apenas un segundo más de la cuenta y ella tuvo otra vez aquella maldita sensación, como si realmente le prestara atención, como si no mirara a la gente de forma automática.

—Que tengas buen día, Daniela.

—Igualmente.

Él se marchó poco después bajo la lluvia suave de Sant Antoni y las dos lo siguieron con la mirada hasta que desapareció calle abajo entre paraguas y peatones.

—Ese hombre tiene pinta de quitarse el reloj antes de hacer cosas ilegales.

Daniela soltó una carcajada.

—Estás fatal. Necesitas terapia.

—Y él necesita desabrocharse más botones de la camisa.

—Inés...

—Daniela, por favor. ¿Has visto las manos que tiene?

Daniela intentó seguir limpiando la barra, pero fracasó… porque sí, había visto las manos, y los ojos, y la sonrisa, y absolutamente todo.

Finalmente, resopló.

—Vale.

Inés sonrió triunfante.

—Ajá.

Daniela negó con la cabeza mientras intentaba concentrarse otra vez en la cafetera exprés.

—Sí. Es guapísimo.

—Gracias —dijo, extendiendo los brazos hacia los lados—. Por fin alguien sensata en esta empresa.



3

La lluvia había dado una tregua aquella tarde, pero el cielo seguía gris sobre Sant Antoni mientras Daniela cruzaba la calle con un café en vaso de cartón entre las manos y el burofax doblado dentro del bolso, como si fuese una amenaza física. Y, realmente, lo era un poco.

La reunión improvisada de comerciantes se celebraba en el pequeño centro vecinal de la esquina, un local antiguo con sillas plegables, fluorescentes horribles y olor permanente a café recalentado. El tipo de sitio donde se discutían desgracias urbanísticas.

Cuando entró, ya había varias personas sentadas alrededor de la larga mesa.

La mayoría eran caras conocidas de toda la vida: el señor Ramón, de la mercería; Maribel, de la tienda de telas; los hermanos de la ferretería y la pareja mayor que llevaba la pequeña librería de segunda mano.

Todos parecían cansados, y eso le dio mala espina inmediatamente.

—Dani —la saludó Maribel con una sonrisa triste—. ¿Te ha llegado ya?

Daniela dejó el bolso sobre una silla.

—Ayer.

Varias personas asintieron automáticamente, como si aquello fuese ya parte de una rutina.

—A nosotros hace dos días —dijo Ramón removiendo el café—. Vinieron incluso dos señores con traje.

—¿Y qué os dijeron? —preguntó Daniela, sentándose.

El hombre suspiró.

—Lo mismo que a todos. Reformas, modernización, oportunidades… ya sabes.

—Palabras de rico —murmuró alguien al fondo.

Algunos soltaron pequeñas risas cansadas.

Daniela abrió otra vez el burofax sobre la mesa. Seguía odiándolo visualmente.

—¿Y vosotros qué vais a hacer? —preguntó.

Se hizo un breve silencio incómodo, hasta que Maribel habló primero.

—Nosotros vamos a aceptar.

Daniela levantó la vista rápidamente.

—¿Qué?

La mujer sonrió con cierta tristeza.

—Dani… llevamos cuarenta años con la tienda. Cuarenta. Estoy cansada.

Su marido asintió despacio desde la silla de al lado.

—Nos ofrecen un buen dinero. Muy bueno, la verdad.

—Pero…

Daniela miró alrededor y entonces entendió algo horrible: muchos ya habían decidido irse.

—A nosotros nos viene hasta bien —dijo uno de los hermanos de la ferretería—. Mi hermano quiere jubilarse y mis hijos no quieren continuar con el negocio.

—Mis nietos llevan años diciéndome que venda —añadió Ramón, soltando una risa amarga—. Dicen que este barrio ya no es para nosotros.

Aquello le dolió más de lo que esperaba porque esa era precisamente la sensación: como si la ciudad estuviera empujándolos poco a poco hacia fuera, como si todo tuviera que volverse moderno y caro.

—¿Y nadie piensa luchar? —preguntó Daniela mirando alrededor.

Maribel la observó con cariño.

—Ay, Dani…

—No, en serio. —Notó cómo empezaba a calentarse—. ¿De verdad vamos a dejar que conviertan toda la manzana en apartamentos de lujo y cafeterías para gente que paga diez euros por dos cutres tostadas?

—Ya cobras siete por algunas cosas —murmuró alguien.

—Ese no es el tema.

Varias personas rieron suavemente, pero Daniela seguía sintiendo aquella presión desagradable en el pecho.

—La Santa Massa lleva aquí años, la mercería lleva décadas, la librería igual. ¿Y simplemente nos marchamos?

—No es tan simple —dijo Ramón con calma—. Es cansancio, Daniela.

Y eso la frenó un poco… porque podía verlo en sus caras.

La mayoría eran mayores, muchos llevaban toda una vida trabajando y aquella oferta probablemente significaba descansar por fin.

—¿Cuánto os ofrecen? —preguntó ella más bajo.

Las cifras empezaron a salir poco a poco y todas eran absurdamente altas. Indemnizaciones, compensaciones, acuerdos de salida… Daniela se hundió un poco más en la silla porque entendía perfectamente por qué aceptaban y, aun así, seguía sintiendo rabia.

—Yo no quiero irme —murmuró finalmente.

La frase salió casi sin pensar.

Maribel sonrió con tristeza.

—Lo imaginábamos.

—No quiero otro local moderno. No quiero "espacios gastronómicos premium". Quiero mi cafetería.

—Pero quizá podrías empezar algo nuevo —dijo alguien.

Daniela negó con la cabeza inmediatamente.

No entendían, la Santa Massa no era solo un negocio, era el sitio donde había pasado prácticamente toda su vida adulta, donde aprendió a hacer café, donde lloró en el almacén cuando casi no podía pagar a los proveedores, donde celebró muchos cumpleaños y

donde Toni le enseñó muchas recetas. Era donde medio barrio se refugiaba cuando tenía un mal día.

No podía imaginar que su cafetería acabase desapareciendo sin más.

—Pues deberías hacer presión —dijo una voz desde el fondo.

Era Carla, la dueña de una pequeña tienda ecológica que tampoco había vendido todavía.

—¿Presión cómo?

—Asociación vecinal, redes sociales, prensa… lo que sea.

Daniela levantó ligeramente la cabeza.

—¿Crees que serviría?

La mujer soltó una pequeña risa.

—Contra millonarios con abogados probablemente no, pero al menos les tocarías las narices.

Eso sí sonó tentador. Mucho.

—A mí me gustaría que alguien les plantara cara —admitió Ramón removiendo el café—. Aunque solo sea para recordarles que aquí vive gente.

Aquella frase se quedó flotando en el silencio posterior.

Daniela miró otra vez el burofax y pensó en los *renders* modernos, los locales minimalistas, las palabras corporativas y la sensación horrible de que alguien hubiese decidido que el barrio necesitaba ser reemplazado.

No, no pensaba ponérselo fácil, aunque estuviera completamente aterrada.

La Santa Massa no iba a desaparecer sin pelear antes.

—Deberíamos hacer una reunión más grande —dijo Daniela incorporándose un poco en la silla—. Con vecinos también, no solo comerciantes.

Carla asintió inmediatamente.

—Eso pensaba yo.

—¿Y para qué, exactamente? —preguntó uno de los hermanos de la ferretería—. Si el edificio ya está vendido.

—Para hacer ruido —respondió Daniela—. Para que no puedan hacerlo todo tranquilamente como si aquí no viviera nadie.

Ramón soltó una risa cansada.

—Ay, juventud.

—No es juventud, es rabia.

Y lo era, porque cuanto más escuchaba hablar de "revalorización", "modernización" y "nuevas oportunidades", más sentía que estaban hablando del barrio como si fuese un objeto viejo que había que reemplazar, como si las personas fueran un detalle secundario.

—¿Y qué pasa si simplemente no aceptas? —preguntó Carla.

Daniela volvió a mirar el burofax.

—Legalmente no pueden echarme todavía. Me quedan cuatro años y medio de contrato.

—Entonces, quédate.

—Sí, claro. Y luego empezarán las obras, las llamadas, las reuniones, la presión…

—Eso lo harán igualmente.

Y tenía razón.

Daniela se pasó una mano por el pelo, soltando el aire lentamente.

—No quiero pasarme los próximos años peleando con una empresa inmobiliaria.

—Pero tampoco quieres irte.

Aquello la dejó callada unos segundos.

—Mi padre me traía a desayunar allí algunos domingos —murmuró casi sin darse cuenta—. Yo tendría… diez años o así. La antigua dueña me dejaba entrar al obrador a robar trozos de cruasán.

Maribel sonrió suavemente.

—Te pasabas allí metida media vida.

—Sí.

Daniela bajó la mirada hacia el café.

—Nunca pensé que acabaría llevándolo yo, y mucho menos que un día alguien decidiría que el local donde había construido prácticamente toda mi vida necesitaba convertirse en algo más rentable.

—Pues precisamente por eso deberías luchar —dijo Carla.

—¿Contra una empresa multimillonaria?

—Contra la idea de que todo puede comprarse.

El silencio posterior fue breve, pero pesado.

Todos sabían la verdad: al final, probablemente, sí podía comprarse casi todo, solo que algunos tenían más tiempo para resistir.

Uno de los hombres mayores terminó levantándose lentamente de la silla.

—Yo, sinceramente, ya no tengo fuerzas para guerras urbanísticas —dijo ajustándose la chaqueta—. Bastante he trabajado ya.

Y nadie pudo reprochárselo porque esa era otra parte horrible de todo aquello.

La empresa estaba apostando exactamente por eso: por el cansancio, por la edad, por las ganas de descansar y por la gente que simplemente ya no quería pelear más.

La reunión empezó a disolverse poco después. Sillas moviéndose, despedidas cansadas y conversaciones en voz baja mientras fuera comenzaba a anochecer sobre Sant Antoni.

Daniela salió a la calle con el bolso colgado al hombro y el burofax otra vez doblado dentro.

El aire olía a lluvia reciente y a comida de los restaurantes cercanos. Las luces de las cafeterías empezaban a reflejarse sobre el asfalto húmedo mientras la ciudad seguía viva a su alrededor, como si nada estuviera cambiando.

Y quizá ese era precisamente el problema: que las ciudades cambiaban constantemente, aunque la gente no quisiera.

Caminó despacio hacia La Santa Massa observando los locales de la calle de otra manera. La mercería, la librería, la pequeña tienda de discos, el colmado antiguo de la esquina. ¿Cuántos seguirían allí dentro de unos años?

¿Cuántos acabarían convertidos en espacios modernos llenos de lámparas minimalistas y cafés con nombres en inglés?

Cuando llegó frente a la cafetería, levantó la vista hacia la fachada iluminada.

La Santa Massa, las letras blancas, las plantas colgando, las pequeñas mesas exteriores todavía mojadas.

Sintió un pellizco extraño en el pecho. No podía perder aquello, simplemente no podía.

Sacó las llaves y abrió la puerta mientras el olor familiar a café y mantequilla la envolvía inmediatamente y, por primera vez desde que había recibido el burofax aquella mañana, el miedo apareció de verdad y sintió deseos de llorar, porque quizá luchar no fuera suficiente.

El jueves empezó mal exactamente a las ocho y doce de la mañana.

Daniela lo supo en cuanto sonó el teléfono fijo de La Santa Massa y vio el número desconocido en la pantalla mientras intentaba sobrevivir al primer café del día.

—Como sea otro proveedor cambiando precios, voy a prender fuego a algo —murmuró cogiendo el auricular—. La Santa Massa, buenos días.

—Buenos días, ¿hablo con Daniela Costa?

La voz masculina al otro lado sonaba tan seria y seca que automáticamente le cayó mal.

—Sí.

—Le llamamos del despacho jurídico García & Asociados Abogados, representantes legales de Vanguard Urban Group.

Perfecto, ya estaban allí los abogados corporativos.

Daniela cerró los ojos un segundo mientras apoyaba una mano sobre el mostrador. Apenas eran las ocho y cuarto de la mañana y ni siquiera se había terminado su café.

Tan temprano y ya pensando en matar a alguien.

—Dígame.

—Nos ponemos en contacto con usted para concertar una reunión relativa a la propuesta de rescisión contractual enviada esta semana.

Dios, hasta hablando parecían un PDF.

—Ya leí la carta.

—Excelente. Entonces comprenderá la conveniencia de iniciar conversaciones lo antes posible.

Conveniencia, qué palabra tan de imbécil con traje.

Daniela miró alrededor de la cafetería. Toni seguía dentro del obrador, Marcos intentaba colocar sillas sin morir en el intento e Inés todavía no había llegado porque, según ella, "las mañanas son una agresión del sistema".

—No me interesa rescindir nada —respondió ella secamente.

Hubo un silencio breve al otro lado.

—Entendemos que desee valorar la situación con calma.

—No, creo que no lo entiende. Estoy diciendo que no quiero irme.

Hubo otra pausa, más larga esta vez.

—Precisamente por eso creemos oportuno reunirnos en diez días para explorar opciones beneficiosas para ambas partes.

Daniela empezó a enfadarse de verdad. Aquella forma de hablar… tan fría, tan educada, tan empresarial, hacía parecer que estaban negociando mesas y no la vida de personas reales.

—Mire, me quedan cuatro años y medio de contrato.

—Correcto.

—Y pienso cumplirlos.

—La compañía considera que una salida anticipada podría resultar considerablemente favorable para usted.

—Pues la compañía va a tener que soportarme cuatro años y medio.

Podía imaginar perfectamente al abogado anotando cosas en un bloc de notas o en el ordenador.

—Aun así —continuó él—, el señor Valcárcel desea mantener una reunión con los arrendatarios restantes para…

—Pues el señor Valcárcel puede esperar sentado. —Inés acababa de entrar justo a tiempo para escuchar aquello y levantó ambas cejas lentamente. Daniela siguió hablando antes de que el abogado pudiera responder—. No voy a rescindir el contrato. Así que, si quieren reformar el edificio o convertir Sant Antoni en una colección de cafeterías *beige* para *influencers* con ansiedad, tendrán que hacerlo conmigo dentro.

Y, dicho esto, le colgó directamente.

Inés dejó el bolso sobre la barra.

—Buenos días para ti también.

Daniela colgó el auricular con demasiada fuerza.

—Los odio.

—¿A quiénes?

—A los abogados corporativos, los ejecutivos, los hombres que usan palabras como "sinergia". A toda esa gente.

Inés sonrió lentamente.

—Uyyy, hoy estás agresiva.

—Quieren hacer una reunión dentro de diez días.

—¿Y vas a ir?

—Claro que voy a ir.

—¿Con intención de negociar?

Daniela la miró horrorizada.

—Con intención de prenderles fuego —contestó mirándola fijamente.

—Mucho mejor —acabó encogiéndose de hombros.

La cafetería todavía estaba medio vacía a aquella hora de la mañana y el sonido de la lluvia suave contra los cristales hacía que todo pareciera más gris de lo normal.

Daniela se quedó quieta unos segundos, mirando el burofax encima de la barra y luego miró el portátil.

En ese momento tuvo una idea terrible.

—No pongas esa cara —dijo Inés inmediatamente.

—¿Qué cara?

—La cara de "voy a tomar una decisión impulsiva".

Daniela ya estaba abriendo el ordenador.

—Voy a escribir a la asociación de comerciantes.

—Ay, Dios mío.

—No voy a insultar a nadie.

—Eso es exactamente lo que diría alguien a punto de insultar a gente.

Daniela empezó a teclear con demasiada energía, primero despacio y luego cada vez más rápido, porque cuanto más pensaba en "revalorización urbana", "espacios premium" y "rescisión amistosa", más ganas tenía de estrangular a algún ejecutivo con corbata.

Inés intentó mirar la pantalla.

—¿Qué estás escribiendo?

—Nada.

—Eso nunca augura nada bueno.

Daniela siguió tecleando y cuando terminó carraspeó y leyó el correo.

Buenos días a todos.

Acabo de recibir la maravillosa llamada de nuestros nuevos señores feudales corporativos, Vanguard Urban Group, también conocidos como "personas que probablemente no tienen vergüenza".

Por si alguien todavía tenía dudas: sí, quieren convertir media manzana en otro espacio premium, lleno de plantas demasiado caras y cafés que costarán lo mismo que una pequeña hipoteca.

Personalmente, me fascina muchísimo el concepto de "rehabilitación urbana", que parece una manera elegante de decir: "vamos a cargarnos todos los negocios con personalidad y sustituirlos por sitios donde sirven tostadas con aguacate a doce euros".

También me gustaría aprovechar este correo para preguntar si alguien conoce al misterioso CEO Adrián Valcárcel.

Tengo curiosidad, necesito ponerle cara al hombre que probablemente desayuna dinero y utiliza frases como: "optimización del espacio comercial" mientras destruye a comerciantes de barrio antes de las nueve de la mañana.

Estoy convencida de que lleva relojes que cuestan más que mi coche y felicita a la gente por responder correos un domingo. Además, si alguien puede avisarle de mi parte, espero sinceramente que pise una pieza de Lego descalzo cada mañana durante el resto de su vida y que se le mojen las mangas siempre que se lave las manos.

Muchas gracias.

Daniela Costa.
La Santa Massa.
P.D.: No pienso irme.

Daniela terminó de leer el correo electrónico una última vez.

Perfecto. Absolutamente impulsivo. Exactamente como debía ser.

—¿De verdad vas a enviar eso? —preguntó Inés, apoyándose sobre el mostrador mientras intentaba mirar la pantalla.

Daniela levantó la barbilla con dignidad.

—Sí.

—Hay varios delitos ahí dentro.

—Y todos merecidos.

Sin darse tiempo para pensar más, pulsó enviar y el sonido del correo saliendo duró un segundo, pero el nivel de satisfacción que sintió fue espectacular.

Cerró el portátil lentamente y miró a Inés, levantando los dedos en una V de victoria.

Inés resopló mientras negaba con la cabeza.

—Voy a acabar visitándote en prisión.

—Y yo te llamaré para que me traigas cruasanes.

Daniela se dejó caer un poco sobre la barra con la adrenalina todavía recorriéndole el cuerpo.

Miró por la ventana unos segundos, pensando. No podía quedarse quieta esperando; tenía que hacer algo. Lo que fuera.

Entonces, se incorporó de golpe.

—Necesito una sábana enorme.

Inés parpadeó.

—¿Qué?

—O un trapo gigante. Algo para hacer una pancarta.

—Daniela…

Pero ella ya estaba acelerándose sola.

—Podríamos colgarla fuera o en el balcón del edificio. Hacer carteles, pegatinas o…

—¿Estás segura de que quieres empezar una guerra contra esos multimillonarios?

—No es una guerra.

Inés levantó una ceja.

—Ah, ¿no?

Daniela empezó a caminar nerviosa detrás de la barra mientras hablaba sola.

—También voy a ponerle un nombre nuevo a un cruasán.

—Eso me preocupa muchísimo más que la pancarta.

—"Que le den a Vanguard".

—Muy sutil.

—O "Especulación de mantequilla".

—Ese me gusta más.

—O "Capitalismo relleno de crema".

Inés empezó a reírse.

—Dios mío, vas a acabar siendo noticia local.

—Perfecto —se encogió de hombros.

La puerta se abrió y las dos levantaron automáticamente la vista.

El hombre del traje acababa de entrar otra vez, bajo la lluvia suave de octubre, con el abrigo oscuro, el cabello ligeramente húmedo y esa expresión tranquila de hombre que jamás había tenido una mala foto en toda su vida.

Daniela sintió inmediatamente cómo el cerebro le bajaba unas cuantas revoluciones.

Él levantó la vista hacia ella y sonrió un poco.

—Buenos días.

Su voz seguía siendo demasiado agradable.

—Buenos días.

—¿Lo de siempre? —preguntó Daniela intentando aparentar normalidad.

Él asintió mientras sacaba el móvil.

—Sí, por favor.

—Ahora se lo llevo.

El hombre caminó hacia su mesa habitual junto a la ventana y se sentó tranquilamente mientras revisaba algo en el teléfono y más personas comenzaban a ocupar la cafetería.

Daniela fue hacia la cafetera industrial todavía pensando en pancartas, abogados y en prender fuego, simbólicamente, a una corporación.

Cogió el portátil para apartarlo de la barra y, entonces, se quedó completamente quieta.

Parpadeó una vez y lentamente volvió a abrir el ordenador.

—¿Qué pasa? —preguntó Inés.

Daniela tragó saliva.

—Mierda.

—¿Qué clase de mierda?

Ella empezó a abrir el correo a toda velocidad.

—No puede ser.

—Daniela.

—Mierda, mierda, mierda…

Inés se acercó inmediatamente.

—¿Qué?

Daniela abrió el mensaje enviado y ahí estaba, perfectamente visible, el correo grupal de la asociación de comerciantes y, dentro de los destinatarios, un correo electrónico que le erizó el vello: contacto@vanguardurbangroup.com.

Daniela se quedó inmóvil mirando la pantalla y luego se pasó ambas manos por la cara.

—Acabo de enviarle un email a una corporación multimillonaria diciéndole a su CEO que espero que pise piezas de lego descalzo y se le mojen las mangas el resto de su vida.

—Eso sigue siendo graciosísimo.

—¡Inés!

—Vale, sí, quizá ahora algo menos.

Daniela dejó caer la frente contra el borde del mostrador.

—Voy a acabar demandada.

—Bueno… al menos irás guapa al juicio.

—¿Crees que es tarde para fingir mi muerte?

—Un poco sí.

Daniela soltó un gemido de sufrimiento antes de obligarse a levantarse.

—Tengo que hacer el café.

—Eso es espíritu de servicio —rio Inés.

Ella preparó el americano doble automáticamente mientras intentaba no pensar en

corporaciones, abogados, demandas o CEOs psicópatas leyendo su correo.

Cogió el cruasán, respiró hondo y caminó hacia la mesa junto a la ventana.

El hombre del traje seguía mirando el móvil, pero ahora… sonreía, y no era una sonrisa inocente precisamente.

Daniela dejó la taza frente a él.

—Su desayuno elegante.

Él levantó la vista lentamente y seguía sonriendo, pero ahora parecía incluso estar conteniendo una risa.

Qué extraño.

Apagó el móvil y lo dejó boca abajo sobre la mesa antes de mirarla directamente.

Daniela entornó un poco los ojos.

—¿Tiene un buen día hoy?

—Bastante.

—Me alegro mucho —le sonrió ella.

Una sombra divertida apareció en sus ojos marrón claro.

—Acabo de recibir un email que me ha alegrado la mañana.

Daniela asintió lentamente.

—Bueno… eso está bien. Bravo por usted —le sonrió.

—Mucho.

Ella sostuvo la sonrisa educadamente apenas un segundo más antes de darse la vuelta y regresar hacia la barra.



4

—¡Más arriba!

—¡Me voy a matar, Daniela! —gritó Marcos.

—¡Pues sujeta recto!

Marcos soltó un gemido dramático desde la escalera mientras intentaba mantener la pancarta extendida sobre la fachada de La Santa Massa. Inés estaba al otro lado, sujetando cinta adhesiva industrial con expresión de absoluta concentración mientras el viento suave de octubre amenazaba con convertir aquello en un accidente laboral.

—Está torcida —declaró Toni desde la puerta.

—Tu cara está torcida —respondió Marcos.

—La peineta del cruasán apunta raro —añadió Carla sin apartar el móvil.

Daniela bajó de la acera para observar la obra maestra desde lejos. Sinceramente, era preciosa.

La pancarta ocupaba prácticamente toda la fachada de La Santa Massa. Las letras, enormes, estaban pintadas a mano en un rojo oscuro que llamaba la atención y, justo debajo, había un cruasán dibujado haciendo una peineta con una expresión furiosa.

Arte, puro arte revolucionario panadero.



—Es bellísima —murmuró Daniela, emocionada.
—Probablemente también sea ilegal —corrigió Inés.
—Eso le da personalidad.
Carla seguía grabándolo absolutamente todo con el móvil.
—Lo de la peineta… mmm… —dijo Inés, no muy segura.

—¿Qué peineta? —preguntó Marcos—. Ese cruasán tiene libertad de expresión.

Carla levantó el móvil hacia la pancarta.

—Día uno luchando contra millonarios inmobiliarios —anunció con voz épica—. El cruasán revolucionario ya está aquí.

Daniela sonrió orgullosa mientras los vecinos que pasaban por la calle empezaban a mirar la fachada. Luego llegaron los aplausos.

Primero dos chicas jóvenes y después un hombre mayor con bolsas de la compra.

Luego, una pareja desde la terraza de enfrente.

—¡Así se habla! —gritó alguien desde la calle.

—¡No vendáis!

—¡Viva el cruasán antisistema!

Daniela se quedó completamente sorprendida.

—Gracias —dijo, riéndose mientras saludaba con la mano—. ¡Consumid bollería revolucionaria!

—¡Ese cruasán representa al pueblo! —gritó Marcos desde la escalera.

Toni resopló desde la puerta.

—Jamás pensé escuchar esa frase en mi vida.

En menos de diez minutos, ya había varias personas haciéndole fotos a la pancarta.

Daniela odiaba admitir que aquello le estaba encantando muchísimo.

—Vale, dentro todos —ordenó finalmente—. Antes de que venga la policía o, peor, los abogados.

—Yo prefiero a la policía —murmuró Inés.

La cafetería empezó a llenarse rápido aquella mañana, más rápido de lo normal.

Varias personas entraban riendo y aplaudiendo.

—¿Sois los del cruasán haciendo la peineta?

Aquel era, probablemente, el mejor *marketing* que habían tenido nunca.

—Mesa cuatro.

—Dos "Necesito vacaciones".

—Y un "Capitalismo relleno de crema" —añadió Marcos.

La puerta volvió a abrirse justo entonces y Daniela levantó la vista automáticamente.

Ahí estaba otra vez, el hombre atractivo del traje, aunque esta vez no entró directamente, primero se quedó quieto frente a la fachada, observando la pancarta enorme colgada sobre La Santa Massa.

Sus ojos recorrieron las letras, el mensaje y, finalmente, el cruasán ofensivo.

Luego soltó una risa incrédula y negó lentamente con la cabeza.

—Increíble —murmuró, claramente asombrado.

Daniela sintió una satisfacción completamente ridícula.

Después, él entró por fin en la cafetería con su abrigo oscuro, su traje impecable y el cabello perfectamente colocado pese a la lluvia suave, con esa presencia elegante que hacía parecer más pequeña toda la cafetería.

—Buenos días —saludó tranquilamente.

—Hola, ejecutivo sexy —dijo Marcos automáticamente.

Daniela casi le lanzó una taza y el hombre sonrió un poco.

—Buenos días también para ti.

Inés se giró lentamente hacia Marcos.

—Ahora le hablas tú. Yo me pondría nerviosa.

Él caminó hasta su mesa habitual junto a la ventana mientras sacaba el móvil del bolsillo.

Daniela intentó concentrarse en la cafetera exprés y no en el hecho de que aquel hombre acababa de ver una pancarta insultando a corporaciones y seguía pareciendo peligrosamente atractivo.

—¿Lo de siempre? —preguntó ella.

Él levantó la vista del móvil, otra vez con esa sonrisa tranquila.

—Por favor.

—Marchando un desayuno elegante.

Una sombra divertida cruzó sus ojos.

—Espero sobrevivir a la revolución —bromeó el hombre.

—Dependerá de tu nivel de apoyo al cruasán antisistema.

—Haré lo posible.

Daniela preparó el americano intentando ignorar la sensación absurda de que le gustaba demasiado hablar con él.

Cuando llevó el desayuno a la mesa, él apartó finalmente el móvil.

—¿Cómo va la revolución? —preguntó.

Daniela dejó la taza frente a él.

—De momento no hemos derrocado a ningún multimillonario, pero el día es joven —dijo, cruzándose de brazos.

Él soltó una risa baja.

—Confío en vuestro liderazgo.

—Tenemos un cruasán armado y muy poca supervisión adulta.

—Eso suele ser peligroso.

—Muchísimo.

Él seguía mirándola como si estuviera disfrutando exageradamente de aquella conversación y Daniela odiaba el calor que le subía por el cuello cada vez que ocurría.

—Bueno —dijo ella, retrocediendo un paso—. Que aproveche el cruasán revolucionario.

—Gracias. Apuesto a que sí.

Volvió hacia la barra intentando convencerse de que era completamente normal sentir mariposas por un hombre cuyo nombre y apellido ni siquiera conocía.

No funcionó demasiado.

Carla apareció de pronto agitando el móvil como una persona completamente desequilibrada.

—Daniela.

—¿Qué?

—Treinta mil visualizaciones.

—¿Qué?

—¡Treinta mil!

Daniela casi dejó caer una taza.

—¿Cómo que treinta mil?

—La gente está compartiendo el cruasán revolucionario.

Marcos levantó un puño desde la zona donde se ubicaba la cafetera exprés.

—¡El pueblo ha hablado!

—Hay comentarios preguntando si vendemos *merchandising* —continuó Carla completamente histérica—. Y una chica ha puesto: "protegería esa cafetería con mi propia vida".

Inés se apoyó sobre el mostrador mirando el móvil.

—¡Hostia! ¡Qué fuerte!

—Si esto sigue así —dijo Carla conteniendo un grito—, en una hora nos hacemos virales.

Daniela se quedó quieta unos segundos, procesándolo, y luego miró hacia la fachada visible desde la cristalera. La pancarta, el cruasán haciendo la peineta, la gente haciéndole fotos…

Por primera vez desde que recibió el burofax, sonrió de verdad.

Carla seguía mirando el móvil como si estuviera monitorizando una guerra internacional.

—Cuarenta y ocho mil.

—¿Qué? —preguntó Daniela mientras colocaba platos.

—Visualizaciones.

Marcos levantó ambas manos.

—El cruasán revolucionario ha conectado con el proletariado.

—Voy a llorar —murmuró Inés, emocionada—. Somos los activistas de la mantequilla.

La cafetería estaba muchísimo más llena de lo normal y, cada pocos minutos, alguien nuevo entraba preguntando alguna variante de "¿Sois los del TikTok?" o "¿Dónde está el cruasán haciendo la peineta?".

Toni seguía fingiendo que todo aquello le molestaba muchísimo mientras claramente disfrutaba de que se agotaran los cruasanes antes del mediodía.

—Mesa tres —cantó Daniela—. Y que alguien le diga a Carla que deje de grabar clientes sin consentimiento.

—Estoy documentando la revolución.

—Estás buscando seguidores.

—También.

El hombre del traje seguía sentado junto a la ventana con el café ya casi terminado mientras revisaba algo en el móvil. De vez en cuando, levantaba la vista hacia la pancarta exterior y sonreía ligeramente, como si todavía le hiciera gracia.

Daniela acababa de dejar una bandeja cuando él levantó la mano llamando su atención.

—¿Sí?

—Tengo una duda importante.

Ella cruzó los brazos.

—A ver.

Él señaló hacia la calle.

—¿El cruasán ofensivo representa oficialmente al movimiento o actúa por libre?

Daniela tuvo que morderse el interior de la mejilla para no reírse.

—Es un símbolo del pueblo —bromeó ella.

—Entiendo.

—Aunque estamos considerando radicalizar más la bollería.

—Eso suele pasar en toda revolución.

Él soltó una risa y apoyó el brazo sobre la mesa, observándola con demasiada atención para alguien que solo venía a desayunar.

—Debo decir que vuestra estrategia de *marketing* es excelente.

—No es *marketing*.

—Claro…

—Estamos luchando contra el capitalismo salvaje.

—Con cruasanes.

—La mantequilla mueve montañas.

Una sombra divertida apareció otra vez en sus ojos.

—Lo tendré en cuenta.

Daniela seguía sintiendo esa sensación rara cada vez que hablaba con él, como si las conversaciones fueran demasiado fáciles o como si él realmente disfrutara estando allí.

Y eso era peligroso si una lo pensaba detenidamente.

—¿Cómo va la fama viral? —preguntó él.

—Según Carla, en dos horas tendremos *merchandising* y una secta.

—Ambas cosas parecen plausibles.

—Lo peor es que lo dice completamente en serio —sonrió ella.

Como si la hubiera invocado, Carla apareció de pronto.

—Setenta mil —dijo pasando por su lado con una bandeja y varios cafés sobre ella.

Toda la cafetería giró la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Daniela.

Marcos levantó un puño.

—¡La masa madre resiste!

El hombre del traje bajó ligeramente la cabeza escondiendo la sonrisa tras la taza de café y Daniela lo vio.

—¿Te divierte nuestra desgracia? —preguntó entornando los ojos.

Él dejó la taza despacio.

—Me parece admirable vuestra pasión revolucionaria.

—Ajá.

—Y el cruasán enfadado tiene muchísimo carisma.

Ella pestañeó varias veces.

—Gracias.

—Aunque creo que, jurídicamente, podría considerarse una amenaza diplomática.

Ella soltó una carcajada antes de poder evitarlo y él pareció disfrutar muchísimo de haber conseguido provocarla.

Cuando finalmente terminó el café, se levantó lentamente de la mesa y agarró el abrigo del respaldo de la silla.

—¿Te vas ya? —preguntó Daniela antes de pensar la frase.

Él levantó una ceja.

—¿Eso ha sonado a decepción?

Mierda.

—No.

—Ya… mmm… interesante.

Ella lo miró avergonzada, pero él sonrió tranquilo, completamente consciente de que acababa de ponerla nerviosa.

Maldito ejecutivo atractivo.

Se acercó entonces a la barra para pagar mientras Daniela intentaba recuperar la dignidad.

—¿Seguro que no queréis vender camisetas del cruasán revolucionario? —preguntó él.

—No des ideas a Carla.

—Ya estoy mirando proveedores —dijo ella desde el fondo.

El hombre dejó el dinero sobre la barra y mucha propina otra vez, lo que provocó que Daniela suspirase.

—Sigues dejando demasiada propina.

—Apoyo a pequeños negocios antisistema.

—Qué solidario —ironizó ella.

—Intento aportar mi granito de arena a la revolución.

Ella negó con la cabeza riéndose un poco y él volvió a mirarla de esa manera tranquila tan suya que ya empezaba a descolocarla demasiado.

—Hasta mañana, Daniela.

—Hasta mañana.

Se quedó observándolo mientras salía a la calle y se alejaba bajo la lluvia suave de octubre, con las manos en los bolsillos del abrigo.

Y sí, seguía caminando como si protagonizara un anuncio de relojes caros.

—El hombre del traje está loquito por ti —pronunció Inés, dándole un pequeño golpe con el codo en el costado.

Daniela dio un respingo, pues no la esperaba allí.

—No digas tonterías.

—Daniela, por favor, ese hombre te mira como si quisiera empotrarte contra la cafetera y…

Daniela casi se atragantó con el aire.

—¡Inés!

—¿Qué?

—No puedes decir esas cosas.

—Claro que puedo, soy libre como el cruasán revolucionario. —Daniela intentó volver a la cafetera exprés mientras Inés seguía mirando hacia la calle—. Además, seguro que…

—No termines esa frase —la cortó Daniela.

—… ese hombre te desabrocha lentamente la camisa mientras mantiene el contacto visual…

Marcos empezó a reírse desde la otra punta de la barra.

—Yo también lo he pensado.

—¡Callaos todos!

Inés seguía imparable.

—Y seguro que luego te mira y te habla con esa voz grave y…

Daniela le estampó un trapo en la cara.

—Cállate.

Inés apartó el trapo lentamente.

—Sabes que es verdad.

Y lo peor era que Daniela empezaba a sospechar que quizá sí.

Daniela levantó la vista otra vez casi sin querer. Ahí seguía él, al otro lado del cristal, alejándose calle abajo entre la lluvia fina y la gente con paraguas oscuros mientras el abrigo se movía ligeramente con cada paso.

Sinceramente… qué rabia daba lo atractivo que era ese hombre. No era solo la cara, ni los ojos, ni aquella sonrisa tranquila que aparecía siempre justo antes de decir algo que la ponía nerviosa. Era el conjunto. La forma de caminar, la calma absurda que tenía, ese porte elegante de hombre que jamás tropezaba con nada en su vida, la voz grave, las manos, el reloj asomando bajo la manga del abrigo…

Daniela apoyó una mano sobre la barra mientras lo observaba perderse entre la gente de Sant Antoni.

—Estás mirando su culo otra vez.

Daniela dio un brinco tan exagerado que casi tiró las cucharillas al suelo.

—¡Joder, Inés!

Inés apareció a su lado con una sonrisa.

—Solo estaba… pensando.

—En sus glúteos, ¿verdad?

Daniela se tapó la cara un segundo.

—Necesito cambiar de amiga.

—Y yo necesito que ese hombre me mire una vez así antes de morir.

Daniela volvió a mirar automáticamente hacia la calle. Ya casi no se veía entre la gente, solo el abrigo oscuro alejándose bajo la lluvia.

—Tiene voz de hacerte perder el sentido común —susurró Inés.

Daniela cerró los ojos lentamente.

—Voy a tirarte dentro de la cafetera.

—Pero dime que no te imaginas cosas cuando habla.

—¡No me imagino cosas!

Inés soltó una carcajada.

—Daniela, por favor. Ese hombre te da las buenas noches y te deja embarazada.

Daniela agarró un trapo directamente.

—Te odio.

—Pero sabes que tengo razón.

—Lo único que sé es que necesito trabajar para no escucharte.

Inés sonrió satisfecha mientras Daniela volvía a la cafetera industrial intentando recuperar su estabilidad mental.

—Mesa cinco —dijo Marcos desde el fondo—. Y una chica ha preguntado si vendemos pegatinas del cruasán revolucionario.

Daniela respiró hondo.

Perfecto, mucho mejor pensar en bollería antisistema que en hombres trajeados atractivos y con voz grave.



5

—Vale —dijo Carla, dejando tres cafés sobre la mesa como si estuviera iniciando una investigación criminal—. Operación: descubrir quién coño es Adrián Valcárcel.

Daniela levantó la vista del portátil.

—No me interesa él.

Inés soltó una carcajada tan fuerte que una señora que paseaba por la calle giró la cabeza para mirar al interior de la cafetería.

La cafetería ya había cerrado hacía media hora. Fuera, Sant Antoni seguía húmedo por la lluvia de aquella tarde y las luces cálidas de La Santa Massa hacían que el interior pareciera todavía más acogedor. Las sillas estaban subidas sobre algunas mesas, Toni ya se había marchado renegando sobre "las revoluciones digitales" y Marcos había prometido volver al día siguiente con ideas para *merchandising* del cruasán ofensivo.

Así pues, ahora solo quedaban Daniela, Inés, Carla y un portátil abierto sobre la mesa central, casi como si fueran *hackers* muy poco profesionales.

—A ver —murmuró Carla mientras tecleaba rápidamente—. Vanguard Urban Group.

—Qué nombre tan de villano de Marvel —dijo Inés.

—Totalmente —le dio la razón Daniela.

Daniela apoyó la barbilla sobre la mano mientras miraba la pantalla.

Aparecieron unas fotos de edificios rehabilitados, hoteles *boutique*, patios interiores llenos de plantas y luces cálidas, locales elegantes y fachadas restauradas.

Todo muy bonito, y eso era lo peor… porque ella esperaba algo frío, horrible, sin alma, pero no. Los sitios parecían sacados de revistas de arquitectura caras.

—Hostia —murmuró Carla.

—Esto está bastante bien —admitió Inés.

Daniela entornó los ojos.

—No os vendáis al enemigo.

—No me estoy vendiendo —respondió Inés—. Solo digo que esos apartamentos son muy bonitos.

Carla abrió otra pestaña.

—Vale, han hecho proyectos en Madrid, Valencia y Lisboa.

—Qué cosmopolitas —murmuró Daniela.

—Y parece que tienen fama de rehabilitación "respetuosa".

—Eso suena exactamente a algo que diría una empresa antes de subir alquileres.

—También.

Pero, aun así, Daniela siguió mirando las imágenes.

Había detalles bonitos, muchos. Respetaban fachadas antiguas, mantenían elementos originales, había cafeterías pequeñas, librerías, patios… no parecía el típico proyecto monstruoso sin personalidad. Eso le resultó incómodo. Sería más fácil odiarlos si todo fuese feo.

—Mira este —dijo Carla girando el portátil.

Era un antiguo mercado rehabilitado con luz cálida, hierro restaurado, puestos pequeños, y mesas de madera.

Daniela frunció el ceño.

—Parece Pinterest.

—Parece carísimo —corrigió Inés.

—También.

Carla siguió investigando.

—Vale… aquí habla del CEO.

Las tres se acercaron automáticamente a la pantalla.

Y ahí estaba: Adrián Valcárcel. Una breve explicación sobre el CEO.

—Treinta y un años —leyó Carla—. Fundó Vanguard con otros socios hace años, especializado en rehabilitación urbana premium.

—Premium —repitió Daniela—. Qué palabra más horrorosa.

Inés seguía mirando la ficha.

—No puedo creer que exista gente así en LinkedIn.

—Parece el tipo de hombre que te dice "he reservado mesa" y automáticamente te quieres casar.

Daniela cerró el portátil de golpe.

—Basta. —Las dos empezaron a reírse—. ¿De qué bando estáis?

—Es que es joven… treinta y un años… y mira lo que ha conseguido —se defendió Inés, aunque al ver la cara enfurecida de Daniela borró la sonrisa—. Seguro que es un adefesio.

Daniela resopló mientras volvía a abrir lentamente el portátil.

—Estamos investigando al enemigo. Concentración.

Carla seguía leyendo artículos.

—Espera, esto es interesante… aquí dice que suele mantener negocios tradicionales dentro de algunos proyectos.

Daniela levantó la vista.

—¿Qué?

—Mira.

Carla giró otra vez el ordenador.

"Vanguard apuesta por integrar comercio histórico y rehabilitación moderna…".

Daniela volvió a fruncir el ceño.

—Eso no encaja con la carta.

—Igual quieren negociar contigo porque tu local es importante para el proyecto —dijo Carla.

—O igual quieren convertir La Santa Massa en una cafetería minimalista llena de lámparas feas.

—También es posible.

Daniela volvió a mirar el logo corporativo y las fotografías de las obras que había llevado aquel CEO. Los proyectos eran bonitos, el barrio probablemente quedaría precioso… qué fastidio todo.

—Seguro que es millonario y está bueno —declaró Inés, cerrando una pestaña del portátil.

Daniela negó con la cabeza mientras recogía varias tazas vacías de la mesa.

—No hemos encontrado ni una sola foto y aun así habéis decidido sexualizar al capitalismo.

—No es culpa nuestra que las revistas económicas describan cosas como "presencia magnética" o "sofisticado y profesional" —señaló un punto de la pantalla.

—¿Quién escribe eso? ¿Mujeres cansadas de hombres mediocres?

Carla empezó a reírse.

—Escucha esto —dijo leyendo otra vez la pantalla—. "Valcárcel es conocido por su visión sofisticada y su carácter reservado".

Inés abrió mucho los ojos.

—Ufff… reservado. Eso es peligrosísimo.

—Eso significa probablemente que es insoportable.

—No. Significa que seguro que mira fijo mientras habla y luego tú acabas pagando terapia.

Daniela dejó las tazas sobre la barra, resoplando.

Pero muy en el fondo algo seguía molestándole, porque cuanto más leían sobre Vanguard… menos parecían monstruos, y eso le resultaba incómodo.

—Bueno —dijo finalmente, cerrando el portátil—. Ya está. Fuera las dos. Necesito irme a dormir antes de convertirme en una persona violenta.

Carla empezó a guardar rápidamente sus cosas en la mochila.

—Ah, cierto. Mañana no vengo por la mañana.

Daniela levantó la vista.

—¿Por?

—Examen de la uni. Cambié el turno a la tarde, ¿te acuerdas?

—Ah, sí. Sí, tranquila.

—Si suspendo, culparé a la revolución panadera.

—Es lo justo.

Inés se colgó el bolso del hombro.

—¿Y si mañana nos hacemos más virales?

—Entonces Toni sufrirá un infarto.

—Y yo abriré una línea de camisetas del cruasán revolucionario.

—No vamos a vender camisetas.

Las dos la miraron en silencio.

Daniela suspiró.

—Vale… quizá sí.

Cuando finalmente se marcharon y la puerta se cerró tras ellas, el silencio cayó lentamente sobre La Santa Massa, ese silencio raro que solo existía después del cierre.

Las luces cálidas seguían encendidas, las mesas limpias y el olor a café todavía flotaba en el aire.

Daniela se quedó quieta detrás de la barra unos segundos, observando la cafetería. Su cafetería.

De pronto, toda la emoción del día desapareció un poco. Al quedarse sola… volvía el miedo. Caminó lentamente entre las mesas mientras miraba pequeños detalles que conocía de memoria.

La grieta junto a la pared del fondo, la planta medio moribunda que Marcos insistía en regar demasiado, las pizarras con nombres absurdos de cruasanes, las luces cálidas que ella misma eligió años atrás cuando apenas tenía dinero para cambiar nada.

Cuántas horas había pasado allí, cuántas mañanas abriendo antes del amanecer, cuántos días sin descansar y cuántas veces creyó que tendría que cerrar.

Había levantado aquel sitio prácticamente sola y, ahora, una empresa enorme podía cambiarlo todo con firmas y reuniones elegantes.

Sintió un pellizco en el pecho.

Apagó algunas luces y, finalmente, salió a la calle para bajar la persiana.

La lluvia fina había vuelto y el barrio estaba mucho más tranquilo a aquella hora.

Daniela empezó a tirar de la persiana metálica y entonces sintió una presencia detrás.

Cerró los ojos un segundo, armándose de paciencia.

—Sergi, de verdad, quiero que me dejes en paz un tiempo.

—No soy Sergi.

Daniela se quedó completamente quieta, habría reconocido aquella voz entre cientos de personas. Se giró inmediatamente y ahí estaba él, el hombre del traje, con el abrigo oscuro, el cabello ligeramente húmedo por la lluvia y esa calma absurda suya que hacía parecer elegante incluso estar parado en una acera mojada.

—Ah.

Qué respuesta tan brillante, Daniela.

Él sonrió apenas un poco.

—Buenas noches.

—Hola.

Sin decir nada más, agarró uno de los lados de la persiana y empezó a ayudarla a bajarla.

Daniela parpadeó un momento antes de reaccionar.

—Gracias.

—Parece pesada.

—Porque lo es —le sonrió ella.

Entre los dos terminaron de bajarla rápidamente y el sonido metálico resonó por la calle vacía.

Él se incorporó al instante, mirando un segundo la enorme pancarta todavía colgada sobre la fachada.

—Sigue siendo increíble.

Daniela soltó una risa.

—El cruasán enfadado está teniendo muchísimo éxito.

—Lo entiendo perfectamente.

Ella lo observó un instante mientras él seguía mirando la pancarta con expresión divertida y otra vez pensó lo mismo: qué hombre tan absurdamente atractivo, incluso cansado y de noche, bajo la lluvia, era demasiado atractivo.

—¿Quién es Sergi? —preguntó él entonces.

Daniela apartó la mirada y se encogió ligeramente de hombros.

—Un ex.

—Ah.

—Sí. —Cambió de tema inmediatamente—. ¿Has estado trabajando hasta ahora?

Él miró un segundo su propio traje, como si acabara de acordarse de que seguía vestido igual que por la mañana.

—Sí. Últimamente tengo bastante trabajo.

—Pues espero que al menos te paguen bien.

Una pequeña sonrisa apareció otra vez en su boca.

—Más o menos.

Daniela tuvo que apartar la mirada un momento porque aquella sonrisa empezaba a ser un problema real para su estabilidad emocional.

—Debo admitir que nunca había visto una revolución basada en bollería —comentó él.

—Es porque somos innovadores.

—Y agresivos —dijo, mirándola.

—El cruasán ofensivo representa nuestros valores.

—Lo imaginé.

Daniela se cruzó ligeramente de brazos.

—Aunque creo que la peineta le da un toque artístico importante.

—Sin duda, eleva muchísimo el mensaje político —rio él.

Ella sonrió y entonces se dio cuenta de algo extraño: lo fácil que era hablar con él. No había silencios incómodos, ni esa sensación rara de tener que impresionar a alguien. Las conversaciones simplemente… fluían.

—¿Siempre quisiste tener una cafetería?

Daniela parpadeó un momento, la pregunta la tomó un poco por sorpresa.

—No exactamente.

—¿No?

Ella negó lentamente.

—Cuando era pequeña quería ser veterinaria.

Él sonrió otra vez.

—¿Y cómo terminaste aquí?

Daniela miró un segundo la fachada de La Santa Massa antes de responder.

—Trabajaba aquí cuando era más joven. Luego, la antigua dueña quiso jubilarse y el sitio estaba fatal económicamente. Así que… me arruiné para reformarlo.

—Gran estrategia financiera.

—Brillante, te lo recomiendo muchísimo si quieres tener ansiedad constante.

Él volvió a reírse y, esta vez, Daniela tuvo que mirar un segundo hacia otro lado porque aquello empezaba a afectarle físicamente.

—Pues parece que te salió bien.

Ella levantó ligeramente la vista hacia la cafetería iluminada y el orgullo apareció automáticamente.

—Sí.

A pesar del cansancio, del estrés y del miedo horrible que tenía últimamente… la Santa Massa seguía allí, llena y viva.

—Aunque ahora quieran destruirlo todo —murmuró más para sí misma que para él.

Él no respondió inmediatamente, solo miró otra vez la pancarta moviéndose ligeramente con el viento.

—Supongo que las ciudades cambian —dijo finalmente.

Daniela resopló suavemente.

—Sí, pero a veces parece que cambian solo para gente con muchísimo dinero.

Aquello quedó flotando unos segundos entre ellos y, por primera vez, él no respondió, simplemente la observó en silencio, como si estuviera pensando en lo que acababa de decir.

La lluvia empezó a repiquetear con más fuerza sobre el toldo y alrededor de ellos.

Él levantó ligeramente la vista al cielo.

—Está lloviendo bastante.

—Barcelona es dramática en octubre.

—¿Vas en autobús?

Ella asintió.

—Me deja bastante cerca de casa.

Él dudó un segundo.

—Puedo llevarte si quieres.

Maldita fuese aquella voz grave.

Daniela sintió un vuelco absurdo en el estómago, pero negó rápidamente con la cabeza.

—Gracias —respondió amable—, pero no hace falta.

—¿Estás segura?

—Sí. Además, así apoyo el transporte público revolucionario —bromeó.

Eso le arrancó otra pequeña risa.

Dios santo.

—Entonces no interrumpiré la revolución.

Ella sonrió un poco también.

Y, durante un instante extraño, bajo la lluvia suave y la luz cálida de la cafetería cerrada, todo pareció demasiado tranquilo.

—Bueno… —dijo ella finalmente—. Hasta mañana.

Él sostuvo su mirada un segundo más.

—Hasta mañana, Daniela.

Y luego se alejó calle abajo mientras ella se quedaba quieta bajo el toldo de La Santa Massa observándolo irse, otra vez.

Daniela empezaba a pensar que lo de aquel hombre no era normal.



6

—¡Un "Necesito estabilidad emocional" para la mesa siete!

—¡Marchando!

—¡Y dos "Que le den a Vanguard" sin piñones!

—Eso no lleva piñones —comentó Daniela.

La Santa Massa estaba absolutamente desbordada aquella mañana.

El vídeo del cruasán revolucionario había explotado por completo en redes sociales durante la noche y ahora la cafetería parecía una mezcla entre negocio local, centro social y zoológico humano.

Había gente haciéndose fotos con la pancarta, clientes preguntando por *merchandising* y una chica grabando un TikTok delante de la cristalera, diciendo lo siguiente:

—Estoy literalmente en la cafetería antisistema.

Toni parecía estar al borde de un infarto.

—¡Se nos han acabado los cruasanes de pistacho!

—¡Pues véndeles revolución! —gritó Marcos atravesando la cafetería con una bandeja.

Daniela iba de un lado a otro intentando mantener el caos bajo control mientras el ruido de conversaciones, tazas y la cafetera exprés llenaba el local y, sinceramente, una parte de ella estaba disfrutándolo muchísimo.

Aunque la otra parte seguía teniendo ansiedad permanente por el futuro del local, las corporaciones y el hecho de que

probablemente el CEO multimillonario ya hubiera visto un cruasán haciéndole una peineta setecientas veces en internet.

Perfecto. Todo bien.

La puerta se abrió justo entonces y apareció un hombre trajeado con una carpeta negra bajo el brazo.

Daniela ya sintió ganas de cometer atrocidades.

—¿Daniela Costa?

—Depende, ¿quién pregunta?

—Traigo una notificación certificada.

Claro que sí, porque el Universo no podía dejarla ser feliz ni treinta minutos seguidos.

Firmó el burofax apoyándolo sobre la barra mientras Inés aparecía automáticamente a su lado.

—¿Qué quieren ahora?

Daniela abrió el sobre rápidamente.

Más lenguaje corporativo, más palabras elegantes para arruinar vidas.



Correos

BUROFAX

Con certificación de texto y acuse de recibo

Nº de Burofax

2L0000004631528W

Sello de la Oficina de admisión

CORREOS
13 OCT. 2024
OFICINA DE ADMISIÓN

REMITENTE

GARCÍA & ASOCIADOS ABOGADOS, S.L.P.
(en nombre y representación de
VANGUARD URBAN GROUP, S.L.)

DESTINATARIO

Dña. Daniela Costa
La Santa Massa Café & Bakery

Fecha	13 de octubre de 2024
Hora	10:42
Nº de hojas	2 (incluida ésta)

ASUNTO: CONVOCATORIA DE REUNIÓN – PROYECTO DE REHABILITACIÓN URBANA

Estimada Sra. Costa,

Por medio del presente, en nombre y representación de VANGUARD URBAN GROUP, S.L. (en adelante, "Vanguard"), le comunicamos que, en el marco del proyecto de rehabilitación y revalorización urbana que nuestra representada tiene previsto desarrollar en el entorno de la calle Tamarit, 119 de Barcelona, consideramos de interés mantener una reunión con usted a fin de tratar los siguientes puntos:

1. Situación actual del inmueble y del negocio.
2. Posibles vías de colaboración.
3. Condiciones económicas y opciones de futuro.
4. Cualquier otra cuestión de interés para ambas partes.

En virtud de lo anterior, le convocamos a una reunión presencial que tendrá lugar el próximo

21 DE OCTUBRE DE 2024, A LAS 18:30 HORAS,

en nuestras oficinas.

Agradeceremos nos confirme su asistencia antes del día 17 de octubre de 2024, a fin de poder organizar correctamente la reunión.

Quedamos a la espera de su confirmación.
Atentamente,

GARCÍA & ASOCIADOS ABOGADOS, S.L.P.
En nombre y representación de VANGUARD URBAN GROUP, S.L.

ACUSE DE RECIBO

Destinatario: _____

Fecha: _____

Firma: _____

Ocho días, solo ocho días.

—¿Qué pone? —preguntó Inés.

—Reunión oficial con Vanguard.

—Qué romántico —ironizó su amiga.

—Quieren negociar otra vez.

Inés miró el papel.

—¿A las seis y media de la tarde? Quieren destruirte después de la jornada laboral.

Daniela dejó escapar el aire lentamente.

—Pues que lo intenten.

Aunque en realidad empezaba a ponerse nerviosa de verdad. Hasta ese momento, todo había sido emails, cartas, abogados…, pero una reunión cara a cara ya era otra cosa.

Qué ilusión… encima habrían leído el correo electrónico que ella había enviado días atrás. Cerró los ojos y suspiró.

La puerta volvió a abrirse en ese momento y Daniela levantó la vista instintivamente.

Ahí estaba él, el hombre del traje con su abrigo oscuro, su camisa impecable y su cabello ligeramente despeinado por el viento, acompañado de esa expresión tranquila que empezaba a afectar seriamente a su cerebro.

Inés vio inmediatamente cómo Daniela se tensaba un poco y sonrió maliciosamente, como el mismísimo demonio.

—Uy…

—Cállate —la amenazó Daniela.

—Tu ejecutivo favorito ha llegado.

—No es mi ejecutivo favorito.

—Todavía.

—Puede ser un comercial… —susurró Daniela.

—¿Con ese abrigo, ese traje y ese reloj? Lo dudo.

Él caminó hacia la barra observando el caos de la cafetería con una pequeña sonrisa divertida.

—Veo que la revolución está funcionando.

—Nos estamos radicalizando rápidamente —comenzó ella, alzando las cejas.

—Lo sospechaba.

Sus ojos bajaron un segundo al burofax abierto junto a la caja y Daniela habría jurado que una sombra de diversión había cruzado su cara.

—¿Lo de siempre? —preguntó ella, intentando ignorar el hecho de que aquel hombre seguía viéndose indecentemente bien incluso rodeado de caos panadero.

Pero él negó suavemente.

—Hoy voy a cambiar.

Daniela levantó una ceja.

—Qué arriesgado.

Él miró la pizarra de nombres absurdos y entonces sonrió lentamente.

Oh, no, esa sonrisa era peligrosa.

—Quiero un "Capitalismo relleno de crema".

Inés tuvo que girarse inmediatamente para no empezar a reírse delante de él.

Daniela lo miró fijamente.

—No puedes pedir eso.

—¿Por qué?

—Porque es ofensivo para el movimiento revolucionario —pronunció seria.

—Vaya —ladeó su cabeza—, mi intención es integrarme.

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—Pareces un infiltrado.

A él se le escapó una risa.

—Prometo consumir de forma responsable.

—Eso diría un ejecutivo.

—Qué acusación tan grave —pronunció él con voz grave, aunque acabó sonriendo.

Daniela seguía mirándolo con los brazos cruzados mientras él mantenía esa calma divertida tan irritante.

—Vale —dijo finalmente ella—. Un "Capitalismo relleno de crema" para el señor del traje y reloj caros.

—Gracias.

—¿Algo más?

Él fingió pensarlo.

—Quizá un café suficientemente fuerte para sobrevivir a una revolución vecinal.

—Eso sube un euro.

—Me parece justo.

Él se marchó hacia su mesa habitual junto a la ventana mientras Inés se acercaba inmediatamente a Daniela.

—¿Te das cuenta de que coqueteáis como si fuerais dos jovenzuelos?

—No estamos coqueteando.

—Daniela, acaba de pedir literalmente un "Capitalismo relleno de crema" mirándote fijamente.

Ella cogió una taza demasiado rápido.

—Voy a hacer el café.

—Porque estás nerviosa.

—Porque tengo trabajo.

—Porque tiene voz de desabrochar botones lentamente.

Daniela señaló la cafetera exprés como si fuera un arma.

—Te juro que voy a tirarte esto a la cabeza como no te calles.

Preparó el café intentando ignorar la sonrisa de él, la manera en que la miraba y el hecho terrible de que probablemente era el único hombre del mundo capaz de pedir un cruasán ofensivo y sonar atractivo haciéndolo.

Cuando llevó el desayuno a la mesa, él apartó el móvil inmediatamente, como si realmente le interesara más hablar con ella.

Daniela dejó la taza frente a él.

—Aquí tienes tu traición capitalista al movimiento.

—Gracias.

Él observó el cruasán unos segundos.

—Debo decir que esperaba algo más capitalista.

—¿Cómo exactamente?

—No sé, más caro, más pretencioso. Quizá servido sobre una piedra pizarra absurda.

Daniela soltó una risa.

—Eso lo hacen las cafeterías que destruyen barrios.

—Terrible gente.

—Son lo peor —le dio la razón.

Él levantó ligeramente la taza.

—Brindo por vuestra resistencia, pero ¿contra qué es, exactamente?

Hubo una pequeña pausa.

—Contra los hombres con demasiado dinero y vocabulario empresarial —respondió ella rápidamente y sonrió.

Él dio otro sorbo al café sin apartar la mirada de ella y, sinceramente, aquello empezaba a ser un problema. No la miraba de una forma incómoda ni intensa. Era peor: parecía que realmente le gustaba escucharla hablar.

Daniela se removió ligeramente de pie junto a la mesa mientras él dejaba la taza sobre el plato.

—¿Qué? —preguntó ella al notar que seguía observándola.

Él bajó la vista hacia sus manos apoyadas sobre la bandeja.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —preguntó tranquilamente.

Daniela levantó una ceja.

—Depende de lo personal que sea.

Una pequeña sonrisa apareció en su boca, luego miró discretamente hacia los lados, como si estuviera a punto de compartir información de estado.

—¿Puedo invitarte a cenar alguna noche?

Daniela se quedó completamente quieta. Su cerebro hizo un ruido extraño al cortocircuitar. ¿Qué?

Él seguía observándola tranquilamente, esperando, y ella notó inmediatamente el calor subiéndole por el cuello.

Madre de Dios.

—¿Te estás sonrojando? —preguntó él suavemente.

—No.

—Interesante.

—No me estoy sonrojando —protestó ella.

—Claro.

Daniela intentó recomponerse mientras sujetaba la bandeja, como si esta pudiera darle estabilidad emocional.

Él apoyó un codo sobre la mesa, sin dejar de mirarla.

—Ese tal Sergi que mencionaste ayer… no es nadie para ti, ¿no?

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—No. Eso… está acabado.

Algo en su expresión se relajó un poco, así que volvió a repetirlo con total calma, como si no acabara de desordenarle las neuronas momentos antes.

—Entonces me gustaría invitarte a cenar —se reafirmó.

Daniela abrió la boca y la volvió a cerrar. Sinceramente… ¿cómo respondía una persona normal a un hombre así? Y encima con esa voz.

Se removió un poco nerviosa y miró instintivamente hacia atrás. Grave error, porque Inés estaba junto a la cafetera industrial con la mandíbula completamente desencajada, escuchándolo absolutamente todo.

En cuanto Daniela la miró, Inés empezó a mover la cabeza efusivamente, como una desequilibrada.

Sí.

Sí.

Sí.

DI QUE SÍ.

Daniela quiso morirse y volvió a mirar al hombre del traje.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

Aquello pareció divertirle muchísimo.

—Puedes llamarme Adri —dijo, cruzando los dedos de sus manos.

Madre de Dios.

Daniela asintió intentando parecer una persona funcional. No lo estaba consiguiendo demasiado, así que él sonrió otra vez.

—Entonces… ¿te parece bien? —insistió él.

Ella tragó saliva.

—Sí —dijo directamente.

La sonrisa de él cambió un poco, se tornó más suave, y eso fue todavía peor.

—Perfecto —dijo él, totalmente relajado. Daniela seguía sintiendo el corazón completamente desorganizado—. Podemos ir al

restaurante de aquí cerca cuando acabes tu jornada. Hacen buenas tapas. O, si lo prefieres, podemos ir a algún sitio más…

Ella lo interrumpió rápidamente antes de que dijera algo tipo "restaurante de lujo solo apto para unos pocos bolsillos".

—El bar está bien.

La sonrisa volvió inmediatamente.

—Vale.

Él parecía absurdamente satisfecho con esa respuesta.

—¿A qué hora te iría…?

Pero Daniela ya se estaba girando, necesitaba alejarse inmediatamente antes de que el cerebro le explotara.

—Un momento —dijo señalando hacia la barra—. Tengo trabajo.

Literalmente huyó.

Él la observó alejarse atravesando la cafetería mientras una sonrisa lenta aparecía en su cara.

Daniela llegó hasta la cafetera exprés respirando demasiado rápido e Inés apareció automáticamente agarrándola de ambos brazos.

—¿Vas a tener una cita con el hombre sexy del traje?

—Cállate.

—El empotrador…

—Inés… —le llamó la atención, ya que su amiga parecía emocionadísima.

—¿Has visto cómo te miraba?

Daniela se tapó la cara con ambas manos.

—Creo que voy a vomitar.

—No vas a vomitar, lo que tienes que hacer es comprarte algo bonito...

—No sé qué hacer —gimió desesperada, escondiéndose bajo la barra.

Inés la zarandeó un poco.

—Vas a salir con el ejecutivo sexy y luego vas a contarme absolutamente todo.

Daniela apartó las manos de la cara lentamente y automáticamente miró hacia la mesa junto a la ventana.

Él seguía allí, observando en su dirección, aunque, por suerte, desde allí el mostrador no le daba el ángulo total para verla por completo.

Daniela seguía quieta y, de pronto, le dio un ataque de realidad. Llevaba el moño medio deshecho, el delantal lleno de harina, las ojeras de abrir la cafetería a las seis de la mañana y probablemente olía a café tostado y a estrés psicológico.

Se miró rápidamente de arriba abajo y suspiró.

Madre de Dios.

Luego, se armó de valor y volvió a la mesa donde él esperaba respuesta.

—Hoy no puedo —dijo más relajada.

Él levantó una ceja.

—¿No?

—Tengo cosas que hacer.

Mentira.

Iba a llegar a casa y, probablemente, sufrir un colapso nervioso pensando en él, pero eso no hacía falta explicarlo.

Él la observó unos segundos más.

—¿Y mañana? —preguntó con toda la calma del mundo. Daniela se quedó quieta otra vez, sin poder reaccionar. Él la miró de la cabeza a los pies y ladeó su cabeza con una leve sonrisa—. Daniela —repitió él suavemente—, ¿te va bien que mañana vayamos a cenar?

El corazón le dio un golpe completamente ridículo porque, de repente, aquello sonaba mucho más real.

—Sí —acabó respondiendo casi sin voz.

La sonrisa que apareció en su cara hizo que algo dentro de Daniela dejara de funcionar correctamente.

—Perfecto. —Ella seguía completamente bloqueada mientras él se levantaba tranquilamente de la silla—. Pasaré a buscarte cuando cierres.

Daniela simplemente asintió, sin poder decir nada. Claramente, había perdido la capacidad del habla.

Él sonrió otra vez y ella quedó desarmada por completo al verlo sonreír.

Adrián cogió el móvil de la mesa, lo guardó dentro del bolsillo del abrigo y la rodeó lentamente para dirigirse hacia la barra.

El perfume le llegó un segundo al pasar junto a ella y sí, Inés tenía razón, olía peligrosamente bien.

Daniela permaneció quieta en mitad de la cafetería, intentando recordar cómo respirar mientras él se acercaba a la caja.

—¿Me cobras? —preguntó él mirando a Inés.

Ella estaba, literalmente, babeando.

—Claro —respondió demasiado rápido.

Inés le dio el cambio sin dejar de observarlo, como si estuviera viendo un documental de *National Geographic* sobre hombres demasiado atractivos.

—Gracias.

Luego él volvió a mirar hacia Daniela y otra vez mostró esa sonrisa tranquila.

—Hasta mañana.

Daniela tardó un segundo entero en reaccionar.

—Hasta… mañana.

Y lo vio marcharse calle abajo a través de la cristalera, con ese porte elegante suyo, las manos en los bolsillos, el abrigo moviéndose ligeramente mientras caminaba entre la gente de Sant Antoni, como si el Universo entero estuviera perfectamente organizado para él.

Qué rabia daba.

Y qué guapo era.

—¡Depílate!

Daniela dio un brinco tan fuerte que casi tiró una taza.

—¡Joder, Inés!

Inés salió disparada de detrás de la barra, agarrándola por los hombros.

—Es muy importante.

—No va a pasar nada.

—Daniela, por favor. Ese hombre te mira como si quisiera arrancarte la ropa con educación.

—¡Baja la voz!

Marcos empezó a reírse desde la zona de la cafetera exprés.

—Yo solo digo que se veía desde el primer día —comentó este.

Inés asintió exageradamente.

—Está completamente loco por ti.

Y entonces empezó a dar pequeños saltitos, agarrándole el brazo.

—¡Vas a tener una cita con el ejecutivo sexy! ¡Una cita!

Daniela consiguió soltarse finalmente mientras se removía nerviosa.

—No es para tanto.

—¿Cómo que no es para tanto? —gritó Inés escandalizada—. Daniela, ese hombre parece salido de una fantasía sexual.

Ella se tapó media cara con la mano, muerta de la vergüenza.

—¿Qué vas a ponerte? —preguntó Inés inmediatamente.

Daniela abrió la boca, pero no le salía nada, seguía sin poder reaccionar.

—¿Daniela? —Ella no respondió—. ¿Daniela? —insistió.

Ella seguía mirando la puerta por donde él acababa de salir.

Inés la agarró otra vez por los brazos y empezó a zarandearla.

—¡Reacciona!

—¡No lo sé! —acabó, agobiada.

—¡Piensa en los conjuntos!

—Algo normal.

—¿Normal cómo?

Daniela se pasó una mano por el pelo, completamente alterada.

—Pues… no sé… algo sencillo, vamos al bar de aquí al lado.

Inés la miró como si acabara de insultar personalmente a la feminidad.

—Escúchame atentamente. Ropa interior bonita.

—Inés...

—De encaje.

—No.

—Eso les gusta muchísimo.

Daniela dejó caer la frente sobre la barra.

—Voy a encerrarte en el almacén.

—Y perfume bueno. Importantísimo —la señaló con el dedo.

—No pienso acostarme con él —pronunció entre dientes.

Inés soltó una carcajada.

—Claro. Y yo no pienso mirar el culo del camarero nuevo del bar de la esquina.

Marcos levantó la mano.

—Yo sí lo pienso mirar.

—Este local es un infierno —murmuró Daniela, desquiciada.

Inés volvió a agarrarle la cara entre las manos, con dramatismo.

—Daniela Costa. Escúchame bien. Mañana vas a cenar con un hombre que parece cobrar por respirar. Depílate y ponte ropa sexy.

Daniela cerró los ojos lentamente y asintió solo para que su amiga se callase.



7

Daniela cerró la puerta de su piso con la espalda y soltó el bolso sobre el sofá nada más entrar.

Silencio, por fin. Después del caos de La Santa Massa, del TikTok del cruasán revolucionario y de sufrir un micro infarto cada vez que Adri sonreía… necesitaba cinco minutos de paz mental.

No los consiguió, porque en cuanto miró hacia el pequeño salón de su piso vio la mochila y recordó que al día siguiente tenía una cita, una cita real con un hombre absurdamente atractivo, con voz grave y que llevaba traje incluso para respirar.

Perfecto.

—Madre de Dios —murmuró, dejando caer la cabeza hacia atrás.

Su piso seguía siendo pequeño, cálido y un poco caótico. El salón y la cocina prácticamente se mezclaban, había libros apilados junto a la televisión, una manta mal doblada sobre el sofá y una planta medio moribunda que sobrevivía únicamente por intervención divina y, aun así, era suyo.

Caminó directamente hacia la habitación y abrió el armario acelerada, luego se quedó mirándolo en silencio, como si esperara que la ropa solucionara sola el problema.

No ocurrió.

—Vale —murmuró—. No voy a ponerme nerviosa por un hombre… muy atractivo. —Tragó saliva—. Ridículamente atractivo.

Abrió más el armario y entonces empezó el desastre de verdad.

Primero sacó un vestido negro. Aquello era demasiado. Luego, unos vaqueros. Demasiado normales. Una falda. No, ni de broma. No sabía caminar con estabilidad llevando tacones y falda al mismo tiempo.

Empezó a lanzar ropa sobre la cama mientras hablaba sola.

—No quiero parecer demasiado arreglada, pero tampoco quiero que parezca que acabo de salir de una cafetería.

Arrojó sobre la cama una camiseta negra y un jersey *beige*.

—Aunque él irá con traje, seguro. —Arrojó otro vestido—. Claro que irá con traje. Ese hombre probablemente duerme planchado con el dichoso traje.

Acabó sentándose en la cama, rodeada de ropa, mientras contemplaba el desastre. Y entonces lo vio.

Los pantalones negros y una camiseta naranja de manga larga con escote cuadrado.

Simple y bonita. Le quedaba muy bien y no parecía que estuviera intentando impresionarlo demasiado, aunque claramente sí quería impresionarlo un poco, solo un poco.

—Vale… esto puede funcionar.

Sacó también unos zapatos negros de tacón medio y los dejó sobre la cama mientras imaginaba automáticamente a Adri apareciendo delante de la cafetería al día siguiente, con el abrigo y el traje, acompañado siempre de aquella sonrisa tranquila y esa forma suya de mirarla que hacía que se olvidara de pensar correctamente.

Daniela se dejó caer un segundo sobre la cama, tapándose la cara con ambas manos.

—Estoy perdiendo la cabeza.

Aun así, volvió a coger la ropa cuidadosamente, la dobló bien y preparó una mochila pequeña con la camiseta, los pantalones, los zapatos, algo de maquillaje y perfume. Sí, iba a cambiarse allí, en su cafetería, antes de la cita. No pensaba aparecer delante de aquel hombre oliendo a café, harina y estrés laboral.

Dejó la mochila junto a la puerta y entonces recordó algo importantísimo que le había dicho Inés: "Depílate".

Daniela cerró los ojos lentamente.

—Odio que tenga razón.

Fue al baño arrastrando los pies mientras cogía la crema depilatoria del armario. Pocos minutos después, estaba frente al espejo del baño con una camiseta vieja enorme y expresión de derrota existencial mientras empezaba a extenderse la crema por las piernas.

—No va a pasar nada —murmuró—. Pero mejor estar preparada.

Porque, sinceramente, si aquel hombre volvía a mirarla al día siguiente como la había mirado ese día, las probabilidades de conservar la dignidad eran bajísimas.

Daniela estaba empezando a sospechar seriamente que el barrio entero había perdido la cabeza. Cada vez que alguien pasaba delante de La Santa Massa alzaba el puño, literalmente, como si estuvieran entrando en una revolución francesa.

Un hombre mayor pasó frente a la cafetería aquella mañana, levantó el puño solemnemente hacia la pancarta y gritó:

—¡Resistid!

Daniela parpadeó.

—¿Qué está pasando?

Inés levantó la vista desde la cafetera exprés.

—Te has convertido en el símbolo de la clase obrera.

—No quiero esa responsabilidad.

Una señora con un carrito de la compra pasó justo entonces y también levantó el puño.

—¡No os rindáis!

Daniela acabó soltando una risa incrédula.

—Esto empieza a ser surrealista.

Carla apareció prácticamente corriendo desde la puerta con el móvil en la mano.

—¡He aprobado!

—¿Qué? —preguntó Daniela.

—¡El examen de ayer!

Daniela abrió los brazos inmediatamente.

—¡Muy bien!

Carla casi se estampó contra ella al ir a abrazarla.

—Y además he hecho publicidad de la cafetería por toda la facultad. —Inés levantó una ceja—. Mis compañeros vienen esta tarde.

—¿Cuántos compañeros exactamente? —preguntó Daniela con miedo real.

Carla sonrió ampliamente y se encogió de hombros.

—Bastantes.

—Define "bastantes".

—Bueno…

—Carla.

—Quizá unas treinta personas.

Daniela cerró los ojos lentamente.

—Voy a necesitar más café —susurró.

—Y más cruasanes —añadió Carla, orgullosa—. Además, las visualizaciones del vídeo siguen subiendo muchísimo.

Le enseñó el móvil con más comentarios y más compartidos, así como más gente usando *hashtags* del cruasán revolucionario.

Daniela seguía sin entender cómo demonios había acabado liderando una protesta urbana con bollería.

—¿Quieres que encargue camisetas? —preguntó Carla completamente seria.

—No.

Inés levantó una mano.

—Yo compraría tres.

—No vamos a convertir esto en una tienda de *merchandising*.

—Ya he mirado proveedores —admitió Carla.

Daniela la miró sorprendida.

—¿Cuándo has tenido tiempo?

—La revolución no duerme.

—Mesa cuatro —gritó Marcos desde el fondo—. Y alguien ha pedido dos cafés "con rabia contra el capitalismo".

—Marchando.

La cafetería seguía completamente llena mientras el ruido de platos y conversaciones inundaba el local.

Carla salió entonces fuera con el móvil levantado.

—¿Qué haces? —preguntó Daniela.

—Contenido para nuestra causa.

Eso no era buena señal.

Daniela e Inés la observaron desde dentro mientras Carla empezaba a grabarse frente a la pancarta con expresión épica.

—Día tres luchando contra millonarios inmobiliarios —declaró mirando a cámara—. La revolución panadera sigue viva. —Luego hizo un zoom dramático hacia el cruasán haciendo la peineta—. El pueblo no se rinde.

Daniela se quedó mirándola.

—Esta chica necesita supervisión adulta.

—Demasiado tarde —respondió Inés—. Ya es toda una *influencer* revolucionaria.

Carla siguió grabando, completamente metida en el personaje.

—Aquí defendemos los negocios pequeños, la mantequilla y el derecho humano a desayunar sin pagar doce euros por una tostada minimalista.

Un hombre que pasaba por la calle levantó el puño.

—¡Así se habla!

Daniela empezó a reírse y se apoyó sobre la barra.

—No puedo creer que esta sea mi vida ahora.

Inés sonrió.

—Al final te va a llamar la televisión.

Daniela negó inmediatamente con la cabeza.

—Ni de broma.

La puerta se abrió justo entonces y automáticamente Daniela dejó de reírse porque ahí estaba él. Adri, con su abrigo oscuro, el traje impecable y esa calma elegante suya que empezaba a provocar alteraciones hormonales importantes. Estaba observando a Carla con una sonrisa y luego negó con la cabeza.

—Buenos días —saludó, entrando.

—Uy —murmuró Inés inmediatamente—. Ya te has puesto nerviosa.

—No estoy nerviosa.

—Claro.

Daniela iba a responder algo cuando Inés le limpió de pronto la mejilla con el pulgar.

—Tienes harina aquí.

—¿Qué?

—Y cara de querer casarte.

—Inés…

Adri ya estaba frente al mostrador observando los cruasanes expuestos con una sonrisa divertida, y sí, Daniela notó inmediatamente cómo el corazón le hacía cosas raras.

Las dos lo miraron desde detrás de la barra, Inés con mirada de fan y Daniela intentando parecer normal, aunque no lo estaba consiguiendo demasiado.

—Buenos días. ¿Qué quieres hoy? —preguntó ella.

Él fingió pensarlo mientras observaba la pizarra de nombres absurdos.

—Creo que hoy probaré el "Necesito estabilidad emocional".

Daniela soltó una pequeña risa.

—Ese es de chocolate.

—Perfecto. Me representa. Últimamente tengo mucho estrés.

—¿Laboral?

Una pequeña sonrisa apareció en su boca.

—Digamos que sí.

Daniela señaló el cruasán.

—Este viene con ganas de mudarte al campo.

—Muy tentador.

Ella seguía mirándolo demasiado fijamente otra vez y, peor aún, el parecía encantado con ello.

—Mi objetivo es probarlos todos —añadió él.

Inés tuvo que girarse inmediatamente porque estaba a punto de reírse demasiado fuerte.

—¿Todos? —preguntó Daniela.

—Sí. Me gusta apoyar pequeños negocios revolucionarios.

—Qué solidario por tu parte.

—Intento poner mi granito de arena.

Daniela se mordió ligeramente el interior de la mejilla intentando no sonreír demasiado. Sinceramente, aquello ya parecía una cita

incluso antes de la cita.

Él acabó marchándose hacia su mesa habitual mientras Daniela empezaba a preparar el café.

E, inmediatamente, Inés apareció pegándose a su lado.

—Te mira fatal.

—¿Fatal?

—Sí —susurró situándose a su lado, fingiendo que secaba unos vasos—. Como si quisiera arrancarte la ropa con modales…

Daniela casi derramó el café.

—¿Puedes dejar de decir barbaridades durante cinco minutos?

—No.

—Estoy trabajando.

—Y él está enamorándose.

Daniela negó con la cabeza, intentando concentrarse en la cafetera industrial.

—No exageres.

Inés se acercó un poco más.

—Pregunta importante.

Daniela ya sabía lo que venía.

—No.

—¿Te has depilado?

Ella cerró los ojos lentamente.

—Inés…

—Es una pregunta legítima.

—No pienso hablar de esto aquí.

—Eso es un sí.

Daniela suspiró derrotada.

—Sí.

Inés levantó ambos puños victoriosa.

—Esa es mi chica —rio.

—Baja la voz o me tiro por la ventana.

—Sabía que al final me harías caso —reaccionó emocionada, luciendo una risita traviesa al final.

Daniela negó completamente avergonzada mientras colocaba la taza de café en la bandeja.

—No va a pasar nada.

Inés sonrió lentamente.

—Claro, claro… —continuó Inés apoyándose sobre la barra mientras Daniela removía el café demasiado rápido—. Tú sigue fingiendo que no has pensado en él quitándose lentamente el reloj con esa voz grave.

Daniela cerró los ojos.

—Voy a denunciarte —pronunció con los dientes apretados.

—Pero dime que no te lo has imaginado —insistió. Daniela resopló e Inés abrió mucho los ojos—. Oh, Dios mío, te lo has imaginado.

—¡No!

—Daniela, literalmente estás roja como un tomate.

—Hace calor.

—Estamos en octubre.

—Pues calor otoñal.

Inés empezó a reírse mientras Daniela intentaba montar la bandeja sin perder la compostura.

—Además —continuó Inés—, ese hombre tiene pinta de besar despacio y sensual.

Daniela casi dejó caer una cucharilla.

—¿Puedes parar?

—No.

—Estoy trabajando.

—Y él debe de estar pensando en arrancarte esos pantalones negros que vas a ponerte esta noche. —Daniela cogió el plato del cruasán inmediatamente, lo depositó sobre la bandeja y comenzó a salir de la barra—. Huye, sí.

—Necesito silencio.

—Necesitas preservativos.

—¡Inés!

Marcos empezó a atragantarse de risa desde la otra punta de la cafetería.

Daniela se dirigió casi a la carrera hacia la mesa junto a la ventana, con la bandeja entre las manos.

Adri la vio acercarse y sonrió otra vez. ¿Qué necesidad había de tener esa sonrisa?

—Tu estabilidad emocional —dijo ella, dejando el plato frente a él.

—Gracias.

—Aunque no garantizamos resultados terapéuticos.

—Lo imaginaba.

Ella dejó también la taza de café sobre la mesa mientras él seguía observándola con esa tranquilidad suya tan irritante.

—Pareces nerviosa hoy —comentó él.

Daniela casi se rio de puro estrés.

—¿Yo?

—Sí.

—Eso es porque tengo una cafetería llena hasta los topes y una revolución vecinal en marcha.

Aquello le arrancó una risa de inmediato.

—Parece mucho para una sola mañana.

—Muchísimo.

Él dio un sorbo al café sin dejar de mirarla y luego dijo tranquilamente:

—He reservado mesa para esta noche.

Daniela pestañeó.

—¿Reservado?

—Sí.

—Pero no hace falta reservar ahí.

Él levantó ligeramente una ceja.

—¿No?

—No, me conocen. Si vamos un poco antes, seguro que nos hacen hueco.

Él se encogió de hombros.

—Prefiero reservar. Es a lo que estoy acostumbrado.

Daniela lo miró un segundo.

"Claro, este hombre seguro que va a restaurantes donde te sirven cosas diminutas sobre piedras negras y necesitas reservar con tres meses de antelación", pensó.

—Bueno —murmuró ella—. Muy organizado por tu parte.

—Intento impresionar a la líder revolucionaria. —Ella apretó los labios intentando no ponerse roja como un tomate y él sonrió otra

vez antes de mirar hacia la vitrina de cruasanes—. Tengo curiosidad por uno.

Daniela se giró hacia atrás.

—¿Qué lleva exactamente el cruasán "Que le den a Vanguard"?

—Bacon crujiente, cheddar fundido y cebolla caramelizada.

Él la miró unos segundos.

—Qué agresivo.

—Era la idea.

—¿Y por qué ese nombre exactamente?

Ella se cruzó de brazos.

—Porque provoca acidez.

Él soltó una risa mucho más abierta esta vez y, sinceramente, Daniela sintió un pequeño vuelco absurdo en el estómago.

—Mañana lo probaré.

Él seguía mirándola como si realmente estuviera disfrutando muchísimo de aquella conversación.

—Bueno —dijo ella finalmente—. Tengo que volver a trabajar antes de que Inés venda *merchandising* ilegal del cruasán revolucionario.

—Claro —asintió él.

Ella empezó a alejarse.

—Hasta luego, Adri.

La forma en que él levantó la vista al escuchar su nombre hizo que el corazón le diera otro golpe estúpido en el pecho.

—Hasta luego, Daniela.

Volvió rápidamente hacia la barra y, en cuanto llegó, Inés se lanzó sobre ella.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

—Daniela…

—Ha reservado en el bar.

Inés abrió la boca y luego empezó a dar pequeños saltitos.

—¡Ha reservado!

—Por favor, deja de hacer eso.

—¡Eso es muy romántico!

Daniela empezó a servir otro café, intentando parecer indiferente, aunque no lo estaba consiguiendo.

—No es para tanto.

—Daniela, ese hombre claramente quiere empotrarte.

Daniela resopló.

—Inés.

—Y, sinceramente, si yo fuera tú, también querría.

—En una de estas te juro que te despido —dijo, mirándola con los labios apretados.

—Pero, como te has depilado, entiendo que sí que quieres —acabó encogiéndose de hombros, obviando la amenaza de su jefa. Entonces empezó a mover los brazos emocionadísima—. Wiii.

Daniela se tapó media cara con la mano mientras seguía sirviendo café y decidió ignorarla. Era más seguro para todos.

—Estás muy loca —le susurró mientras dejaba otro café sobre una bandeja.



8

—¡No pienso contarte nada obsceno mañana! —protestó Daniela desde la trastienda mientras intentaba ponerse el pendiente correctamente delante del pequeño espejo.

—Eso lo dices ahora —respondió Inés desde fuera—. Luego ya veremos.

Daniela resopló.

La trastienda de La Santa Massa era pequeña y caótica, llena de cajas, bolsas de harina, servilletas apiladas y un perchero improvisado donde ahora colgaba su ropa del día.

El resto de empleados ya estaba terminando de recoger mientras ella intentaba transformarse de dueña agotada de cafetería a mujer funcional capaz de tener una cita con un hombre peligrosamente atractivo y, sinceramente, la presión era innecesaria.

Miró otra vez su reflejo.

Los pantalones negros le quedaban muy bien. La camiseta naranja, ajustada y con escote cuadrado, hacía que sus ojos claros resaltaran todavía más, y los tacones le daban un punto elegante sin parecer exagerada… o eso esperaba. Porque si Adri aparecía, como siempre, con un traje impecable y aquella cara de pecado financiero, ella iba a sentirse como una croqueta emocional.

—¿Sigues viva? —preguntó Marcos desde fuera.

—Más o menos.

Inés apareció entonces en la puerta de la trastienda y se quedó mirándola con interés.

—Mírala ella, qué mona.

Daniela puso los ojos en blanco mientras terminaba de recogerse parte del pelo en una coleta baja un poco despeinada.

—No empieces.

—Ese hombre va a perder completamente la cabeza cuando te vea.

—Solo vamos a cenar.

—Sí, claro, y el Titanic era una excursión acuática.

Daniela empezó a maquillarse un poco más rápido para no escucharla. Nada exagerado, solo algo de colorete para no parecer una persona que acababa de sobrevivir a una dura jornada laboral.

Cuando terminó, se quedó observándose un segundo más frente al espejo.

Vale, estaba decente. No espectacular, pero seguía pareciendo ella, y eso la tranquilizó un poco.

Cogió el bolso, dejó la mochila con la ropa sucia en una esquina de la trastienda y, finalmente, apagó las últimas luces.

—Bueno —dijo saliendo ya hacia la cafetería vacía—. Fuera todos.

Inés sonrió lentamente mientras se acercaba a ella.

—Mañana quiero horarios, detalles, si os besáis, si te toca la cintura, si…

—Buenas noches, Inés.

—Y si…

Daniela empezó a empujarla hacia la puerta.

—Adiós.

—¡Lleva preservativos!

—¡Vete ya!

Marcos estaba muriéndose de risa mientras salían.

—Disfruta de la cita, jefa.

—Gracias por absolutamente nada.

Finalmente, se quedó sola, aunque esta vez el silencio se sentía diferente. Más nervioso.

Daniela respiró hondo antes de salir.

Por suerte, ya no llovía, aunque la calle seguía húmeda y brillante bajo las luces nocturnas de Sant Antoni, con el cielo completamente nublado y ese aire fresco típico de octubre en Barcelona.

Empezó a bajar la persiana de La Santa Massa lentamente y, entonces, lo vio al final de la calle.

Adri venía caminando hacia ella con el abrigo oscuro abierto y las manos en los bolsillos y, en cuanto la vio luchando con la persiana, aceleró ligeramente el paso.

Daniela sintió inmediatamente el corazón haciendo cosas estúpidas.

Madre de Dios.

—Espera —dijo él, acercándose—. Te ayudo.

Su voz sonó todavía más grave en la calle casi vacía.

Él agarró uno de los lados de la persiana y entre los dos terminaron de bajarla rápidamente.

—Gracias.

—Empiezo a pensar que esta persiana es vuestro verdadero enemigo.

Daniela soltó una risa y entonces él la miró de arriba abajo, despacio, sin decir absolutamente nada. Y fue peor precisamente por eso, porque Daniela sintió de pronto algo peligroso. Que quizá… solo quizá… Inés tenía razón. Y sí, definitivamente menos mal que se había depilado.

Él volvió a levantar la vista hacia ella lentamente y la pequeña sonrisa que apareció en su rostro hizo que el corazón le latiera todavía más rápido.

—Estás muy guapa.

Daniela olvidó respirar durante aproximadamente dos segundos.

—Gracias.

Perfecto, respuesta brillante, intelectual e impactante.

Él seguía mirándola con esa calma tranquila que la desestabilizaba.

—¿Qué tal el día?

Ella consiguió recuperar algo de funcionalidad cerebral mientras se colgaba mejor el bolso al hombro.

—Bien. Mucho trabajo.

—Eso es bueno.

—Sí, aunque creo que accidentalmente hemos empezado un movimiento político basado en cruasanes.

Él soltó una risa.

—He visto gente haciéndose fotos con la pancarta.

—Ya no controlo nada. Se me ha ido de las manos.

—Eso suele pasar en las revoluciones.

Empezaron a caminar juntos calle abajo.

La noche estaba fresca y las calles seguían llenas de luz cálida que escapaba de bares y restaurantes, mientras la gente conversaba en las terrazas bajo las estufas exteriores.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

Daniela lo miró apenas un segundo. Sí, estaba agotada y hambrienta.

—Muchísima.

—Perfecto. Yo también.

Caminaron unos metros más envueltos en un silencio cómodo y otra vez aquello resultó demasiado fácil.

—¿Qué tal tu día? —preguntó ella finalmente.

Él soltó un suspiro, cansado.

—Mucho trabajo y muchas reuniones… demasiadas para mi gusto.

Daniela hizo una mueca.

—Ufff, preferiría morir.

Él sonrió.

—A veces yo también.

—¿Y haces cosas importantes en esas reuniones?

Aquello pareció divertirle.

—Depende de a quién preguntes.

Ella entornó los ojos mientras seguían caminando.

—¿A qué te dedicas?

Él la miró un segundo antes de responder tranquilamente.

—Trabajo en desarrollo urbano.

Daniela no pudo reprimir su respuesta.

—Ufff, eso suena a hombre que usa Excel —bromeó.

La risa de él resonó baja y cálida en mitad de la calle y Daniela tuvo que mirar hacia otro lado para no quedarse completamente embobada.

—No es tan terrible como suena —dijo él.

—Eso significa que sí es terrible —rio ella.

Él se encogió de hombros.

—A veces solo son reuniones largas.

—¿Y tú te sientas ahí voluntariamente, escuchando a gente hablar de gráficos?

—Intento sobrevivir —rio esta vez él.

Daniela sonrió también.

—Ahora mismo solo imagino salas llenas de hombres con café caro diciendo "sinergia".

—Es bastante aproximado a lo que ocurre de verdad.

—Dios mío.

—Aunque intento no usar esa palabra.

Él volvió a reírse mientras doblaban la esquina hacia el pequeño bar de tapas.

El sitio estaba lleno de luz cálida y ruido agradable. Las mesas exteriores seguían ocupadas pese al clima fresco de octubre y dentro se escuchaba el sonido constante de platos, conversaciones y copas chocando.

Daniela levantó un poco la vista hacia el local.

—Te va a gustar este sitio.

—Confío en ti.

Y otra vez el corazón haciendo cosas completamente innecesarias.

Cuando llegaron a la puerta, él se adelantó ligeramente y se la abrió antes de que ella pudiera hacerlo.

Daniela se quedó quieta un segundo, no estaba acostumbrada a eso.

Sergi habría entrado primero y probablemente preguntado si tenían el fútbol puesto.

—Gracias —murmuró, entrando.

El olor a comida recién hecha la golpeó inmediatamente. Bravas, pan tostado, jamón, vino… La Barcelona nocturna en estado puro.

Un camarero levantó la vista desde la barra y reconoció inmediatamente a Daniela.

—¡Hombre! La revolucionaria de los cruasanes.

Daniela sonrió, avergonzada.

—No empieces tú también.

—Mi novia me ha enseñado los vídeos. —El camarero miró entonces a Adrián con interés evidente—. ¿Mesa para dos?

Él asintió tranquilamente.

—Tengo una reserva a nombre de Adri.

—Sí, sí, os acompaño.

Los llevó hacia una mesa un poco apartada al fondo del local, más tranquila, con luz cálida cayendo sobre la madera oscura y, entonces, ocurrió algo completa e innecesariamente atractivo.

Adri apartó la silla para ella. Daniela se quedó parada medio segundo, mirándolo… porque… ¿qué clase de hombre hacía eso todavía?

Él sostuvo la silla tranquilamente, esperando, y ella casi se sintió una señora victoriana.

—Gracias —dijo, sentándose.

—De nada.

Luego él rodeó la mesa y se sentó frente a ella con esa calma elegante tan suya. Se remangó ligeramente la camisa mientras cogía la carta, y Daniela tuvo que obligarse a mirar hacia otro sitio porque Inés iba a acabar teniendo razón en demasiadas cosas.

—A ver —dijo él, levantando ligeramente la carta—. Necesito asesoramiento profesional.

—¿Sobre tapas?

—Confío plenamente en tu criterio gastronómico.

Daniela sonrió un poco.

—Eso es muchísima responsabilidad.

—Estoy dispuesto a asumir el riesgo. —Él apoyó un codo sobre la mesa, mirándola tranquilamente—. ¿Qué me recomiendas? —preguntó—. Quiero algo muy bueno.

Daniela levantó una ceja.

—¿Muy bueno en plan persona promedio o muy bueno en plan hombre que reserva mesas?

Aquello le arrancó otra sonrisa.

—Sorpréndeme.

Ella fingió pensarlo mientras dejaba el bolso junto a la silla.

—Vale. Las bravas son obligatorias.

—Perfecto.

—Luego pan con tomate.

—Eso parece importante aquí.

—Muchísimo.

—Entendido —confirmó él.

Daniela empezó a señalar cosas en la carta.

—Las croquetas también están muy buenas. Y los huevos rotos.

Él seguía observándola mientras hablaba y, de pronto, Daniela se dio cuenta de algo. No estaba nerviosa. Bueno… sí, un poco, pero no incómoda. No tenía que fingir, ni impresionar a nadie, ni pensar demasiado en lo que decía. Simplemente estaba bien allí, y eso le sorprendió más que cualquier otra cosa.

Las bravas estaban genuinamente buenas.

Eso fue lo primero que pensó Daniela después de los dos primeros vinos y media cesta de pan compartida entre los dos, mientras el ruido cálido del bar llenaba el ambiente a su alrededor. Lo segundo que pensó fue que se lo estaba pasando muchísimo mejor de lo que esperaba. Al principio había llegado nerviosa, esperando silencios incómodos, una cita rara o descubrir que aquel hombre solo era atractivo y ya. Pero no. Hablar con Adri era absurdamente fácil.

Las conversaciones iban surgiendo una tras otra mientras compartían tapas, se robaban trozos de pan y discutían sobre si las croquetas estaban sobrevaloradas o no. Claramente, no lo estaban. Daniela no estaba preparada para imaginar un mundo sin croquetas.

—No puedes decir eso en Barcelona —protestó Daniela, señalándolo con la copa de vino.

—Estoy siendo valiente.

—Estás siendo incorrecto.

Él sonrió mientras daba otro sorbo al vino tinto.

La visión de aquel hombre sonriendo bajo la luz cálida debería estar prohibida.

—Entonces, ¿cuál sería tu top tres de tapas? —preguntó él.

Daniela se apoyó un poco sobre la mesa.

—Bravas.

—Clásico.

—Croquetas.

—Acabas de criticar las croquetas —rio él.

—Algunas de ellas, no todas. En general, sigo respetándolas y, para ser sinceros, no sabría vivir sin ellas. Bueno, sin las de setas podría ir tirando…

Aquello le arrancó otra risa.

—¿Y la tercera?

Ella fingió pensarlo sesudamente.

—Pan con tomate cuando está realmente bien hecho.

—Muy catalán por tu parte. —Él la observó unos segundos—. ¿Siempre has vivido aquí?

Daniela asintió.

—Sí. Bueno, nací en Barcelona y siempre he vivido en Sant Antoni.

—Se nota que quieres mucho este barrio.

Aquello le salió completamente natural.

—Claro. Está lleno de vida y de gente auténtica.

Él bajó ligeramente la mirada hacia la copa de vino un instante, como pensando algo.

—Yo vivía en Madrid.

Daniela levantó la vista.

—Ah, ¿sí?

Él asintió.

—Pero me trasladé aquí hace unos meses.

—¿Y qué tal Barcelona?

Una sonrisa traviesa cruzó su rostro.

—Me gusta más de lo que esperaba.

—Eso es porque todavía no has intentado alquilar piso.

Él sonrió.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Y estarás aquí mucho tiempo?

—Sí, bastante.

Aquella respuesta fue sencilla, pero algo en el tono hizo que Daniela sintiera una sensación rara, como si hubiera más detrás de aquella frase, aunque no insistió.

—Madrid me gusta —continuó ella—, he estado varias veces.

—Barcelona parece una ciudad que quiere pasárselo bien incluso cuando todo va mal —comentó él.

—Dímelo a mí con el cruasán peineta… —rio.

Él se quedó observándola mientras hablaba y otra vez tenía aquella mirada tranquila y atenta, como si realmente escuchara cada cosa que ella decía.

—¿Y tú? —preguntó él entonces—. ¿Cómo acabaste quedándote con la cafetería?

Daniela soltó aire lentamente, apoyándose mejor en la silla.

—Fue una locura.

—Eso suele significar una buena historia.

Ella sonrió un poco.

—La antigua dueña quería jubilarse. El local iba fatal, estaba medio vacío y necesitaba muchísimas reformas.

—¿Y aun así te hiciste con el negocio?

—Sí, no soy una persona mentalmente equilibrada, lo sé.

Aquello le arrancó otra risa.

—¿Y qué hiciste?

Daniela empezó a contarle lo de las paredes horribles, las goteras, las mañanas trabajando sola, las veces que creyó que no llegaría a final de mes, cómo empezó cambiando pequeñas cosas, las recetas, las redes sociales y la idea de los desayunos con nombres absurdos y graciosos.

Y mientras hablaba se dio cuenta de algo: le encantaba contarle cosas. Él no la interrumpía, no fingía interés ni miraba el móvil. Simplemente la escuchaba, como si todo lo que decía le importara de verdad.

—Y ahora míralo —dijo él finalmente—. Está lleno todos los días.

Daniela sintió un orgullo cálido en el pecho.

—Sí.

Porque había costado muchísimo remontar el negocio, y escuchar a alguien decirlo así le hizo ilusión.

—Además, ahora lideras una revolución panadera.

Ella soltó una carcajada.

—Todavía no entiendo cómo ha pasado eso.

—Creo que el cruasán ofensivo conectó con la población.

—Es un símbolo del pueblo.

—Sin duda.

Pidieron otra copa de vino y la conversación siguió fluyendo.

—Las mejores películas son las de acción —dijo él—. Sobre todo cuando explotan cosas —rio.

—No entiendo cómo puedes disfrutar viendo coches explotando durante dos horas —insistió Daniela, llevándose la copa de vino a los labios.

Adri apoyó tranquilamente un codo sobre la mesa.

—Es relajante.

—Eso no es relajante. Eso es testosterona audiovisual.

Él soltó una pequeña risa.

—¿Y tus comedias románticas sí son realistas?

—Por supuesto.

—Claro. Gente guapísima enamorándose bajo la lluvia en noventa minutos.

—Eso podría pasar —lo señaló.

Él levantó una ceja.

—Ah, ¿sí?

Daniela sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario y el muy desgraciado sonrió lentamente, como si supiera perfectamente lo que acababa de hacer.

Ella decidió beber vino inmediatamente para recuperar cierta estabilidad emocional.

—Además —continuó ella—, las comedias románticas hacen feliz a la gente.

—Las explosiones también.

—Eso explica muchas cosas sobre los hombres.

—Generalización peligrosa.

—Pero correcta.

Él seguía observándola divertido mientras el camarero dejaba otra pequeña tapa sobre la mesa y otra vez Daniela tuvo esa sensación rara de estar completamente cómoda, como si llevaran mucho más tiempo conociéndose.

—¿Y qué haces cuando no estás salvando cafeterías revolucionarias? —preguntó él entonces.

Ella sonrió.

—Nada espectacular.

—No me lo creo.

Daniela se encogió ligeramente de hombros.

—Me gusta leer. Cocinar cuando no estoy trabajando, aunque eso suena bastante triste. A veces veo películas tirada en el sofá, como una abuela de treinta años.

—Veintisiete —corrigió él automáticamente.

Ella parpadeó.

—¿Cómo sabes mi edad?

Una sonrisa apareció en su boca.

—Lo dijiste una vez.

Madre de Dios. ¿En serio lo había dicho?

Carraspeó y dio un sorbo a su vino mientras pinchaba unas bravas.

—También me gusta caminar por Barcelona —continuó ella, intentando no pensar demasiado en eso—. Ir a mercadillos, desayunar fuera cuando no tengo que servir yo los desayunos… cosas normales.

—Eso suena bastante bien.

—¿Y tú?

Él dio un pequeño sorbo al vino antes de responder.

—Corro bastante. —Daniela lo miró automáticamente de arriba abajo—. Además, me gusta ir a la montaña siempre que puedo.

—¿A la montaña?

Él asintió.

—Sí, escaparme un poco de todo. Caminar, desconectar… respirar aire limpio.

Daniela lo observó unos segundos.

Y otra vez aquella sensación rara, porque no encajaba con la imagen mental que ella tenía de él.

—Últimamente no puedo ir mucho por trabajo —continuó él—, pero en cuanto tenga algo de tiempo libre, volveré.

Daniela apoyó el codo sobre la mesa.

—No te imagino subiendo montañas.

—¿No?

—Te imagino más… no sé… reservando hoteles con spa.

Él volvió a reírse.

—También hago eso a veces.

—Ajá. Ya decía yo.

Entonces él inclinó ligeramente la cabeza hacia ella.

—Podrías venir conmigo algún día.

Daniela se quedó quieta un segundo.

—¿A la montaña?

—Sí.

Ella soltó una carcajada.

—No sobreviviría.

—No es tan terrible.

—Adri, me canso subiendo las escaleras de mi piso.

—Eso es porque no has probado una montaña buena.

—¿Las clasificas?

—Por supuesto.

Daniela negó lentamente con la cabeza y rio.

—Estás completamente loco.

—No las subo corriendo, si eso te preocupa.

—Me preocupan muchísimas cosas de esta conversación.

Él sonrió otra vez.

—Se va poco a poco —explicó tranquilamente—. Hablas, caminas… y luego llegas arriba y todo está en silencio. —Daniela lo observó mientras hablaba y había algo distinto en él en ese momento, algo más relajado—. Además, se respira un aire increíble.

—Eso ha sonado bonito.

—A veces digo cosas bonitas —alzó sus cejas repetidas veces.

—Qué peligroso —bromeó ella.

Él sostuvo su mirada un segundo más.

—Mucho.

Daniela decidió que analizar demasiado aquella mirada era una pésima idea, así que volvió a darle un trago a su vino y dejó que la copa resolviera la emergencia.



9

Durante unos minutos siguieron hablando tranquilamente mientras el bar continuaba lleno de ruido cálido alrededor de ellos. Copas chocando, camareros cruzando entre mesas y conversaciones mezclándose bajo la luz tenue del local.

Daniela se dio cuenta de algo peligroso: no quería que terminara la noche, estaba bien allí, demasiado bien.

Él seguía mirándola con esa atención tranquila que la hacía sentir extrañamente importante.

—Me pareces encantadora —pronunció él de golpe.

Así. Sin más.

Daniela tragó saliva automáticamente mientras sus neuronas colapsaban.

Nadie decía ya cosas así, y menos hombres como él.

Notó calor subiéndole otra vez por el cuello mientras una sonrisa pequeña, involuntaria y tímida aparecía en su boca.

Daniela bajó un segundo la mirada hacia la copa intentando reorganizar sus pensamientos. Él seguía observándola como si realmente quisiera decirlo otra vez.

—Gracias —susurró sin atreverse a mirarlo. Al final, soltó un pequeño suspiro antes de mirar la hora—. Creo que será mejor que nos vayamos o mañana moriré madrugando.

Él asintió lentamente.

—Tienes razón.

Aunque había algo en su expresión que decía claramente que tampoco quería irse todavía.

Hizo un gesto al camarero para pedir la cuenta mientras Daniela buscaba automáticamente el bolso.

—Ni lo intentes.

Ella levantó la vista.

—Puedo pagar mi parte.

—Ya lo sé, pero te he invitado yo.

Daniela abrió un poco más los ojos.

—Adri…

—Ese era el trato.

—Ya, pero…

Él negó suavemente con la cabeza y, sinceramente, hasta para negarse era elegante.

—Déjame invitarte a cenar, Daniela.

La forma tranquila en que dijo su nombre hizo que ella perdiera inmediatamente fuerza argumentativa.

—No tienes por qué pagar todo.

—Quiero hacerlo.

Y lo dijo con tanta naturalidad, con tanta sencillez, que Daniela soltó un pequeño resoplido, entre divertida y resignada.

—Eres extremadamente caballeroso.

Una pequeña sonrisa apareció en su boca.

—Lo tomaré como un cumplido.

Cuando salieron del restaurante, el aire fresco de octubre los golpeó de inmediato.

La calle brillaba húmeda bajo las farolas y el cielo estaba todavía más oscuro que antes. Sí, estaba empezando a llover.

Daniela levantó un poco la vista.

—Perfecto.

En ese mismo momento, empezaron a caer algunas gotas.

Adri la observó un segundo.

—Te llevo.

Ella negó automáticamente.

—No hace falta, de verdad. Voy en autobús.

—Está empezando a llover.

—No pasa nada.

—Daniela… —Maldita voz—. Te dejo en tu puerta y me voy.

Ella abrió la boca para volver a negarse, pero, sinceramente, la idea de meterse en un autobús lleno de gente mientras empezaba a llover ya no le parecía tan buena. Sobre todo porque él seguía mirándola de aquella manera, paciente y tranquilo, como si no tuviera ninguna prisa por verla marcharse.

Al final acabó asintiendo.

—Vale.

La sonrisa que apareció en su cara hizo que el corazón volviera a latirle demasiado rápido.

Caminaron juntos hasta un aparcamiento subterráneo cercano mientras la lluvia empezaba a caer cada vez más fuerte sobre Barcelona.

Adri la condujo hasta un vehículo negro y elegante, de esos coches caros que parecían deslizarse incluso estando aparcados.

—Adri…

Él abrió el vehículo con tranquilidad.

—¿Qué?

—¿Esto cuesta más que mi cafetería?

Aquello le arrancó una risa baja.

—Espero que no.

—Eso no ha sido un no convincente.

Él abrió la puerta para ella otra vez. Seguía siendo absurdamente caballeroso.

Daniela entró al vehículo intentando no parecer impresionada, aunque fracasó estrepitosamente.

El interior era precioso, minimalista y elegante, con los asientos color crema. Además, olía increíble: a limpio, a perfume caro… a él.

Eso era un problema.

Él arrancó el sedán y subió la rampa mientras las gotas golpeaban ya con fuerza el parabrisas.

—¿Tienes coche? —preguntó él.

Daniela negó.

—Tengo carné, pero nunca sentí la necesidad de comprarme uno.

—¿No?

—Barcelona ya me estresa lo suficiente andando.

—Lo entiendo.

—Además, siempre voy en transporte público.

La lluvia golpeaba con fuerza el parabrisas mientras el sedán avanzaba suavemente por las calles mojadas de Barcelona. Daniela intentaba comportarse como una persona completamente normal, aunque no lo estaba consiguiendo del todo.

Acababa de mirar cómo Adri giraba el volante y el músculo de su brazo se marcaba ligeramente bajo la camisa remangada.

Madre de Dios, ¿qué necesidad había? En serio, ¿no podía simplemente conducir como un ciudadano cualquiera?

Perfecto.

Daniela apartó rápidamente la mirada hacia la ventanilla antes de empezar a decir tonterías, aunque, sinceramente, Inés estaría ahora mismo gritando dentro de su cabeza: "Mírale los brazos. Mira que músculos tiene. Este hombre te coge por la cintura y te empotra contra la pared y…".

Resopló. Iba a necesitar terapia.

—¿Qué? —preguntó él de pronto, mirándola de reojo.

Daniela casi dio un respingo.

—Nada.

Una pequeña sonrisa apareció en su boca, porque claramente no se lo creyó.

—Ajá.

Ella decidió cambiar de tema inmediatamente antes de morir de vergüenza.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto?

—¿El qué?

—Que Inés va a interrogarme mañana como si hubiera vuelto de una misión militar.

Aquello le arrancó una pequeña risa.

—Parece intensa.

—Muchísimo.

Él seguía conduciendo tranquilamente mientras las luces de Barcelona se reflejaban sobre el interior color crema del vehículo.

—¿Cuántos sois trabajando en la cafetería? —preguntó entonces.

Daniela apoyó el brazo junto a la ventanilla.

—Ahora mismo cinco, contándome a mí.

—¿Y cómo sobrevives mentalmente?

—No sobrevivo.

Eso volvió a hacerlo reír. Sí, aquella risa empezaba a gustarle demasiado.

—Está Inés —continuó ella—, que básicamente vive para decir barbaridades y cotillear sobre mi vida.

—Ya lo había deducido.

—Luego está Toni, que parece enfadado con el Universo desde 1987, pero en realidad nos quiere muchísimo.

—También parece importante.

—Muchísimo. Y Marcos… que es incapaz de trabajar sin convertirlo todo en un espectáculo.

—Eso explica bastante el ambiente revolucionario.

—Y Carla, que probablemente acabará dirigiendo un golpe de estado con TikTok.

Él sonrió mientras tomaba una curva lentamente.

—Parecéis una familia.

Aquello hizo que Daniela se quedara un segundo callada, porque sí, exactamente eso eran.

—Sí —admitió al final con una pequeña sonrisa—. Supongo que sí.

Él la observó un instante antes de volver la vista a la carretera.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Tienes trabajadores a tu cargo?

—Sí.

—¿Muchos?

Él sonrió para sí mismo.

—La verdad es que no sé exactamente cuántos.

Daniela giró la cabeza lentamente hacia él.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Son bastantes.

Ella entornó los ojos, observándolo. ¿Quién no sabía cuánta gente trabajaba para él?

Antes de que pudiera pensar demasiado en ello, él volvió a hablar.

—¿Haces algo el fin de semana?

Daniela soltó una carcajada inmediata.

—Sí, trabajar.

—Eso no cuenta.

—Pues entonces trabajar más.

Él negó ligeramente con la cabeza, sonriendo.

—¿Cuándo descansas?

Ella suspiró dramáticamente.

—La cafetería cierra los domingos por la tarde y los lunes.

—Entonces tienes algo parecido a una vida.

—Más o menos.

Él la miró un segundo más.

—¿Te apetecería quedar el domingo?

Daniela notó inmediatamente el vuelco absurdo en el estómago.

—¿Otra vez?

—Sí.

La sonrisa apareció sola en su boca.

—¿Vas a llevarme a una montaña?

Él soltó una risa baja.

—No.

—Menos mal —bromeó ella.

—Preferiría algo más tranquilo. —La observó un instante mientras la lluvia seguía cayendo fuerte alrededor del coche—. Dar un paseo contigo. Tomar algo. Hablar.

La manera tan sencilla que tenía de decir las cosas le alteraban completamente el corazón.

Daniela bajó apenas la mirada hacia sus manos antes de volver a sonreír.

—Me encantaría.

La expresión de él se suavizó ligeramente.

—Perfecto.

Ella señaló entonces hacia delante.

—Es la siguiente calle a la derecha.

Él asintió y giró suavemente el volante.

Llevaban muchísimo rato juntos y, aun así, todavía no quería que terminara la noche.

—Puedes parar ahí detrás —indicó Daniela, señalando un hueco junto a la acera—. Ese portal es el mío.

Adri redujo la velocidad suavemente y aparcó detrás de otro coche mientras la lluvia seguía golpeando el parabrisas con fuerza.

Las luces de la calle se reflejaban sobre el cristal mojado y, durante un segundo, todo pareció extrañamente tranquilo dentro del coche.

Daniela se desabrochó el cinturón.

—Gracias por traerme.

—De nada.

Ella iba a abrir la puerta cuando vio que él también se quitaba el cinturón.

—¿Qué haces?

Él la miró como si la respuesta fuera obvia.

—Voy a buscar un paraguas y te acompaño hasta la puerta.

Daniela sonrió, incrédula.

¿Quién hacía eso ya?

—No hace falta, corro hasta el portal y ya está.

—Ni hablar.

Y lo dijo con tanta tranquilidad que parecía una ley universal.

—Es literalmente cruzar la calle.

—Es literalmente una tormenta.

Ella volvió a reírse, negando con la cabeza.

—De verdad, no…

—Espera ahí dentro.

Directamente salió del coche.

Daniela se quedó quieta, observándolo completamente desconcertada mientras él rodeaba el vehículo bajo la lluvia y abría el maletero.

Sacó un paraguas negro elegante y lo abrió antes de acercarse a la puerta del copiloto.

Luego la abrió para ella, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Daniela se quedó mirándolo unos segundos sin reaccionar, ya no quedaban hombres así o, al menos, ella no había conocido ninguno últimamente. No sabía ni qué hacer con tanta caballerosidad junta.

Él debió notar su expresión, porque una pequeña sonrisa apareció en su boca.

—No quiero que te resfríes. Tenemos una cita el domingo.

El corazón de Daniela volvió a latir más rápido.

Ella acabó sonriendo también mientras salía del coche.

Él sostuvo el paraguas sobre ambos mientras caminaban hacia el portal bajo la lluvia y otra vez Daniela fue absurdamente consciente de él, del perfume, de la cercanía, de lo alto que era y de lo fácil que resultaba caminar a su lado.

Cuando llegaron al portal, Adri bajó un poco el paraguas para cubrirla mejor mientras ella empezaba a buscar las llaves dentro del bolso.

Y entonces sintió aquella mirada.

Levantó apenas la vista. Él la estaba mirando fijamente.

Su cerebro, por un momento, cortocircuitó.

Oh, Dios mío. ¿Iba a besarla? ¿Qué hacía ella ahora? ¿Sonreía? ¿Se acercaba? ¿Había normas para esto?

Madre de Dios. ¿Por qué le temblaban las manos?

Empezó a rebuscar las llaves muchísimo más torpemente de lo normal mientras el corazón le golpeaba el pecho, y encima él seguía mirándola así, tranquilo, cercano y demasiado atractivo.

Inés iba a matarla si desaprovechaba aquello… o quizá no. Quizá tenía que esperar.

¿Y si se chocaban las narices? ¿Y si…?

Él sonrió ligeramente.

—¿Necesitas ayuda?

Daniela casi se atragantó con su propia saliva.

—No. —Justo entonces consiguió sacar las llaves, victoriosa—. Aquí están.

Él asintió suavemente.

—Perfecto.

Se quedaron mirándose un instante más bajo el paraguas mientras la lluvia seguía cayendo alrededor y de nuevo Daniela

volvió a pensar sobre el beso.

¿Qué hacía con las manos? ¿Las personas respiraban durante los besos? ¿Por qué olía tan bien?

Entonces él simplemente sonrió de esa manera tranquila y cálida suya que le desordenaba el corazón entero.

Y, tal como había dicho, la había acompañado hasta la puerta. Nada más.

—Buenas noches, Daniela.

Ella pestañeó medio confundida.

—Buenas noches.

Él dio un paso atrás, sosteniendo todavía el paraguas.

—Nos vemos mañana.

—Sí —susurró ella.

Y entonces Adri se giró directamente y volvió hacia el vehículo bajo la lluvia, sin intentar besarla, sin presionarla y sin hacer nada raro. Simplemente siendo absurdamente perfecto.

Daniela abrió la puerta del portal lentamente mientras lo observaba alejarse.

Desde dentro del portal vio cómo cerraba el paraguas, subía al sedán y arrancaba bajo la lluvia nocturna de Barcelona.

Se quedó quieta unos segundos mirando las luces desaparecer calle abajo y luego soltó aire de golpe.

Subió hasta su piso con el corazón latiéndole demasiado rápido y, nada más cerrar la puerta de casa, apoyó la espalda contra ella y suspiró largamente.

Jamás había conocido a un hombre así, jamás. Tan atractivo, tan educado, tan atento… y encima olía tan bien. Eso también era importante.

Se dejó caer lentamente sobre el sofá mientras todavía notaba el cosquilleo nervioso en el pecho.

Definitivamente, era el hombre más atractivo y caballeroso que había conocido en toda su vida. Y eso era peligroso, porque Daniela ya empezaba a hacerse ilusiones. No debía. No podía. Ellos parecían pertenecer a mundos completamente distintos.

Él vestía de traje, conducía coches caros, reservaba en restaurantes y tenía reuniones importantes. Ella, en cambio, se

manchaba las manos de harina, servía cafés y hacía TikToks revolucionarios.

No tenía sentido.

Y, aun así, sonrió sola, mirando al techo. Porque por primera vez en muchísimo tiempo…
tenía ganas de volver a ver a alguien.



10

Adrián caminó por Sant Antoni con las manos en los bolsillos del abrigo mientras el aire fresco de octubre todavía olía a lluvia reciente.

Por primera vez en muchísimo tiempo, iba sonriendo solo por la calle como un idiota, lo cual era preocupante, porque normalmente las citas no le afectaban así.

Cenaba, hablaba, la otra persona intentaba impresionarlo demasiado o actuar diferente en cuanto sabía quién era él… y aquello terminaba cansándolo rápidamente, pero Daniela… Daniela había sido distinta desde el primer momento. Ni siquiera sabía quién era y eso hacía que todo fuera muchísimo más fácil y más real, aunque más peligroso también.

La imagen de ella riéndose en el restaurante volvió automáticamente a su cabeza, la forma en que le brillaban los ojos cuando hablaba de la cafetería, la pasión con la que defendía su barrio, la manera en que se había puesto nerviosa cuando él la había mirado bajo el paraguas.

Y luego estaba aquella sonrisa. Esa sonrisa completamente luminosa que le había desordenado el cerebro desde la primera vez que cruzó la puerta de La Santa Massa. Desde el primer instante había conseguido llamar su atención.

La había visto detrás de la barra manchada de harina, discutiendo con un cliente sobre el nombre absurdo de un cruasán,

riendo con Inés y, desde entonces, no había dejado de pensar en ella.

Lo peor era que, además, luchaba por sus ideales con una intensidad que le fascinaba, aunque esos ideales fueran actualmente: "que le den a Vanguard". Lo cual, objetivamente, era un problema.

Porque en ocho días Daniela iba a descubrir exactamente quién era él y, probablemente, querría matarlo con una bandeja.

Perfecto.

Cuando llegó a La Santa Massa vio inmediatamente la pancarta colgada sobre la fachada.

MENOS CORPORACIONES,
MÁS CRUASANES.
¡QUE LE DEN A VANGUARD!

Sin duda, seguía haciéndole gracia.

Entró en la cafetería y el sonido de conversaciones, platos y cucharillas lo envolvió inmediatamente junto al olor cálido a café recién hecho.

Allí estaban, Daniela e Inés detrás de la barra, hablando muy concentradas sobre algo, hasta que lo vieron entrar y automáticamente se callaron.

Demasiado tarde, porque alcanzó a escuchar perfectamente a Inés.

—Ya está aquí el hombre que quiere empotrarte.

Adrián tuvo que contener una sonrisa, sobre todo al ver a Daniela abrir muchísimo los ojos y darle directamente un golpe en el brazo a Inés mientras intentaba fingir normalidad.

—¿Puedes callarte cinco minutos? —le susurró.

—Solo digo la verdad —le respondió Inés.

—Te juro que un día de estos voy a despedirte.

Desde luego, Inés no tenía ningún tipo de instinto de supervivencia.

Adrián se acercó tranquilamente a la barra, como si no hubiese escuchado nada, y, automáticamente, Daniela se puso un poco más

recta.

—Buenos días —dijo él.

—Hola —respondió ella, intentando parecer profesional mientras Inés, literalmente, observaba la escena como si estuviera viendo Netflix. Solo le faltaban las palomitas.

Adrián apoyó ligeramente una mano sobre la barra.

—Lo pasé muy bien ayer.

Daniela levantó la vista hacia él y, durante un segundo, aquella sonrisa tímida volvió a aparecer.

—Yo también.

Desde algún punto detrás de la cafetera exprés se escuchó un suspiro exagerado por parte de Inés.

—Necesito un café urgente.

—Eso puedo solucionarlo —le sonrió ella.

Él fingió mirar la vitrina de cruasanes.

—Y un "Que le den a Vanguard".

Daniela soltó una pequeña risa.

—Excelente elección.

—Hoy me siento especialmente revolucionario.

—Eso me tranquiliza muchísimo.

Él se alejó hacia su mesa habitual mientras Daniela empezaba a preparar el café e Inés se abalanzaba sobre ella.

—¿Qué hicisteis?

—Nada.

—Daniela.

—Solo cenamos.

—¿Y? —insistió Inés.

—Y ya está.

—¿No os besasteis?

Daniela casi tiró una taza.

—¡Inés!

Marcos empezó a reírse desde el fondo de la cafetería.

—Toda la cafetería quiere información —las interrumpió.

—No pienso comentar mi vida privada.

—Eso significa que hubo tensión sexual —declaró Inés, orgullosa.

Daniela resopló mientras colocaba el café sobre la bandeja.

—Hubo tapas.

—Ajá.

—Y vino.

—Ajá.

—Y conversación normal.

Inés entornó lentamente los ojos.

—¿Te acompañó a casa, al menos?

Daniela tardó medio segundo demasiado largo en responder y entonces Inés abrió la boca, sorprendida.

—Oh, Dios mío.

—No hagas eso.

—Te acompañó a casa —sentenció Inés con la mandíbula desencajada.

—Estaba lloviendo —se excusó.

—¿Y?

—Y sacó un paraguas —acabó diciendo con poca paciencia.

Inés se llevó las manos al pecho como si fuera a desmayarse.

—Es literalmente un protagonista romántico.

—Baja la voz —la amenazó con el café.

—¿Y te besó?

Daniela agarró la bandeja inmediatamente.

—Voy a llevar esto.

—¿Eso es un sí o un no? Vamos, no puedes dejarme así… —suplicó con una mano en el corazón.

Adrián tuvo que mirar hacia otro lado para no empezar a reírse solo desde la mesa porque, sinceramente, escuchar sus conversaciones era divertidísimo, sobre todo cuando ellas creían que no lo hacía.

Daniela llegó finalmente hasta él con expresión de persona que acababa de sobrevivir a un interrogatorio policial.

—Tu café revolucionario.

—Gracias.

Ella dejó la bandeja frente a él y Adri levantó ligeramente la vista. Seguía estando guapísima.

—¿Has podido descansar algo? —preguntó él.

Daniela asintió.

—Más o menos. Aunque creo que Inés va a matarme a preguntas durante semanas —se sinceró.

—Parece muy implicada emocionalmente en nuestra cita —acabó diciendo él, cogiendo la taza.

Aquello le arrancó una pequeña risa, sobre todo cuando de reojo vio cómo Inés se daba la vuelta disimuladamente.

—Demasiado —comentó Daniela, situando sus manos en su cintura.

Él apoyó el brazo sobre la mesa observándola tranquilamente.

—¿Y cómo va vuestra cruzada contra Vanguard?

Daniela puso al instante cara de absoluta indignación teatral.

—Fatal. Seguimos oprimidos por el capitalismo.

—Terrible noticia.

—Carla quiere hacer camisetas.

—Puede ser rentable —dijo, pensativo.

—Y Marcos quiere vender pegatinas del cruasán ofensivo.

—Es todo un visionario.

Ella iba a seguir hablando cuando Marcos gritó desde el fondo.

—¡Daniela! ¡Mesa cinco!

Ella cerró los ojos un segundo.

—¿Ves? No puedo ni liderar correctamente la revolución.

Adrián sonrió apoyándose mejor en la silla.

—Mucho ánimo, líder sindical panadera.

Daniela lo señaló amenazadoramente con el dedo mientras retrocedía.

—No te burles del movimiento.

—Jamás me atrevería —dijo alzando las manos.

Y la sonrisa que le dedicó justo antes de girarse para volver a trabajar… definitivamente iba a convertirse en problema enorme para él.

—No, perdona, voy a repetirlo porque sigo sin entenderlo. —El abogado dejó varias hojas impresas sobre la mesa de cristal con

expresión de absoluto agotamiento profesional—. ¿La mascota oficial de la protesta es… un cruasán haciendo una peineta?

Adrián levantó la vista del portátil, y sí, definitivamente seguía haciéndole gracia, muchísima gracia.

La sala de reuniones de Vanguard estaba completamente en silencio, salvo por la lluvia golpeando los ventanales del edificio. La mesa enorme de madera oscura estaba llena de planos, contratos y renders digitales del nuevo proyecto urbanístico de Sant Antoni y, justo en medio de toda aquella seriedad corporativa, había una foto impresa del cruasán revolucionario.

La vida, a veces, era maravillosa.

—También están las camisetas —añadió otro abogado con tono fúnebre.

Aquello consiguió arrancarle una pequeña sonrisa.

Los tres abogados lo miraron como si acabara de perder completamente la cabeza.

—Adrián —dijo uno de ellos lentamente—. La situación está escalando bastante.

—¿Escalando?

—Está haciendo campaña pública contra Vanguard.

Él apoyó tranquilamente un brazo sobre la silla.

—Es una cafetería con TikTok —dijo, como si no tuviese tanta importancia.

—El barrio está empezando a posicionarse en contra del proyecto.

—El barrio ya estaba en contra del proyecto antes del cruasán.

Uno de los abogados suspiró pesadamente.

—No nos lo estamos tomando lo bastante en serio.

Adrián cogió una de las hojas donde había otra fotografía que habían extraído de otro vídeo viral donde Daniela pintaba la pancarta mientras Marcos gritaba:

"¡El pueblo necesita mantequilla!".

Dios santo, tuvo que contener otra sonrisa.

—Esto no es gracioso —insistió el abogado.

Él levantó la vista tranquilamente.

—Un poco sí.

Los tres volvieron a mirarlo como si fuera clínicamente inestable.

—Necesitamos responder —continuó uno de ellos—. Hacer un comunicado, presionar legalmente, atacar la narrativa…

—No.

El tono calmado con el que lo dijo fue suficiente para cortar la conversación y que los abogados guardasen silencio.

Adrián dejó las hojas sobre la mesa.

—No vamos a iniciar una guerra pública con una cafetería —dijo Adrián.

—Pero…

—Ni tampoco vamos a intimidarla.

Los abogados intercambiaron miradas incómodas; estaba claro que ya habían pensado en ello.

Eso consiguió borrar por completo la diversión de la cara de Adrián.

—Ni se os ocurra —dijo esta vez mucho más serio. El silencio se hizo de inmediato—. Nada de inspecciones absurdas. Nada de presión agresiva. Nada de intentar asustarla.

—Solo intentamos proteger la operación.

—Y yo estoy diciendo que no.

El abogado acabó reclinándose en la silla, resignado.

Adrián respiró hondo y volvió a mirar los documentos del proyecto.

—¿Cuántos años le quedan de contrato?

Uno de ellos revisó rápidamente una carpeta.

—Cuatro años y medio, aproximadamente.

Aquello le hizo chasquear la lengua suavemente. Demasiado tiempo.

Conocía ya suficientemente a Daniela para entender una cosa: ella jamás iba a marcharse voluntariamente.

—El resto de inquilinos ya han aceptado prácticamente todas las ofertas —continuó el abogado—. Es la única que sigue resistiéndose.

Eso volvió a arrancarle una pequeña risa y otra vez lo miraron como si estuviera loco.

—¿Qué tiene de divertido?

Adrián se reclinó ligeramente en la silla.

—Que claro que es la única resistiéndose.

Sinceramente, ¿habían conocido a Daniela? Aquella mujer probablemente discutiría con una excavadora en persona si hiciera falta, y eso le gustaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Giró entonces la vista hacia el arquitecto principal, que seguía revisando los planos digitales del proyecto sobre la pantalla.

—¿Contamos con alguna opción comercial para ella dentro del nuevo desarrollo?

El arquitecto levantó la vista.

—Sí. Se puede ofrecer uno de los nuevos locales premium de planta baja.

—¿Qué dimensiones tiene?

—Más amplias que el actual. Mejor distribución, fachada renovada, instalaciones nuevas…

Adrián negó lentamente con la cabeza.

—La inquilina no quiere un local nuevo.

—Bueno, técnicamente todavía no hemos…

—Quiere su cafetería. —Adrián apoyó ambos brazos sobre la mesa mientras miraba el render del nuevo edificio—. La esencia del sitio es precisamente el local antiguo, el barrio, la fachada y el espacio.

El arquitecto asintió lentamente.

—Lo entiendo, pero estructuralmente, justo esa finca, no puede mantenerse.

—¿Por?

El arquitecto amplió el plano técnico en pantalla.

—El edificio tiene daños importantes en la estructura de carga posterior. Además, necesitamos abrir toda esa zona para conectar el nuevo patio interior comercial con el acceso subterráneo. —Señaló varias líneas sobre el plano—. Si dejamos esa construcción intacta, nos rompe completamente la circulación del proyecto y limita la nueva distribución de locales.

Adrián observó la pantalla en silencio.

Perfecto, justo el local que Daniela amaba de verdad era el único que no podían conservar fácilmente.

—También hay problemas con la cimentación —añadió el arquitecto—. Técnicamente podríamos intentar conservar fachada parcial, pero económicamente sería bastante ineficiente.

Uno de los abogados aprovechó para hablar.

—Precisamente por eso deberíamos endurecer la negociación cuanto antes.

Adrián volvió a levantar la mirada.

—No —sentenció, señalándolo con el dedo.

—Adrián…

—He dicho que no.

Esta vez ya no sonaba divertido ni relajado.

La sala volvió a quedarse completamente en silencio y él cruzó lentamente los brazos.

—La reunión del día veintiuno sigue adelante. Hablaremos con ella allí —dijo él.

—¿Y si sigue negándose?

La imagen de Daniela apareció automáticamente en su cabeza, cruzándose de brazos,
mirándolo desafiante y defendiendo su cafetería como si fuera parte de ella.

Sí, probablemente seguiría negándose.

Adrián soltó aire lentamente antes de responder.

—Entonces encontraremos otra forma.

El silencio flotó unos segundos alrededor de la mesa.

Adrián empezó a sospechar seriamente que se había metido en un problema enorme. El problema ya no era solo urbanístico; el problema tenía ojos azules, olor a café y un cruasán ofensivo contra su empresa.

Uno de los abogados volvió a aclararse la garganta.

—Debemos tener claro el escenario legal si la señora Costa decide judicializar el conflicto.

Adrián levantó apenas la vista.

—No va a hacerlo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Porque había conocido lo suficiente a Daniela como para entender que ella no quería dinero ni abogados, ni siquiera quería

una guerra judicial. Lo que quería era su cafetería, su rutina y su barrio.

—Intuición —respondió simplemente.

El abogado no pareció muy convencido.

—Aun así, deberíamos preparar una estrategia más agresiva, por si continúa incentivando rechazo vecinal.

Adrián empezó a perder ligeramente la paciencia.

—Está haciendo TikToks con un cruasán —acabó burlándose del abogado.

—Está generando narrativa pública.

—Son vídeos inofensivos.

—Que funcionan —contraatacó el abogado.

Eso sí era verdad.

El director de comunicación, que hasta entonces había permanecido callado revisando métricas en la tableta, interrumpió la conversación.

—La repercusión es bastante alta para un negocio local.

Adrián giró la cabeza hacia él.

—¿Cuánto es bastante?

El hombre deslizó la pantalla.

—Uno de los vídeos pasó ya de las cuatrocientas mil visualizaciones.

Aquello sí consiguió sorprenderlo un poco.

—¿Cuánto?

—El *hashtag* del cruasán revolucionario se está moviendo bastante en Barcelona.

Uno de los abogados parecía directamente ofendido por la existencia de internet.

—Es ridículo.

—Sí —admitió el de comunicación—, pero funciona muy bien a nivel emocional.

Adrián apoyó lentamente la espalda en la silla, intentando no imaginar a Daniela celebrándolo con Carla y Marcos, aunque la imagen apareció igualmente y sonrió un poco.

El abogado más veterano lo observó desesperado.

—No entiendo por qué esto le hace tanta gracia.

Adrián levantó una ceja.

—Porque es divertido.

—Es un problema reputacional.

—Es una cafetería de barrio haciendo memes de nosotros.

—Precisamente por eso.

Adrián dejó escapar aire lentamente mientras miraba otra vez el render arquitectónico del nuevo complejo. Todo aquello llevaba meses ocupándole la cabeza: inversores, licencias, negociaciones, costes, presión constante… y, aun así, las únicas reuniones que realmente esperaba cada mañana eran las de La Santa Massa.

Qué desastre.

—¿Qué sabemos exactamente de la inquilina? —preguntó entonces, mirando otra carpeta.

El abogado revisó documentos.

—Veintisiete años. Lleva varios años explotando el negocio. Historial financiero bastante limpio. Ningún procedimiento abierto y bastante querida en el barrio.

"Bastante querida" era probablemente la subestimación del siglo.

—¿Familia?

—Padres en Tarragona. Vive sola en Barcelona.

Adrián asintió distraídamente mientras seguía leyendo.

—¿Qué es esto?

El abogado miró el documento.

—La facturación de la cafetería.

Adrián observó los números unos segundos más.

Habían mejorado muchísimo en pocos años. Eso no ocurría por casualidad.

Ella realmente había levantado aquel negocio sola.

Sintió una sensación extraña en el pecho. De pronto, todo aquello dejó de parecer una simple negociación inmobiliaria.

Ahora podía verla perfectamente: las mañanas abriendo temprano, los problemas económicos, las reformas, el esfuerzo… y entendió aún mejor por qué estaba luchando tanto.

—La reunión del día veintiuno será complicada —advirtió uno de los abogados.

Adrián dejó los papeles sobre la mesa lentamente.

Sí, iba a ser un desastre. Daniela iba a entrar en aquella sala esperando enfrentarse a abogados, corporaciones y ejecutivos desconocidos y, en cambio… iba a encontrarse con él.

—¿Debemos mantener la oferta actual de reubicación? —preguntó el director financiero.

Adrián volvió a mirar el plano. Podían ofrecerle un local premium nuevo, más grande y más moderno… y, aun así, sabía perfectamente que Daniela odiaría la idea.

La Santa Massa no era solo un negocio. Era ella.

—Mejoradla —dijo finalmente.

Los abogados levantaron la vista.

—¿Cómo?

—Manteniendo condiciones preferentes. Alquiler reducido los primeros años. Terraza garantizada y libertad estética total del local.

—Eso reduce el margen.

—Lo sé.

—Y, aun así, podría rechazarla.

Adrián se quedó unos segundos mirando la lluvia tras los ventanales.

Probablemente rechazaría la oferta. El verdadero problema era que Daniela Costa no quería negociar con Vanguard; solo quería que la dejaran en paz.



11

Adrián estaba empezando a desarrollar una adicción peligrosísima a aquella cafetería, y el problema no era el café. Era Daniela.

Levantó la vista del portátil mientras fingía leer un correo electrónico larguísimo sobre licencias urbanísticas que no le interesaba absolutamente nada en ese momento. Daniela acababa de pasar entre las mesas riéndose de algo que había dicho un cliente. ¿Cómo podía alguien moverse tanto? Parecía incapaz de quedarse quieta más de diez segundos.

Iba de una mesa a otra con el moño medio deshecho, el delantal lleno de harina y esa energía caótica suya que convertía toda la cafetería en algo vivo.

—Niña, ¿me pones otro café? —le pidió un hombre mayor.

—Claro, pero este ya te lo cobro con jubilación incluida.

El hombre empezó a reírse y Adrián también; ya ni siquiera fingía que no la escuchaba.

Entraba allí y, automáticamente, empezaba a buscarla con la mirada.

Su móvil vibró sobre la mesa con otro correo electrónico.

REUNIÓN — SANT ANTONI REDEVELOPMENT

Abrió el mensaje automáticamente.

Más presión, más abogados y más cifras.

"Necesitamos resolver cuanto antes la situación de la cafetería…".

Justo entonces, escuchó a Marcos gritar desde detrás de la barra.

—¡Daniela! ¡Mesa tres quiere dos "Necesito estabilidad emocional"!

Ella apareció sujetando dos platos.

—Eso lo queremos todos, Marcos.

—Habla por ti —bromeó Marcos.

Y otra vez aquella sonrisa.

Adrián levantó la vista del móvil justo cuando Daniela pasaba cerca de su mesa y ella le sonrió un segundo antes de seguir trabajando.

Aquello ya empezaba a ser un problema serio, porque le gustaba demasiado verla así: natural, real y feliz. Nada que ver con la gente de la que solía rodearse.

Su móvil volvió a vibrar.

Esta vez era un mensaje del director financiero.

"Los inversores preguntan por el retraso de adquisición del local".

Adrián suspiró.

Técnicamente sí, el retraso era culpa suya. Podrían haber presionado muchísimo más, y mucho antes, pero cada vez que imaginaba a Daniela entrando en aquella cafetería vacía… simplemente no podía hacerlo.

—¿Otro café?

Levantó la vista.

Daniela estaba delante de la mesa sosteniendo la cafetera y él tardó medio segundo en responder porque acababa de fijarse otra vez en sus ojos.

—Sí, por favor.

Ella le rellenó la taza mientras lo observaba.

—Tienes cara de estar leyendo cosas horribles.

—Puede ser.

—¿Mucho trabajo?

—Demasiado.

Ella hizo una pequeña mueca compasiva.

—¿Necesitas uno de nuestros cruasanes terapéuticos?

Él le sonrió.

—Probablemente.

—Tenemos uno nuevo: "Estoy a dos emails de abandonar la civilización".

Aquello le arrancó una risa inmediata.

—Muy específico.

—Se me ha ocurrido esta mañana —dijo, encogiéndose de hombros.

Ella volvió hacia la barra justo cuando Carla apareció prácticamente corriendo con el móvil en la mano.

—¡Daniela!

—¿Qué?

—¡El vídeo!

Daniela levantó la vista automáticamente.

—¿Qué vídeo ahora?

Carla llegó hasta la barra enseñándole el móvil, completamente emocionada.

—¡El TikTok de esta mañana!

Inés apareció inmediatamente atraída por el drama.

—¿Qué pasa?

Carla giró el móvil hacia ellas.

Era un vídeo normal de la cafetería, o eso parecía.

La cámara enfocaba: los cruasanes, la pancarta, clientes entrando… y, de fondo… Adrián sentado junto a la ventana, mirándola mientras ella hablaba con unos clientes sentados en una mesa.

Daniela abrió muchísimo los ojos.

—¡Carla!

—No lo hice aposta —se excusó.

Mentira, completa y absolutamente mentira.

Inés ya estaba leyendo comentarios en voz alta.

—"¿Quién es el hombre del traje?". Ja, ja, ja.

Daniela se tapó media cara inmediatamente.

—Nooo.

—"El ejecutivo sexy del fondo está enamorado".

Marcos empezó a reírse desde la cafetera exprés.

—Internet nunca falla.

—"La manera en que la mira…".

Inés levantó la vista lentamente hacia Daniela.

—Uy.

—Dame eso ahora mismo.

Pero Carla ya seguía bajando comentarios, completamente emocionada.

—"Necesito el lore del empresario y la panadera".

—"Ese hombre quiere pagarle la hipoteca".

—"¿Por qué nadie habla de cómo la mira?".

Daniela parecía querer desaparecer físicamente del planeta.

Ella levantó finalmente la vista hacia él, completamente roja. Adrián seguía con el móvil, concentrado. Luego, Daniela miró a Inés.

—No te rías.

—Internet parece tener opiniones muy fuertes.

Daniela dejó caer la cabeza sobre la barra.

—Voy a matarte, Carla —rugió.

—El pueblo quiere saber… —gritó Carla dramáticamente.

—¡El pueblo necesita trabajar! —respondió Daniela.

Inés seguía leyendo comentarios, completamente fascinada.

—"Ese hombre la mira como si quisiera casarse y desabrocharle la camisa al mismo tiempo".

Daniela cerró los ojos lentamente.

—Voy a incendiar este local.

Adrián dio otro sorbo al café mirando hacia ella al escucharla decir aquello.

Inés empezó a doblarse de risa, apoyándose sobre la barra.

—¡Si es que ya lo dije!

—Inés, por favor —la cortó Daniela, intentando mantener la calma.

—¡Desde el primer día! Ese hombre te mira como si quisiera empotrarte contra la nevera industrial.

Daniela se llevó ambas manos a la cara.

—¿Puedes dejar de decir esa palabra?

—No… empotrar, empotrar, empotrar…

—Calla, calla, calla…

Carla seguía deslizando comentarios, totalmente absorta.

—"La tensión sexual entre el hombre de traje y la panadera revolucionaria", "Ese hombre tiene pinta de oler carísimo".

Inés señaló el móvil.

—Eso sí es verdad.

—"Ella está intentando trabajar y él mirándola como si quisiera escribirle poesía erótica".

Marcos dejó caer la cabeza sobre la cafetera exprés, riéndose.

—Internet es increíble.

Daniela intentó coger el móvil.

—Dame eso.

Pero Carla se apartó inmediatamente.

—¡No! Esto es oro.

—¡Bórralo!

—¡Nos está dando publicidad!

—¡Carla!

Ella levantó el móvil dramáticamente.

—La gente va a venir solo para ver al hombre del traje —le susurró como si fuese una estrategia secreta de *marketing*.

Aquello hizo que Daniela abriera muchísimo los ojos.

—Eso es todavía peor.

—¿Peor? Daniela, el vídeo tiene miles de visualizaciones.

Inés seguía completamente encantada con la situación.

—Normal. Si es que te mira fatal.

—No me mira fatal.

—Te mira en plan caliente.

Daniela dejó caer la frente sobre la barra directamente.

—Dios mío.

—Y además con sentimientos —añadió Inés—, que es más peligroso.

—¡Callaos ya!

Varias personas de la cafetería empezaron a girarse con curiosidad hacia ellas por el escándalo y Adrián, desde la mesa junto

a la ventana, levantó la vista del portátil, observando el caos con ligera preocupación divertida.

Claramente no entendía nada.

Daniela señaló el móvil otra vez.

—Bórralo ya.

—Pero…

—Carla.

—Nos viene muy bien.

—¡Carla!

La universitaria resopló exageradamente.

—Eres muy aburrida para alguien con tanta tensión romántica.

—No tengo tensión romántica —dijo entre dientes.

Inés soltó una carcajada tan fuerte que casi se atragantó.

—Daniela, por favor. Ese hombre te mira como si quisiera quitarte la ropa con educación... o sin ella. La cosa es quitarte la ropa —se burló.

—Voy a tirarme por el balcón.

—Y hablando con tono elegante, además —continuó Inés, ignorándola completamente—. Algo así como: "permíteme desabrocharte esto, querida".

Daniela emitió un quejido de absoluto sufrimiento vital.

—Borra el vídeo.

Carla acabó resoplando mientras pulsaba la pantalla.

—Vale, vale. Ya está.

—Gracias.

—Pero acabas de destruir arte.

—Acabo de salvar mi salud mental.

Inés seguía riéndose mientras Daniela intentaba reorganizar psicológicamente su existencia.

—Pues yo sigo diciendo que el hombre del traje está completamente loco por ti.

Daniela señaló la cafetera.

—¿Ves eso?

—Sí.

—Puedo meterte dentro.

Adrián seguía observándolas desde la mesa, claramente entretenido y ligeramente preocupado a partes iguales.

Daniela resopló y miró en su dirección. Encima, el muy desgraciado esbozó una sonrisa cuando ella levantó la vista y descubrió que lo estaba mirando.

Perfecto.

Justo en ese momento sonó el teléfono fijo de la cafetería. Daniela prácticamente se lanzó sobre él, agradeciendo una interrupción divina.

—La Santa Massa, dígame —contestó, todavía alterada.

Daniela aún seguía sonrojada por culpa del TikTok cuando escuchó aquella voz excesivamente formal al otro lado del teléfono. Automáticamente se le borró la sonrisa.

—Buenos días, señora Costa —dijo el hombre con aquella voz fría de abogado que claramente cobraba por arruinar mañanas ajenas—. Llamamos en representación de *Vanguard Urban Developments* en relación con la reunión prevista para el próximo día veintiuno.

Daniela cerró los ojos un segundo y empezó a dar pequeños golpecitos nerviosos con el pie contra el suelo.

—Sí, ya sé cuándo es la reunión.

—Simplemente queríamos confirmar su asistencia y valorar si existe alguna posibilidad de avanzar previamente en una resolución amistosa del conflicto contractual.

Madre de Dios, cómo hablaban, parecía que se alimentaban de burocracia.

—Tradúzcame eso a lenguaje humano.

—Queríamos saber si ha reconsiderado su postura respecto a la rescisión anticipada del arrendamiento.

Daniela soltó una risa seca, completamente incrédula.

—No.

—Señora Costa, insistimos en que la oferta planteada es muy favorable económicamente.

—Y yo insisto en que no quiero irme —pronunció, alzando más la voz.

—Entendemos el vínculo emocional con el local, pero jurídicamente…

—Ay, por favor —lo interrumpió ella, apoyándose sobre la barra —. Cuando alguien empieza una frase con "jurídicamente" ya sé que voy a enfadarme.

Marcos soltó una carcajada desde el fondo e Inés tuvo que taparse la boca para no reírse.

—Nuestro objetivo es evitar procedimientos innecesarios.

—Pues entonces dejen de llamarme cada dos días.

La voz del abogado se volvió todavía más seca.

—Simplemente intentamos facilitar el proceso.

—Claro, igual que un dentista facilita el sufrimiento.

Varias personas de la cafetería empezaron a mirar hacia ella, entretenidas, y entonces Adrián le prestó más atención, levantando la vista del móvil. Algo en su expresión cambió, porque reconoció enseguida el tono, el lenguaje y la forma de hablar. Sus abogados.

Daniela seguía con el teléfono pegado a la oreja, claramente irritada.

—Ya les he dicho que iré a la reunión. Y también les he dicho que no pienso marcharme.

—La negativa continuada podría complicar futuras negociaciones.

Ella soltó otra risa, incrédula.

—¿Eso es una amenaza elegante?

—No era nuestra intención.

—Pues ha sonado exactamente así.

Adrián ya no estaba sonriendo, aquella no había sido la orden. Él había dejado clarísimo que nada de presionar. Nada.

Daniela terminó apoyando una mano sobre la barra, completamente harta.

—Mire, tengo una cafetería llena y un cruasán revolucionario que atender, así que, si no les importa, hablamos el día veintiuno.

Y colgó directamente.

—Hijos de puta con corbata —murmuró entre dientes.

—Eso ha sido precioso —dijo Marcos, emocionado.

Daniela ya no escuchaba, porque justo entonces vio a Adrián coger el móvil. Algo en él había cambiado completamente.

Ya no parecía relajado ni divertido. Ahora imponía muchísimo.

Daniela se quedó quieta, observándolo, mientras él marcaba un número sin apartar la vista de la mesa. Cuando habló, su voz fue totalmente distinta: fría, seria y autoritaria.

—¿Qué parte exacta de "no presionéis" no se entendió?

La cafetería entera quedó prácticamente en silencio.

Madre de Dios, aquel tono daba miedo.

Daniela lo miró completamente sorprendida. No parecía el mismo hombre. Ni de lejos.

—No me importa cuál haya sido la intención —continuó él con calma peligrosa—. Esa no era la orden que di.

Escuchó la respuesta al otro lado de la línea y la mandíbula se le tensó apenas un segundo.

—No. Escúchame tú ahora. La reunión sigue adelante y, hasta entonces, no quiero más llamadas de este tipo. —Hubo unos segundos de silencio—. No estoy sugiriéndolo. Lo estoy ordenando.

Daniela sintió un breve escalofrío porque, de pronto, entendió algo: aquel hombre estaba acostumbrado a mandar.

Él seguía hablando con esa calma fría y absolutamente profesional.

—Si vuelve a ocurrir, habrá cambios en el equipo legal. ¿Está claro?

La cafetería seguía extrañamente callada.

Adrián dejó el móvil sobre la mesa lentamente y, entonces, levantó la vista directamente hacia Daniela.

Ella seguía mirándolo, completamente sorprendida.

La expresión seria de él se suavizó apenas al verla, y luego le hizo un breve gesto con la mano.

—Ven un momento.

El corazón de Daniela volvió a hacer algo extraño, aunque esta vez no exactamente por las mismas razones. Sinceramente, acababa de verlo hablar como una persona completamente distinta, y eso la había dejado un poco descolocada.

Se detuvo frente a él cruzándose ligeramente de brazos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

Adrián levantó la vista hacia ella.

—¿A ti qué te ha pasado?

Daniela parpadeó.

—¿Qué?

—La llamada.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Nada importante.

—No tenía pinta de ser nada importante.

—Son abogados —se encogió de hombros.

—Lo imaginaba.

Ella tardó medio segundo en darse cuenta de aquella respuesta y resopló.

—Quieren asegurarse de que vaya a una reunión.

—¿Y?

—Y lo mismo de siempre. —Se encogió ligeramente de hombros —. Que si reconsidere mi postura, que si negociación amistosa, que si oportunidades de futuro…

—Ya.

Ella apoyó una mano sobre el respaldo de una silla cercana.

—No tiene importancia.

—Parece que sí la tiene.

Daniela sonrió un poco.

—¿Por qué te preocupa tanto?

Aquello pareció pillarlo desprevenido, aunque reaccionó rápidamente.

—Porque estabas enfadada.

Maldita sea, aquella respuesta fue demasiado sincera. Daniela apartó la mirada un instante.

—Estoy bien.

—No lo parecía.

Ella sonrió.

—¿Qué pasa? ¿Vas a ayudarme tú ahora?

La sonrisa apareció inmediatamente en la boca de Adrián y, durante una fracción de segundo, pareció casi tímido.

—Lo intentaré.

Aquello la hizo reír.

—Claro.

—No te rías —comentó él.

—Es que me hace gracia imaginarte enfrentándote a una corporación inmobiliaria gigante.

Adrián tuvo que morderse la lengua.

—Sí, sería complicado.

—¿Ves?

—Quizá podría intentarlo.

—Qué valiente —ironizó ella.

—Soy un hombre de recursos.

Daniela negó con la cabeza, todavía sonriendo, y decidió cambiar de tema.

—¿Y tú?

Él levantó una ceja.

—¿Yo qué?

—¿Qué pasaba con esa llamada?

Adrián apoyó el brazo sobre la mesa.

—A veces algunos empleados van por libre.

—Ajá.

—Y eso no me gusta.

—¿No?

—No. —La tranquilidad con la que lo dijo hizo que Daniela recordara inmediatamente el tono que había usado hacía apenas unos minutos—. Olvidan quién manda ahí.

Daniela abrió un poco más los ojos.

—Madre mía.

—¿Qué?

—Pobres empleados —rio ella.

Aquello consiguió arrancarle una sonrisa.

—No soy tan malo.

—Acabo de verte.

—Solo estaba hablando —se excusó y se encogió de hombros.

—Adri, sonabas como el villano de una película.

—Eso ha sido ofensivo —bromeó él.

—Un poco sí, disculpa.

—Gracias.

Daniela sonrió divertida.

—¿Tus empleados te tienen miedo?

—Espero que no.

—Yo sí te tendría miedo —rio.

—Mentira.

—No.

—No me crees tan intimidante.

—Acabo de verte despedir a alguien mentalmente por teléfono.

Aquello volvió a hacerlo reír y Dios… qué bien le quedaba reírse.

—Nadie ha sido despedido.

—Todavía —comentó ella.

—Todavía —repitió él.

Daniela señaló inmediatamente.

—¿Ves?

Durante unos segundos se quedaron sonriendo, cómodos, hasta que Adrián levantó la taza vacía.

—Necesito otro café.

—¿Otro?

—Sí.

Ella observó la taza.

—¿No debería ser descafeinado?

—Ni hablar.

—Tu corazón debe ir ya por libre.

—Tomo tanto café que ya ni me afecta —explicó.

Daniela soltó una carcajada y empezó a alejarse hacia la barra. Antes de llegar, se giró un segundo.

—Por cierto.

—¿Sí?

—Sí que das un poco de miedo cuando hablas por teléfono.

La sonrisa volvió lentamente a la cara de Adrián.

—Intentaré parecer menos intimidante.

—Demasiado tarde.

Ella volvió a la barra y mientras preparaba el café notó perfectamente cómo él seguía observándola.

Lo que no sabía era que Adrián ya no estaba pensando ni en abogados, ni en reuniones, ni en Vanguard. Solo estaba pensando en ella.



12

—Y recuerda una cosa importante.

Daniela ya estaba empujando literalmente a Inés hacia la puerta.

—No.

—Si te besa, necesito detalles.

Daniela resopló.

—Buenas noches, Inés.

—Y si no te besa, también.

—¡Fuera!

Marcos soltó una carcajada mientras se colocaba la chaqueta.

—Hasta mañana, jefa.

—Hasta mañana.

—Yo sigo apostando a que te lías antes de que acabe el mes —anunció Carla.

Daniela cerró los ojos.

—¿Por qué trabajáis aquí?

—Por el drama —respondieron los tres casi al mismo tiempo.

Perfecto.

Finalmente, consiguió echarlos a todos y cerrar la puerta.

La cafetería quedó en silencio, solo quedaba recoger un par de cosas, apagar luces y bajar la persiana, y eso hizo, aunque con calma, intentando no pensar en Adri.

Llevaba tres días seguidos pensando en él, en su sonrisa, en aquella voz grave, en la cita, en cómo la miraba y en lo absurdo que

era todo.

Terminó de apagar las últimas luces y salió a la calle.

La noche era fresca, octubre ya empezaba a notarse de verdad.

Se estiró para agarrar la persiana y entonces oyó una voz a su espalda.

—Hola, Dani.

Automáticamente cerró los ojos.

No, otra vez no.

Se incorporó lentamente.

—Sergi.

Él sonrió.

Era un chico atractivo, alto, moreno, de barba cuidada y, durante mucho tiempo, ella había creído que acabarían juntos, pero aquello había terminado hacía medio año y él seguía sin aceptarlo.

—¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—Llevas queriendo hablar conmigo seis meses.

—Porque no me escuchas.

Daniela soltó aire lentamente.

—Sergi...

—Solo cinco minutos.

—No.

—Daniela.

—No —repitió ella.

Él se acercó un paso. No de forma agresiva ni amenazante, solo insistente. Demasiado.

—Te echo de menos.

Ella cerró los ojos un segundo.

Aquella conversación ya la habían tenido muchas veces.

—Sergi, por favor…

—Solo quiero que me escuches.

—Ya te escuché.

—No me escuchaste de verdad.

Daniela se cruzó de brazos.

—Me engañaste —dijo ella al final.

Sergi bajó la mirada.

—Fue una vez.

—Y aquí seguimos, otra vez —dijo con la voz cansada.

—Ya te pedí perdón.

—Y yo ya te dije que no iba a volver contigo.

Aquello pareció dolerle, pero Daniela ya no sabía qué más hacer. Estaba cansada de aquella situación.

—No puedes seguir apareciendo aquí sin más.

—Solo quiero arreglarlo.

—No se puede arreglar.

—Claro que sí.

—No.

—¿Por qué eres tan cabezota? —preguntó Sergi, desquiciado.

Daniela puso los ojos como platos.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Yo? —respondió, molesta.

—Sí.

—¿La cabezota soy yo? ¿De verdad?

—Solo digo que…

—Increíble —lo cortó.

Sergi se pasó una mano por la cara.

—Vale. Lo he dicho mal.

—Muchísimo.

—Pero entiendes lo que quiero decir.

—No.

—Dani...

Y, justo entonces, una voz masculina los interrumpió.

—¿Todo bien?

Daniela giró la cabeza inmediatamente y sintió un pequeño vuelco en el estómago.

Adri.

Venía caminando por la calle con las manos en los bolsillos del abrigo, tranquilo y relajado, pero había visto la situación y ahora estaba allí.

Sergi también se giró y Daniela vio exactamente el momento en que ambos se evaluaron. Fue instantáneo y bastante masculino.

Madre de Dios.

Adrián se acercó despacio, sin prisa, simplemente seguro de sí mismo.

—¿Todo bien? —repitió, mirando a Daniela.

Ella asintió inmediatamente.

—Sí.

Sergi no parecía especialmente convencido.

—Estamos hablando.

—Ya veo.

La respuesta fue tranquila y educada, pero de alguna forma consiguió que Sergi pareciera un adolescente enfadado.

—Soy Sergi —dijo finalmente.

—Adri.

Se dieron la mano y Daniela habría jurado que ninguno de los dos disfrutó demasiado de la experiencia.

—Un amigo —explicó ella rápidamente.

Sergi la miró.

—¿Un amigo?

Perfecto, ya empezábamos.

Adrián ni siquiera reaccionó, seguía igual de tranquilo.

—Bueno —dijo finalmente Sergi—. No quiero molestar.

Mentira, claramente quería, pero incluso él parecía darse cuenta de que la situación ya no era la misma.

Daniela se sorprendió cuando, por primera vez en meses, Sergi pareció quedarse sin argumentos.

Miró a Adrián, luego a ella y, finalmente, soltó aire.

—Ya hablaremos.

—No —insistió ella.

—Daniela…

—No.

Sergi negó con la cabeza, resopló y, sin decir nada más, se alejó por fin calle abajo.

Daniela observó cómo desaparecía mientras soltaba lentamente todo el aire que llevaba reteniendo dentro.

—Gracias.

Cuando volvió a girarse hacia Adrián, descubrió que seguía observando la dirección por la que se había marchado Sergi.

—¿Ese es tu ex?

—Sí.

—Entiendo.

Y la forma en que lo dijo hizo que Daniela sonriera un poco.

—¿Qué entiendes exactamente?

Adrián la miró.

—Que es persistente, tenaz.

Ella soltó una carcajada.

—Esa es una forma elegante de decirlo.

—Intento ser educado.

—Yo no.

Aquello le arrancó una sonrisa. Dios, qué guapo era cuando sonreía.

—¿Te ayudo con la persiana? —preguntó él.

—¿Has venido expresamente para ayudarme?

—Quizá —respondió, encogiéndose de hombros.

—Adri…

—¿Qué?

—Eso es un poco ridículo.

—Puede ser.

Sin esperar respuesta, agarró uno de los extremos de la persiana, como si fuera la cosa más normal del mundo.

Daniela negó con la cabeza, riéndose mientras lo ayudaba. Sinceramente, entre Sergi y Adri la comparación empezaba a ser realmente injusta.

Adrián la miró de reojo mientras terminaban de bajar la persiana.

El ruido metálico resonó por toda la calle y, por primera vez en muchos meses, Daniela sintió algo raro: alivio porque Sergi ya se había marchado y ahora mismo estaba allí con Adri. Aquello era muchísimo más agradable.

Cuando terminaron, él se incorporó y se limpió las manos.

—¿Te pasa mucho?

Daniela tardó un segundo en entender la pregunta.

—¿Lo de Sergi? —Él asintió—. A veces… demasiadas veces.

La sonrisa desapareció un poco de la cara de Adrián.

—Debe de ser incómodo.

—Muchísimo.

Caminaron unos pasos calle abajo, alejándose de la cafetería.

Las luces cálidas del barrio seguían encendidas y el aire fresco de octubre olía a pan recién hecho y a humedad.

Daniela metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—No es mala persona.

—Pero…

—Pero no entiende que se acabó.

Adrián asintió lentamente, como si entendiera perfectamente lo que quería decir.

—Eso es importante.

Ella lo miró.

—¿El qué?

—Saber cuándo algo ha terminado. —Daniela parpadeó, porque aquella respuesta parecía esconder algo más, pero, antes de que pudiera preguntarle nada, él volvió a sonreír—. Además…

—¿Además?

—No me ha caído demasiado bien.

Ella soltó una carcajada.

—¡Adri!

—¿Qué?

—Eso ha sonado muy celoso.

—No era mi intención.

Mentira podrida. Y él lo sabía.

Daniela sonrió divertida.

—Pues lo parecía.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—¿La próxima vez?

—Si vuelve a aparecer.

Aquello hizo que volviera a reírse.

Siguieron caminando unos metros más y, durante unos segundos, no dijeron nada. Era un silencio agradable, de esos que aparecen cuando no necesitas llenar cada segundo hablando.

—Por cierto… —comentó él.

—¿Sí?

—Tu equipo me odia.

Daniela abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

—Estoy bastante seguro.

—No te odian.

—Inés sí.

Ella soltó otra carcajada.

—Inés odia a todo el mundo.

Él chasqueó la lengua.

—Eso me tranquiliza.

—Es su lenguaje del amor.

—Precioso —ironizó Adrián.

—Ya.

Adrián negó con la cabeza, sonriendo.

—Creo que hoy me ha mirado como si estuviera evaluando si soy digno de reproducirme.

Daniela casi se atragantó de la risa.

—No digas eso.

—¿No es verdad?

—Probablemente sí.

—Lo sabía —comentó, como si aquello le preocupase.

Daniela se dio cuenta de que ya estaban cerca de la parada del autobús. Probablemente, él ni siquiera tenía por qué haberla acompañado hasta allí.

—No hacía falta que vinieras.

Adrián la miró.

—Ya lo sé, pero quería verte.

El corazón le dio un golpe tan fuerte que casi se le olvidó respirar, y encima lo había dicho como si fuera la cosa más normal del mundo, como si no acabara de provocar una pequeña explosión nuclear en su pecho.

Daniela bajó la mirada un instante y sonrió.

—Eres un peligro.

La sonrisa de Adrián se hizo un poco más amplia.

—Eso me han dicho alguna vez.

Durante un segundo se quedaron mirándose, con el ruido lejano de los coches, las luces de Barcelona y esa sensación extraña que aparecía cada vez más a menudo cuando estaban juntos: la de que había algo entre ellos, algo importante. Algo que cada día resultaba un poco más difícil de ignorar.

Daniela vio acercarse el autobús a lo lejos, ya podía distinguir las luces avanzando por la avenida.

—Bueno —dijo ella intentando sonar normal—. Mi transporte público acaba de aparecer.

Adrián miró también hacia el final de la calle.

—Todavía puedo llevarte.

Daniela sonrió.

—Adri…

—¿Qué?

—Mi casa está a cinco minutos.

—Mi coche está en el *parking* subterráneo de aquí al lado.

—Ya lo sé.

—Y no me cuesta nada.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—De verdad, no hace falta.

Él la observó unos durante segundos, debatiéndose entre insistir o dejarlo estar.

Aquello le gustó. No era como Sergi: no intentaba convencerla, no discutía ni la presionaba. Simplemente, esperaba.

—Gracias igualmente —añadió ella.

La expresión de Adrián se suavizó un poco.

—Vale.

—Además, si me acostumbro a que me lleven a todas partes, acabaré volviéndome insoportable…

—Eso sería difícil.

—No me conoces tan bien.

—Empiezo a conocerte.

Aquella respuesta fue completamente innecesaria.

Daniela apartó la mirada hacia la calle para disimular una sonrisa. Cada vez que aquel hombre decía algo así, le alteraba el

corazón. Y eso empezaba a convertirse en un problema.

—Bueno —murmuró ella—. Nos vemos mañana.

—Por supuesto, mañana.

Adrián bajó entonces la vista hacia ella y, antes de que Daniela pudiera pensar demasiado, él tomó suavemente una de sus manos con tranquilidad, como si aquello fuera lo más natural del mundo, pero no lo era, al menos, no para ella, ya que el corazón volvió a disparársele.

—Hasta mañana, Daniela.

La forma en que pronunció su nombre le produjo un pequeño escalofrío y, antes de que pudiera responder, él se inclinó ligeramente, despacio y sin prisa, dándole tiempo para apartarse si quería, y le depositó un suave beso en la mejilla.

Fue apenas un instante, pero suficiente para que Daniela sintiera el calor de sus labios y la barba de dos días rozando ligeramente su piel.

Una caricia mínima, una cosquilla inesperada, un gesto sencillo y, sin embargo, el mundo pareció detenerse durante un segundo.

Cuando Adrián volvió a incorporarse, ella seguía completamente quieta, mirándolo, con el corazón golpeándole con fuerza en el pecho.

Él seguía sujetándole la mano y, por primera vez, parecía un poco menos seguro, solo un poco, como si también estuviera esperando algo, una reacción o señal.

Daniela acabó asintiendo ligeramente, sin saber qué hacer o decir.

Una pequeña sonrisa apareció entonces en la boca de Adrián y soltó su mano despacio.

—Hasta mañana.

Ella consiguió recuperar algo parecido a la capacidad de hablar.

—Hasta mañana.

Y, entonces, Daniela empezó a alejarse lentamente.

Dio unos pasos y volvió la cabeza. Él seguía allí, observándola y sonriendo.

Cuando apareció finalmente el autobús, las puertas se abrieron y Daniela subió.

Desde la ventanilla lo vio por última vez. Solo cuando él comprobó que ella estaba ya dentro, empezó a alejarse. Metió las manos en los bolsillos del abrigo y caminó hacia las escaleras que descendían al parquin subterráneo.

Daniela se quedó observándolo mientras el autobús arrancaba, hasta que desapareció escaleras abajo. Solo entonces, se dio cuenta de que seguía llevándose una mano a la mejilla, justo donde la había besado.

Todavía podía recordar la sensación, la suavidad de sus labios y la calidez, aquella barba ligeramente áspera que le había hecho cosquillas sobre la piel y el modo en que la había mirado después, como si fuera la única persona que existía en el mundo en aquel momento.

Daniela apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla y sonrió sola.

Estaba empezando a gustarle de verdad y, por mucho que intentara repetirse que pertenecían a mundos distintos, que probablemente no tenían nada que ver y que aquello no tenía sentido, su corazón parecía haber decidido ignorar completamente la lógica.



13

Adrián detuvo el coche en un semáforo y miró la hora por cuarta vez en menos de cinco minutos. Llevaba toda la semana esperando aquel domingo y eso era algo que no le ocurría desde hacía muchísimo tiempo.

Normalmente, los domingos eran para correos atrasados, llamadas, informes y alguna escapada rápida a la montaña cuando tenía suerte.

Ahora no. Ahora estaba deseando llegar a La Santa Massa. Verla por las mañanas ya no era suficiente. Le gustaba desayunar allí, hablar cinco minutos con ella y escucharla discutir con Inés. Cada vez que se marchaba sentía que le faltaba tiempo: más conversaciones, más risas con ella.

Cuando giró la esquina y vio la cafetería, una sonrisa apareció instintivamente en su cara. Allí estaba, esperándolo, apoyada junto a la fachada. Durante un segundo, se quedó simplemente observándola. Estaba preciosa. Llevaba unos vaqueros ajustados, un jersey fino color rosa y un abrigo claro que contrastaba con el ambiente otoñal de Barcelona.

Se había dejado el pelo suelto y aquel cabello rubio oscuro y ondulado caía sobre sus hombros hasta rozarle el pecho. Los ojos azules parecían enormes bajo la luz suave del mediodía. Cuando lo vio llegar, sonrió. Aquella sonrisa era la misma que llevaba quitándole el sueño toda la semana. Era, sin duda, la chica más

bonita que había conocido en su vida, y no era solo una cuestión física; era todo: la forma de hablar, de reír, la pasión con la que defendía lo que quería y la forma en que lo trataba, como a una persona normal, no como a Adrián Valcárcel, el CEO. Solo era Adri.

Durante unos segundos volvió a planteárselo. Quizá debería decirle la verdad, hacerlo antes de que todo llegara demasiado lejos. Pero también sabía lo que ocurriría: ella lo miraría de otra manera y todo cambiaría. Y, egoístamente, no quería perder aquello. Todavía no.

Aparcó junto a la acera y bajó del coche.

Daniela sonrió inmediatamente.

—Hola.

—Hola.

Ahí estaba otra vez aquella sensación absurda en el pecho.

Adrián se acercó al lado del copiloto y le abrió la puerta. Ella se quedó parada un segundo, como siempre. Todavía parecía sorprenderle su cortesía y, sinceramente, le encantaba.

—Gracias.

—De nada.

Daniela subió al coche mientras él rodeaba el vehículo.

Cuando se sentó al volante, volvió a mirarla, y sí, seguía pensando exactamente lo mismo: era preciosa.

—¿Has comido? —preguntó mientras arrancaba.

Ella negó con la cabeza.

—No.

—Perfecto.

—¿Perfecto?

—He reservado mesa para comer.

Daniela sonrió.

—Claro que has reservado.

—Empiezo a sentirme juzgado.

—Porque reservas hasta para respirar.

—Eso es falso.

—No me lo creo —bromeó ella.

Aquello le arrancó una sonrisa mientras se incorporaba de nuevo a la circulación.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. El silencio no resultaba incómodo, pero él fue demasiado consciente de su presencia, de ella sentada a su lado y de todo lo que se estaba guardando.

—¿Qué tal tu día?

—Tranquilo.

—¿Eso significa poco trabajo?

—Un poco —respondió él.

—¿Cuántas reuniones llevas hoy?

—Hoy es domingo —le recordó con una sonrisa.

—Eso no responde a la pregunta.

Adrián soltó una risa.

—Solo dos.

Ella puso los ojos como platos.

—¡Es la una de la tarde!

—Lo sé.

Ella lo miró con una sonrisa.

—Eres un caso perdido.

—Probablemente.

Daniela hizo un gesto de resignación.

—Voy a acabar obligándote a descansar.

Él enarcó una ceja en su dirección.

—Suerte con eso.

—No sabes lo pesada que puedo llegar a ser.

—Empiezo a sospecharlo.

Aquello la hizo reír y otra vez él se descubrió observándola, escuchándola y disfrutando simplemente de estar allí.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Cómo va la revolución del cruasán?

—Muy bien.

—Temía esa respuesta.

—Tenemos nuevos simpatizantes.

—Dios mío —dijo él, abriendo mucho los ojos.

—Y una señora del barrio ha tejido una funda para una barra de pan.

Adrián parpadeó.

—¿Qué?

—No preguntes.

—Necesito preguntar —rio.

—Ni yo misma lo entiendo.

Volvieron a reírse y, durante unos segundos, Adrián se olvidó completamente de los abogados, las reuniones, Vanguard y el proyecto. De todo. Daniela estaba allí, a su lado, y eso era lo único que le importaba.

Daniela intentó seguir la conversación, de verdad que lo intentó, pero había un problema, un problema bastante grande: Adri iba absurdamente guapo.

Llevaba un traje azul marino impecable que parecía hecho a medida, la camisa blanca le marcaba los hombros y el pecho de una forma completamente innecesaria para la salud mental femenina y encima se había quitado la corbata. Claramente, el Universo quería verla sufrir.

Ella intentó concentrarse en la carretera, pero fracasó; luego en los edificios, también fracasó. Finalmente, acabó mirándolo otra vez…. Madre de Dios, ¡qué hombre!

—¿Qué? —preguntó él, sin apartar la vista de la carretera.

Daniela dio un pequeño respingo.

—Nada.

Adrián sonrió, el muy travieso.

—Ajá.

Maldito fuese, sabía perfectamente que la había pillado mirándolo.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella, cambiando de tema.

—Sorpresa.

—No me gustan las sorpresas.

—Mentira.

—Vale, sí me gustan —rio.

—Lo sabía.

—Pero me gusta quejarme —bromeó Daniela.

—Eso también lo sabía.

Ella sonrió ante aquella respuesta.

Y cuando Daniela ya había perdido completamente la noción de hacia dónde iban...

el sedán se detuvo.

Ella levantó la vista y se quedó inmóvil.

—Adri.

—¿Sí?

—No.

—Sí.

—No —respondió ella con los ojos muy abiertos.

Él empezó a reírse. Conocía perfectamente esa reacción.

Frente a ellos se alzaba uno de los restaurantes más elegantes de Barcelona. La fachada era sofisticada, estaba rodeado de grandes cristaleras, los jardines perfectamente cuidados y una entrada que gritaba: "Aquí una botella de agua cuesta más que tu factura de internet".

—Creo que me he vestido demasiado sencilla para este sitio.

Él soltó una carcajada.

—Estás preciosa.

Aquello no ayudó absolutamente nada.

Poco después, entraron y Daniela tuvo la sensación inmediata de estar entrando en otro mundo.

Luz cálida, madera noble, mesas perfectamente vestidas, copas brillando bajo lámparas elegantes y personal impecablemente vestido. Todo olía a lujo.

Un camarero se acercó enseguida.

—Buenas tardes.

Adrián asintió.

—Tenía una reserva a nombre de Adri.

El camarero sonrió inmediatamente.

—Por supuesto. Síganme.

Los condujo hasta una mesa junto a un enorme ventanal desde donde podía verse parte de Barcelona.

Daniela seguía mirando absolutamente todo a su alrededor, hasta que llegó el siguiente problema: Adri apartó la silla para que se sentara.

Ella se quedó parada otra vez. Nadie hacía eso, nadie.

Él vio inmediatamente su expresión y sonrió.

—Vas a tener que acostumbrarte.

Daniela lo miró genuinamente sorprendida.

—¿Perdón?

—A esto.

—No lo creo.

—Yo sí —dijo con una sonrisa.

Aquella confianza tranquila iba a acabar matándola.

Se sentó y él ocupó el asiento frente a ella.

El camarero dejó las cartas y Daniela abrió una de ellas.

Sus ojos empezaron a bajar línea por línea de precios y, cuanto más bajaba, peor era la situación. Los ojos se le iban abriendo cada vez más.

Cuando levantó la vista, encontró a Adrián con gesto divertidísimo, observándola.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Daniela…

—Nada.

—Daniela… —repitió.

Ella cerró la carta lentamente.

—Un plato de aquí cuesta lo que yo gano en medio día.

Adrián la observó y se encogió de hombros.

—Bueno.

—¿Bueno?

—¿Y qué problema hay?

Ella lo miró, compungida.

—Has perdido totalmente la cabeza —le susurró.

Aquello le arrancó una risa.

—Posiblemente —se encogió de hombros.

—Adri. Hay un pescado aquí que cuesta más que mi microondas de casa.

Él sonrió.

—¿Y?

—Que tengo apego emocional a mi microondas.

Él tuvo que apartar la mirada para no empezar a reírse demasiado.

—Prometo que sobreviviremos.

—No estoy segura.

—Yo sí.

Ella resopló y volvió a mirar la carta. Inspiró hondo y la cerró por supervivencia.

—¿Te gusta el marisco? —preguntó él.

—No.

—Respuesta rápida.

—No me gusta, de verdad, me parece sospechoso.

—¿El marisco?

—Sí.

—Interesante teoría.

—Gracias.

Él seguía sonriendo.

—¿Y el pescado?

—Eso sí.

—¿La carne?

—También.

Adrián asintió y, entonces, vio exactamente lo que estaba pasando.

Daniela no estaba escogiendo comida, estaba calculando precios, comparando salarios y sufriendo con mucha intensidad.

Así que alargó una mano muy despacio y le bajó la carta unos centímetros, con suavidad y sin apartar la vista de ella.

—Por favor…

Daniela tragó saliva.

—¿Qué?

—No mires los precios.

—Pero…

—No los mires.

Aquella sonrisa volvió a aparecer, la peligrosa, la que siempre conseguía desarmarla.

—Adri...

—No.

—Es muchísimo dinero.

—Lo sé.

—Me da vergüenza.

—No debería.

Ella se mordió ligeramente el labio, intimidada, y con aquello consiguió que él sonriera todavía más.

—Déjame invitarte, Daniela.

Daniela soltó aire porque luchar contra aquel hombre era agotador.

—Vale.

—Bien.

—Pero como me sirvan una gamba bañada en oro, me voy.

Aquello volvió a hacerlo sonreír.

—Trato hecho. —Llamó al camarero—. Tomaremos el rodaballo para dos.

Daniela lo miró perpleja.

—¿Para dos?

—Confía en mí.

Luego añadió un solomillo para compartir también y una botella de vino.

Cuando terminó de pedir, volvió a mirarla.

—Ya está.

—No sé si sentirme tranquila o secuestrada.

—Mejor tranquila.

—No estoy convencida —susurró.

—Lo estarás cuando llegue la comida.

Y, sinceramente, con aquella sonrisa de confianza que llevaba puesta, resultaba muy difícil llevarle la contraria.

La comida estaba espectacular, y eso era algo que Daniela odiaba admitir. Habría sido mucho más cómodo descubrir que los restaurantes caros eran una estafa, pero no. El rodaballo estaba increíble, el vino también y el solomillo prácticamente se deshacía solo.

—No me gusta darte la razón —admitió, cortando otro trozo de pescado.

Adrián levantó una ceja.

—Pero…

—Pero está buenísimo —confirmó ella—. Ahora entiendo por qué reservas.

—Gracias.

Él sonrió mientras daba otro sorbo al vino y Daniela siguió hablando.

—Te juro que una señora me ha parado por la calle —rio ella.

—¿Otra vez?

—Sí.

—Empiezo a preocuparme —comentó Adrián.

—Pues deberías —bromeó.

Aquello le arrancó una pequeña sonrisa.

—¿Y qué quería?

—Apoyar la revolución.

—Dios mío —dijo él, cerrando los ojos un segundo.

—Lo digo completamente en serio. —Daniela empezó a reírse, recordándolo—. Me ha dado dos barras de pan.

—¿Qué?

—Dos barras.

—¿Como regalo?

—Como símbolo de resistencia.

Adrián tuvo que dejar la copa porque empezó a reírse.

—No, eso no ha ocurrido.

—Ha ocurrido —le confirmó ella.

—Necesito más detalles, dámelos.

—Me ha dicho: "Daniela, no te rindas. El barrio está contigo".

—Increíble —rio él.

—Y luego me dio las barras de pan.

—Me encanta Barcelona.

—A mí también.

Los dos siguieron riéndose unos segundos y, durante un instante, Adrián simplemente se quedó observándola.

La forma en que se iluminaba cuando hablaba, lo expresiva que era, lo fácil que resultaba escucharla. Con Daniela nunca parecía que estuviera manteniendo una conversación por compromiso, todo fluía naturalmente, como si se conocieran desde hacía mucho más tiempo.

Cuando las risas fueron apagándose, él apoyó un brazo sobre la mesa.

—¿Y tu familia?

Daniela levantó la vista.

—¿Mi familia?

—Sí.

—¿Esto es un interrogatorio?

—Todavía no.

—Todavía…

Ella dejó los cubiertos y se limpió la boca con la servilleta.

—Mis padres viven en Tarragona.

—¿Te llevas bien con ellos?

—Muchísimo. —Una sonrisa cálida apareció en su rostro—. Mi madre sigue llamándome para preguntarme si estoy comiendo bien.

—Eso es obligatorio para todas las madres españolas.

—Y mi padre sigue pensando que trabajo demasiado.

—También es obligatorio. ¿Tienes hermanos?

Daniela negó.

—No, soy hija única.

—Claro —confirmó él con un movimiento de cabeza.

Ella entornó los ojos.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Nada.

—Adri…

—Nada bueno.

Daniela cogió una servilleta y amagó con lanzársela.

Él levantó las manos inmediatamente.

—Paz.

—Eso pensaba yo.

Volvieron a reírse y entonces ella señaló hacia él con el tenedor.

—Te toca.

—¿Qué?

—Tu familia.

Durante un segundo, Adrián se quedó pensativo. Normalmente no hablaba mucho de aquello, pero con Daniela era diferente.

—Mis padres viven en Madrid. Mi madre era profesora…

—¿Era?

—Está jubilada.

—¿Y tu padre?

Adrián bajó un momento la vista hacia la copa.

—Es empresario. —Daniela asintió—. Mi padre creó una empresa cuando era joven.

—¿Grande?

—Con el tiempo sí.

Daniela apoyó el codo sobre la mesa, escuchándolo con atención.

—¿Y tú siempre quisiste trabajar allí?

Adrián pensó unos segundos.

—La verdad es que sí.

—¿En serio?

—Sí.

—Eres el primer niño de la historia que responde eso.

Aquello le arrancó otra sonrisa.

—Me gustaba.

—Qué rarito.

—Gracias —bromeó Adrián.

—De nada.

Daniela siguió observándolo y él se dio cuenta de algo: le gustaba que ella lo mirara así, con interés y sin juzgar, sin calcular nada. Solo escuchándolo.

—Por eso estudié Administración y Dirección de Empresas.

—¿Para seguir con la empresa?

—Exactamente.

Ella asintió lentamente y sonrió.

—Está claro que te gusta mandar —bromeó, señalándolo con la mano.

Adrián soltó una carcajada.

—Eso no es verdad.

Ella casi se atragantó de la risa.

—¿Perdona?

—Que no es verdad.

—Te he visto hablar por teléfono.

—Fue un caso aislado.

—No, ni hablar…

Aquello consiguió hacerlo reír todavía más.

Mientras la observaba sonriendo al otro lado de la mesa, pensó algo que empezaba a ocurrirle cada vez más a menudo: podría pasar horas allí, escuchándola hablar, sin aburrirse ni un solo segundo.

Daniela dejó finalmente los cubiertos sobre el plato y soltó un largo suspiro.

—No puedo más.

Adrián levantó la vista.

—¿No?

—Voy a necesitar que me lleven rodando hasta casa.

Aquello le arrancó una pequeña sonrisa.

—No ha sido para tanto.

Ella apoyó una mano sobre el estómago.

—Estoy llena.

—Eso es buena señal.

—Y todo estaba buenísimo.

Durante unos segundos, Daniela observó los platos casi vacíos sobre la mesa.

Todavía le parecía surrealista estar allí, en un restaurante como aquel con él. Sinceramente, si alguien le hubiera dicho un mes atrás que acabaría cenando y paseando por Barcelona con aquel hombre tan absurdamente atractivo, le habría recomendado visitar a un psicólogo.

—Gracias por traerme —dijo finalmente.

Adrián dejó el tenedor sobre el plato.

—No tienes que darme las gracias.

—Sí tengo.

—No.

—Sí.

—Daniela…

Ella acabó riéndose.

—Ha sido toda una experiencia.

La sonrisa de él se suavizó un poco.

—¿Nunca habías estado en un sitio así?

Daniela negó.

—No.

—¿Ni una vez?

—Ni una vez.

—¿Y te ha gustado?

—Muchísimo. —Sus ojos azules brillaron ligeramente mientras miraba alrededor—. Aunque sigo pensando que un pescado no debería costar lo mismo que una lavadora.

Aquello volvió a hacerlo reír.

—Me alegro de haber sido yo quien te trajera por primera vez. —Daniela levantó la vista y, por un instante, el ruido del restaurante desapareció, porque aquello había sido inesperadamente tierno. Él sostuvo su mirada unos segundos más—. Las cosas bonitas siempre son mejores cuando las compartes con alguien que sabe apreciarlas.

Daniela sintió cómo el corazón se le aceleraba.

Ella bajó un poco la mirada hacia la copa de vino e intentó recuperar cierta estabilidad emocional.

Y, durante unos segundos, simplemente se quedaron observándose.

—¿Te apetece un postre?

Daniela abrió muchísimo los ojos.

—¿Después de todo esto?

—Hay gente que puede.

—Esa gente está poseída.

—¿Café entonces?

Ella negó inmediatamente.

—Tampoco.

—¿Seguro?

—Como tome un café más hoy empiezo a escuchar colores y, además, creo que me explotaría el estómago.

Adrián acabó dejando también la servilleta sobre la mesa.

—Entonces nada de postre.

—Nada de postre —confirmó ella.

—Perfecto. Tengo otra idea.

Ella lo observó con curiosidad.

—¿Voy a sobrevivir?

—Probablemente. Podemos ir a dar un paseo —le ofreció.

—¿Para bajar la comida?

—Y porque me apetece seguir hablando contigo.

Lo dijo de forma tan natural que Daniela tardó un segundo en procesarla. Y, cuando lo hizo, notó otra vez aquel calor absurdo subiéndole por el pecho.

Daniela acabó sonriendo.

—Me parece bien.

—¿Sí?

—Sí.

—Perfecto.

—Aunque si me haces subir una montaña después de comer todo esto…

—Un paseo tranquilo —aclaró él.

—Más te vale —bromeó, señalándolo con la mano.

Y mientras él hacía una señal al camarero para pedir la cuenta, Daniela se descubrió pensando algo que empezaba a ocurrirle demasiado a menudo: que todavía no quería que terminara el día.



14

Cuando salieron del restaurante, el aire fresco de octubre los recibió inmediatamente.

El cielo estaba cubierto por algunas nubes dispersas, pero la lluvia había dado una tregua y Barcelona parecía especialmente bonita aquella tarde.

Daniela caminó unos pasos junto a Adrián mientras intentaba convencerse de que no acababa de comer, probablemente, la comida más cara de toda su vida.

—Todavía sigo pensando en el precio del pescado.

Adrián soltó una risa.

—Ya ha terminado.

—No para mi cuenta bancaria imaginaria.

—Tu cuenta bancaria imaginaria sobrevivirá.

Aquello volvió a hacerla sonreír.

Empezaron a caminar sin prisa por las calles de la ciudad. La gente paseaba, las terrazas estaban llenas y algunos turistas sacaban fotografías.

Por primera vez en mucho tiempo, Daniela no estaba pensando en la cafetería ni en Vanguard, ni siquiera en facturas o en proveedores. Solo caminaba, y era agradable. Muy agradable.

—¿Siempre trabajas tanto? —preguntó ella.

Adrián metió las manos en los bolsillos del abrigo.

—Bastante.

—Eso no es una respuesta.

—Sí —confirmó él.

—Mucho mejor —lo felicitó.

—¿Y tú?

—También.

Llegaron a una plaza tranquila donde varias familias paseaban entre árboles que empezaban a teñirse de tonos otoñales.

Barcelona en octubre tenía algo especial: estaba más tranquila, más acogedora, como si la ciudad se permitiera bajar el ritmo.

—¿Sabes qué me preocupa? —preguntó Daniela de pronto.

—¿Qué?

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—Que dentro de diez años quiero seguir exactamente igual.

Adrián la miró.

—¿Igual?

—Bueno, quizá no exactamente igual, pero sí con mi cafetería. —La sonrisa de Daniela se suavizó—. Quiero seguir levantando la persiana cada mañana, ver a los vecinos, quiero seguir teniendo La Santa Massa.

La voz le salió más baja al final y Adrián sintió inmediatamente un pequeño peso en el pecho. Sabía exactamente lo que estaba diciendo y lo que estaba en juego.

Daniela siguió caminando sin darse cuenta de lo mucho que aquellas palabras acababan de afectarle.

—Puede sonar una tontería.

—No lo es.

Ella lo miró y, durante unos segundos, Adrián estuvo a punto de decirlo, de confesarle la verdad. Verla hablar así, tan ilusionada y sincera, hacía que ocultarle la verdad empezara a resultar insoportable, pero entonces ella volvió a sonreír y se quedó callado.

—¿Y tú? —preguntó Daniela—. ¿Dónde te ves dentro de diez años?

—No lo sé.

—Mentira.

—¿Por qué?

—Porque los hombres como tú siempre tienen un plan para todo.

—¿Los hombres como yo?

—Sí.

—¿Qué clase de hombre soy exactamente? —bromeó él.

Daniela fingió pensarlo.

—Ordenado.

—Correcto.

—Controlador.

—Discutible.

—Muy controlador.

—Un poco —confesó con una sonrisa.

—Y seguro que haces listas.

—Hago listas —confirmó Adrián.

—Lo sabía.

Aquello volvió a hacerlos reír. Luego, siguieron caminando sin un rumbo concreto hasta que terminó anocheciendo poco a poco sobre Barcelona. Era increíble cómo pasaban las horas cuando uno estaba a gusto.

—Así que haces listas, ¿eh?

—Muchas listas.

—Eso es preocupante.

—Las listas son eficientes.

Ella lo miró con gesto divertido.

—¿También haces listas para las vacaciones?

—Sí.

—Adri...

—¿Qué?

—No puedes planificar unas vacaciones.

Él enarcó una ceja.

—Claro que puedo.

—Ese es literalmente el concepto contrario de tomarse unas vacaciones.

—No estoy de acuerdo, unas vacaciones deben estar completamente planeadas para aprovecharlas al máximo.

Llegaron a una zona más tranquila, alejada del ruido, donde las luces de las farolas comenzaban a encenderse mientras el sol terminaba de desaparecer por el oeste.

Durante unos segundos ninguno dijo nada, simplemente caminaron juntos, uno al lado del otro.

Daniela se dio cuenta de algo: ya no quería que terminara el día, ni la tarde, ni el paseo, ni nada. Aquello era una pésima señal, porque significaba exactamente lo que llevaba semanas intentando no pensar.

Le gustaba. Adri le gustaba mucho. Demasiado.

Levantó la vista y descubrió que Adrián también la estaba mirando en silencio, aunque esta vez era diferente, mucho más intenso.

Ninguno apartó la mirada. El corazón de Daniela empezó a acelerarse y, por primera vez en toda la tarde, sintió nervios de verdad.

Aquellos ojos marrones claros seguían fijos en ella y, de pronto, el mundo pareció quedarse un poco más quieto, más pequeño y más silencioso.

Solo estaban ellos y aquella mirada. Solo aquel momento.

Daniela tragó saliva y vio cómo Adrián bajaba ligeramente la vista hacia sus labios.

¿Lo iba a hacer? Estaba completamente segura. ¡Lo iba a hacer! ¡Quería que lo hiciera!

¡Muchísimo! Llevaba días pensando en ello, en cómo sería, en cómo la besaría, en si aquella barba de dos días haría cosquillas, en si olería igual de bien de cerca.

Su cerebro acababa de abandonarla oficialmente.

Adrián dio apenas medio paso hacia ella y el corazón empezó a golpearle tan fuerte que estaba convencida de que él podía escucharlo.

Y entonces él sonrió, solo un poco, como si estuviera igual de nervioso que ella.

Aquello la desarmó todavía más. Él siempre parecía tan seguro, tan tranquilo, y descubrir que ella también conseguía alterarlo le resultó extrañamente bonito.

Durante un segundo más permanecieron así, sin moverse ni apartar la mirada. Estaba tan cerca que Daniela podía distinguir pequeñas motas doradas en sus ojos.

Una pareja apareció caminando por la acera de enfrente, hablando a voces, riéndose y rompiendo completamente el momento.

Los dos reaccionaron casi al mismo tiempo, como si despertaran de golpe.

Daniela bajó la vista inmediatamente y sintió cómo las mejillas se le calentaban. Él apretó los labios. Estaba claro que Adrián tampoco estaba exactamente tranquilo.

—Bueno… —murmuró Daniela.

—Sí…

Excelente conversación, brillante.

Ambos acabaron riéndose como dos bobalicones. Sinceramente, ninguno sabía qué decir y ambos sabían perfectamente lo que acababa de pasar, aunque ninguno lo mencionara.

Finalmente, Adrián señaló hacia donde había aparcado el coche.

—¿Te llevo a casa?

Daniela respiró hondo e intentó recuperar cierta compostura.

—Sí.

—Bien.

Caminaron hacia el aparcamiento más despacio que antes, mucho más conscientes el uno del otro. Muchísimo más. Después de aquello, todo había cambiado, aunque ninguno de los dos quisiera admitirlo todavía.

Mientras bajaban hacia donde estaba aparcado el vehículo, Daniela no pudo evitar una última mirada de reojo: Adrián seguía sonriendo y ahí tuvo la sensación de que, quizá, estaba empezando a enamorarse de verdad.

La cafetería estaba llena como casi todas las mañanas.

El olor a café recién hecho flotaba por el local mientras Daniela preparaba pedidos detrás de la barra y Marcos sacaba otra bandeja de cruasanes del horno.

Fuera, seguía colgada la famosa pancarta y, para desesperación de Daniela, algunas personas seguían haciéndose fotos con el cruasán de la peineta.

—La revolución sigue fuerte —anunció Carla desde una mesa mientras editaba un vídeo.

—No vuelvas a decir revolución delante de mí.

—¿Cruasán insurgente?

—Peor.

—¿Movimiento popular?

—Muchísimo peor.

Inés soltó una carcajada mientras servía dos cafés. Marcos se apuntó a la conversación.

—Yo voto por resistencia panadera —sugirió Marcos.

—Voy a despediros a todos, os lo advierto —los señaló.

—No puedes.

—¿Por qué?

—Porque nos quieres —contestó Inés haciéndole un gesto gracioso con la cara.

Daniela resopló y siguió preparando cafés, hasta que Carla se fue a atender una mesa y Marcos desapareció hacia el obrador. Inés se acercó de inmediato y apoyó ambos codos sobre la barra.

Aquella sonrisa ya la conocía. Era la sonrisa peligrosa.

—No digas nada.

—Lo voy a decir —canturreó Inés.

—No.

Inés bajó la voz y dio unos saltitos.

—Cuéntame cositas, anda.

Daniela entornó los ojos.

—Nooo —pronunció con paciencia.

—Cuéntame cosas, va —suplicó.

—No hay cosas que contar.

—Mentirosa —la acusó. Inés se acercó un poco más—. ¿Te gusta?

Daniela tardó exactamente dos segundos en responder.

—Muchísimo.

Y en cuanto la palabra salió de su boca, se tapó la cara con ambas manos.

—Dios mío.

Inés soltó un chillido ahogado.

—¡Lo sabía!
—Baja la voz.
—¡Lo sabía! —Dio saltos con los brazos en alto.
—Inés —la reprendió, mirando de un lado a otro.
—¡Si es que es evidente!
Varias personas giraron la cabeza y Daniela señaló la cafetera.
—Como vuelvas a alzar el tono, te doy con la cafetera.
—Pero tengo razón.
Maldita fuera, la tenía.
—Es muy guapo —dijo Inés más bajito esta vez.
—Sí —acabó dándole la razón.
—Muy educado.
—También.
—Muy atento.
—Exacto.
—Y te mira como si fueras un postre —acabó riendo Inés.
Daniela dejó caer la cabeza sobre la barra.
—Por favor…
—Solo digo la verdad.
—No necesito escucharla.
—Pues la vas a escuchar igualmente. —Inés seguía sonriendo, encantada consigo misma—. Y ahora… la pregunta importante.
Daniela levantó un dedo.
—No.
—Todavía no he preguntado.
—Ya sé lo que vas a preguntar.
—¿Te ha besado?
—Sabía que ibas a preguntar eso.
—¿Te ha besado? —repitió.
—No.
—¿Seguro?
Daniela puso los ojos en blanco.
—Inéééés —pronunció lentamente.
—¿Seguro? —insistió.
—Que sí.
—¿Ni un poquito?

—¿Qué significa ni un poquito?

—Yo qué sé.

Daniela acabó riéndose. Resultaba imposible no hacerlo.

—No me ha besado —acabó con sinceridad.

—¿Y por qué?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Está ciego?

—No.

—¿Enfermo?

—No.

—¿Había una emergencia nacional?

Daniela volvió a reír.

—Simplemente no ocurrió.

Inés la observó unos segundos.

—Pero casi… ¿verdad?

Daniela se quedó callada y aquello fue suficiente.

Los ojos de Inés se abrieron como platos.

—Oh, Dios mío.

—No empieces.

—Oh, Dios… mío. ¡Casi!

Daniela miró alrededor.

—Baja la voz.

—¡Casi!

Daniela terminó riéndose mientras negaba con la cabeza. Sinceramente, era imposible mantener una conversación normal con aquella mujer.

Inés apoyó una mano sobre su brazo.

—Te gusta muchísimo.

Daniela bajó la mirada un instante y sonrió tímidamente.

—Sí —confirmó.

Inés se enterneció un poco, solo un poco. Luego volvió a ser Inés.

—Pues a ver si te mete la lengua hasta la campanilla, porque creo que necesitas un buen…

A Daniela le desquiciaron aquellas palabras y se llevó las manos a la cabeza.

—Pero ¿cómo eres tan bruta?

—Me crie con cuatro hermanos mayores —se excusó riendo, lo que provocó que Daniela resoplara—. Bueno, y en otro orden de asuntos, ¿estás preparada para esta tarde?

Ahí la sonrisa desapareció gradualmente.

Aquella era la gran tarde, la reunión con los abogados de Vanguard sobre el local.

Daniela soltó aire.

—Sí, lo estoy.

—Van a intentar convencerte.

—Lo sé.

—Van a sacar números.

—Lo sé.

—Van a sacar abogados.

—Estoy preparada.

—Van a sacar palabras raras de abogados.

—También lo sé.

—Las odio —concluyó Inés.

—Yo también —rugió Daniela, casi elevando su puño—. Pero no pienso dar mi brazo a torcer. —Lo dijo firme, rotundo y sin una sola duda—. No quiero irme, no voy a finalizar el contrato antes y no pienso ponerles las cosas fáciles.

Inés sonrió.

—Esa es mi chica.

Daniela suspiró. La verdad era que estaba nerviosa, muchísimo, pero no iba a admitirlo ni loca.

Justo entonces, Inés miró hacia la puerta principal y una sonrisa enorme apareció lentamente en su cara.

Oh, no.

Daniela conocía aquella sonrisa.

—Tu hombre del traje acaba de aparecer.

Automáticamente, se giró.

Allí estaba, acababa de entrar por la puerta con el abrigo oscuro, la camisa impecable y aquella sonrisa que aparecía siempre que la

veía. Por mucho que intentara convencerse de lo contrario, sintió que toda la cafetería acababa de volverse un poco más luminosa.

Adrián acababa de cruzar la puerta cuando sus ojos fueron directamente hacia ella, como si la encontrara incluso antes de buscarla.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días.

—¿Cómo va la revolución?

Ella señaló la cafetería llena.

—Cada día somos más.

—Eso empieza a preocuparme —dijo, mirando la cafetería llena.

Inés ya observaba la escena como una espectadora profesional de telenovelas.

—¿Lo de siempre? —preguntó Daniela.

Adrián fingió pensarlo.

—No.

—¿No?

—Hoy quiero cambiar.

—Qué valiente.

Se acercó a la vitrina y observó los cruasanes.

—Veamos...

—Tenemos "Capitalismo crujiente".

—Tentador.

—También hay "Consejo de Administración".

—Peligroso.

—Y, por supuesto, "Que le den a Vanguard".

La sonrisa de Adrián apareció inmediatamente.

—Ese. Estaba muy bueno.

—Sabía que te había gustado.

—Y un café.

—Marchando.

Cuando Daniela fue a darse la vuelta, él habló otra vez.

—Por cierto.

—¿Sí?

Adrián pareció dudar un segundo, algo raro en él.

—¿Podrías sentarte cinco minutos conmigo?

Daniela parpadeó.

—¿Ahora?

—Sí.

—Adri, mira esto. —Le señaló toda la cafetería: mesas llenas, clientes entrando y pedidos acumulándose—. No puedo.

—Serán solo cinco minutos.

—Cinco minutos son muchos minutos ahora mismo.

—Por favor.

Encima, había utilizado el "por favor", eso era jugar sucio.

—Adri…

—Solo cinco minutos.

Inés apareció inmediatamente.

—Yo me encargo.

Daniela giró la cabeza.

—No —se negó Daniela.

—Sí —sonrió Inés y lo miró a él con una sonrisa.

Marcos, desde el obrador, levantó una mano.

—Yo también voto que vaya.

Perfecto, una rebelión dentro de su propia cafetería.

Daniela volvió a mirar a Adrián. El muy desgraciado seguía sonriendo.

—Cinco minutos —remarcó ella.

—Cinco minutos —confirmó Adrián.

—Ni uno más.

—Trato hecho.

Él se dirigió hacia su mesa y Daniela se quedó observándolo unos segundos, hasta que Inés le dio un codazo.

—¿Qué?

—¿Te va a pedir matrimonio?

Daniela casi dejó caer una taza.

—¿Estás loca?

—Yo solo digo que…

—No.

—Podría ser —dijo, alzando las manos.

—No.

—Yo lo veo —continuó Inés, asintiendo con fuerza.

—No.

—Tiene cara de querer pedirte matrimonio.

—¿Qué significa eso?

—Pues eso.

—Eso no significa nada, solo hemos tenido un par de citas, no tiene lógica lo que dices…

—Está loquito por ti.

Daniela se puso roja inmediatamente.

—No está loco por mí.

—Daniela.

—¿Qué?

—Te mira como si fueras el último cruasán de la Tierra. Y, además, uno relleno.

—Inés.

Aquello hizo que la otra estallara en carcajadas.

—Es verdad.

—Cállate —susurró Daniela.

—Te adora —continuó Inés, pestañeando repetidas veces. —Daniela resopló—. Está enamoradísimo.

—Cállate..

—¿Y si te pide vivir juntos?

—¿Te acuerdas cuando te dije que iba a tirarte la cafetera encima y me controlé?

—¿Y si te pide hijos?

—¡Inés!

Varias personas giraron la cabeza y Daniela se llevó una mano a la cara. Aquello era insoportable.

—Por favor…

—Solo estoy preparándote psicológicamente, por si acaso.

—No necesito preparación psicológica.

—La necesitas, muchísimo —susurró con los dientes apretados.

Daniela negó con la cabeza y terminó montando la bandeja. El café, el cruasán, la servilleta… e ignorar las tonterías de Inés sin conseguirlo. Por su culpa tenía el corazón acelerado.

Respiró hondo, cogió la bandeja y caminó hacia la mesa.

Miró a Adri con aquel traje negro que parecía hecho para él, la camisa azul clara resaltaba todavía más sus ojos y aquella maldita corbata... aquella corbata debería estar prohibida por ley. Era absurdamente atractivo, tan atractivo que resultaba irritante y, cuanto más se acercaba, peor era.

Llegó finalmente hasta la mesa e inspiró hondo.

—Tu desayuno.

—Gracias.

Dejó la bandeja delante de él y, cuando iba a marcharse, Adrián señaló la silla frente a él.

—Siéntate, por favor.

Daniela miró la cafetería y luego a él.

—Cinco minutos —dijo ella.

—Cinco minutos.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Ella terminó sentándose e intentando ignorar el modo en que él la observaba. Tenía la sensación de que aquella conversación iba a ser importante y no tenía ni idea de por qué.



15

Daniela seguía sin entender por qué estaba tan nerviosa. Era Adri, solo Adri, el hombre que iba a desayunar cada mañana, el hombre que le abría puertas, el hombre que insistía en acompañarla hasta el autobús y el mismo que le revolucionaba el corazón cada vez que sonreía.

Quizá sí entendía por qué estaba nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó ella finalmente.

Adrián jugueteó unos segundos con la cucharilla del café, como si estuviera pensando cuidadosamente qué decir.

Aquello ya era raro, muy raro.

—Recuerdo que me dijiste que hoy tenías una reunión importante.

Daniela suspiró.

—Sí.

—Con Vanguard.

—Con Vanguard —confirmó ella.

Solo pronunciar el nombre ya conseguía que le entrara dolor de cabeza.

Adrián asintió lentamente.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—Normal —asintió él con la cabeza.

Durante unos segundos ninguno habló. Luego, él la miró directamente.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Daniela sonrió automáticamente. Aquello era tan él... tan atento, tan bueno.

—¿Quieres ayudarme?

—Claro que quiero ayudarte.

La forma en que lo dijo la hizo pestañear. Durante un segundo, pareció que aquella frase escondía algo más, algo que no terminaba de comprender, pero antes de que pudiera pensarlo demasiado, se echó a reír.

—Pues si puedes convencer a Vanguard de que me deje tranquila, te estaré eternamente agradecida.

Esperaba que él se riera, pero no lo hizo. Se quedó observándola, serio y pensativo.

—¿Qué es exactamente lo que quieres?

Daniela parpadeó.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres tú?

Aquello sí que no se lo esperaba.

—Pues… —Se encogió ligeramente de hombros—, trabajar.

—¿Solo eso?

—Sí.

Adrián apoyó un brazo sobre la mesa.

—¿Y no te gustaría tener una cafetería nueva?

Ella sonrió, divertida.

—Depende.

—¿No querrías una cafetería más grande?

—Eso implica más alquiler.

—Sería más moderna.

—Por lo que tendría más gastos.

Él suspiró.

—Tendrías más espacio.

—Y más problemas.

Aquello consiguió arrancarle una pequeña sonrisa.

—Siempre encuentras el lado negativo.

—Porque alguien tiene que hacerlo —apuntó y se encogió de hombros.

—Interesante teoría.

Daniela sonrió y luego bajó la vista hacia la mesa mientras su expresión se suavizaba un poco.

—Además… no es solo eso. —Adrián permaneció en silencio, esperando y escuchándola—. La Santa Massa funciona porque es La Santa Massa. —Levantó la vista—. No sé si me explico.

—Te explicas.

—Tiene su personalidad.

—Lo sé.

—Sus clientes.

—Sí.

—Su historia. —Adrián asintió despacio—. Y me da miedo perderla.

Aquella frase hizo que algo se tensara dentro de él. Por primera vez estaba escuchando exactamente lo que necesitaba escuchar, sin abogados, sin contratos y sin informes.

—¿Te han ofrecido dinero?

Ella sonrió, pero con una sombra de tristeza en su rostro.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Ciento veinte mil euros.

Adrián no reaccionó, ni siquiera pestañeó, pero Daniela sí. Para ella, seguía siendo muchísimo dinero.

—Es una buena cifra.

—Lo es.

—Muchísima gente aceptaría.

—Sí, ya lo sé. —Ella suspiró y miró alrededor de la cafetería, las mesas, los clientes, la barra… su mundo—. Pero me da miedo perderlo todo.

Aquella frase quedó suspendida entre ambos y Adrián sintió un peso extraño en el pecho. La entendía mucho más de lo que ella imaginaba.

—¿Has pensado en negociar un local con Vanguard?

Daniela levantó una ceja.

—¿Un local?

—Sí.

—La reunión es esta tarde —le recordó.

—Ya.

Ella sonrió ligeramente.

—Y tampoco soy tonta.

Aquello le arrancó una pequeña sonrisa.

—Nunca he pensado que lo seas.

—Sé que tarde o temprano tendré que marcharme. —Aquello le dolió más de lo esperado—. Solo me quedan cuatro años y medio, bueno, ahora algo menos… y lo entiendo, pero esos de Vanguard solo piensan en el dinero.

Adrián bajó la vista hacia la taza.

—Quizá no quieran hacerte daño.

Daniela puso cara de incredulidad.

—Para ellos son solo negocios, pero yo he puesto toda mi alma y mi esfuerzo aquí. —Aquella frase golpeó directamente a Adrián. Ese era el problema, que ella tenía razón—. Y, aunque sé que algún día tendré que irme... —Miró hacia las mesas y sus clientes—, también sé que tendré que hacer algo.

La observó en silencio y, por primera vez desde que la había conocido, tuvo la sensación de que estaba a punto de perderla, porque dentro de pocas horas ella descubriría quién era él en realidad… y todo cambiaría. Todo.

—Daniela… —Inspiró hondo—, yo…

Ella levantó la vista.

—¡Jefa! —gritó Marcos desde el obrador.

—¿Qué pasa ahora?

—¡Necesito ayuda!

—¡Voy! —Daniela volvió a mirar a Adrián—. Lo siento.

Él negó suavemente.

—Yo también tengo que irme.

Ella sonrió.

—¿Mucho trabajo?

—Demasiado.

Se puso en pie y volvió a mirarla con seriedad y ternura a partes iguales.

—Solo quiero que recuerdes una cosa.

Daniela parpadeó.

—¿Qué?

—Quiero ayudarte. —La frase volvió a sonar extraña, como si escondiera algo—. Jamás querría que sufrieras.

Ella sonrió confundida y lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Y eso a qué viene?

Adrián negó con la cabeza.

—A nada.

—Adri…

—Solo recuérdalo.

Aquello hizo que Daniela sonriera asombrada, pues seguía sin entenderlo, pero le parecía adorable.

Él cogió el abrigo y se lo puso. Dio unos pasos hacia ella hasta quedar frente a frente. Después inclinó ligeramente la cabeza y clavó la mirada en la suya.

—Me gustas mucho —le susurró.

El corazón de Daniela se detuvo literalmente durante un segundo entero.

Aquello no había sido una indirecta ni una insinuación, había sido una declaración directa y sincera, absolutamente inesperada.

Cuando levantó la vista hacia él, este seguía completamente inmóvil.

Adrián sonrió.

—Aunque eso creo que ya lo sabías.

Y, antes de que Daniela pudiera responder, se alejó de ella. Daniela lo siguió con la mirada hasta la barra, donde depositó unos billetes e ignoró completamente el cambio.

Salió por la puerta con Daniela sin poder moverse, observándolo, sin reaccionar y sin poder respirar.

Lo vio alejarse calle abajo.

Madre de Dios. Adri acababa de decirle que le gustaba y ni siquiera podía procesar correctamente aquellas palabras. Una cosa era pensarlo y otra muy diferente escucharlo.

—¡Jefa! —volvió a gritar Marcos.

Aquello la hizo reaccionar y finalmente salió corriendo hacia el obrador donde Marcos parecía necesitar ayuda.

La lluvia empezó cuando el taxi llevaba apenas cinco minutos circulando. No era una tormenta, solo una de aquellas lluvias suaves de octubre que aparecían de la nada sobre Barcelona. Aun así, el clima encajaba perfectamente con su estado de ánimo.

Estaba nerviosa, muchísimo.

Sentada en el asiento trasero, observó cómo las gotas comenzaban a deslizarse por la ventanilla mientras intentaba convencerse, sin demasiado éxito, de que todo iba a salir bien.

Quizá debería haber consultado a un abogado. La idea llevaba días rondándole la cabeza, pero al final no lo había hecho.

En realidad, ya sabía perfectamente lo que iba a ocurrir allí. Vanguard quería que abandonara el local y ella quería quedarse. No parecía una negociación especialmente complicada de entender, solo difícil de resolver.

Suspiró y se acomodó mejor en el asiento.

Se había tomado la reunión en serio. Había cerrado la puerta de la trastienda una hora antes y se había cambiado allí mismo. La ropa de trabajo había desaparecido, nada de harina ni delantales. Se había vestido con una falda negra elegante que le llegaba por las rodillas, una camisa blanca de rayas finas y un abrigo claro encima con unos zapatos de tacón que normalmente solo utilizaba en ocasiones especiales.

También se había maquillado ligeramente, lo justo para verse profesional, sofisticada y segura… o al menos fingir que lo estaba.

El cabello rubio estaba recogido en un moño alto del que escapaban algunos tirabuzones rebeldes alrededor del rostro.

Inés había dicho que parecía una abogada y ella había respondido que aquello era un insulto.

Marcos casi se había atragantado de la risa.

Pensar en ellos consiguió arrancarle una pequeña sonrisa; los nervios seguían allí, muy presentes, pero no solo estaba luchando

por ella, sino por ellos también.

Abrió el bolso y sacó el burofax. Volvió a leerlo por quinta vez aquel día, como si mágicamente fuera a cambiar y de pronto fuera a aparecer una línea nueva diciendo: *"Olvide todo lo anterior. Hemos decidido dejarle la cafetería para siempre"*.

Lamentablemente aquello no ocurrió.

Volvió a guardarlo y apoyó la cabeza contra el asiento mientras observaba cómo la lluvia seguía golpeando suavemente los cristales.

El taxi giró una última esquina y finalmente se detuvo.

—Ya hemos llegado.

Daniela levantó la vista y durante un segundo se quedó completamente quieta. El edificio que tenía delante era enorme, de cristal y acero, con líneas modernas y elegancia corporativa por todas partes. Aquello parecía el lugar donde la gente firmaba contratos multimillonarios mientras tomaba café que costaba más que una barra de pan. Nada que ver con La Santa Massa.

Pagó rápidamente y se colgó el bolso al hombro. Cuando abrió la puerta del taxi, una ráfaga de aire húmedo le golpeó la cara.

—Perfecto.

Justo entonces, la lluvia decidió intensificarse ligeramente. No mucho, pero lo suficiente para hacerla echar a correr en cuanto salió del taxi.

—Gracias —dijo prácticamente corriendo los pocos metros que la separaban de la entrada principal.

Los tacones resonaron sobre el pavimento mojado hasta que finalmente llegó bajo el enorme voladizo que protegía la entrada. ¡Y ella sin paraguas!

Al menos había sobrevivido… de momento.

Las puertas automáticas se abrieron delante de ella y entró.

El vestíbulo era todavía más impresionante, con techos altísimos, mármol claro e iluminación elegante.

La recepción minimalista, todo limpio, perfecto y carísimo.

Sintió que llevaba escrito "dueña de cafetería humilde" en la frente.

Se acercó a recepción e indicó su nombre. La recepcionista comprobó algo en el ordenador y le sonrió.

—La esperan en la planta diecisiete.

Diecisiete. Madre de Dios.

—Gracias.

Se dirigió hacia los ascensores y, en cuanto las puertas metálicas se abrieron, entró sin pensarlo dos veces.

Estaba sola, por suerte, porque no tenía ganas de fingir tranquilidad delante de nadie.

Pulsó el botón a la planta diecisiete y las puertas comenzaron a cerrarse lentamente.

Un largo y profundo suspiro salió de lo más profundo de su ser. Ya no había vuelta atrás. Dentro de unos minutos estaría sentada frente a los abogados de Vanguard, defendiendo todo aquello por lo que llevaba años luchando y, aunque intentaba convencerse de que estaba preparada, la verdad era que no tenía ni idea de lo que iba a encontrarse.



16

Las puertas del ascensor se abrieron y Daniela salió. Durante unos segundos se quedó completamente inmóvil. Si la planta baja le había parecido impresionante, aquello era otro nivel. Todo estaba decorado en tonos claros y elegantes, madera natural, cristal, alfombras gruesas y cuadros modernos, rodeado de enormes ventanales desde los que podía verse buena parte de Barcelona bajo aquella lluvia suave de octubre.

Aquello no parecía una oficina, parecía un hotel de lujo o un lugar donde la gente compraba islas privadas mientras desayunaba.

Perfecto, justo su ambiente.

Avanzó por el pasillo principal y, al fondo, encontró un enorme mostrador de recepción. Tras él había una mujer elegantísima con un traje *beige* impecable que hablaba por teléfono mientras revisaba algo en una pantalla.

La mujer levantó la vista y sonrió educadamente.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —contestó Daniela mientras se acercaba—. Soy Daniela Costa.

La recepcionista asintió inmediatamente.

—Por supuesto. —Cogió el teléfono y pulsó unos botones—. La señora Costa ya ha llegado. —Escuchó unos segundos—. Perfecto. —Colgó y volvió a sonreír—. Si es tan amable, puede esperar unos minutos.

Daniela asintió.

—Gracias.

Se dirigió hacia una zona de espera y se sentó, intentando aparentar tranquilidad. Fracasó por completo: una de sus piernas empezó a moverse sola, dando pequeños golpecitos nerviosos contra el suelo, uno tras otro. Y cuanto más intentaba detenerla, más rápido se movía.

Respiró hondo, intentando ordenar sus pensamientos. No podía decepcionar a los suyos: a Inés, Marcos, Carla, Toni y a todos aquellos vecinos que llevaban semanas apoyándola; a toda esa gente que creía que podía conseguir algo. Pero, al mismo tiempo, era consciente de la verdad. Una verdad incómoda, de esas que llevaba días evitando mirar de frente.

Dentro de cuatro años y poco, el contrato terminaría igualmente y no se lo renovarían. Porque nadie construía un complejo multimillonario alrededor de una cafetería antigua para conservarla intacta en medio de todo aquello.

Aquello era absurdo, lo sabía, siempre lo había sabido y, aun así, sentía ganas de llorar, puesto que una parte de ella empezaba a comprender que quizá estaba librando una batalla imposible.

Miró por la ventana observando la lluvia caer sobre Barcelona y, por primera vez desde que comenzó todo, sintió un impulso enorme de rendirse.

Respiró hondo y volvió a incorporarse. No, todavía no. No pensaba rendirse sin pelear.

La voz de la recepcionista la sacó de sus pensamientos.

—Señora Costa. —Daniela levantó la cabeza, la mujer sonreía—. Si me acompaña, por favor.

Se puso en pie inmediatamente y comenzó a seguirla.

Atravesaron un pasillo largo, muy largo y silencioso. Despachos de cristal, salas de reuniones, más obras de arte moderno, más lujo y mucho más dinero invertido del que Daniela había visto junto en toda su vida, hasta que, finalmente, llegaron a la última puerta.

La recepcionista se detuvo y llamó suavemente.

—La señora Costa —anunció, abriendo la puerta. Daniela entró tragando saliva. El corazón le dio un vuelco.

La sala de juntas era enorme. Una mesa inmensa de madera oscura ocupaba prácticamente todo el centro. Había pantallas empotradas, cristaleras gigantes, sillas de cuero y varias personas ya sentadas, todas con traje y con aspecto de cobrar demasiado dinero.

Uno de los hombres se levantó inmediatamente con una sonrisa profesional y le tendió la mano para darle un apretón de manos firme.

—Buenas tardes, señora Costa.

—Buenas tardes —contestó ella.

—Soy Javier Salas, abogado de Vanguard. Gracias por acudir.

—Gracias a ustedes —contestó ella.

—Esperamos que hoy podamos encontrar una solución satisfactoria para ambas partes.

Daniela sonrió educadamente, aunque por dentro estaba pensando exactamente lo contrario.

Luego comenzaron las presentaciones. Otro abogado, un asesor, el arquitecto, un responsable financiero… todos parecían iguales con sus trajes.

Aquello la puso más nerviosa. Miraba los rostros, asentía y estrechaba las manos, pero apenas retenía los nombres, hasta que el abogado volvió a hablar.

—Y, por supuesto… —Hizo un gesto hacia la cabecera de la mesa —, nuestro consejero delegado, el CEO de Vanguard.

Daniela giró la cabeza sin prestar demasiada atención, esperando encontrarse a cualquier ejecutivo desconocido, a cualquier hombre gris con una corbata cara y, entonces, lo vio.

El tiempo se detuvo, literalmente, porque allí, de pie, con un traje impecable, estaba Adrián, su Adri, el hombre de los desayunos, de las sonrisas, de las citas, paseos y casi besos.

El corazón le dejó de funcionar o explotó. No estaba segura. Quizá ambas cosas.

Aquello no tenía ningún sentido. Ninguno. Absolutamente ninguno.

Su cerebro empezó a buscar explicaciones desesperadamente.

Quizá era una coincidencia. Sí, eso era. Había otro Adrián, muchos Adrianes. España estaba llena de Adrianes. Perfecto,

problema resuelto. Pero entonces el abogado terminó la frase.

—Adrián Valcárcel, CEO de Vanguard.

El Universo decidió incendiarse.

Daniela abrió la boca y no salió nada, ni una palabra. Su cerebro acababa de abandonar el edificio por completo y probablemente había saltado por una ventana.

Adrián se acercó despacio, con expresión seria y preocupada, como si supiera exactamente lo que estaba ocurriendo dentro de ella. Porque lo sabía, vaya si lo sabía.

Se detuvo frente a ella y le tendió la mano.

—Buenas tardes, Daniela.

Aquella voz. La misma voz. La misma maldita voz.

Daniela miró la mano y luego a él.

Claramente estaba teniendo una alucinación. Eso era. Una alucinación corporativa. Aquella era la explicación más lógica. Se había intoxicado con harina o con café. Sí, tenía que ser eso, porque la alternativa era que el hombre que le gustaba, el hombre que apenas unas horas antes le había dicho que ella le gustaba mucho, fuera exactamente la persona que ahora intentaba echarla de su cafetería.

Aquello era tan absurdo que su cerebro se negaba a procesarlo. Simplemente se negaba por completo.

Adrián le tendió la mano, pero Daniela reaccionó de golpe, como si acabara de despertar de una pesadilla.

—¡No!

La palabra resonó por toda la sala y varios de los presentes se sobresaltaron.

Ella dio incluso un paso hacia atrás, como si necesitara distancia, como si de pronto él fuera un desconocido.

Adrián cerró los ojos un segundo, respirando hondo e intentando mantener la calma. Sabía perfectamente lo que ella estaba sintiendo.

—Daniela…

Ella negó con la cabeza.

—¡No!

—Por favor.

—¡No!

Aquello ya no parecía una reunión, parecía una ruptura, y los abogados empezaron a mirarse entre ellos sin comprender absolutamente nada. Ninguno tenía contexto ni sabía quién era Daniela para Adrián.

—Daniela —repitió él con voz tranquila—. Por favor, vamos a intentar llegar a un acuerdo que no te perjudique.

—¡No!

—Escúchame.

—¡No!

El abogado principal intervino inmediatamente.

—Señora Costa, por favor, tome asiento.

—¡No!

—Necesitamos comenzar la reunión.

—¡He dicho que no! —gritó ella.

—Señora Costa…

—¡Nooo!

Varios de los presentes se removieron incómodos.

Daniela tenía el corazón tan acelerado que apenas podía respirar. Su cerebro seguía empeñado en mostrarle dos imágenes a la vez: Adri y el CEO, el hombre que pretendía quedarse con su cafetería.

No podía encajar ambas cosas. Simplemente no podía.

—Daniela…

Aquella voz. La misma de siempre. La voz que conocía tan bien.

Levantó la vista y se encontró con los ojos de Adrián.

—Por favor, recuerda lo que te dije esta mañana.

Ella se quedó inmóvil. Sí, lo recordaba perfectamente.

"Quiero ayudarte. Jamás querría que sufrieras".

Aquellas palabras seguían resonando dentro de ella y, por alguna razón, consiguieron atravesar un poco toda aquella rabia, todo aquel dolor.

Respiró una vez más y, finalmente, terminó sentándose a regañadientes, como si le costara físicamente hacerlo.

El abogado pareció aliviado.

—Bien, entonces podemos comenzar.

Daniela giró inmediatamente la cabeza.

—¿Qué es todo esto?

—Como ya se indicó en el burofax, se trata de una negociación para…

—No me refiero a eso. —Lo interrumpió tan rápido que el hombre parpadeó—. No me refiero a la negociación. —Miró directamente a Adrián y la sala quedó en silencio—. Me refiero a qué demonios hace aquí vuestro CEO.

La palabra salió casi como un grito. Varios de los presentes se quedaron completamente rígidos porque nadie, absolutamente nadie, le hablaba así a Adrián Valcárcel.

—Señora Costa, modérese —intervino otro abogado inmediatamente.

—¿Que me modere? —le gritó.

—Está usted hablando con…

—Sé perfectamente con quién estoy hablando.

El abogado puso su espalda recta.

—Le exijo que mantenga las formas.

—Pues exíjale a él que me diga la verdad.

Aquello provocó otro silencio, más incómodo aún.

—Por favor, tranquilícese.

—No voy a tranquilizarme.

—Señora Costa...

—¡He dicho que no!

El abogado abrió la boca, pero Adrián habló primero.

—Déjenla.

La sala entera enmudeció inmediatamente porque aquella voz no admitía discusión.

—Pero Adrián…

—He dicho que la dejen —exigió. Adrián tomó asiento lentamente, sin apartar la vista de Daniela—. Que nadie vuelva a levantarle la voz.

Aquella orden provocó que varios abogados intercambiaran miradas incómodas.

—Solo intentábamos…

—Lo sé. Sé lo que intentabais.

La respuesta fue fría.

—Pero no volverá a ocurrir.

Daniela seguía observándolo, incapaz de comprender nada. Ni siquiera sabía qué sentía exactamente. Rabia, dolor, confusión… todo al mismo tiempo.

Adrián apoyó ambas manos sobre la mesa y cuando volvió a hablar su voz se suavizó.

—Daniela. —Ella no respondió—. Mi intención es mejorar esta zona de la ciudad.

—Claro.

—Es verdad.

—Claro.

—Escúchame.

—¿Por qué iba a hacerlo? —se quejó.

Aquello le dolía y se le notaba.

—Porque jamás haría algo que te perjudicara.

Daniela soltó una carcajada, incrédula.

—¿En serio?

—Sí.

—Entonces podríamos empezar por decirnos la verdad. —La sala volvió a quedarse muda—. ¿No te parece?

—Daniela…

—¿O cómo debería llamarte? —Su voz volvió a elevarse—. ¿Adri? ¿O señor Valcárcel?

Uno de los abogados intervino otra vez.

—Señora Costa, le exijo…

—¡No vuelva a exigirme nada! —le gritó ella al abogado hecha un manojo de nervios.

—Señorita, debe tener en cuenta que…

—Basta —interrumpió Adrián al abogado, y su voz no sonaba amigable.

El abogado pareció desconcertado.

—Pero está interrumpiendo continuamente la reunión…

—Lo sé.

—Y se está dirigiendo a usted de forma inapropiada.

—Lo sé.

—Entonces…

Adrián apoyó lentamente los antebrazos sobre la mesa y su mirada se volvió peligrosamente seria.

—No volverán a corregirla ni a interrumpirla.

—Pero…

—Ni una vez más.

La sala entera contuvo el aliento. Todos sabían exactamente qué significaba aquel tono.

El abogado tragó saliva.

—La negociación debería llevarla el departamento jurídico.

—La negociación la llevará quien yo ordene.

—Es el procedimiento habitual —le recordó el abogado.

—Pues ahora ya no.

—Adrián…

—Esta negociación la llevaré yo personalmente.

—Eso no tiene sentido —comentó el abogado.

—Lo tiene para mí. —Hubo un silencio más largo e incómodo—. Así que manténganse callados como les he ordenado ya varias veces.

Nadie volvió a discutir, porque cuando Adrián Valcárcel hablaba con aquella voz, la discusión terminaba.

Al otro lado de la mesa, Daniela seguía observándolo sin comprender nada.

Aquella era, quizá, la parte más dolorosa de todas, que incluso ahora, enfadada y sintiéndose traicionada, seguía reconociendo al hombre del que se estaba enamorando.

Eso hacía muchísimo más difícil odiarlo.

Todas las piezas comenzaban a encajar y, cuanto más encajaban, más daño hacían.

Las mañanas, los desayunos, las citas, los paseos, la reserva del restaurante, las preguntas sobre Vanguard, las preguntas sobre el local, las preguntas sobre lo que quería ella, todo… absolutamente todo cobró sentido en su mente.

La sensación de traición llegó tan fuerte que casi le costó respirar.

Levantó lentamente la vista hacia él y, durante unos segundos, simplemente lo observó, como si estuviera intentando descubrir

quién era realmente.

—¿Por qué lo hiciste?

La voz le salió rota, mucho más rota de lo que habría deseado.

—Daniela…

—¿Por qué?

Adrián suspiró.

—No te engañé.

Ella se mostró entre incrédula y dolida.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo defines esto?

La sala volvió a quedarse en silencio. Adrián cerró los ojos unos segundos y, por primera vez desde que ella había entrado, parecía realmente cansado. Sabía que aquello era indefendible, sabía exactamente cómo se veía desde fuera. Cuando volvió a abrir los ojos, miró a los abogados, a los arquitectos y a todos los presentes.

—Déjennos solos.

Varios parpadearon, extrañados.

—Adrián…

—Ahora —exigió.

—Estamos aquí para la negociación.

—He dicho que nos dejen solos.

La voz sonó tranquila, pero nadie confundió aquello con una petición. Era una orden.

Daniela soltó una risa amarga.

—Oh, sí. —Todos giraron la cabeza hacia ella—. Lleva tiempo negociando esto personalmente.

Aquello provocó varias miradas de absoluta confusión, pues nadie parecía entender qué estaba ocurriendo. Aun así, comenzaron a levantarse, uno tras otro, recogiendo carpetas, ordenadores y documentos. Pocos segundos después, la enorme sala quedó completamente vacía, excepto por ellos dos.

Adrián se levantó y dio un paso hacia ella.

—Ni se te ocurra acercarte.

Se detuvo inmediatamente y asintió, permaneciendo a varios metros de distancia, respetando exactamente lo que ella acababa de pedir.

Volvieron a mirarse y durante unos segundos ninguno habló.

—La primera vez que fui a La Santa Massa… —Daniela se cruzó de brazos—, fui porque quería ver el local. —Ella no respondió—. Era parte del proyecto.

—Claro.

—Y entonces te vi —dijo rápidamente, bajando la vista un instante, recordándolo todo—. Y me olvidé completamente del local.

Daniela sintió un pequeño golpe en el pecho y lo odió. Seguía afectándole, incluso ahora.

—Estabas detrás de la barra, tenías harina en la mejilla y estabas discutiendo con una clienta porque quería pagar menos por una tarta.

A Daniela se le escapó una mueca, recordaba aquella discusión.

—Y sonreías… todo el tiempo.

—No cambies de tema.

—No estoy cambiando.

Adrián levantó la vista.

—Vi cómo tratabas a la gente, cómo hablabas con los vecinos, la pasión que ponías en cada cosa que hacías.

Ella apretó la mandíbula porque aquello era exactamente lo que no quería escuchar.

—Me mentiste —lo cortó ella.

La frase salió seca.

—Daniela…

—Me mentiste —insistió.

—No era mi intención.

—¿No? —Levantó ambas manos, incrédula—. ¿En serio? ¿Todo esto qué era entonces?

—Yo nunca…

—¿Era parte del plan?

—No.

—¿Conseguir que confiara en ti?

—No.

—¿Que me enamorara de ti? —Aquella frase hizo que algo cambiara en los ojos de Adrián, pero Daniela ya no podía detenerse —. ¿Era eso?

—No.

—Entonces explícamelo.

—No quería perderte.

Ella lo escudriñó con la mirada.

—¿Qué?

—Hay muy poca gente que me trate con normalidad cuando sabe quién soy.

Daniela soltó una carcajada y aquella vez sonó casi cruel.

—Claro.

—Es verdad.

—Claro.

—Daniela…

—Por eso es mejor engañar. —Aquello golpeó a Adrián más que cualquier grito—. ¿Esa es tu excusa?

—No es una excusa.

—Es horrible.

La emoción empezó a subirle por la garganta y de repente los ojos comenzaron a llenársele de lágrimas. Aquello le dolía muchísimo más de lo que esperaba

—Confié en ti. —Su voz se quebró—. Y ahora me siento estúpida.

Adrián dio un paso involuntario hacia ella y volvió a detenerse, recordando inmediatamente lo que ella le había pedido.

—No eres estúpida.

—Pues me siento como una idiota.

—Daniela…

—Me has hecho creer una cosa.

—Lo sé.

—Y era otra completamente diferente.

Aquello hizo que Adrián cerrara los ojos porque no tenía forma de defenderse. Tenía totalmente razón en todo lo que decía.

—Me he equivocado. Muchas veces. —Ella no respondió—. He estado a punto de decirte la verdad decenas de veces.

—Pero no lo hiciste.

—No.

—Porque era más cómodo.

—Porque tenía miedo.

Aquello hizo que Daniela levantara la vista.

—¿Miedo?

—De perderte.

La frase quedó suspendida entre ambos, pero ya era tarde, demasiado tarde.

—¿Y qué esperas que haga ahora? —Las lágrimas comenzaron a deslizarse finalmente por sus mejillas—. ¿Qué se supone que he de hacer?

Adrián tragó saliva.

—Lo que necesites.

—No me sirve.

—Quiero arreglarlo.

—No puedes.

Dio un paso más hacia delante.

—Déjame intentarlo. —Ella apretó los labios y aquello lo destrozó, jamás la había visto llorar—. ¿Quieres un local nuevo? —Ella negó—. Te lo daré.

—No.

—¿Quieres mantener la fachada? Hablaré con los arquitectos… —Ella no se movía—. Haré lo que sea necesario.

—No lo entiendes. —Adrián se quedó callado ante aquellas palabras—. Lo único que necesitaba era que hubieras dicho la verdad y no jugaras conmigo. Solo eso.

Durante varios segundos se hizo el silencio, hasta que Daniela cogió el bolso y se puso en pie.

—Por favor, no te vayas.

—Déjame —susurró, dirigiéndose hacia la puerta.

—Escúchame.

—No.

Cuando llegó a la puerta, se giró una última vez, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón completamente roto.

—No me habrías perdido por ser el CEO. —La voz volvió a quebrársele—. Me has perdido por no confiar en mí.

Aquella frase golpeó a Adrián como un puñetazo.

Daniela abrió la puerta y salió.

Adrián permaneció inmóvil, solo, en medio de aquella enorme sala con los ojos cerrados.

Sí, había metido la pata, muchísimo, y lo peor era que entendía perfectamente por qué Daniela estaba tan enfadada. No podía culparla ni un poquito, pero también sabía otra cosa: no pensaba perderla. Ni loco.

Abrió los ojos y salió de la sala.

Los abogados seguían esperando fuera.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo ha ido?

—¿Hay acuerdo?

Adrián pasó junto a ellos sin responder, con paso rápido.

—¿Adrián?

—¿Qué hacemos?

Nada, ni una respuesta.

Atravesó el pasillo y llegó a los ascensores. Justo entonces, vio a Daniela dentro y las puertas comenzando a cerrarse.

—¡Daniela! —Ella levantó la vista—. ¡Espera, por favor!

Demasiado tarde, las puertas se cerraron y el ascensor desapareció.

Adrián masculló una maldición entre dientes y pulsó compulsivamente el botón.

La pantalla digital indicaba que el siguiente ascensor tardaría en llegar, y él no tenía ninguna intención de esperar.

—Joder, mierda…

Resopló, se giró y se dirigió directamente hacia la puerta de emergencia para tomar las escaleras.

Si Daniela pensaba escapar tan fácilmente, es que todavía no lo conocía tan bien como creía.



17

Daniela salió prácticamente corriendo del ascensor y atravesó el vestíbulo sin mirar atrás, sin detenerse ni pensar o, al menos, intentándolo. Pensar era precisamente el problema. Cada vez que pensaba veía su sonrisa, sus ojos, escuchaba aquella voz grave y después veía la sala de juntas, los abogados, la mesa y aquella presentación de "Adrián Valcárcel, CEO de Vanguard".

¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¿Cómo?

Había confiado en él, le había contado cosas que no contaba a nadie, le había dejado entrar en su vida y le había presentado prácticamente a toda su familia laboral y, mientras tanto, él sabía perfectamente quién era todo el tiempo.

La lluvia le golpeó el rostro nada más salir, pero no le importó. Al contrario, era perfecto, porque así nadie distinguiría las lágrimas.

Comenzó a caminar deprisa, casi corriendo por la acera. Necesitaba alejarse, salir de allí y coger un taxi. Necesitaba desaparecer de allí.

—¡Daniela!

Aquella voz…

El corazón le dolió inmediatamente, pero no se giró y siguió caminando más rápido.

—¡Daniela!

No, no iba a escucharlo. No iba a dejar que volviera a convencerla. No iba a volver a caer.

Aquello había sido real para ella, y no sabía qué había sido para él.

—¡Daniela, espera!

Entonces escuchó pasos corriendo detrás de ella y, unos segundos después, una mano le sujetó suavemente el brazo.

Ella se soltó inmediatamente.

—¡Déjame!

Se giró y allí estaba, completamente empapado, sin paraguas ni abrigo, con el pelo mojado, respirando ligeramente agitado por haber corrido tras ella. Parecía desesperado.

—Daniela…

Ella negó con la cabeza mientras las lágrimas seguían cayendo, mezclándose con la lluvia.

—No.

—Por favor… escúchame —suplicó él.

—No.

Adrián cerró los ojos un instante y cuando volvió a abrirlos dio un paso hacia ella.

—Lo siento. —Aquello consiguió que Daniela se quedara inmóvil. Parecía sincero—. Nunca quise engañarte.

—Claro —ironizó ella.

—Es verdad.

—¿Y qué esperabas? —La voz se le quebró—. ¿Que me pareciera romántico?

—No.

—¿Que me hiciera gracia?

—No.

—¿Que te diera las gracias?

Aquello hizo que Adrián bajara la vista unos segundos.

—No sabía cómo decírtelo —explicó con la voz entrecortada.

—Mentira.

—Es verdad.

—Tuviste semanas.

—Lo sé.

—Meses —dijo con la voz más aguda.

—Lo sé.

—Y no dijiste nada.

La lluvia seguía cayendo alrededor de ellos, cada vez más fuerte.

—He sido un idiota.

—Eso no lo discuto.

Aquello consiguió arrancarle una pequeña sonrisa triste, la primera, y desapareció inmediatamente.

—Por favor… —La miró directamente—, perdóname.

Daniela negó con la cabeza.

—¿Por qué debería hacerlo?

Hubo unos segundos de silencio.

—Porque te quiero.

Ella puso su espalda recta al escuchar aquello y lo miró fijamente. Se removió incómoda ante la mirada fija de él y apretó los labios.

—Eso no se le hace a una persona a la que se quiere —dijo ella con dolor.—. Si querías mi cafetería, podías haber usado abogados.

—Nunca he querido tu cafetería.

—¿En serio?

—Sí.

—Porque parece exactamente lo contrario —comentó ella más alto.

—No.

—Entonces explícame qué era todo esto —señaló hacia el edificio. La voz volvió a rompérsele—. Porque yo ya no entiendo nada.

Aquello pareció destrozarlo.

Durante unos segundos simplemente la observó, sin saber qué decir.

—Todo fue real. —Daniela no respondió—. Cada desayuno, cada conversación, cada paseo, cada vez que fui a verte… —Las lágrimas volvieron a aparecer. Una parte de ella quería creerlo, y eso era precisamente lo peor—. Todo fue real —repitió. Dio un paso más, situándose justo frente a ella—. Estoy total y absolutamente enamorado de ti —se sinceró del todo.

El mundo se detuvo literalmente y Daniela dejó de respirar.

La lluvia desapareció, los coches y el ruido también, y solo quedaron aquellas palabras. Durante semanas había imaginado escuchar algo así. Y ahora que ocurría… era demasiado tarde.

Lo miró completamente inmóvil, con las lágrimas cayendo por sus mejillas, y Adrián volvió a decirlo sin apartar la vista ni esconderse.

—Estoy enamorado de ti, Daniela.

Aquello rompió algo dentro de ella. Sabía que estaba diciendo la verdad. Lo sabía y, precisamente por eso, dolía tanto.

Él levantó una mano y le apartó suavemente un mechón mojado de la cara. Con la otra, rodeó su cintura con cuidado, como si fuera algo frágil, y se inclinó hacia ella para besarla.

Fue un beso suave, muy suave, sin exigencias ni prisa, sin intentar convencerla de nada, solo un beso lleno de ternura y arrepentimiento, cargado de amor.

Sus labios apenas rozaron los de ella al principio, casi como una pregunta, una súplica y, durante un segundo, Daniela se quedó completamente paralizada. Aquello era exactamente como lo había imaginado… era perfecto.



Entonces recordó la sala, los abogados, las mentiras, las medias verdades y abrió los ojos de golpe, separándose, retrocediendo inmediatamente como si acabara de quemarse.

Adrián la observó con dolor, pero no intentó detenerla.

—Le pido, por favor, que no me siga… —Aquello lo golpeó inmediatamente—, señor Valcárcel.

Adrián cerró los ojos un instante, como si aquellas dos palabras dolieran físicamente.

—No hagas esto, por favor. Te llevo a casa, está lloviendo. —Ella no respondió, solo se giró ofreciéndole la espalda—. Daniela…

Pero ella ya se estaba alejando, paso a paso entre la lluvia, sin volver la vista atrás.

Adrián permaneció inmóvil, observándola desaparecer calle abajo, empapada y dolida, cada vez más lejos, hasta que finalmente ya no pudo verla.

Solo entonces bajó la cabeza y se pasó una mano por el rostro mojado.

—Mierda —susurró, cerrando los ojos.

Daniela no recordaba cómo había llegado a casa. Solo recordaba la lluvia, el taxi y el nudo que tenía en el pecho. Nada más.

Cuando abrió la puerta de su piso y entró, el silencio la golpeó de inmediato.

Cerró la puerta, apoyó la espalda contra la madera y cerró los ojos, suspirando, como si llevara horas conteniendo el aire.

No entendía nada, absolutamente nada.

¿Cómo había podido pasar aquello? ¿Cómo había llegado a enamorarse precisamente de él? Porque sí, ya no tenía sentido seguir negándolo, estaba enamorada de Adrián y, al mismo tiempo, lo odiaba o, al menos, quería odiarlo.

Aquello era un desastre, una combinación absurda que no sabía ni cómo procesar.

Se quitó el abrigo mojado y lo dejó caer sobre una silla, después los zapatos, las medias y, finalmente, se soltó el moño que había preparado con tanto esmero aquella tarde.

El cabello rubio cayó húmedo sobre sus hombros y fue entonces cuando sintió que las lágrimas volvían.

Qué desastre.

Se pasó ambas manos por la cara, intentando serenarse, intentando ordenar los pensamientos y entender qué demonios acababa de ocurrir.

Justo entonces, sonó el teléfono y el sonido resonó en el piso.

Abrió el bolso y sacó el móvil. Al ver la pantalla sintió otra punzada en el pecho. Adri.

Durante unos segundos simplemente observó el nombre, sin moverse, sin respirar, y después colgó.

No quería hablar con él, necesitaba pensar y entender qué sentía. Necesitaba procesar el hecho de que el hombre que le quitaba el sueño era exactamente la persona que llevaba semanas intentando echarla de su cafetería.

Se dejó caer sobre el sofá mirando al vacío.

Le atraía, muchísimo, le parecía el hombre más atractivo que había conocido jamás, el más atento, el más encantador y caballeroso y, precisamente por eso, dolía tanto. Si hubiese sido un imbécil habría sido mucho más fácil. Pero no lo era.

Recordó cómo la había mirado bajo la lluvia, recordó sus palabras: "Estoy enamorado de ti". Y maldito fuera, había sonado sincero, muy sincero, igual que cuando la besó.

Se tapó la cara con ambas manos, gimiendo de frustración.

—¡Ahhh!

No sabía qué pensar.

Por una parte, estaba convencida de que sentía algo real, lo había visto en sus ojos, lo había sentido, pero por otra… ¿y si todo formaba parte de un plan? ¿Y si simplemente había encontrado una forma elegante de conseguir lo que quería?

Aquello no tenía sentido y, precisamente por eso, era tan desesperante, porque una parte de ella no lo creía capaz, no después de conocerlo.

Suspiró y entonces recordó otra cosa: el correo electrónico que ella había enviado por error.

Abrió los ojos de golpe.

—Madre mía...

Se dejó caer contra el respaldo del asiento.

Había escrito aquel correo, aquel maravilloso correo donde prácticamente llamaba psicópata corporativo al CEO de Vanguard y ahora resultaba que el CEO de Vanguard había estado desayunando cada mañana en su cafetería.

Perfecto, simplemente perfecto.

Se llevó una mano a la frente.

Aquello era ridículo, completamente ridículo y, aun así, si él le hubiese dicho la verdad desde el principio, quizá todo habría sido diferente. No más fácil, pero sí diferente.

Entendía perfectamente que la cafetería no iba a durar para siempre. No era una niña. Le quedaban poco más de cuatro años de contrato y lo sabía. Era una realidad dolorosa, pero real. La cuestión era qué ocurriría después.

Por primera vez desde que comenzó todo aquello comprendió algo: quizá ahora tenía una oportunidad, una oportunidad real. Porque, si algo había quedado claro aquella tarde, era que Adrián movería cielo y tierra por ella.

La cuestión era si ella quería permitírselo y, sobre todo, si podía volver a confiar en él.

Aquella era la verdadera pregunta.

El teléfono volvió a sonar.

Daniela ni siquiera necesitó mirar la pantalla. Sabía perfectamente quién era. Aun así, la miró.

Adri. Otra vez.

Suspiró y volvió a colgar sin responder, sin siquiera dudarlo.

No iba a ponérselo fácil, ni de broma. Si Adrián Valcárcel quería recuperar su confianza,

tendría que ganársela paso a paso. Esta vez no pensaba regalarle absolutamente nada.

El teléfono dejó de sonar una vez más. Daniela se acomodó en el sofá y miró hacia la ventana, donde la lluvia seguía cayendo sobre Barcelona.

Al día siguiente tendría que verlo. Estaba prácticamente segura y, por primera vez desde que lo conocía, no tenía ni idea de qué iba a decirle cuando apareciera por la puerta de La Santa Massa.



18

Adrián permaneció unos segundos al otro lado de la calle, observando la cafetería La Santa Massa. La pancarta seguía colgada, orgullosa y visible desde media manzana.

MENOS CORPORACIONES,
MÁS CRUASANES.
¡QUE LE DEN A VANGUARD!

Resopló.

Aquello habría sido gracioso en cualquier otro momento, ahora no tanto.

Metió las manos en los bolsillos del abrigo y se quedó observándola.

El cielo seguía gris, pesado, aunque al menos había dejado de llover.

La gente entraba y salía del local: clientes, vecinos, repartidores… y él seguía allí parado como un adolescente que iba a declararse. Ridículo.

Había negociado compras multimillonarias y operaciones internacionales. Había despedido a directivos y se había enfrentado a consejos de administración enteros y, aun así, aquello era peor. Muchísimo peor. Porque nunca le había importado perder una negociación, pero sí le importaba perderla a ella. Eso era exactamente lo que lo tenía angustiado.

Suspiró una última vez y, finalmente, cruzó la calle.

Cuando abrió la puerta, el tintineo de la campanilla resonó por el local.

Sus ojos buscaron a Daniela y los de ella lo encontraron exactamente al mismo tiempo.

Durante una fracción de segundo se miraron. Luego, Daniela resopló, giró la cabeza y siguió preparando cafés, como si él no existiera.

Adrián avanzó hacia la barra y fue entonces cuando notó algo: todo el mundo lo estaba mirando.

Inés, Marcos, Carla, incluso Toni desde el obrador… todos.

Bueno, al menos Daniela no se había guardado la historia solo para ella.

Llegó frente al mostrador y Daniela seguía ignorándolo.

—Buenos días. —Nada, ni siquiera levantó la vista—. Daniela… —Ella no reaccionaba—. Daniela.

Ella cogió una taza y habló mirando la cafetera.

—Inés.

—¿Sí?

—Atiéndelo tú.

Adrián negó inmediatamente.

—No.

Daniela levantó una ceja.

—¿No?

—No —sentenció él. Luego apoyó una mano sobre el mostrador —. Necesitamos hablar.

Ella soltó una breve carcajada, sin humor.

—Ya quedó todo bastante claro ayer.

—No quedó claro nada.

—Sí que quedó.

—No.

Daniela siguió limpiando una taza.

—Pues qué pena —ironizó ella.

—Daniela —pronunció él más lento.

—¿Qué?

Por fin levantó la vista y aquello fue peor: estaba enfadada. Y mucho.

—Necesito hablar contigo.

Ella sostuvo su mirada unos segundos y finalmente se encogió de hombros.

—Inés.

—¿Sí?

—Ya me encargo yo.

Inés miró a ambos como quien observa una bomba a punto de explotar y decidió retirarse prudentemente.

Daniela cogió una libreta y adoptó una sonrisa profesional tan falsa que casi daba miedo.

—Muy bien… ¿Qué desea para desayunar, señor Valcárcel?

Aquello le golpeó como un mazazo. No era Adri ni Adrián. Era señor Valcárcel.

Cerró los ojos un instante.

—Un café.

—Ajá.

—Y un cruasán.

—¿Cuál?

Él observó la vitrina.

—"Que le den a Vanguard".

Daniela anotó el pedido sin inmutarse.

—Excelente elección.

—Gracias.

—Ahora se lo llevo.

Y volvió a darse la vuelta como si la conversación hubiese terminado, pero Adrián no pensaba rendirse. No esta vez.

—Necesitamos hablar —insistió él.

—Estoy trabajando.

—Cinco minutos.

—No.

—Dos.

—No.

—Uno.

—No.

—Treinta segundos.

—Que no.

Adrián suspiró y entonces sonrió ligeramente, aquella sonrisa tranquila que ella conocía tan bien.

—De acuerdo.

Daniela frunció el ceño.

—¿De acuerdo?

—Sí. Esperaré.

—¿Cómo? —preguntó ella, mirándolo de la cabeza a los pies.

—Esperaré —repitió.

Ella parpadeó.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Todo el día.

Daniela se cruzó de brazos.

—No hablarás en serio.

—Completamente.

—Tienes trabajo.

—Hoy no —dijo, mirándola fijamente.

—Claro que tienes trabajo. Eres el CEO de una empresa enorme.

—Lo sé.

—Tendrás reuniones.

—Las he cancelado —dijo rápidamente. Aquello la dejó callada unos segundos—. Todas, tú eres más importante.

Daniela abrió la boca y volvió a cerrarla. Odiaba que dijera cosas así, sobre todo porque seguían afectándole.

—Estás loco.

—Probablemente.

Ella negó con la cabeza, incapaz de creerlo. Adrián señaló tranquilamente una de las mesas.

—Estaré allí.

—No pienso hablar contigo.

—Perfecto. —Se encogió de hombros.

—¿Perfecto?

—Sí.

—¿Y si no hablo contigo en todo el día?

—Entonces estaré todo el día callado, igual que mañana, y pasado…

Daniela se quedó mirándolo. Parecía hablar completamente en serio. Y eso era lo peor: lo conocía lo suficiente para saber que no estaba bromeando ni un poco.

Adrián retrocedió.

—Nos vemos dentro de un rato.

—No voy a ir.

Él se encogió de hombros.

—Dispongo de todo el tiempo del mundo.

Ella cerró los ojos, exasperada. Cuando volvió a abrirlos, él ya caminaba hacia su mesa favorita, la de siempre, la que ocupaba cada mañana.

Tomó asiento, sacó el móvil y esperó, como si realmente pensara quedarse allí todo el día.

Daniela lo observó unos segundos y luego resopló.

—Es imposible.

—¿Quién? —preguntó Inés.

—Él.

Inés miró hacia la mesa y sonrió.

—Pues yo creo que está enamoradísimo —le susurró.

Daniela agarró una servilleta y se la lanzó a la cabeza.

Aquella mañana prometía ser muy larga.

Adrián no se movió ni un centímetro.

A las cuatro de la tarde seguía sentado en la misma mesa, exactamente en la misma.

Daniela lo observó desde detrás de la barra mientras preparaba dos cafés con leche.

Había pedido un bocadillo para comer, un refresco, dos cafés y llevaba horas allí sentado.

Horas. La mayor parte del tiempo la pasaba trabajando con el portátil abierto delante o hablando por teléfono, porque, efectivamente, seguía siendo el CEO de una empresa enorme,

aunque aparentemente había decidido dirigirla desde La Santa Massa.

—Es fortísimo.

Daniela ni siquiera tuvo que girarse, sabía perfectamente quién acababa de hablar.

—Sí.

Inés apareció a su lado secando una taza.

—Mira que los hombres hacen tonterías, pero esto… —Daniela la miró de reojo—, esto es otro nivel.

Daniela resopló y siguió preparando cafés.

—Está loco.

—Eso ya lo sabemos —bromeó Inés.

—Y es un mentiroso.

Inés dejó la taza sobre la barra.

—Vale.

Daniela la miró.

—¿Vale?

Inés se removió incómoda.

—Se comportó como un idiota…

—Gracias —confirmó Daniela.

—Un idiota integral… un idiota premium… un idiota corporativo. —Aquello le arrancó una pequeña sonrisa, pero Inés la vio y sonrió también—. Peeero…

Daniela ya sabía que venía un "pero". Siempre había un "pero".

—¿Qué?

—Creo que está enamorado de ti.

La sonrisa desapareció.

—No empieces.

—Lo digo en serio.

—Inés...

—Daniela. —Señaló discretamente hacia la mesa. Adrián estaba hablando por teléfono, frunciendo el ceño mientras escuchaba algo —. Ese hombre podría haberte echado hace meses. Literalmente es el dueño de toda la manzana.

Daniela suspiró.

—Lo sé.

—Podría haberse presentado con veinte abogados, enviado diez burofaxes más y, sin embargo, te invitó a desayunar… —Daniela bajó la vista—, luego a cenar, a comer… y después se declaró bajo la lluvia como en una película romántica —acabó, pestañeando diversas veces.

Daniela cerró los ojos.

—No me recuerdes eso.

—Lo siento —reaccionó rápidamente.

—No, no lo sientes.

—No, la verdad es que no —rio ella.

Aquello consiguió arrancarle otra sonrisa. Maldita fuera.

—Me mintió.

Lo dijo en voz baja, con tono de estar dolida.

Inés asintió inmediatamente.

—Sí.

—Me ocultó quién era —pronunció entre dientes.

Durante unos segundos permanecieron en silencio, hasta que Inés volvió a hablar.

—Pero intenta ponerte en su lugar…

Daniela levantó una ceja.

—Eso es bastante difícil.

—Imagina que tienes que echar de su trabajo al hombre del que estás enamorada. —Aquello la golpeó. Nunca lo había pensado así. Jamás. Y, por primera vez, se quedó callada—. ¿Qué harías?

Daniela abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Eso no es una excusa.

—No, no lo es.

—Podría haberme dicho algo —continuó Daniela—. Así nos habríamos ahorrado todo esto.

—También es verdad. —Inés se apoyó sobre la barra—. Pero dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Has pensado que dentro de cuatro años y poco igualmente nos quedamos sin cafetería?

Daniela suspiró.

—Sí, lo he pensado.

—Porque eso va a pasar.

—Lo sé.

—Nos guste o no. —Daniela resopló. Inés tenía razón—. Y si va a pasar… —Inés se encogió de hombros—. ¿No sería mejor conseguir una buena indemnización y un local nuevo?

Daniela no respondió inmediatamente. Aquello era exactamente lo que llevaba pensando desde la noche anterior. Y eso era precisamente lo que más la molestaba: Inés tenía razón.

—Ya lo sé —acabó dando su brazo a torcer.

—Ajá.

—No hace falta que me convenzas.

—Perfecto —confirmó su amiga.

—Perfecto —ironizó Daniela.

Inés sonrió y sus ojos brillaron con picardía. Mala señal.

—Entonces —dijo acercándose más—, lo que quieres es hacerlo sufrir un poquito, ¿no? —Daniela se quedó callada e Inés sonrió más. Ella intentó mantener una expresión seria, pero fracasó completamente. Aquello fue suficiente respuesta—. ¡Lo sabía!

—Baja la voz —la riñó.

—Lo estás castigando.

—No lo estoy castigando.

—Lo estás castigando muchísimo —dijo, emocionada.

Daniela miró disimuladamente hacia atrás, observando cómo él tecleaba en el ordenador con expresión concentrada.

—Se lo merece.

Inés la imitó y luego le dio un golpecito en el costado.

—Entonces te apoyo, hermana.

—¿Hermana? —rio Daniela.

—Hermana —confirmó Inés.

—Estás fatal —negó con la cabeza.

Inés le dio unas palmaditas en el hombro.

—Hazlo sufrir un poquito más. —Inés señaló otra vez hacia la mesa y le guiñó un ojo a Daniela con disimulo—. ¿Vas a hablar hoy con él?

Daniela miró hacia allí.

Adrián acababa de levantar la vista en ese momento, como si hubiese percibido que ella lo observaba. Sus miradas se encontraron, pero Daniela apartó la suya.

—De momento, no.

—Perfecto.

Inés levantó un pulgar.

—Te apoyo, hermana —repitió ella.

Y se alejó hacia otra mesa dejándola sola con sus pensamientos.

El resto de la tarde continuó exactamente igual. Él permaneció allí, trabajando, esperando y observándola de vez en cuando.

Cada cierto tiempo volvía a intentarlo.

—¿Podemos hablar ya?

—Estoy trabajando.

—Cinco minutos —suplicó Adrián.

—Estoy trabajando.

Aquello se repitió varias veces hasta que finalmente llegó la hora de cerrar.

Los últimos clientes abandonaron el local y los empleados comenzaron a subir las sillas sobre las mesas.

El silencio volvió poco a poco a La Santa Massa hasta que Adrián se puso en pie, guardó el portátil y se colocó el abrigo.

Caminó hacia la barra y Daniela fingió estar concentrada limpiando una cafetera.

—¿Puedo llevarte a casa?

Lo dijo con suavidad, sin presionar ni insistir.

Ella ni siquiera levantó la vista.

—No.

Adrián asintió, como si ya esperara aquella respuesta.

—De acuerdo. Entonces nos vemos mañana.

Daniela siguió limpiando.

—Ajá.

Aquello hizo que una pequeña sonrisa apareciera en la boca de Adrián. Aquella respuesta ya era mejor que un "no".

—Hasta mañana, Daniela.

Ella no respondió y, unos segundos después, escuchó la puerta cerrarse.

La campanilla sonó y él desapareció.

Cuando levantó la vista, él ya no estaba. Solo entonces soltó el aire que llevaba reteniendo quién sabía cuánto tiempo y, muy en el fondo, una pequeña parte de ella ya sabía que al día siguiente volvería.

Había muchas cosas que definían a Adrián Valcárcel. Rendirse no era una de ellas.



19

Cuando la puerta se cerró tras el último cliente, Daniela soltó un largo suspiro.

Aquella había sido una semana eterna: demasiadas emociones, problemas y conversaciones pendientes.

Terminó de limpiar la barra y subió las últimas sillas. Apagó las luces del interior y finalmente salió a la calle.

La noche era fresca y el cielo seguía cubierto, aunque al menos no llovía.

Bajó la persiana y la cerró. Justo cuando guardaba las llaves en el bolso, escuchó una voz detrás de ella.

—Daniela.

Cerró los ojos. No, por favor, no.

Giró la cabeza y allí estaba Sergi otra vez.

—Solo quiero hablar.

Daniela resopló.

—No.

—Solo cinco minutos.

Estaba cansada, agotada y mentalmente exhausta.

—Sergi, déjame en paz.

—Solo escúchame —suplicó.

—No, por favor, déjame tranquila.

—Por favor.

—¡Que no!

Aquello parecía un mal día repitiéndose en bucle.

Sergi dio un paso hacia ella.

—Necesito hablar contigo.

—Pues yo no necesito hablar contigo, no quiero.

—Daniela…

—Se acabó, hazte a la idea de una vez.

Él negó con la cabeza, desesperado.

—No puede acabarse así.

—Pues ya acabó así.

—Te sigo queriendo —acabó con temblor en la voz.

Daniela cerró los ojos. Aquello ya no era triste, era agotador.

—Sergi…

—¿Qué?

—Márchate, no hay nada que hablar.

Pero él siguió acercándose más, hasta invadir completamente su espacio.

Daniela retrocedió un paso.

—Déjame —rugió ella.

—Solo escúchame.

—No quiero escucharte.

Sergi le cogió la mano con fuerza.

—Necesito tenerte a mi lado.

Daniela intentó soltarse inmediatamente.

—Suéltame ahora mismo.

—Escúchame, sé que tuvimos nuestros errores, pero no es algo que no se pueda arreglar. Te quiero.

—Suéltame.

—No puedo olvidarte… —Aquello empezó a asustarla—. Si ambos ponemos de nuestra parte, podemos solucionar nuestros problemas y ser felices como antes.

—He dicho que me sueltes.

—No hasta que…

—Suéltala.

La voz llegó desde detrás, fría y profunda.

Ambos se quedaron inmóviles.

Sergi giró la cabeza y vio a Adrián a pocos metros, observándolo con una expresión que Daniela jamás le había visto. Aquella calma elegante había desaparecido completamente.

—No te metas en esto.

Adrián avanzó despacio.

—Sí voy a meterme —respondió Adrián.

—No es asunto tuyo.

—Ahora mismo sí lo es.

Sergi apretó la mandíbula.

—Solo estamos hablando.

—Ella te ha pedido que la sueltes.

La voz sonó todavía más fría y algo en ella hizo que Sergi finalmente abriera la mano.

Daniela se apartó inmediatamente y, sin pensarlo demasiado, dio dos pasos directamente hacia Adrián.

Sergi se quedó inmóvil. La elección había sido evidente.

Daniela se colocó a su lado y Adrián le cogió la mano. No para retenerla ni obligarla, solo para que se sintiera protegida.

Sergi observó aquella imagen y su expresión se entristeció.

—Daniela, por favor, solo quiero hablar.

—Ya hemos hablado demasiado.

Sergi la miró y después miró a Adrián.

—Esto no tiene nada que ver contigo —lo señaló.

—Tiene que ver con que ella te ha dicho que no y si vuelves a aparecer por aquí molestándola… —La voz de Adrián se volvió todavía más dura—, llamaré a la policía.

Aquello sí consiguió afectar a Sergi, que levantó ambas manos y retrocedió un paso.

—Vale. —Miró una última vez a Daniela y sonrió con tristeza—. Se acabó.

Daniela asintió.

—Hace tiempo que se acabó.

Aquellas palabras terminaron de romper algo dentro de él y, finalmente, se marchó, alejándose calle abajo sin volver la vista atrás.

Solo cuando desapareció por la esquina, Daniela soltó lentamente el aire. Entonces fue consciente de algo: seguía cogida de la mano de Adrián.

Lo miró y se soltó inmediatamente, como si acabara de recordarlo.

—Gracias.

Adrián asintió.

—De nada.

Hubo un silencio incómodo mientras Daniela se colocaba el bolso al hombro.

Comenzó a caminar en dirección a la parada de autobús, sin decir nada más, pero unos segundos después escuchó pasos detrás.

No necesitó girarse. Sabía perfectamente quién era.

—No hace falta que me sigas.

—Ya lo sé.

—Entonces deja de hacerlo.

—No.

Daniela resopló.

—Eres imposible.

—Lo sé.

—Muchísimo…

—También lo sé.

Siguieron caminando en silencio, uno al lado del otro y, aunque ninguno lo dijo, Daniela sabía exactamente por qué estaba allí. Controlaba las esquinas y miraba a ambos lados, comprobando que Sergi no apareciera otra vez. La estaba protegiendo.

Llegaron finalmente a la parada y allí se detuvieron.

—Lo siento. —Daniela no respondió—. De verdad.

Ella tragó saliva y finalmente suspiró.

—No pasa nada.

—Sí pasa… y lo sé. —Ella observó la avenida iluminada, apretando los labios—. No sé qué más hacer.

Aquello hizo que finalmente lo mirara y, por primera vez desde que lo conocía, vio algo que no esperaba: vulnerabilidad real y sincera.

—Solo quería que me dijeras la verdad.

Adrián asintió.

—Lo sé.

—Eso era todo. Y no lo hiciste.

El dolor apareció nuevamente en sus ojos mientras asentía.

El autobús apareció al final de la avenida.

Daniela lo vio acercarse y sintió un extraño alivio. No sabía qué más decir ni qué sentir, ni siquiera qué hacer con él ni consigo misma.

Cuando el autobús se detuvo, ella se acercó a la puerta y subió.

Adrián no dijo nada más, ni siquiera insistió en llevarla a su piso. Parecía respetar sus palabras más que Sergi.

Daniela fue hacia su asiento mientras el autobús arrancaba y lo vio perderse en la oscuridad.

Estaba enamorada de él y, al mismo tiempo, se sentía humillada. No sabía ni cómo actuar cuando estaba frente a él. Y eso le suponía un problema.

La mañana siguiente comenzó como todas: con café.

La Santa Massa estaba llena desde primera hora y Daniela llevaba casi una hora sirviendo desayunos sin parar. Entre pedido y pedido, terminaba de contarle a Carla e Inés lo ocurrido la noche anterior.

—¿Y entonces apareció Adrián?

—Sí.

—¿Y Sergi salió corriendo? —preguntó Inés.

—No salió corriendo. Bueno, casi —Daniela hizo un gesto de no estar muy segura—. Un poco sí —respondió mientras preparaba dos cortados—. Solo se marchó.

—Porque tu millonario lo asustó —comentó Carla.

—No es mi millonario.

—Sí que lo es —le dio la razón Inés—. Es bastante romántico.

—¿Qué parte? —ironizó Daniela.

—La de correr detrás de ti.

—No corrió detrás de mí.

—Bajó diecisiete plantas por las escaleras —le recordó Carla.

—Carla.

—Eso es compromiso —apuntó Inés, situándose a su lado con una bandeja—. Yo sigo diciendo que ese hombre está enamorado de ti hasta las trancas.

Daniela resopló.

—Lo digo en serio —remarcó Inés.

—Y yo también —apuntó Carla.

—Además —continuó Inés—, estoy segura de que haría cualquier cosa por ti.

—No exageres.

—Daniela…

—¿Qué?

—Canceló reuniones, se pasó un día entero sentado aquí, te persiguió por media Barcelona… y ayer casi le arranca la cabeza a Sergi.

—No le arrancó la cabeza.

—Porque había testigos —dijo, levantando un dedo. Después se puso más seria—. Deberías hablar con él.

—No.

—Sí.

—Que no.

—Daniela…

—¿Qué?

Inés apoyó ambas manos sobre la barra.

—Negocia un nuevo local. Piénsalo bien.

—Lo estoy pensando.

—Pues habla con él —insistió.

—Todavía no.

—¿Por qué?

Daniela abrió la boca y entonces vio algo por encima del hombro de Inés.

La puerta acababa de abrirse y allí estaba Adrián, como cada mañana.

Sus miradas se encontraron un instante y después Daniela giró la cabeza inmediatamente.

—No.

—¿No qué? —preguntó Carla.

—Creo que voy a hacerlo sufrir un poco más.

Inés cerró los ojos como si hubiera perdido toda esperanza.

—Madre mía…

—¿Qué?

—Pobre hombre.

—Se lo merece —susurró ella.

—Un poco sí —intervino Carla.

—Gracias.

—Pero solo un poco —apuntó Carla de nuevo.

Daniela sonrió satisfecha y, justo entonces, Adrián llegó hasta la barra.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Buenos días —repitió Carla con una sonrisa sospechosa.

—Buenos días —añadió Inés, observándolo como si estuviera viendo una telenovela turca.

Adrián conocía perfectamente aquella mirada y sospechaba que no le gustaría nada saber de qué habían estado hablando.

Sus ojos se clavaron en Daniela.

—¿Qué tal?

—Bien.

Mentira.

—Me alegro.

Mentira también, ninguno de los dos estaba bien y ambos lo sabían.

—¿Qué te pongo?

Adrián miró la vitrina.

—Hoy quiero probar… —Se inclinó un poco—, un "Consejo de Administración".

Daniela anotó el pedido.

—Muy apropiado.

—Gracias.

—¿Algo más?

—Un café.

—Ahora te lo llevo.

Lo dijo con un tono profesional y perfectamente distante.

Adrián suspiró y se dirigió hacia su mesa habitual.

En cuanto se alejó, Inés apareció otra vez como un espíritu maligno.

—Esta noche…

—¿Qué pasa esta noche?

—En mi casa.

—¿Por qué?

—Tomaremos unas copas, hablaremos y analizaremos la situación. —Daniela negó con la cabeza—. Necesitas desahogarte, mujer.

—Ya me desahogo aquí, contigo.

—Pues más todavía.

Carla levantó una mano.

—Yo también voy.

—Traidora —pronunció Daniela entre dientes.

Inés dio una palmada.

—Entonces, está decidido.

Daniela abrió la boca y volvió a cerrarla. Sabía perfectamente que había perdido aquella batalla y, de todas formas, tampoco le vendría mal comentar con ellas la jugada y las opciones.

—Perfecto, pero no vamos a hablar de Adrián.

Inés y Carla se miraron y luego volvieron la vista hacia Daniela.

—Claro, claro.

—Por supuesto.

—Ni una palabra —las señaló con el dedo.

—Sí, sí… —ironizaron las dos a la vez.

Daniela suspiró. Aquellas dos mentían fatal.

Preparó el desayuno, montó la bandeja y, finalmente, caminó hacia la mesa donde Adrián la esperaba.

Él levantó la vista inmediatamente, como siempre.

—Tu café.

—Gracias.

Dejó el plato delante de él y, cuando iba a marcharse, su voz grave la detuvo.

—¿Cómo estás?

Daniela dudó.

—Bien.

—Mentira.

—Gracias por tu opinión.

—De nada —contestó él—. ¿Podemos hablar hoy?

Ahí estaba otra vez.

—Tengo trabajo.

—Lo sé.

—Mucho trabajo.

—Ya.

—Muchísimo trabajo —exageró ella.

—Lo sé.

—Entonces ya tienes la respuesta.

Adrián suspiró y, por primera vez, pareció realmente cansado.

—Por favor, tenemos que hablar, Daniela.

Daniela se detuvo. No sonó manipulador ni insistente, sino cansado.

Daniela suspiró y miró la cafetería, luego volvió a mirarlo y, finalmente, se cruzó de brazos.

—De acuerdo, cinco minutos.

Adrián parpadeó.

—Gracias.

—No te emociones —dijo, tomando asiento.

—Lo intentaré.

Adrián permaneció unos segundos observándola, como si temiera que cambiara de opinión y se marchara. Cuando comprobó que seguía sentada frente a él, abrió inmediatamente el portátil. Abrió varios archivos y después giró ligeramente la pantalla hacia ella.

—Quiero enseñarte algo.

Daniela observó la imagen y se quedó callada. Era bonita, mucho. Se veía una plaza amplia peatonal, árboles, bancos, terrazas, jardines, pequeños comercios y varios edificios modernos de fachadas elegantes.

Nada que ver con los enormes bloques impersonales que ella había imaginado.

—¿Esto es…?

—La propuesta final. —Adrián pasó a otra imagen—. Toda esta zona se convertirá en un eje comercial y residencial. —Señaló diferentes espacios—. Aquí habrá viviendas. Aquí oficinas. Aquí comercios de proximidad. —Iba señalando—. Aquí restauración.

Daniela observó las imágenes. Muy a su pesar, le gustaban.

—Es bonito.

Adrián sonrió.

—Sí.

Luego abrió un plano técnico, mucho menos atractivo, lleno de líneas, números, medidas y colores.

—Ahora viene la parte menos bonita. —Señaló una zona concreta—. Tu edificio.

Daniela sintió inmediatamente un pequeño nudo en el estómago.

—Ajá.

—He intentado salvarlo.

Ella levantó la vista y aquella vez parecía sincero.

—¿Qué?

—Lo he intentado. —Señaló varias anotaciones—. He hablado con arquitectos, ingenieros estructurales, patrimonio, con urbanismo… con todo el mundo.

Daniela observó los documentos. Había decenas de notas, marcas, correcciones y comentarios. No parecía algo improvisado.

—¿Y?

Adrián suspiró.

—No es viable. —Aquello le dolió, aunque ya lo sabía—. La cimentación está muy deteriorada. El edificio no cumple varias normativas actuales y, además, necesitamos intervenir precisamente debajo de tu local para las nuevas instalaciones generales.

Daniela resopló.

—O sea que sí o sí.

—Sí o sí —dijo él con sinceridad—. Lo siento.

Ella no respondió porque, por primera vez, tenía la sensación de que él realmente lo había intentado todo, y eso complicaba mucho seguir enfadada.

Adrián cambió de plano.

—Pero aquí viene la parte importante.

Abrió otra imagen.

—¿Qué es eso?

—Tu cafetería.

—¿Mi cafetería?

—La nueva.

La fotografía generada mostraba un local precioso, luminoso y amplio, con grandes ventanales. Tenía muchas mesas de madera, plantas y una estética que recordaba muchísimo a La Santa Massa.

Daniela se acercó inconscientemente.

—Es…

—Más grande, casi el doble.

—¿El doble?

—Aproximadamente. —Pasó a otra imagen—. Y aquí —señaló varios elementos—, he hablado con el arquitecto para conservar la barra principal.

Daniela levantó la vista.

—¿La barra?

—La original.

—¿En serio?

—Sí, se restauraría y se instalaría aquí. —Pasó a la siguiente—. También podemos conservar el rótulo histórico, la vitrina principal, las mesas antiguas que quieras mantener, las fotografías del local e incluso parte de los azulejos de la entrada.

Daniela volvió a mirar las imágenes y se permitió imaginarlo.

—Has pensado mucho en esto.

Adrián sonrió ligeramente.

—Mucho.

—Ya veo. —Ella volvió a observar el diseño—. Es… bonito.

Él pasó al apartado económico.

—Ahora viene la parte importante.

—Miedo me das.

—Te ofrezco un local de mayor superficie.

—Ajá.

—Con una renta muy inferior a la de mercado.

—¿Cuánto inferior?

—Mucho.

—Eso no es una cifra.

—Porque todavía estoy dispuesto a negociar y…

Daniela lo observó y se cruzó de brazos.

—¿Y?

—Los primeros meses serían gratuitos.

Ella pestañeó.

—¿Gratuitos?

—Sí.

—¿Gratis?

—Sí.

—¿Gratis… gratis?

—Daniela.

—¿Qué?

—Sí, gratuitos. —Daniela enmudeció. Ahora empezaba a comprender la magnitud de todo aquello—. Necesitarás tiempo para trasladarte, hacer clientela nueva, adaptarte. No quiero que pierdas dinero. —Lo dijo con ternura en la voz—. No quiero perjudicarte. —Daniela tragó saliva y volvió a mirar el proyecto—. Además —Adrián señaló otra zona—, estarás dentro del principal flujo peatonal.

—¿Eso qué significa?

—Que tendrás más clientes potenciales.

—Ah.

—Muchos más.

—¿Cuántos más?

—Según nuestros estudios… —Sonrió—, entre un treinta y un cincuenta por ciento más de tráfico diario.

Daniela abrió los ojos.

—¿Tanto?

—Sí.

—¿Y tú te crees eso?

—He pagado bastante dinero por esos informes.

Ella chasqueó la lengua.

—Buena respuesta.

Aquello consiguió arrancar una pequeña sonrisa a ambos y, durante unos segundos, todo pareció casi normal, como antes, hasta

que Adrián volvió a ponerse serio.

—No quiero esta situación entre nosotros. —Daniela bajó la mirada—. Ya sabes lo que siento por ti, y lo único que quiero es ayudarte. —Daniela notó una leve punzada en el corazón y una mezcla de sentimientos—. ¿Qué te parece?

La pregunta quedó suspendida entre ambos.

Daniela observó una última vez los planos, las imágenes, las cifras… todo, y después respiró hondo.

—Me da miedo. —Adrián no respondió, simplemente escuchó—. Me costó años levantar esta cafetería.

—Lo entiendo.

—¿Y si luego no funciona?

Aquella pregunta encerraba todo su miedo: el miedo a perderlo todo.

Adrián la observó unos segundos y entonces le tomó suavemente la mano.

Daniela se quedó inmóvil.

—Funcionará.

—No puedes saberlo.

—Sí puedo —comentó, convencido. Ella levantó la vista y encontró aquellos ojos tan seguros e insoportablemente convincentes—. Yo mismo me encargaré de que funcione. —Su voz fue firme y rotunda—. Confía en mí.

Aquello fue demasiado íntimo.

Daniela retiró la mano suavemente y bajó la vista, notando cómo se le aceleraba el corazón.

—Tengo que pensarlo.

Adrián asintió, pues ya esperaba una respuesta como aquella.

—Claro, sin problema.

Ella se puso en pie, cogió la bandeja vacía que había llevado y dio un paso hacia atrás.

—Necesito tiempo.

—Tómate todo el que necesites.

Daniela asintió y comenzó a alejarse, pero, justo antes de llegar a la barra, volvió la vista atrás un solo instante. Adrián seguía allí, observándola, sin moverse. Y, por primera vez desde la reunión con

Vanguard, ya no estaba completamente segura de estar enfadada. Lo cual era un problema. Porque empezaba a entenderlo. A entender su postura. Y eso era muchísimo más peligroso.



20

—Os digo que era preciosa.

Daniela levantó la copa, o lo intentó, porque la copa se inclinó peligrosamente.

—¡Cuidado! —gritó Carla.

—Lo estoy teniendo.

—Está cayendo.

—No está cayendo.

Una gota de vino cayó sobre la mesa y las tres se quedaron mirándola. Luego, comenzaron a reírse mucho, demasiado, probablemente porque llevaban ya varias copas encima.

El salón de Inés estaba lleno de vasos vacíos, patatas, aceitunas y restos de una pizza que habían pedido hacía un rato.

—Te juro que era preciosa. —Daniela volvió al tema porque aparentemente era incapaz de pensar en otra cosa—. La cafetería nueva.

—Ya lo hemos entendido —dijo Carla.

—No, no lo habéis entendido.

—Sí.

—Que no.

Inés levantó ambas manos.

—Vale, explica otra vez la cafetería —la señaló.

—Gracias. —Daniela señaló a nadie en particular—. Tendrá ventanas enormes.

—Ajá —dijo Carla.

—Y más mesas.

—Ajá.

—Y una terraza —dijo abriendo mucho los ojos.

—Guaaauuu —respondió Inés.

—Y la barra antigua, y los azulejos, y… —Se quedó pensando—, más cosas.

—Excelente explicación —la felicitó Inés.

—Gracias.

Carla empezó a reírse otra vez.

—Lo que queremos decirte —intervino Inés—, es que tarde o temprano tendrás que irte igualmente.

Daniela suspiró.

—Ya lo sé.

—Entonces aprovecha y deja de sufrir.

—No puedo —sollozó.

—Sí puedes.

Daniela señaló a Inés.

—Eres muy pesada.

—Ya lo sé, me lo suelen decir.

—Muchísimo.

—Sí, sí, me ha quedado claro.

Las tres volvieron a reírse y, durante unos segundos, permanecieron en silencio, hasta que Daniela habló más bajito.

—Estoy enamorada de él.

Inés y Carla intercambiaron una mirada.

—Ya —respondieron las dos a la vez.

—No hagáis eso.

—¿Qué? —repitieron de nuevo, juntas.

—Eso.

—¿Qué cosa?

—Hablar juntas como si fuese tan obvio.

—Es que lo es —indicó Inés, encogiéndose de hombros.

Daniela dejó la copa sobre la mesa o algo parecido, porque tardó dos intentos.

—Pero me mintió.

Aquello sí consiguió que las otras dos se pusieran algo más serias.

—Sí.

—Sí.

—Y eso duele, mucho.

Daniela apoyó la cabeza sobre una mano.

—Lo sabemos.

—Y encima es guapísimo —dijo, señalándolas a las dos.

Aquello rompió toda la solemnidad.

—¡Ja! —gritó Carla.

—Es verdad —se defendió Daniela—. Es ridículamente guapo.

—También lo sabemos —contestó Inés.

—Y alto… muy alto… Eso me gustaaa —acabó sonriente.

—Daniela…

—¿Qué?

—Estás borracha —concluyó Inés.

—Un poco.

—Bastante.

—Un poco bastante —le dio la razón.

Carla casi se cayó del sofá de la risa.

—Yo no puedo más.

—Pues escucha esto. —Daniela levantó un dedo—. Cuando gira el volante se le marca el brazo.

—Madre mía…

—Y la mandíbula.

—Por favor…

—Y la voz tan grave… arrrggg…

—Por favor —dijo Inés, llevándose la mano al corazón.

—Y los ojos.

—¡Daniela!

Las tres terminaron riéndose otra vez hasta que ella se dejó caer contra el respaldo.

—No sé qué hacer. —Aquella frase sonó mucho más sincera y vulnerable—. No lo sé, de verdad.

Inés se acercó un poco.

—Pues habla con él.

—Ya hablo con él.

—Hablar de verdad —la señaló Inés.

Daniela se quedó callada porque sabía perfectamente a qué se refería y porque, muy en el fondo, su amiga tenía razón.

—Lo pensaré.

—Eso es lo que dices siempre —dijo Carla.

—Porque estoy pensando.

—Pues piensa más rápido —intervino Inés.

—Inés.

—¿Qué?

—Calla.

—Vale.

Hubo silencio durante cuatro segundos.

—¿Sabéis qué?

—¿Qué? —preguntó Carla.

—Creo que me voy.

Las otras dos la miraron y luego miraron el reloj.

—¿Irte?

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí.

—Son solo las doce —dijo Inés mirando su reloj—. Es pronto.

—No para mí.

—Mañana no trabajamos —recordó Carla.

—Ya.

—Entonces quédate.

—No.

—Una copa más —suplicó Inés.

—No.

—Media copa —dijo Carla.

—No.

—Un sorbo —rio Inés.

—Que no.

Daniela intentó levantarse, aunque el resultado no fue el esperado y tuvo que volver a sentarse de inmediato.

—Vale.

—Ja, ja, ja, ja —estallaron en carcajadas sus dos amigas.

—No os riais.

—Parecías un flamenco recién nacido —se burló Carla.

—Carla.

—Lo siento —dijo llevándose la mano a la boca.

Inés se levantó.

—Voy a llamarte a un taxi —dijo, tendiéndole la mano para que Daniela le diese su móvil.

—Gracias.

—De nada.

—Eres buena amiga —la señaló.

—Lo sé.

Daniela le entregó el móvil y volvió a intentar ponerse en pie, con resultados igualmente lamentables. Mientras tanto, Inés se alejó hacia la cocina, miró el teléfono y buscó un nombre. Sonrió automáticamente.

Perfecto.

Marcó y la llamada apenas tardó unos segundos en ser respondida.

—¿Sí?

La voz de Adrián sonó preocupada.

—Hola, soy Inés —se rio.

—¿Inés? —preguntó Adrián al otro lado.

—Holiii.

—¿Ha pasado algo?

—¿Qué?

—¿Daniela está bien?

Aquello hizo sonreír a Inés. Ni siquiera había preguntado qué quería. Había preguntado directamente por Daniela.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí, bueno… está contenta… —bromeó.

—¿Qué ocurre entonces?

—Nada. —Inés bajó la voz—. Bueno, contenta no, borracha.

Al otro lado hubo unos segundos de silencio.

—¿Qué?

—Borrachísima —enfatizó.
—Inés.
—No sabes cuánto.
—Pero ¿está bien?
—Perfectamente.
Aquello pareció tranquilizarlo.
—Vale.
—Necesito que vengas.
—¿A dónde?
—A buscar a tu mujer.
Adrián suspiró al otro lado de la línea.
—No es mi mujer —respondió lentamente.
—Todavía —rio Inés.
Inés empezó a reírse sola.
—Inés.
—¿Qué?
—No tiene gracia.
—Sí tiene… muchísima.
Le dio la dirección y al escucharla Adrián ya estaba cogiendo las llaves.
—Estoy allí en veinte minutos.
—Perfecto.
—Que no salga sola.
—Capitán, sí, mi capitán.
—Inés —la reprendió.
—Vale, vale.
Y, directamente, colgó para regresar al salón.
Daniela seguía peleándose con la gravedad, sin demasiado éxito.
—Madre mía —dijo Inés, quedándose bajo el marco de la puerta, observando a su amiga.
—¿Qué? —Daniela la miró.
—Menuda borrachera llevas.
—No estoy borracha —se defendió.
—Claro que no.
—Estoy perfectamente. —En ese momento tropezó con la mesa —. Perfectamente.

—Exacto.

Inés le devolvió el móvil.

—Ya viene a buscarte.

—¿Tan rápido?

—Bueno… El taxi tardará veinte minutos.

—Pues sí que tarda —se quejó Daniela.

—Barcelona está fatal —respondió Inés con una sonrisa, encogiéndose de hombros.

—Fatal, fatal… —repitió Daniela, negando con la cabeza.

—Hay muchísimo tráfico.

—¿A las doce de la noche? —preguntó, confundida.

—Es horrible —exageró Inés las palabras. Carla se tapó la boca para no reírse mientras Inés asentía con absoluta seriedad—. Una barbaridad.

Y, por suerte para ambas, Daniela estaba demasiado mareada para sospechar nada.

Adrián llegó exactamente diecinueve minutos después. No porque hubiera conducido deprisa; por suerte, había cogido todos los semáforos en verde. Además, en cuanto escuchó las palabras «Daniela» y «borracha», había cogido las llaves y salido de casa.

Se detuvo frente al edificio, apagó el motor y llamó al timbre.

—¿Sí?

—Soy Adrián.

—Subimos.

Aquello ya le hizo sospechar. ¿Subimos? Sería bajamos, ¿no?

Inés sonaba peligrosamente divertida y, cuando la puerta se abrió unos minutos después, entendió por qué. Daniela apareció entre Carla e Inés y parecía estar intentando caminar en línea recta. Lo intentaba, eso sí. Conseguirlo era otra historia.

—Con cuidado —dijo Inés.

—Voy bien.

—Acabas de chocarte con la pared.

—La pared se ha movido —comentó Daniela, molesta.

—Claro.

—Lo he visto.

Adrián tuvo que contener la risa porque Daniela lo vio y se quedó mirándolo fijamente, como si estuviera intentando resolver un misterio complejo.

—Hola.

Ella siguió observándolo.

—Hola —respondió ella.

—¿Qué tal? —Ella no respondió—. ¿Daniela?

Daniela entornó los ojos.

—Tú me suenas.

Adrián se mordió el interior de la mejilla.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Qué casualidad.

—Mucho.

—¿De qué me conoces? —preguntó él, divertido.

Daniela siguió dándole vueltas con una concentración admirable.

—No lo sé.

—Vaya.

—Pero estoy segura de que te conozco.

—Puede ser.

De pronto, abrió mucho los ojos.

—¡Adrián!

—No.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿quién eres?

—Tu taxista.

Daniela lo observó y luego señaló el coche.

—¿Tienes taxi?

—Claro.

—Qué bonito —le sonrió ella.

—Gracias.

—Los taxis han mejorado mucho.

Aquello hizo que Carla comenzara a reírse y que Inés tuviera que apoyarse en la pared.

—Está fatal —comentó Adrián hacia Inés.

—No lo sabes tú bien.

Daniela volvió a mirar a Adrián.

—No —continuó Daniela, situando su dedo delante de su cara.

—¿No?

—Tú eres Adrián.

—Me has descubierto.

—Lo sabía.

—Soy muy fácil de reconocer.

—Porque eres guapo —pestañeó ella, sonriéndole como una bobalicona. El silencio fue inmediato y Daniela tardó tres segundos en procesar lo que acababa de decir—. He dicho eso en voz alta.

—Sí.

—Ah.

Adrián la miraba, divertido.

—Vamos a llevarte a casa.

—Buena idea —lo felicitó ella.

Inés le dio unas palmaditas a Adrián en el brazo y él la miró.

—Te la devuelvo mañana.

—No, no… mañana es fiesta —le recordó—. Gracias, está defectuosa.

—Ya lo veo —comentó, cogiéndola del brazo para que no perdiese el equilibrio.

—Wiii —dijo Daniela.

—Pero te quiere mucho —acabó diciendo su amiga.

—Inés —le llamó la atención Daniela.

—¿Qué?

—Calla… —Luego intentó acercarse—. No le digas eso al taxista.

Carla se acercó también.

—Que llegue entera.

—Lo intentaré.

—Y si se pone pesada…

—¿Sí?

—La distraes con cruasanes —bromeó Carla.

—Buen consejo.

Daniela los miró a todos.

—Os odio.

—Nosotros también te queremos —comentó Inés.

Finalmente, Adrián abrió la puerta del copiloto y Daniela consiguió sentarse después de dos intentos.

—Perfecto —la felicitó Adrián.

—Lo estoy haciendo genial, ¿eh? —se felicitó a sí misma.

—Mucho.

Se inclinó para ayudarla con el cinturón porque, claramente, aquello era una batalla perdida y, cuando terminó, ella volvió a observarlo muy seria.

—Tú no eres taxista —seguía ella.

—No, eres muy lista.

—Sí, lo soy —asintió ella.

Finalmente, cerró la puerta y rodeó el coche. Se sentó al volante y arrancó. Comenzaron a avanzar por las calles iluminadas de Barcelona. Durante unos segundos reinó el silencio, hasta que Daniela volvió a hablar.

—¿Qué haces aquí?

—Me llamó Inés —confesó Adrián.

—La voy a despedir —rugió ella.

—No puedes.

—Sí puedo.

—Ya no es tu empleada, es la mía.

Daniela se quedó pensando.

—Es verdad —dijo en su mundo—. Entonces la voy a castigar.

—¿Cómo? —rio Adrián.

—Sin cruasanes un mes.

Él apretó los labios, conteniendo la risa.

—Eso es un castigo muy cruel.

Daniela asintió.

—Se lo merece.

Adrián sonrió y, durante unos segundos, simplemente condujo, escuchándola. Sinceramente, aquella versión de Daniela era adorable.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí, muchísimo.

—¿Y de qué habéis hablado?

Daniela soltó una carcajada.

—De ti.

—Lo imaginaba.

—Por eso estoy así de borracha —se encogió ella de hombros.

—Tiene su lógica.

Luego lo miró con una sonrisa.

—Y de tus brazos.

Adrián casi se atragantó.

—¿Mis brazos?

—Sí.

Él la miró, extrañado.

—No quiero saberlo.

—Se te marcan cuando conduces.

—Daniela…

—¿Qué? —preguntó ella como si nada.

—Definitivamente has bebido demasiado.

Ella se volvió a encoger de hombros.

—Puede que bastante.

—Bastante demasiado —comentó él, más serio.

—Eso no es una medida oficial —canturreó ella.

Aquello volvió a hacerlo reír.

—Pon música.

—¿Ahora?

—Sí.

Daniela ya estaba peleándose con la pantalla del coche.

—No toques nada —dijo, apartándole la mano.

—Ya he tocado algo. —De pronto, comenzó a sonar una melodía en todo el vehículo y los ojos de Daniela se iluminaron—. ¡Esta! —dijo, alzando los brazos como si fuese a bailar.

—Madre mía.

—Me encanta esta canción.

—Ya lo veo —dijo él, mirándola de reojo.

Ella levantó una mano, como si estuviera en un concierto multitudinario, y empezó a cantar fatal.

—Te extraño porque viveees… en mi neveraaa…

Adrián giró la cabeza.

—¿En tu nevera?

—Shhh.

—La letra no dice eso.

—Déjame sentir —dijo, llevándose las manos al pecho.

Él se encogió de hombros.

—Adelante, continúa —dijo, dándole permiso con la mano.

—Y yo sufro porque tú eres un promotor inmobiliariooo…

—Eso tampoco lo dice.

—Ahora sí —cortó ella el canto.

—Es la versión extendida —lo señaló.

—Ah.

—Y me quitaste la cafeteríaaa.

—Daniela…

—Pero estabas muy guapooo con trajeee… la, la, la…

Adrián tuvo que apartar la vista para no reírse.

—Te estás inventando toda la canción.

—La estoy mejorando.

—Claro.

—Y aunque eres un mentiroso corporativooo…

—Bufff…

Adrián soltó una carcajada y Daniela lo señaló, indignada.

—¡No te rías!

—Lo intento.

—Estoy expresando mi arte y mi dolor.

—También lo veo.

—Porque me enamoré del CEO equivocadooo, dooo, lereile, leee…

Y entonces, sin previo aviso, Daniela dejó de cantar y lo miró con los ojos empezando a llenársele de lágrimas.

—¿Por qué me mentiste?

Adrián pasó de estar aguantándose la risa a quedarse completamente serio en menos de un segundo.

—Oh, no.

—Sí, oh, no.

—Ya hemos llegado a esa parte de la noche —susurró.

—La parte triste.

—La parte triste —confirmó él.

—Y encima la canción me entiende.

—La canción no habla de CEOs.

—Ahora sí.

—Claro —le dio él la razón.

—Yo he cambiado la letra.

Y señaló por la ventanilla como si estuviera actuando en un estadio.

Adrián tuvo que morderse el interior de la mejilla para no reírse.

—Te estás riendo.

—Un poco.

—No te rías. Es una actuación seria —le recriminó ella.

—Sí, ya veo, muchísimo.

Ella siguió cantando y moviendo una mano y, durante unos segundos, Adrián olvidó completamente los últimos días. Era imposible no sonreír viéndola así.

Y entonces, sin ninguna transición lógica, Daniela dejó de cantar y empezó a llorar.

Adrián tardó varios segundos en procesarlo.

—¿Estás llorando? —preguntó, desviando la mirada hacia ella.

—Sí.

—¿Por la canción?

—Síííí.

—Pero si es una canción alegre.

—Precisamente por eso —sollozó.

Aquello lo dejó completamente aturdido.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco —lloró Daniela más fuerte.

Las lágrimas seguían cayendo y aquello empezaba a ser surrealista.

—Daniela…

—¿Qué?

—¿Qué pasa?

Ella giró la cabeza y, de repente, toda la tristeza apareció en sus ojos.

—¿Por qué me mentiste?
Ah, ahora sí. Ahora llegaban al verdadero problema.
—Seguramente te reíste mucho.
—No.
—Claro que sí. "Vamos a enamorar a la mesera".
Adrián resopló e intentó contener la risa.
—No fue exactamente así.
—¡No te rías!
—Lo siento —se excusó él.
—Es muy triste. Estoy ahogando mis penas en alcohol.
—¿Sueles hacerlo?
—Nunca.
—¿Nunca?
—Jamás.
—¿Seguro?
—Solo me he tomado unas copas de vino.
—Ajá.
—Salgo barata.
Aquello consiguió que Adrián sonriera.
—¿Barata?
—Sí.
—Explícate —le tendió la mano.
—Con poco alcohol ya me emborracho.
—Eso no es salir barata.
—Sí lo es.
Adrián terminó negando con la cabeza.
—No me gusta que te emborraches.
Daniela se giró inmediatamente, ofendida.
—¿Cómo?
—Lo que has oído.
—¿Y eso?
—Porque no.
—Pues es culpa tuya —lo señaló con el dedo.
—¿Mía?
—Sí.
—¿Mía? —repitió, asombrado.

—Sí.

—Explícamelo, porque me estoy perdiendo.

Daniela señaló directamente hacia el pecho de él y se lo tocó.

—Me sedujiste.

Aquello hizo que Adrián levantara ambas cejas.

—¿Te seduje?

—Sí, muchísimo.

—Vaya.

—Venías cada mañana.

—Sí, a desayunar.

—Con tus trajes.

—Ajá.

—Tan guapo —dijo, convirtiendo sus manos en puños.

—Daniela…

—¿Qué?

—Sigues borracha.

—Y pedías cruasanes… —continuó ella, ignorando su última frase.

—Eso sí es verdad.

—Y luego me llevabas a cenar.

—También.

—Y luego me diste aquel beso.

La sonrisa de Adrián desapareció. Aquello sí era serio.

—Tenía muchas ganas de darte ese beso.

Daniela se quedó quieta, mirándolo y, por un instante, pareció más sobria.

—¿Sí?

—Muchísimas —se sinceró. La ciudad seguía pasando al otro lado de las ventanillas y él mantuvo la vista al frente mientras hablaba—. Me gustas desde el primer día que te vi. —Daniela no respondió—. Una cosa es mi trabajo y otra muy diferente lo que siento por ti.

Aquello consiguió hacerla sonreír. Una sonrisa pequeña y bonita que, poco después, terminó convirtiéndose en una risa.

—¿Qué? —le preguntó Adrián.

—Es que es gracioso.

—¿Qué es gracioso?

—Que te gusto —canturreó ella.

Él la miró muy serio.

—Mucho.

La respuesta fue tan inmediata que Daniela volvió a quedarse callada y entonces la sonrisa desapareció.

—Pues tenemos un problema.

Adrián giró la cabeza.

—¿Qué problema?

Pero Daniela ya estaba bostezando, un bostezo enorme.

—Daniela.

—¿Qué?

—¿Qué problema?

Ella apoyó la cabeza contra el asiento y cerró un ojo, luego el otro.

—Que tú también me gustas.

El corazón de Adrián se detuvo durante un segundo.

—¿Qué?

Ella alzó una mano sin abrir los ojos.

—Pero solo lo admito porque estoy borracha.

—Daniela…

—Mañana no lo diré, ni pasado…

—Daniela…

—Ni…

Su voz empezó a apagarse y la cabeza comenzó a inclinársele a un lado.

—No te duermas. —Adrián le dio un toque en el hombro—. Eh, eh, Daniela.

Ella abrió un ojo, solo uno.

—Demasiado tarde.

—No.

—La tienda está cerrando.

—¿Qué tienda?

—La Daniela.

Adrián tuvo que contener una carcajada.

—No tiene ningún sentido.

—Buenas noches.

—Todavía no hemos llegado.

—Detalles sin importancia… —comentó ella con la voz pastosa.

Volvió a cerrar los ojos mientras Adrián seguía conduciendo con una sonrisa imposible de ocultar. Después de días persiguiéndola, de discusiones, mentiras, lágrimas y enfados, acababa de escuchar exactamente lo que llevaba semanas deseando oír.

Aunque, probablemente, ella lo negara en cuanto despertara al día siguiente.



21

Lo primero que notó fue el colchón demasiado cómodo. Aquello ya era sospechoso.

Daniela abrió los ojos lentamente, parpadeó y se quedó inmóvil.

Aquella habitación no era la suya. Su dormitorio tenía una cómoda blanca, aquella no lo era. Ella tenía una lámpara barata de una tienda sueca, aquella parecía costar más que su coche inexistente y, sobre todo, su dormitorio no parecía una *suite* de hotel de cinco estrellas.

—¿Qué demonios…? —Se incorporó rápidamente y se arrepintió al instante—. Ayyy.

La cabeza le dio un pequeño latigazo. Nada grave, pero suficiente para recordarle que el vino había hecho mella en ella.

Miró a su alrededor.

La habitación era enorme, con las paredes claras, muebles modernos y una cama gigantesca, además de un gran ventanal por el que entraba la luz de la mañana.

Todo estaba perfectamente ordenado.

Miró el reloj de la mesita, que marcaba las diez menos cinco.

—Madre mía… —susurró.

Entonces escuchó algo, unos pasos al otro lado de la puerta.

Daniela se quedó inmóvil. De repente recordó algo importante: no tenía ni idea de dónde estaba.

—Vale —susurró, incorporándose—. Perfecto, fantástico, nada preocupante… solo me he despertado en una casa desconocida.

Se levantó y comprobó rápidamente que seguía vestida, lo cual fue un alivio considerable.

Caminó hacia la puerta y la abrió. Había un pasillo enorme, elegante y minimalista, con cuadros modernos y suelo de madera oscura. Al fondo había un salón gigantesco.

Daniela abrió mucho los ojos, aquello parecía sacado de una revista.

Grandes ventanales, un sofá enorme, una mesa de comedor para diez personas, una cocina abierta espectacular y, frente a uno de los ventanales, Adrián, sentado delante del portátil, trabajando, por supuesto.

Aparentemente aquel hombre trabajaba incluso mientras respiraba.

Levantó la vista y sonrió inmediatamente.

—Buenos días.

Daniela se quedó paralizada.

—¿Adrián?

—Sí, en persona.

Ella miró de un lado a otro, sin comprender nada aún.

—¿Qué hago aquí?

—Buenos días para ti también.

—¿Qué hago aquí? —repitió.

Adrián cerró el portátil, todavía sonriendo.

—Estás en mi piso.

—Eso ya lo he deducido —respondió, nerviosa.

—Bien.

—¿Por qué estoy en tu piso?

Él se levantó y caminó hacia la cocina.

—¿No recuerdas nada?

Daniela intentó pensar y encontró exactamente tres recuerdos: vino, Carla e Inés y una canción.

—No —gimió.

Él asintió lentamente.

—Eso explica muchas cosas.

—Adrián —lo cortó.
—¿Sí?
—¿Por qué estoy en tu piso?
Él cogió una cafetera y se sirvió café en una taza.
—Porque Inés me llamó.
Ella resopló.
—La voy a despedir.
—Eso ya lo dijiste anoche —bromeó.
—Lo decía en serio.
—También lo dijiste anoche —rio.
Daniela cerró los ojos.
—Madre mía —susurró.
—Te habías tomado unas cuantas copas.
—¿Cuántas?
—Las suficientes para cantar en mi coche —concluyó, divertido.
Ella cerró los ojos.
Por Dios, tierra trágame.
—No —susurró para sí misma.
—Sí —comentó él.
—Qué vergüenza.
—Fue bastante divertido.
—Dios mío…
Adrián también le sirvió un café.
—Fui a buscarte al piso de Inés y te quedaste dormida en el coche.
Daniela se cruzó de brazos.
—Perfecto.
—Completamente dormida. No reaccionabas, así que tuve que improvisar.
—¿Improvisar?
—Sí.
—¿Y tu improvisación fue secuestrarme?
—Técnicamente te rescaté —comentó él con una sonrisa.
—Ajá.
—Además, estabas roncando.
Daniela lo miró, sorprendida.

—Yo no ronco.

—Un poco sí.

Ella apretó los labios, avergonzada. Adrián se rio y le tendió la taza de café.

—Toma.

Daniela aceptó el café sin dejar de mirar el piso, intentando procesarlo todo.

—Es muy bonito —dijo, mirando de un lado a otro.

—Gracias.

—Y muy grande.

—Sí.

—Demasiado grande. —Él la miró de reojo—. ¿Vives aquí tú solo?

—Sí.

—Madre mía.

Adrián volvió a sentarse frente al portátil y ella continuó observando el salón, todavía desubicada, todavía sospechando. Algo no encajaba. Entonces se dio cuenta: Adrián no dejaba de sonreír.

Daniela entornó los ojos.

—¿Qué pasa?

—¿Qué va a pasar?

—Esa sonrisa —lo señaló.

—¿Qué sonrisa?

—Esa.

—No sé de qué hablas.

—Sí lo sabes.

Adrián bajó la vista hacia el ordenador intentando disimular, lo cual lo hacía todavía más sospechoso.

—¿Hice algo anoche?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Dije algo?

—No especialmente.

—¿Especialmente?

—Nada grave.

Aquello no tranquilizó a Daniela ni un poco.

—¿Qué dije?

—Nada.

—Te conozco.

—Eso es discutible.

—¿Qué dije? —insistió. Él sonrió otra vez. Mal asunto—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Finalmente, él suspiró y la observó con expresión seria o, al menos, intentó parecer serio—. ¿No recuerdas nada?

—No.

—¿Nada de nada? —insistió.

—Nada.

—Vaya —pestañeó diversas veces.

—¿Qué?

Él se acomodó en la silla.

—Fue maravilloso.

Daniela parpadeó.

—¿Qué?

—Una noche preciosa.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Muy romántica.

—Ay, ay, ay… —dijo, llevándose la mano a la frente y cerrando los ojos.

—Mágica.

—No puede ser.

—Inolvidable.

Daniela casi dejó caer la taza.

—¿Qué hicimos? —le gritó.

—Muchas cosas.

—¿Qué cosas? —extendió los brazos hacia los lados.

—Daniela...

—¡Adrián!

Él ya estaba luchando por no reírse.

—Me dijiste cosas preciosas.

—¿Quéééé?

—Que era muy guapo.

—Eso es mentira.

—No lo es. También hablaste de mis brazos.

Ella resopló.

—Madre de Dios…

—Y de mis trajes.

Daniela se tapó la cara.

—Quiero morir.

—Y luego me declaraste tu amor.

Ella se puso tiesa como un palo.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué?

—Nada.

—¡¿Qué?! —acabó gritando.

Y entonces Adrián ya no pudo más. Estalló en carcajadas y Daniela lo miró, completamente asombrada.

—Te estoy tomando el pelo. —Daniela se quedó inmóvil—. No pasó nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Ella soltó todo el aire que tenía dentro.

—Te odio —le gruñó.

—Lo imagino. —Adrián terminó de reír y entonces señaló el pasillo—. Cuando llegamos estabas tan dormida que tuve que cargarte al hombro.

Daniela abrió los ojos.

—¿Cómo?

—Como un saco de patatas —explicó, encogiéndose de hombros —. Pesas muy poco.

—¡Adrián!

—Subí contigo hasta aquí y cuando te dejé en la cama… —Sonrió otra vez—, roncabas que daba gusto.

—¡Que no ronco!

—Siento contradecirte, pero sí, roncas —rio él—. Estabas muy tierna.

Daniela se quedó callada y, para su desgracia, notó cómo se le calentaban las mejillas, lo cual era bastante injusto porque seguía enfadada con él. Al menos, en teoría.

—¿Quieres comer algo?

Daniela levantó la vista de la taza que seguía sujetando con ambas manos, como si el café fuese una especie de escudo emocional.

—No, gracias.

—¿Seguro? —Ella asintió—. Hay cruasanes.

Daniela sonrió divertida y volvió a negar.

—Cruasanes no, gracias —bromeó.

Adrián sonrió y ella bajó la vista inmediatamente. Seguía sintiéndose extraña. Despertarse en casa de un hombre ya era raro, pero hacerlo en la del hombre del que estaba enamorada, después de una noche de borrachera, era todavía peor.

—¿Me puedes llevar a casa? —dijo casi sin pensar.

Adrián miró el reloj y después negó.

—Lo siento, ahora no puedo. —Él señaló el portátil—. Tengo una reunión dentro de diez minutos.

Daniela siguió la dirección de su dedo.

—Ah.

—Los lunes tú descansas, yo no —sonrió—. Y, si no me conecto, alguien intentará incendiar una oficina.

—¿Tanto?

—Probablemente.

—Vale —aceptó.

—Lo siento.

—No pasa nada.

Ella se encogió de hombros y dio otro sorbo al café. Durante unos segundos ninguno dijo nada, hasta que Adrián volvió a hablar.

—Aunque… —Daniela levantó la vista—, podríamos comer juntos después de la reunión.

—Ah.

—Te invito.

Ella miró inmediatamente la taza.

—No hace falta.

—Ya, pero quiero hacerlo.

Ella se removió incómoda. Aquella situación era bochornosa.

—Tengo que volver a casa —susurró, avergonzada.

—Después de comer —comentó él, como si fuese la única opción.

—Tengo que cambiarme.

—Después.

—Tengo que…

—Después.

Daniela negó con la cabeza.

—Eres desesperante.

Él sonrió y aquella vez ella no consiguió evitar devolverle la sonrisa.

—Una comida, solo una… prometo comportarme —bromeó.

Daniela suspiró y finalmente asintió.

—Vale.

La sonrisa de Adrián apareció inmediatamente.

—Perfecto —comentó mientras tecleaba en el ordenador.

Ella miró alrededor.

—¿Puedo… puedo darme una ducha?

—El baño está al fondo del pasillo —señaló ya sin mirarla—. Tienes toallas limpias en el armario.

—Gracias.

Daniela dejó la taza vacía y comenzó a caminar hacia el pasillo todavía un poco avergonzada y confundida, intentando recordar qué demonios había hecho la noche anterior.

Llegó a la puerta del baño y, justo cuando iba a entrar, escuchó la voz de Adrián detrás, profesional y seria, muy distinta de la que utilizaba con ella.

Se giró ligeramente y lo observó desde el pasillo, sentado frente al portátil.

—Buenos días a todos. —Daniela se quedó quieta unos segundos, escuchando—. Antes de empezar, quiero revisar los informes de ejecución del cuarto trimestre.

La voz era firme, segura y autoritaria. Nada que ver con el hombre que pedía cruasanes absurdos cada mañana.

—Por cierto, para quien se haya incorporado ahora, soy Adrián Valcárcel, director ejecutivo de Vanguard Urban Development.

Daniela cerró los ojos y suspiró largo y tendido. Luego negó con la cabeza.

—Madre mía.

Seguía sin entender cómo no se había dado cuenta. Era evidente, absolutamente evidente.

El coche, los trajes, los restaurantes, el piso, las reuniones, los teléfonos sonando constantemente, los abogados tratándolo como si fuera el rey de España y, aun así, no había atado las piezas hasta que lo había visto en aquella reunión.

Abrió la puerta del baño y entró. Mientras cerraba, escuchó a Adrián empezar a repartir órdenes al otro lado de la casa, acostumbrado a que todo el mundo lo escuchara.

Daniela apoyó la espalda contra la puerta y una sonrisa inevitable apareció en su cara. Por muy enfadada que hubiese estado, tenía que reconocer una cosa: el hombre del traje jamás había sido especialmente bueno ocultando quién era. La despistada había sido ella.



22

El restaurante estaba a apenas diez minutos andando del piso de Adrián y, para desgracia de Daniela, aquel breve paseo había sido suficiente para sentirse incómoda unas cincuenta veces. Cada vez que levantaba la vista, él la estaba mirando. No de una forma extraña o intensa, ni siquiera provocadora; simplemente con aquella sonrisa suave que parecía reservar únicamente para ella.

Ahora estaban sentados frente a frente en una mesa junto a una ventana.

La comida acababa de llegar y Daniela fingía estar muy interesada en su ensalada.

—¿Qué pasa? —susurró ella.

Adrián sonrió.

—Nada.

—Me estabas mirando.

—Puede.

Daniela resopló y él sonrió.

—Sigues nerviosa. —Ella se mordió el labio, sin negarlo—. Daniela…

—¿Qué?

—Esta mañana me has preguntado si habíamos hecho algo.

Ella estuvo a punto de atragantarse.

—No sigas por ahí, por favor.

—Lo preguntaste tú.

—No sigas —repitió.

Él se quedó mirándola unos segundos y luego asintió.

—Vale.

Aquello hizo que él volviera a sonreír.

Maldito hombre.

—Háblame de tu trabajo —dijo ella, intentando cambiar de conversación.

Adrián arqueó una ceja.

—¿Mi trabajo?

—Sí.

—Pensaba que lo odiabas.

—Odio algunas partes.

—Eso es justo lo que dice mi consejo de administración.

—Me caen bien —lo señaló.

—No te caerían bien si los conocieras como yo.

Ella sonrió y él dio un sorbo a su vaso de agua.

—Tenemos una promoción residencial en Valencia, un complejo de oficinas en Madrid y estamos terminando una rehabilitación en Bilbao.

—¿Y todo eso lo llevas tú?

—Con ayuda —dijo con sinceridad—. También estamos desarrollando una zona comercial en Zaragoza.

—¿Y allí también te odian? ¿Tienes gente problemática como yo que cuelga pancartas en contra de tu empresa?

Adrián soltó una carcajada.

—Tú no me odias —pronunció, ladeando la cabeza.

—A veces sí.

—Mentira —rio él.

—Un poco —bromeó ella.

—Vuelves a mentir.

—Vale —acabó confesando ella.

Adrián apoyó los brazos sobre la mesa.

—Y no.

—¿No qué?

—No te considero un problema.

Daniela levantó la vista.

—¿No? ¿Y qué me consideras?

Durante un instante él se quedó observándola y la sonrisa desapareció, sustituida por algo mucho más suave y más sincero.

—Hasta ahora te considero una de las mejores partes de mi día. —Daniela dejó de respirar—. Lo digo en serio.

—Adrián…

—La primera persona que quiero ver por la mañana. La última persona en la que pienso cuando me acuesto y la primera en la que pienso cuando me despierto… ¡Ah! Y me encantan tus cafés y tus cruasanes.

Ella tragó saliva y apartó la mirada. Aquello era demasiado.

Entonces sintió algo: la mano de Adrián que cruzaba la mesa lentamente y se posaba sobre la suya con suavidad, como si le estuviera pidiendo permiso.

Daniela miró sus dedos y no apartó la mano.

Adrián sonrió.

—El otro día… —Ella levantó la vista hacia él—, cuando saliste de la reunión… —su voz bajó un poco—, y te besé…

Daniela sintió cómo le ardían las mejillas.

—Adrián…

—Era exactamente lo que sentía… y sigue siéndolo. —Ella estaba completamente roja y él terminó riéndose—. Mira qué gracioso, tienes valor para gritarme delante de un consejo de administración, para enviarme el correo más agresivo que he recibido en mi vida y no para escuchar que estoy enamorado de ti.

Daniela se tapó media cara.

—Lo siento por el correo.

—¿Por cuál?

—Por el correo.

—¿El que me llamaba "sanguijuela corporativa"?

—Sí.

—O "depredador inmobiliario".

—Sí.

—O "enemigo de los cruasanes y que pisase una pieza de lego cada día".

—Sí.

Adrián soltó una carcajada.

—Lo tengo enmarcado.

Ella chasqueó la lengua.

—No lo tienes enmarcado.

—Todavía no, pero estoy valorándolo.

Ella terminó riéndose y aquello hizo que él la observara con ternura.

—Hablo en serio, Daniela. —La sonrisa desapareció poco a poco —. Si la cafetería es tan importante para ti, buscaremos una solución juntos. No quiero perjudicar a nadie... y muchísimo menos a ti.

Ella tragó saliva y acabó asintiendo con la cabeza.

—Lo sé.

Lo creía de verdad.

Retiró la mano, más por timidez que por otra cosa, y Adrián la observó.

—¿Por qué la apartas?

—Porque sí.

—Esa no es una respuesta.

Él se quedó pensativo unos segundos y empezó a levantarse.

Daniela frunció el ceño.

—¿Qué haces?

—Acercarme.

—¿Para qué?

—Quiero besarte otra vez.

Daniela puso los ojos como platos.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Hay gente —dijo, mirando hacia los lados.

Adrián miró alrededor. Sí, ella tenía razón: el restaurante seguía lleno.

—Sí —pronunció y se encogió de hombros, como si aquello no fuera un problema.

Rodeó la mesa y se detuvo junto a ella.

Daniela podía sentir el corazón golpeándole en las costillas.

—Estás loco.

—Probablemente.

Se inclinó despacio hasta quedar muy cerca.

Y entonces preguntó frente a sus labios:

—¿Y qué problema hay con eso? —preguntó contra sus labios.

Daniela abrió la boca, pero no llegó a responder porque él la besó suavemente, sin prisa ni urgencia. Al principio, apenas rozó sus labios, como si quisiera darle tiempo para apartarse. Pero Daniela no lo hizo, ni siquiera lo intentó. Al contrario, fue ella quien terminó acercándose un poco más, quien cerró los ojos y respondió al beso.

Cuando sintió la mano de Adrián sobre su mejilla, algo dentro de ella se derritió por completo. Aquel beso era cálido, dulce y peligrosamente perfecto.

Sin darse cuenta, levantó una mano y terminó acariciándole la mejilla, sintiendo bajo las yemas de los dedos la barba de un par de días, la calidez de su piel y la curva de su mandíbula.

Cuando finalmente se separaron, los dos tardaron unos segundos en volver a respirar.

—Vaya. —La voz de Adrián sonó divertida—. Creo que me gusta más esta versión en la que no me gritas.

Ella parpadeó y acabó enarcando una ceja.

—Puedo volver a hacerlo.

Adrián sonrió y volvió a acariciarle la mejilla con ternura.

—Sé que puedes, eres peor que mi consejo —bromeó antes de regresar tranquilamente a su silla, como si no acabara de provocarle un colapso emocional.

Daniela se quedó observándolo sin saber qué hacer ni qué decir.

Cuando él se sentó y cogió la copa de agua con absoluta normalidad, ella llegó a una conclusión: estaba hiperventilando y el culpable estaba sentado justo enfrente.

Daniela seguía intentando recuperar una respiración más o menos normal, sin demasiado éxito, porque cada vez que levantaba la vista, Adrián seguía sonriendo.

—¿Qué planes tienes para esta tarde?

Daniela frunció el ceño.

—Ninguno —se encogió de hombros.

—Perfecto.

—¿Por qué? —preguntó, con curiosidad.

—Porque quiero secuestrarte.

—¿Perdón?

—Legalmente —la señaló—. Quiero pasar la tarde contigo.

Daniela parpadeó.

—¿Toda la tarde?

—Sí.

—¿Toda?

—Toda.

—¿No tienes trabajo?

Aquello pareció divertirle.

—Tengo muchísimo trabajo, una cantidad obscena de trabajo…

—Entonces…

Adrián se encogió de hombros, como si aquello fuera la cosa más normal del mundo.

—Soy el jefe, puedo delegar, para eso pago a la gente.

Daniela sonrió.

—Qué explotador ha sonado eso.

—No era mi intención —dijo, pinchando con un tenedor la ensalada. Se acomodó en la silla, relajado y tranquilo—. Por una tarde no pasa nada.

Daniela terminó sonriendo y él la observó durante unos segundos con aquella mirada, la mirada que cada vez le costaba más ignorar.

—Quiero estar contigo.

La frase sonó suave y natural.

Ella tragó saliva mientras sentía de nuevo cómo la piel de sus mejillas se enrojecía.

—No puedes decir esas cosas así —susurró.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Excelente argumento, me has convencido —ironizó. Ella resopló y él volvió a sonreír—. Solo quiero pasar la tarde contigo. Pasear, hablar, tomar algo… lo que quieras.

Daniela bajó la vista porque una parte de ella sabía que debería poner distancia, que debería seguir enfadada, que debería mantener

la cabeza fría. Pero había otra parte, la problemática, la enamorada, que solo quería decir que sí.

Daniela terminó riendo y entonces él aprovechó. Por supuesto que aprovechó.

—¿Eso es un sí?

—No.

—¿No?

—Estoy pensándolo —reaccionó rápidamente.

—Ajá.

Y, durante unos segundos, se quedó observando a aquel hombre, aquel CEO multimillonario que cancelaba reuniones para perseguirla por cafeterías y que ahora estaba dispuesto a delegar una tarde entera de trabajo simplemente para pasar unas horas con ella.

Finalmente, suspiró.

—Vale.

Los ojos de Adrián brillaron inmediatamente.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Toda la tarde?

—No abuses de tu suerte.

—Demasiado tarde —rio él.

Daniela se llevó una mano a la frente mientras él sonreía como si acabara de ganar la negociación más importante de su vida y, probablemente, así era.

Cuando llegaron al edificio de Adrián, el sol ya comenzaba a esconderse entre los tejados de Barcelona. La tarde había pasado demasiado rápido, mucho más de lo que Daniela estaba dispuesta a admitir.

Habían paseado, hablado, discutido un poco, reído bastante y, contra todo pronóstico, Daniela se había sentido muy cómoda a su lado.

Subieron hasta el piso y, cuando atravesaron la puerta, Daniela dejó el bolso sobre una silla y suspiró.

—Bueno…

Adrián la observó.

—¿Bueno?

—Creo que ya va siendo hora de que me vaya. —Él no respondió de inmediato, simplemente se quedó mirándola con aquella expresión tranquila que cada vez le resultaba más peligrosa—. ¿Qué?

—Nada.

—Me estás mirando.

Daniela intentó no sonreír, pero fracasó y aquello pareció animarlo.

Dio unos pasos hacia ella, hasta detenerse muy cerca.

—Adrián…

—¿Sí?

—Esa cara me preocupa.

—¿Qué cara?

—La tuya.

Él sonrió y, antes de que Daniela pudiera añadir nada más, se inclinó ligeramente, besándola despacio.

Cuando sus labios volvieron a encontrarse, sintió cómo el corazón comenzaba a acelerársele otra vez.

Aquello era cada vez más injusto, porque besar a Adrián se estaba convirtiendo en una costumbre peligrosamente agradable.

Cuando se separaron unos centímetros, ambos tardaron unos segundos en recuperar la respiración. Ella lo observó. Él la miraba con un deseo que había escondido hasta ese momento.

—Sigues teniendo esa cara.

—Quizá porque acabo de besarte.

Ella terminó riéndose y apoyó la frente contra su hombro durante un instante, simplemente disfrutando del momento, sin pensar en Vanguard o en contratos. Solo en ellos dos. Aquello se sintió bien.

Adrián volvió a inclinarse hacia ella y la besó otra vez, despacio al principio, como si quisiera memorizar aquel momento.

Daniela cerró los ojos, sintiendo cómo el corazón le golpeaba cada vez más fuerte dentro del pecho. Era injusto, completamente

injusto. Aquel hombre conseguía ponerla nerviosa con una simple mirada.

Sus manos encontraron los hombros de Adrián y después su nuca, acariciando suavemente el cabello corto que tanto le gustaba.

Él sonrió contra sus labios, y aquello consiguió que Daniela también sonriera, entre beso y beso, entre respiraciones entrecortadas.

Cuando finalmente se separaron unos centímetros, Adrián acarició su mejilla con una ternura que contrastaba por completo con la intensidad con la que la había besado.

Durante unos segundos ninguno dijo nada, simplemente se observaron, como si el resto del mundo hubiera desaparecido.

—Daniela… —La voz de Adrián sonó más baja y seria.

Ella levantó la vista.

—¿Sí?

Él la observó durante unos instantes y después sonrió levemente.

—¿Quieres seguir?

Aquella pregunta hizo que el corazón de Daniela se acelerara todavía más, porque entendía perfectamente lo que estaba sugiriendo. Y, a pesar de todo lo ocurrido entre ellos —los enfados, las mentiras y las discusiones—, él seguía asegurándose de que fuera ella quien decidiera.

Daniela sostuvo su mirada y terminó asintiendo lentamente.

—Sí.

La sonrisa de Adrián fue pequeña, pero sincera. Aquello la desarmó por completo.

Él apoyó la frente contra la suya durante un instante, como si quisiera disfrutar de aquel momento, y la besó. Daniela comprendió entonces que, por primera vez desde que había descubierto quién era realmente Adrián Valcárcel, ya no estaba pensando en Vanguard. Solo en lo bien que se sentía allí, entre sus brazos, con él.

Adrián abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello mientras ella suspiraba. Sus labios estaban cálidos y resbalaban húmedos sobre su piel. Situó sus manos en sus caderas y la empujó unos pasos atrás, hasta apoyarla en la pared.

Daniela se apoyó contra la pared mientras rodeaba con sus brazos su cuello y ambos se fundían en un beso apasionado.

Adrián introdujo sus manos por debajo de su camisa, acariciando su suave piel mientras sentía cómo esta se erizaba.

Daniela gimió contra sus labios mientras él llevaba sus manos hacia su pecho, lentamente. Cogió el borde de su camiseta y la subió, pasándola por sus brazos y arrojándola al suelo.

Daniela llevó sus manos hasta el cuello de su camisa y comenzó a desabrochar los botones uno a uno, poco a poco, mientras sus respiraciones se aceleraban y el beso se tornaba más intenso, más profundo.

Daniela iba despacio, demasiado para el gusto de Adrián, que comenzó a desabrochar los botones más bajos de la camisa. Sentía una necesidad imperiosa de sentir su piel contra la piel de ella. Arrojó la camisa finalmente al suelo y la abrazo, uniéndola a su pecho. Daniela gimió por el placer que sentía. Su cuerpo estaba caliente en comparación con el de Adrián. Pasó una mano delicadamente sobre su abdomen, sintiendo cómo sus músculos se tensaban al contacto de sus dedos.

El deseo de Adrián se iba incrementando a cada segundo que pasaba, e intentaba controlarse, pero le era casi imposible hacerlo. Llevó sus manos hasta la falda de ella y las introdujo por debajo de ella, acariciando sus piernas. Daniela colaboraba en cada uno de sus movimientos, acariciándolo y respirando más fuerte, disfrutando de cada uno de sus contactos. Adrián llevó sus manos hacia la parte de atrás de la falda, bajando la cremallera lentamente, y la dejó caer.

Él no esperó y directamente desabrochó su cinturón, desabrochó el botón y bajó la cremallera de sus pantalones, dejándolos caer.

Acto seguido, se agachó para cogerla por las piernas y levantarla, provocando que ella rodease de nuevo su cintura con sus piernas, sujetándose a su cuello mientras se devoraban el uno al otro, con una necesidad que habían contenido durante semanas.

Ahora nada de lo que había ocurrido entre ellos tenía importancia, solo aquellos besos y la necesidad de profesarse todo lo que habían guardado con caricias y besos.

La sujetó por el trasero sin apartar sus labios de los de ella y directamente giró para dirigirse por el pasillo rumbo a su habitación.

Daniela ni siquiera fue consciente de que se movían, pues estaba totalmente hipnotizada por los labios de Adrián, hasta que sintió que la dejaba lentamente sobre un mullido colchón.

Se separó de sus labios y echó un leve vistazo alrededor. Aquel lugar era distinto de la habitación en la que ella había dormido; era su espacio privado, no la estancia de invitados.

La habitación de Adrián ocupaba prácticamente toda una esquina del ático. Era enorme, mucho más grande que el piso entero de Daniela.

Las paredes estaban pintadas en tonos claros y cálidos, combinados con paneles de madera oscura que aportaban elegancia sin caer en la ostentación. Frente a la cama, una pared completamente acristalada ofrecía una vista privilegiada sobre los tejados de Barcelona, aunque en aquel momento las persianas motorizadas estaban a medio bajar.

La luz del atardecer se filtraba entre las lamas, suave, dorada y difusa, iluminando la estancia con una calidez tenue, sin llegar a resultar demasiado intensa.

La cama era gigantesca, una auténtica *king size*, con un cabecero tapizado en cuero gris oscuro que se extendía por toda la pared. La ropa de cama, blanca e impecable, estaba acompañada de varias almohadas perfectamente dispuestas, como si aquella habitación perteneciera a la *suite* de un hotel de lujo.

A ambos lados de la cama había mesillas flotantes de líneas minimalistas, acompañadas de elegantes lámparas de diseño suspendidas del techo.

No había fotografías personales ni adornos innecesarios. Todo estaba perfectamente ordenado y cuidado, muy propio de Adrián.

En una de las esquinas había una zona de lectura con dos sillones de cuero color coñac y una estantería repleta de libros sobre arquitectura, economía e historia, junto a algunos clásicos de la literatura.

Frente a ellos, una pequeña mesa baja de mármol completaba el conjunto.

A la izquierda, una puerta corredera de cristal ahumado daba acceso a un vestidor enorme. Junto a ella, otra conducía a un baño privado que, probablemente, era más grande que la cocina de Daniela.

La estancia olía ligeramente a madera, café y al perfume de Adrián, un aroma limpio, elegante, masculino y sorprendentemente acogedor. Era exactamente la habitación que uno imaginaría para un hombre como él: lujosa, amplia y sofisticada, pero, al mismo tiempo, cómoda.

Un lugar diseñado para alguien acostumbrado a tomar decisiones importantes cada día, pero que también necesitaba un refugio donde desconectar del mundo. Aparentemente perfecto por fuera, aunque bastante más cálido de lo que parecía cuando uno se acercaba lo suficiente.

Adrián se arrodilló frente a ella, que permanecía tumbada sobre el colchón, y acabó de quitarle la ropa interior mientras Daniela colaboraba con sus movimientos.

En cuanto terminó, hizo lo mismo con él y arrojó su ropa interior al suelo, sin importarle dónde ni cómo cayera. Después se echó sobre ella. Daniela lo rodeó con los brazos y Adrián la besó de una forma apasionada.

La luz tenue que entraba entre las persianas dibujaba sombras suaves sobre la habitación, envolviéndolos en una tranquilidad que contrastaba con el caos que ambos habían vivido durante las últimas semanas.

Ella acarició su mejilla mientras respondía al beso, y aquello consiguió que algo se aflojara dentro de él. Llevaba demasiado tiempo deseándolo, demasiado, desde aquella primera mañana en La Santa Massa, desde que la había visto detrás del mostrador, sonriendo a los clientes mientras sostenía una bandeja llena de cafés.

Había intentado convencerse de que era una mala idea, de que complicaría las cosas, que debía mantenerse al margen, pero había sido imposible.

Adrián apoyó la frente contra la suya durante unos segundos y cerró los ojos.

Aquello era exactamente lo que había temido perder. No el proyecto ni las negociaciones, sino a ella.

Solo de pensar que había estado a punto de arruinarlo todo por no decir la verdad a tiempo, sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué pasa? —preguntó ella en voz baja.

Adrián sonrió.

—Nada.

—Mientes.

Él sonrió antes de besarla de nuevo.

—Un poco.

Ella soltó una pequeña risa.

Adrián le apartó un mechón rubio de la cara y la observó durante unos segundos, simplemente memorizándola. Seguía pareciéndole increíblemente hermosa, pero ya no era solo eso. Era su forma de hablar, de discutir, su manera de preocuparse por los demás, la pasión que ponía en cada cosa que hacía.

Todo.

Absolutamente todo.

Por primera vez en mucho tiempo, se permitió reconocer algo que llevaba semanas intentando ocultarse a sí mismo: estaba completamente enamorado de ella.

No era algo temporal o un capricho. Estaba total y absolutamente enamorado de ella.

Se encajó correctamente entre sus piernas y comenzó a entrar en su interior poco a poco, despacio, tomándoselo con calma y disfrutando del momento.

Sintió cómo los brazos de ella se apretaban más a él y un gemido escapaba a través de los labios de ella.

Situó su rostro frente al de ella y se miraron unos segundos. Acarició su cara y comenzó a moverse lentamente, acompasando su respiración.

Ella se sujetó con fuerza a sus hombros mientras Adrián incrementaba el ritmo poco a poco. El placer también aumentaba y Daniela ya no podía controlar los gemidos que, poco a poco, inundaban la habitación.

Intentaba ir despacio, saborear el momento, pero Daniela respondía a sus movimientos con intensidad y le era prácticamente imposible mantener un ritmo estable y lento. Incrementó el ritmo mientras la rodeaba con sus brazos y ella se sujetaba con fuerza a él, con los ojos cerrados y la respiración acelerada.

Daniela mantenía los ojos cerrados mientras sus labios volvían a encontrarse con los de Adrián. El mundo parecía haberse reducido a aquel instante: a la calidez de sus brazos rodeándola, a la forma en que él la besaba y a cómo se movía sobre ella, como si no existiera nada más importante.

Sintió un escalofrío recorrerle la espalda cuando él la abrazó con más fuerza y comprendió que llevaba demasiado tiempo deseando aquel momento.

¿En qué instante había dejado de importarle todo lo demás?

No lo sabía. Solo sabía que allí, entre sus brazos, el enfado, la desconfianza y el dolor que había sentido al descubrir quién era parecían desvanecerse poco a poco. No porque lo hubiera olvidado, sino porque él estaba allí, mirándola con la misma sinceridad con la que le había confesado que la quería y demostrándole, con cada gesto, que estaba dispuesto a luchar por ella.

Y ella ya no podía seguir engañándose.

Estaba completamente enamorada de Adrián. Nunca había sentido nada parecido.

Había imaginado muchas veces cómo sería enamorarse, cómo serían los besos de alguien a quien quisiera de verdad, las caricias, la forma de abrazarse… Pero la realidad superaba cualquier fantasía que hubiera construido en su cabeza durante años.

Cada vez que él rozaba su piel con aquella delicadeza, cada vez que la miraba como si fuera la única persona del mundo, sentía que el corazón se le aceleraba de una forma imposible de controlar. Sus besos tenían la capacidad de hacer desaparecer todo lo demás, de dejar su mente completamente en blanco, hasta el punto de que solo existían ellos dos.

Era mucho mejor de lo que había imaginado. Muchísimo mejor.

Comprendió entonces que no era solo la intensidad de aquellos besos, sino la persona que había detrás de ellos. El hombre que la

hacía reír cada mañana pidiendo cruasanes con nombres imposibles, el que había recorrido media ciudad para pedirle perdón, el que había estudiado durante días un proyecto para no destruir el trabajo de toda su vida y el que ahora la abrazaba con el mismo cuidado con el que uno sostiene aquello que más teme perder.

Aquello era lo que realmente la había enamorado y, mientras volvía a perderse en sus ojos grises, una certeza se abrió paso entre todos sus pensamientos: ya no quería seguir luchando contra lo que sentía, porque, por mucho que hubiera intentado resistirse, su corazón hacía tiempo que había tomado la decisión por ella. Y esa decisión tenía nombre y apellido: Adrián Valcárcel.

Adrián incrementó más su ritmo mientras escondía su cabeza en el hombro de ella y besaba su cuello. Daniela siguió su ritmo, abrazándose fuerte a él y apretando con sus dedos el cabello de Adrián.

Su ritmo se hizo cada vez más intenso hasta que soltó un suave rugido y se dejó caer sobre ella. Aun así, procuró no cargarla con todo su peso, sosteniéndose sobre los brazos.

Daniela permanecía con los ojos cerrados y su pecho subía y bajaba acelerado, con una respiración rápida pero estable, igual a la suya.

La observó y, pese a que había penumbra, algunos cabellos rubios se habían enganchado a su rostro y podía apreciar sus mejillas sonrojadas.

Adrián descendió su cabeza hasta apoyar su frente en la de ella. Luego, besó su nariz. Aquel gesto provocó que ella abriese los ojos y lo mirase.

Durante unos segundos se quedaron observando. Adrián la miraba con ternura y luego le sonrió mientras acariciaba su cabello.

Ella le sonrió y acarició su mejilla.

Adrián la miró esta vez con un porte más serio.

—Estoy enamorado de ti… —Ella aguantó la respiración—, desde la primera vez que te vi.

Ella abrió los ojos y, entonces, fue consciente de todas las repercusiones que aquellas palabras tenían.

Las palabras de Adrián seguían resonando en su cabeza.

"Estoy enamorado de ti, desde la primera vez que te vi".

Aquella confesión tenía un peso mucho mayor del que había imaginado cuando la escuchó. Ya no se trataba únicamente de ellos dos. Había mucho más.

Si aceptaba la propuesta de Adrián, como en realidad sabía que debía hacer, tendría un local mucho más grande, moderno y preparado para crecer. Él se había preocupado por conservar la barra, el rótulo y parte de la esencia de La Santa Massa… Incluso había negociado que, durante los primeros meses, no pagara alquiler para que pudiera recuperarse económicamente del traslado.

Además de la indemnización, ciento veinte mil euros. Una cantidad que le permitiría afrontar el cambio sin el miedo constante con el que había vivido desde que recibió aquel burofax.

Y, siendo sincera consigo misma, ¿qué alternativa tenía?

Dentro de poco más de cuatro años, el contrato terminaría. Vanguard no pensaba renovarlo; lo sabía desde el principio. Si rechazaba aquella oferta, perdería la indemnización, perdería el nuevo local y, probablemente, terminaría teniendo que empezar desde cero.

Mientras que, aceptándola, seguía teniendo una cafetería, una incluso mejor: más visible, más grande y con mucha más clientela potencial.

La reforma que Adrián estaba impulsando convertiría toda aquella zona en uno de los principales ejes comerciales del barrio.

Sería absurdo negar que aquello podía beneficiar muchísimo a La Santa Massa.

Entonces, ¿por qué seguía teniendo miedo?

Porque aceptar significaba otra cosa, algo mucho más complicado. Significaba aceptar que el hombre del que estaba enamorada sería, de una forma u otra, la persona que estaría por encima de ella en aquel proyecto.

Y aquello... aquello sí le daba vértigo.

Notó que Adrián llevaba un rato observándola.

—¿En qué piensas?

Daniela salió de golpe de sus pensamientos y lo miró.

—En nada.

Él arqueó una ceja.

—Te conozco. —Adrián sonrió sin dejar de observarla, incluso ladeó ligeramente la cabeza, como si estuviera intentando descifrar exactamente qué estaba pasando por aquella cabecita suya—. Sigues pensando.

Ella sonrió con timidez.

—Un poco.

—¿Quieres contármelo?

Daniela guardó silencio unos segundos y después respiró hondo.

—Tú también me gustas mucho.

Las palabras salieron muy despacio y la sonrisa de Adrián apareció inmediatamente, sincera, de esas que le iluminaban por completo la cara.

Sin embargo, Daniela no sonrió; al contrario, se mordió el labio, y eso hizo que él dejara de sonreír poco a poco.

—¿Eso es un problema?

Ella tragó saliva.

—Puede serlo.

Adrián permaneció unos segundos pensativo hasta que comprendió por dónde iban los tiros.

—¿Por la compra del local?

Daniela movió la cabeza despacio, sin saber muy bien cómo explicarlo.

—Sí... —resopló—, porque serás mi jefe.

Él soltó una pequeña risa y negó con la cabeza.

—No voy a ser tu jefe.

—Claro que sí.

—No.

—Serás el propietario de todo, incluida mi cafetería.

—Sí, eso sí.

—Entonces serás mi jefe.

Adrián chasqueó la lengua.

—Daniela…

—¿Qué?

—Antes también tenías un propietario.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Qué diferencia hay?

Daniela tardó apenas un segundo en responder.

—Que no me acostaba con ella.

Durante un instante hubo un silencio absoluto y, al siguiente, Adrián estalló en una carcajada.

—Bueno... —Se llevó una mano al pecho intentando recuperar el aliento—, eso habría complicado muchísimo las reuniones de la comunidad.

Daniela terminó riéndose también.

—¿Ves?

—Sí.

—Era un problema —confirmó ella intentando aparentar seriedad, aunque acabó sonriendo.

—Reconozco que ese detalle cambia un poco el escenario —le dio la razón Adrián.

—¿Un poco?

—Bastante.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—No quiero que la gente piense que tengo privilegios porque estoy contigo. No quiero que nadie crea que La Santa Massa funciona porque salgo con el dueño. Quiero que funcione porque hago bien mi trabajo.

La expresión de Adrián cambió por completo y se volvió mucho más seria.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Eso es exactamente lo que esperaba que me respondieras —confirmó él.

Daniela frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Porque esa es la mujer de la que estoy enamorado. No de alguien que busca atajos, sino de alguien que quiere ganarse todo lo que consigue. —Ambos se miraron en silencio—. Si finalmente aceptas el local, nunca seré tu jefe, Daniela. Seré el propietario del

edificio y tú serás la propietaria de tu cafetería. Entre esas dos cosas hay una diferencia enorme.

Ella permaneció callada unos segundos, asimilando aquellas palabras. Y, por primera vez, empezó a pensar que quizá, solo quizá, aquello sí podía funcionar.



23

Daniela permanecía sentada sobre la cama, con las piernas recogidas y la espalda apoyada en el cabecero tapizado. Las persianas continuaban medio bajadas, dejando entrar únicamente una tenue luz dorada del atardecer que envolvía la habitación en una calma casi irreal. Hacía apenas unos minutos que habían dejado de hablar y, sin embargo, el silencio no resultaba incómodo.

Adrián estaba sentado a su lado, observándola con la misma paciencia con la que llevaba semanas mirándola, sin presionarla, como si comprendiera que había decisiones que solo podía tomar ella.

Daniela jugueteó con sus dedos unos instantes y suspiró.

Finalmente, levantó la vista hacia él.

—He estado pensando. —Adrián no respondió, simplemente esperó. Sabía que aquella frase era importante—. Mucho.

Él sonrió ligeramente.

—Lo imaginaba.

—No te rías —lo señaló con el dedo.

—No me estoy riendo —contestó, elevando las manos hacia delante como si quisiese evitar un enfrentamiento.

Daniela respiró hondo.

—Cuando descubrí quién eras… pensé que todo había sido una estrategia.

Adrián bajó la mirada.

—Lo imagino, pero no lo es.

—Pensé que me habías enamorado para convencerme de dejar el local —susurró ella.

Aquellas palabras todavía dolían un poco.

Él tardó unos segundos en responder.

—Y entiendo perfectamente que lo pensaras.

Daniela lo observó. Le sorprendió que no había rastro de enfado en su voz, solo arrepentimiento y comprensión sincera.

—Pero ya no lo creo. —Aquella confesión hizo que Adrián levantara la cabeza de inmediato—. No porque me lo hayas dicho, sino porque me lo has demostrado con el proyecto. Te has dedicado a buscar soluciones, has hablado con arquitectos y abogados para intentar conservar la esencia de la cafetería… —Adrián permanecía completamente callado, sin querer romper aquel momento—, y… —Daniela volvió a suspirar—, creo que debo aceptar la oferta. —Él no sonrió ni celebró nada, solo la escuchó—. No porque seas tú —admitió—, sino porque es lo más inteligente. Dentro de cuatro años y poco perderé igualmente el local. Si digo que no, me quedaré sin cafetería, sin indemnización y sin la oportunidad de empezar otra vez con una ventaja enorme. —Se quedó unos segundos mirando el suelo—. Y sería una estupidez.

Adrián asintió despacio.

—Estoy de acuerdo.

Ella soltó una pequeña risa.

—Es la primera vez que no discutimos —bromeó ella, pero enseguida volvió a ponerse seria—. Aunque tengo condiciones.

Aquello sí hizo sonreír a Adrián.

—Lo esperaba.

—La cafetería seguirá llamándose La Santa Massa —lo señaló con el dedo.

—Por supuesto.

—No quiero cambiar el nombre.

—Ni se me ocurriría proponértelo.

—Quiero conservar la barra tal y como me dijiste, el rótulo, los azulejos, las fotografías… todo lo que podamos salvar.

—Ya está previsto.

Ella asintió.

—Y quiero gestionar la cafetería como hasta ahora, sin que nadie venga a decirme cómo tengo que hacer un cruasán.

—Jamás me atrevería.

—Ni un café —añadió rápidamente.

—Muchísimo menos.

Daniela lo escudriñó.

—Y ahora viene la condición más importante. —Adrián entrelazó las manos sobre sus piernas, esperando—. Quiero que todo quede firmado exactamente igual que con cualquier otro comerciante. Nada de contratos especiales, nada de cláusulas por ser… bueno… —Hizo un gesto señalándolos a ambos—, nosotros.

Él asintió sin dudarlo.

—Así será.

—Y si algún día... —La frase quedó suspendida, le costaba pronunciarla—, si algún día lo nuestro no funciona… —Adrián frunció ligeramente el ceño—, la cafetería seguirá siendo mía. Quiero estar segura de que una cosa no dependerá de la otra. Que nunca pueda pensar que estoy allí porque soy tu pareja, ni que tú puedas pensar que sigo contigo por el local.

Durante unos segundos reinó el silencio.

Adrián la observó con una mezcla de admiración y ternura.

—¿Sabes una cosa?

Daniela negó con la cabeza.

—Cada vez entiendo mejor por qué me he enamorado de ti. —Ella sonrió, pero bajó la mirada mientras él tomaba una de sus manos entre las suyas con suavidad—. Acepto todas las condiciones sin excepción.

Daniela levantó la cabeza.

—¿Sin negociar?

—Sin negociar.

—¿Seguro? —preguntó, ladeando su cuello.

—Daniela… —sonrió—, llevo semanas intentando convencerte. ¿De verdad crees que voy a discutir ahora?

Ella terminó riéndose.

—Tenía que intentarlo.

Permanecieron unos segundos en silencio, mirándose.

—Yo también tengo una condición —comentó Adrián.

Ella arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

Él acercó un poco más su mano a la de ella.

—Que cuando inauguremos la nueva Santa Massa… me dejes ser el primer cliente.

Daniela soltó una carcajada.

—Eso está hecho.

—Y pediré el mismo desayuno.

—Déjame adivinar… un café y un cruasán.

Adrián negó lentamente con la cabeza.

—No.

Daniela lo miró, sorprendida.

—¿No?

Él sonrió de esa manera tan suya, la que conseguía desarmarla una y otra vez.

—Un café… y el primer cruasán que hagas ese día en la nueva cafetería.

Ella le sonrió y se acercó despacio hasta rodearle el cuello con los brazos.

—Creo que ya no tengo tanto miedo —admitió ella en un susurro.

Adrián cerró los ojos y sonrió.

—Nunca deberías haberlo tenido.

Ella asintió lentamente y sintió que, desde que había recibido aquel maldito burofax y, por primera vez, había pensado que perdería La Santa Massa, el futuro había dejado de darle miedo.

Ahora comprendía algo muy importante: no era el local lo que había convertido aquella cafetería en un hogar, era ella… y eso podría llevárselo a cualquier sitio.

Dos días después, Daniela volvió a entrar en las oficinas de Vanguard.

La sensación era completamente distinta.

La primera vez que había atravesado aquellas puertas, lo había hecho convencida de que iba a luchar por salvar su cafetería. Aquella mañana caminaba junto a Adrián, que llevaba una carpeta bajo el brazo mientras saludaba con naturalidad a todo el mundo.

—Buenos días, señor Valcárcel.

—Buenos días, Marta —respondió él.

—Quieren adelantar la reunión con Singapur.

—Perfecto, luego la reprogramamos.

Daniela levantó una ceja.

—¿Vas cambiando reuniones sobre la marcha?

Adrián sonrió.

—Alguna ventaja tenía que tener ser el jefe.

—Empiezo a entender por qué siempre tienes tiempo para perseguirme.

Él la miró, divertido.

—No te perseguía.

—Ah, ¿no?

—Necesitaba desayunar —se excusó él.

Ella negó con la cabeza mientras ambos entraban en el ascensor.

—Todavía no entiendo cómo consigues que todo el mundo haga exactamente lo que dices.

—Porque soy muy simpático.

Daniela soltó una carcajada.

Las puertas se abrieron en la planta diecisiete, la misma donde días atrás había descubierto toda la verdad. Aquella vez, sin embargo, la administrativa le dedicó una cálida sonrisa.

—Buenos días, señorita Costa.

—Buenos días.

—El arquitecto ya los está esperando.

Adrián le hizo un gesto para que lo siguiera.

Recorrieron el largo pasillo hasta una sala distinta a la de las negociaciones.

La sala era mucho más luminosa. En el centro había una enorme maqueta del nuevo complejo.

Daniela se quedó completamente inmóvil.

—Madre mía…

La maqueta era impresionante, con una réplica de las calles peatonales, jardines, terrazas, pequeñas plazas, árboles, fuentes, locales comerciales perfectamente integrados con las viviendas… parecía una pequeña ciudad.

Un hombre de unos cincuenta años, con gafas redondas y varios planos bajo el brazo, se acercó sonriendo.

—Buenos días. Soy Ignacio Ferrer, arquitecto responsable del proyecto —se presentó tendiéndole la mano para saludarla.

Ella le estrechó la mano.

—Encantada.

—Llevaba tiempo queriendo conocer a la famosa propietaria de La Santa Massa.

Daniela sonrió con timidez.

—Espero que no le hayan hablado demasiado mal de mí.

Ignacio miró a Adrián.

—Todo lo contrario. El CEO no ha hablado de otra cosa durante semanas.

Adrián carraspeó.

—Ignacio…

—¿Qué?

—Continúa con la reunión.

El arquitecto sonrió con disimulo.

—Como decía... —Desplegó un enorme plano sobre la mesa—, esta es la nueva distribución comercial. —Daniela se inclinó sobre él. Ignacio señaló una esquina muy visible de la plaza principal—. Este será vuestro local.

—¿Tan cerca de la entrada?

—Precisamente por eso.

Adrián intervino.

—Era importante que tuvieras mucha visibilidad.

Ignacio continuó.

—Aquí confluyen los dos accesos principales del complejo, además del paso hacia la zona residencial. Nuestros estudios estiman que será el punto con mayor tránsito peatonal de toda la promoción.

Daniela levantó la cabeza.

—¿De verdad?

—Aproximadamente entre tres y cuatro veces más personas de las que pasan actualmente frente a tu cafetería.

Ella abrió ligeramente los ojos.

Aquello era muchísimo.

El arquitecto le mostró entonces varias imágenes realizadas por ordenador.

Daniela reconoció inmediatamente el interior: la barra, las vitrinas, la distribución… pero todo era mucho más amplio y luminoso.

—¿Esto... es la cafetería?

—Exactamente.

Daniela observó la primera imagen.

—La barra…

Ignacio sonrió.

—La original. La desmontaremos pieza por pieza, la restauraremos y volverá a instalarse exactamente aquí —señaló el plano.

—No quería perderla —añadió Adrián.

Ella levantó la vista y él simplemente se encogió de hombros, como si no fuera nada importante, pero sí lo era.

Ignacio pasó a la siguiente imagen.

—Los azulejos hidráulicos de la entrada también podrán recuperarse parcialmente. Nuestra idea es convertirlos en un mural decorativo detrás de la barra, así los clientes seguirán reconociendo la esencia del local antiguo.

Daniela sonrió. Sinceramente, aquello le encantó.

—¿Y el cartel? —preguntó, intentando no aparentar emoción.

—También. Se restaurará y volverá a colocarse sobre la fachada principal. El mismo, con las mismas letras.

Ella fue pasando las imágenes una tras otra.

Había una zona infantil, una terraza mucho más grande, una cocina profesional casi tres veces mayor que la que tenían ahora y un pequeño obrador independiente.

—¿Todo esto es mío?

Ignacio sonrió.

—Si usted quiere.

Daniela seguía completamente absorta.

—No me lo puedo creer…

Adrián la observaba en silencio, disfrutando de cada una de sus reacciones. Aquella era exactamente la expresión que había esperado ver.

El arquitecto volvió al plano.

—Aquí tendremos un almacén independiente, lo que evitará ocupar espacio en la cocina. También instalaremos cámaras frigoríficas de mayor capacidad y una zona específica para los pedidos *online.*

Daniela frunció el ceño.

—¿Pedidos *online*? —preguntó, extrañada.

—Sí.

Adrián intervino.

—Cada vez funcionan mejor. Podrás ofrecer recogida y reparto sin interferir en el servicio de la cafetería.

Ella lo miró, sorprendida.

—También has pensado en eso.

Él sonrió.

—He pensado en todo lo que se me ha ocurrido… y en lo que no, también.

Daniela negó con la cabeza.

—Estás loco —sonrió ella.

—Un poco.

Ignacio soltó una pequeña risa.

—Eso mismo llevo diciéndole meses. —El arquitecto suspiró y volvió a mirarla—. Cuando terminamos el primer diseño, el CEO volvió al despacho dos días después diciendo que no estaba conforme —señaló a Adrián, el cual chasqueó la lengua.

Daniela miró a Adrián.

—¿Por qué?

El arquitecto respondió antes que él.

—Porque decía que parecía una franquicia y que no transmitía el alma de La Santa Massa, así que volvimos a empezar.

Daniela giró lentamente la cabeza hacia Adrián.

Él parecía bastante incómodo.

—No hacía falta contarlo —regañó al arquitecto.

—Claro que hacía falta. —Ignacio pasó otro plano y miró a Daniela con una sonrisa traviesa—. Hemos rehecho el proyecto tres veces, la última porque insistió en conservar la barra original y modificar toda la distribución interior para integrarla. Eso nos obligó a recalcular instalaciones, estructura y accesibilidad.

Daniela permaneció completamente callada.

No sabía qué decir. En ese momento empezaba a comprender la magnitud de todo aquello.

Adrián había movido a un equipo entero de arquitectos solo para que ella sintiera que seguía entrando en su cafetería.

Notó cómo él se acercaba discretamente.

—¿Qué te parece?

Ella tardó unos segundos en responder.

Volvió a mirar las imágenes, la maqueta, los planos… y consiguió imaginar a los clientes desayunando allí, a los niños corriendo por la plaza, a los vecinos entrando cada mañana.

Seguía siendo La Santa Massa. Simplemente había crecido.

Levantó lentamente la vista hacia Adrián, con los ojos comenzando a humedecerse.

—Creo… —sonrió, emocionada—, creo que has conseguido lo imposible.

Él arqueó una ceja.

—¿Sí?

Daniela asintió.

—Has hecho que deje de sentir que voy a perder mi cafetería. —Hizo una pequeña pausa y sonrió de una forma que iluminó toda la sala—. Ahora siento que simplemente va a hacerse mayor.

Ignacio continuó pasando planos sobre la mesa.

—Hay un par de detalles más que creo que le gustarán. —Daniela volvió a acercarse y el arquitecto señaló la fachada principal —. La piedra original de la entrada se desmontará cuidadosamente. No estaba prevista su conservación, pero el señor Valcárcel insistió en que intentáramos reutilizarla.

Ella miró a Adrián y él se limitó a encogerse de hombros.

—Me parecía bonita.

Ignacio sonrió.

—Lo cierto es que nos hizo cambiar bastante el proyecto.

—¿Mucho? —preguntó Daniela.

—Bastante. Hubo que rediseñar parte del acceso para integrarla sin incumplir la normativa de accesibilidad. —Después señaló otra zona—. También hemos previsto una cristalera completamente abatible hacia la plaza. En primavera y verano prácticamente desaparecerá la separación entre el interior y la terraza.

Daniela sonrió.

—Siempre soñé con una terraza así…

—Pues ahora la tendrá.

—Y aquí —continuó Adrián—, hemos reservado una pequeña zona para que, si en un futuro quieres ampliar la producción de bollería artesanal o incorporar cursos de repostería, tengas espacio suficiente.

Daniela levantó las cejas.

—¿Cursos?

—Es una posibilidad. Creemos que La Santa Massa tiene una marca muy consolidada en el barrio. Sería interesante potenciar esa identidad.

Ella se quedó pensativa. Nunca se había planteado algo así.

—No está mal la idea…

—Y tampoco descartaría vender producto propio —añadió Adrián —. Mermeladas, café, cajas de galletas… hay muchas posibilidades.

Daniela lo miró, perpleja.

—¿También has pensado en eso?

Él sonrió.

—Llevo bastante tiempo pensando en tu cafetería.

Ella negó con la cabeza.

—Eso empieza a dar un poco de miedo.

Ignacio soltó una carcajada.

—Créame, señorita Costa, nosotros llevamos meses escuchándolo hablar de usted.

Adrián carraspeó.

—Ignacio…

—Ya termino —dijo el arquitecto rápidamente.

El arquitecto recogió los planos.

—Por mi parte está todo. Si en algún momento desea cambiar cualquier detalle del proyecto, estaremos encantados de estudiarlo. Al fin y al cabo, quien va a trabajar aquí todos los días será usted.

Daniela le estrechó la mano.

—Muchas gracias.

—Ha sido un placer.

Cuando salieron de la sala, Adrián la condujo hasta otra sala de reuniones, bastante más pequeña.

Al entrar, los esperaban dos abogados y una administrativa.

Sobre la mesa descansaban varios documentos perfectamente ordenados.

Uno de los abogados se puso en pie.

—Buenos días, señorita Costa. Hemos incorporado todas las condiciones que solicitó. —Le acercó una copia—. Se mantiene el nombre comercial de La Santa Massa, la explotación seguirá siendo exclusivamente suya, el contrato de arrendamiento recoge las mismas condiciones que para cualquier otro operador comercial y se incluyen las bonificaciones acordadas durante el periodo inicial de actividad.

Daniela comenzó a leer despacio, pasando cada página con calma.

Esta vez entendía exactamente lo que estaba firmando.

No tenía miedo, solo responsabilidad.

Cuando terminó, levantó la vista hacia Adrián. Él permanecía sentado frente a ella sin decir nada, solo esperando, como si quisiera que aquella decisión siguiera siendo únicamente suya.

Daniela tomó la pluma, respiró hondo y firmó los tres documentos.

Después los abogados hicieron lo mismo.

La administrativa recogió los contratos y, finalmente, abrió una carpeta negra sacando un cheque bancario.

Lo deslizó lentamente sobre la mesa hasta ella.

—Tal y como figura en el acuerdo, esta es la indemnización por la resolución anticipada del contrato de arrendamiento.

Daniela bajó la vista.

Ciento veinte mil euros.

Aquella cifra seguía pareciéndole irreal.

Notó un nudo en la garganta. Aquello significaba que una etapa de su vida acababa oficialmente.

Sintió cómo los ojos comenzaban a humedecérsele y parpadeó rápidamente, intentando disimular.

Adrián se dio cuenta y, muy despacio, sin que nadie pareciera percibirlo, buscó su mano debajo de la mesa y entrelazó los dedos con los suyos durante unos segundos. Un gesto pequeño, discreto, pero suficiente.

Ella levantó la vista y él sonrió con una tranquilidad contagiosa.

—Confía en mí.

La voz fue casi un susurro.

Daniela respiró hondo y asintió.

—Lo hago.

Aquellas dos palabras hicieron sonreír a Adrián mucho más que cualquier firma y mucho más que cualquier contrato.

Los abogados comenzaron a recoger toda la documentación mientras les daban la enhorabuena.

Unos minutos después, abandonaban las oficinas de Vanguard.

Cuando las puertas del edificio se cerraron tras ellos, ambos permanecieron unos instantes en la acera.

El aire era agradable y el cielo estaba completamente despejado.

Daniela llevaba el sobre con la documentación y el cheque sujeto contra el pecho.

Todavía le costaba creer que todo hubiera terminado o, dicho de otro modo, que todo acabara de empezar.

Se giró hacia Adrián e inspiró hondo.

—¿Me llevas a casa? —Él la observó unos segundos y negó despacio. Ella frunció el ceño—. ¿No?

—No.

—¿Y eso?

Una sonrisa traviesa apareció en su rostro.

—Prefiero llevarte a la mía.

Daniela sonrió y, antes de que pudiera añadir nada más, Adrián dio un paso hacia ella, le apartó con delicadeza un mechón rubio que el viento había llevado hasta su rostro y la besó.

Fue un beso tranquilo, lento y sin prisa, como si ya no hubiera nada que demostrar, solo disfrutar del momento.

Cuando se separó unos centímetros, apoyó la frente en la de ella.

—Te quiero.

Daniela sonrió.

Aquellas palabras ya no le daban miedo. Al contrario, le transmitían una paz que nunca antes había sentido.

Le acarició la mejilla con ternura.

—Yo también te quiero.

Él la rodeó con los brazos y ella se abrazó a su cintura.

Permanecieron así unos instantes, en mitad de la acera, mientras la gente caminaba a su alrededor sin prestarles demasiada atención.

Por primera vez desde que se conocieron, no había contratos pendientes, ni mentiras, ni discusiones… solo dos personas abrazadas y un futuro que, por fin, empezaba a parecerse mucho al que ambos habían imaginado.



24

El reloj marcaba las ocho de la tarde cuando Daniela apagó la cafetera exprés.

Durante unos segundos, el silencio inundó La Santa Massa, un silencio extraño y diferente.

Aquel lugar siempre había tenido vida. El tintineo de las cucharillas, el sonido del horno, las conversaciones de los vecinos, las risas de Inés y las bromas de Marcos, incluso los pedidos imposibles de Adrián. Sin embargo, aquella tarde solo se escuchaba el leve zumbido del frigorífico.

Daniela permaneció inmóvil detrás de la barra, la misma barra que había visto miles de amaneceres, la misma sobre la que había aprendido a hacer cafés cuando apenas tenía experiencia, la misma donde había llorado cuando pensó que lo perdería todo y la misma donde, sin saberlo, había conocido al hombre que acabaría cambiándole la vida.

Suspiró mirando a su alrededor.

—Bueno... —Su voz sonó mucho más baja de lo que esperaba—, creo que ya está.

Inés dejó el trapo sobre una mesa.

—No me gusta nada este momento.

Marcos asintió mientras apagaba las luces de la cocina.

—A mí tampoco.

Carla salió del almacén con la última caja en las manos.

—Ya no queda nada.

Los cuatro recorrieron el local con la mirada. Las paredes, las fotografías antiguas, el cartel escrito con tiza donde todavía podía leerse el último especial del día, las mesas vacías, las vitrinas… todo parecía despedirse de ellos.

Daniela caminó a lo largo de la barra, pasando su mano sobre ella.

Apoyó la mano sobre la madera y sonrió con nostalgia.

—Gracias.

Inés la miró.

—¿A quién?

—A todos vosotros —comentó, emocionada—, esto no hubiese funcionado igual sin vosotros aquí conmigo.

Marcos soltó una pequeña sonrisa.

—Nos has dado mucho.

—Muchísimo —confirmó Inés—. Nos has dado trabajo, amistad y unos clientes que han acabado siendo familia.

Daniela miró alrededor una última vez.

—A mí me ha dado mucho más de lo que jamás imaginé.

Inés sonrió de soslayo.

—Sí. Ya sabemos quién venía todas las mañanas a desayunar —bromeó.

Daniela le lanzó una mirada de advertencia.

—Ni se te ocurra.

—¿Qué?

—Empezar ahora.

—Solo digo que…

—Inés —la señaló con la mano, aunque las dos terminaron riéndose, incluso Marcos.

Aquella risa consiguió romper la tensión durante unos segundos.

Después, entre los cuatro, terminaron de revisar que todo estuviera apagado.

Daniela cogió las llaves, se acercó a la puerta y respiró hondo.

—¿Preparados?

Nadie respondió, porque ninguno lo estaba.

Empujó la puerta y salieron a la calle. Muy despacio, comenzó a bajar la persiana.

El sonido metálico resonó por toda la calle más fuerte de lo habitual, como si también supiera que era la última vez.

Cuando la cerradura hizo clic, Daniela permaneció unos segundos con la mano apoyada sobre el candado, sin moverse ni decir nada, hasta que escuchó algo que al principio la sorprendió. A su espalda se escuchaban unos aplausos.

Levantó la cabeza y los vio.

La calle se estaba llenando de vecinos, clientes y personas que habían desayunado allí durante años. Toni, que normalmente pasaba las mañanas en el obrador, también se había acercado y aplaudía entusiasmado a su jefa.

Daniela se quedó unos segundos paralizada, intentando asimilar lo que ocurría.

La señora Carmen fue la primera en acercarse y la abrazó con fuerza.

—Gracias por todos estos años, hija. No sabes lo feliz que has hecho a este barrio.

Daniela sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

—Gracias a vosotros por venir cada mañana.

Después apareció don Emilio con su bastón.

—¿Quién me va a preparar ahora el cortado a las siete?

Ella sonrió.

—Dentro de muy poco volveré a preparárselo, se lo prometo.

Una madre joven se acercó con su hijo de la mano.

—Mi pequeño dio aquí sus primeros pasos mientras yo desayunaba. —Le sonrió con ternura—. Siempre nos acordaremos de este sitio.

Otra vecina la abrazó.

—Gracias por convertir este local en un hogar.

Daniela ya no pudo contener las lágrimas, pero seguía sonriendo. Aquellas lágrimas no eran de tristeza, sino de gratitud.

Los miró a todos con infinita ternura y una sonrisa emocionada.

—Cuando abrí La Santa Massa solo soñaba con tener una cafetería. Nunca imaginé que acabaría formando parte de la vida de

tantas personas. —Miró uno por uno a los vecinos, hasta que vio a Toni entre la multitud y lo saludó efusivamente. Él también era una parte muy importante de La Santa Massa, nada menos que el panadero—. Aquí ha habido primeras citas, reencuentros, celebraciones, conversaciones importantes y también días malos en los que alguien siempre encontraba un café caliente y una sonrisa. —Se llevó una mano al pecho—. Gracias por haber convertido este pequeño local en algo muchísimo más grande que cuatro paredes.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Hoy cerramos esta persiana, pero no cerramos una historia, solo cambiamos de dirección. Dentro de muy poco volveremos con la misma barra, el mismo olor a café recién hecho y las mismas ganas de recibiros cada mañana. —Sonrió, emocionada—. La Santa Massa no es este local. La Santa Massa sois todos vosotros.

Durante unos segundos nadie dijo nada y, entonces, volvieron los aplausos, mucho más fuertes.

Algunas personas tenían los ojos brillantes, incluso Marcos se secó discretamente una lágrima. Inés, en cambio, ya lloraba sin ningún disimulo.

—Qué llorona eres —bromeó Daniela, mirando a su amiga.

—Cállate…

Las dos terminaron abrazándose y después llegó el turno de Marcos y Toni.

—Nos vemos muy pronto, jefa —dijo Marcos, emocionado.

—Eso, a seguir amasando y haciendo cruasanes, pero en otro lado —bromeó Toni.

Daniela sonrió.

—Nos vemos en la nueva Santa Massa, chicos.

Los dos asintieron.

—Allí estaremos —sonrió Marcos, abrazándola.

Carla fue la última en abrazarla con fuerza.

—Esto va a salir muy bien.

—Lo sé.

—Y si no…

—Nos inventamos algo —comentó Daniela con una sonrisa.

Las dos rieron mientras, poco a poco, los vecinos comenzaron a marcharse. También Marcos, después Toni, Carla y, finalmente, Inés.

Antes de irse, Inés se giró.

—Y dile a tu novio millonario que a la inauguración invita él.

Daniela negó entre risas.

—Buenas noches, Inés.

—Buenas noches.

La calle fue quedándose en silencio.

Daniela permaneció unos segundos frente a la persiana cerrada, mirándola, recordando el primer día que levantó aquella misma persiana, los nervios, el miedo, la ilusión… y, finalmente, sonrió.

Comenzó a caminar lentamente hacia la parada del autobús.

El aire era agradable y la ciudad seguía con su rutina, como si nada hubiera cambiado.

Al doblar la esquina, distinguió una figura apoyada junto a la marquesina, con su traje azul marino y las manos en los bolsillos.

Adrián.

Al verla, sonrió y caminó hacia ella.

No dijo nada, simplemente la rodeó con los brazos y Daniela escondió el rostro en su pecho mientras respiraba hondo.

Él depositó un beso en su frente y luego otro en sus labios, suave, lento y lleno de calma.

—¿Cómo estás?

Ella tardó unos segundos en responder.

—Triste… pero feliz.

Él asintió.

—Es normal.

Daniela levantó la cabeza.

—Ha sido más difícil de lo que imaginaba.

—Lo imagino.

Le acarició una mejilla con el pulgar.

—Pero quiero que recuerdes una cosa. —Ella lo miró—. No vas a pasar por esto sola. Estoy contigo en cada decisión, en cada problema y en cada ladrillo que coloquen. Y el día que abras la nueva Santa Massa, estaré a tu lado asegurándome de que todo salga exactamente como siempre soñaste.

Daniela sintió que el nudo que llevaba horas en el pecho desaparecía poco a poco.

—Gracias.

—No me las des.

La tomó de la mano y, antes de echar a andar, ambos se giraron una última vez.

Desde allí todavía podía verse la persiana cerrada de La Santa Massa.

Los dos permanecieron unos instantes contemplándola, recordando el primer café, las bromas de Inés, los vecinos, el famoso cartel de *"¡Que le den a Vanguard!"*, los desayunos interminables y aquel hombre de traje que un día cruzó la puerta fingiendo ser un cliente cualquiera.

Daniela entrelazó los dedos con los de Adrián y sonrió.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Creo que aquí empezó todo —comentó ella con una sonrisa.

Adrián la miró con ternura.

—No.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—¿No?

Él negó despacio.

—Aquí empezó nuestra historia, pero lo mejor... —Apretó suavemente su mano—, todavía está por escribirse.

Juntos se alejaron calle abajo, dejando atrás la persiana cerrada de La Santa Massa, no como quien abandona un hogar, sino como quien se despide de una etapa sabiendo que el siguiente capítulo será todavía más bonito.



25

Dieciocho meses después.

A Daniela todavía le costaba creer que hubiera pasado tanto tiempo desde el día en que bajó por última vez la persiana de La Santa Massa.

Habían sido dieciocho meses intensos, muy intensos.

Durante ese tiempo no había dejado de trabajar ni un solo día.

Mientras el antiguo edificio desaparecía poco a poco, Vanguard le había cedido un pequeño local provisional a apenas dos calles de allí para que pudiera seguir atendiendo a sus clientes. No era tan acogedor ni tenía el encanto del original, pero los vecinos habían seguido entrando cada mañana como si nada hubiera cambiado.

—Lo importante no son las paredes, Daniela —le había dicho una clienta anciana el primer día—. Lo importante eres tú.

Y, sorprendentemente, tenía razón. La Santa Massa había sobrevivido porque su alma nunca estuvo en un edificio. Había estado siempre detrás de la barra.

Durante aquellos meses, Daniela había visitado las obras casi todas las semanas.

Al principio solo había tierra. Después aparecieron las excavadoras, las cimentaciones, las enormes columnas de hormigón y, poco a poco, comenzaron a levantarse los edificios que Adrián le había enseñado en aquellos primeros planos.

Él cumplió exactamente lo que había prometido.

No hubo una sola decisión importante sobre la cafetería en la que no le pidiera opinión.

Eligieron juntos el color de las paredes, la madera de las mesas, las lámparas… incluso discutieron durante casi dos horas porque Daniela quería unas plantas y Adrián decía que luego nadie las regaría.

Al final ganó Daniela.

También habían aprendido a convivir. Hacía casi un año que compartían piso.

Al principio, a Adrián casi le daba un infarto cada vez que Daniela dejaba una taza encima de la mesa del salón sin posavasos. Daniela, por su parte, había descubierto que aquel hombre era capaz de colocar perfectamente alineadas hasta las zapatillas de estar por casa.

—Estás enfermo.

—Se llama orden.

—Se llama obsesión —bromeaba ella, cruzándose de brazos—, o TOC.

Todavía seguían discutiendo por aquellas tonterías y seguían riéndose exactamente igual.

Inés decía que aquello era una relación completamente sana, aunque después siempre añadía: "*o completamente desequilibrada"*.

Nadie tenía muy claro cuál de las dos opciones era la correcta.

Marcos, Toni y Carla también habían seguido trabajando con ella durante todo aquel tiempo.

Los cinco se habían convertido en una familia y aquella mañana, por fin, había llegado el gran día.

Daniela permanecía inmóvil frente a la nueva cafetería.

Los primeros rayos de sol iluminaban la plaza completamente renovada. Era preciosa, muchísimo más de lo que había imaginado.

Una amplia zona peatonal llena de árboles, bancos de madera y pequeñas fuentes atravesaba el centro del complejo. Las terrazas comenzaban a llenarse poco a poco de vecinos curiosos mientras varias familias paseaban entre los nuevos comercios. Y allí, en una de las mejores esquinas de toda la plaza, estaba La Santa Massa.

Daniela sintió un nudo en la garganta.

La fachada conservaba el mismo cartel restaurado del antiguo local: las letras, el color y hasta las pequeñas imperfecciones de la madera seguían allí.

Detrás de los enormes ventanales podía verse la barra original, perfectamente restaurada, ocupando el centro de la cafetería como si jamás hubiera salido del antiguo edificio.

Los antiguos azulejos hidráulicos decoraban ahora una de las paredes principales y las fotografías del viejo local colgaban orgullosas junto a otras nuevas que contaban toda la transformación.

Era exactamente la misma cafetería y, al mismo tiempo, era completamente distinta: más luminosa, más amplia y más bonita.

—¿Vas a llorar otra vez?

La voz de Inés la sacó de sus pensamientos.

Daniela se giró.

—No.

—Tienes los ojos brillantes —la acusó su amiga.

—Es alergia.

—En diciembre… claro —le dio la razón como a una loca.

Marcos salió en ese momento del obrador cargando una bandeja que le había entregado Toni.

—¿Dónde dejo los "Que le den a Vanguard"?

Daniela no pudo evitar reír.

—En la vitrina de la entrada.

—Perfecto.

Carla apareció detrás con otra bandeja.

—¿Y los "CEO enamorado"?

Inés levantó una mano.

—Esos delante, se van a vender solos.

Marcos comenzó a leer las pequeñas pizarras.

—Tenemos... "Que le den a Vanguard", "CEO enamorado", "No era un taxista", "La indemnización" y "El beso bajo la lluvia". —Miró a Daniela—. ¿No os parece que estamos contando vuestra vida a través de los cruasanes?

Inés respondió antes que nadie.

—Es *marketing* emocional.

Marcos negó con la cabeza.

—Es cotilleo repostero.

Daniela caminó lentamente detrás de la barra. Todo estaba exactamente donde ella quería.

La máquina de café, las vitrinas, los hornos, el nuevo obrador… era perfecto.

Miró hacia la plaza y se quedó completamente sorprendida.

Había decenas de personas esperando antes incluso de abrir. Los vecinos de siempre, la señora Carmen, don Emilio, las familias del barrio y muchos clientes nuevos que miraban con curiosidad. Todos querían conocer la nueva Santa Massa.

Inés se asomó por la puerta.

—Madre mía…

—¿Qué?

—Creo que media Barcelona quiere desayunar hoy.

Marcos tragó saliva.

—Estoy empezando a ponerme nervioso.

—Yo llevo nerviosa desde las cinco de la mañana —respondió Daniela.

—Y yo horneando cruasanes desde esa misma hora, más o menos —apuntó con tono jocoso Toni desde el obrador—. ¿Creéis que habrá suficientes?

Carla respiró hondo.

—Pues ya no hay vuelta atrás.

En ese momento la puerta se abrió y entró Adrián vestido con un impecable traje azul marino, aunque sin corbata, con esa tranquilidad que siempre parecía llevar encima.

Se acercó directamente a Daniela y le dio un beso breve en los labios.

—Buenos días.

—Buenos días —contestó ella.

—¿Cómo estás?

Ella sonrió.

—A punto de desmayarme.

—Perfecto —asintió Adrián.

—¿Perfecto?

—Es buena señal. Si no estuvieras nerviosa, me preocuparía.

Daniela suspiró.

—Hay muchísima gente.

Adrián miró hacia la plaza y sonrió.

—Porque llevan dieciocho meses esperando este momento, igual que tú. —Tomó sus manos—. Mírame.

Daniela obedeció.

—¿Recuerdas el día que cerraste la persiana?

Ella asintió.

—Me dijiste que tenías miedo.

—Sí.

—¿Y ahora?

Daniela recorrió con la mirada la cafetería, a sus compañeros, a los vecinos esperando, la barra…. y volvió a mirarlo.

—Ahora tengo ganas de abrir.

Adrián sonrió también e indicó con un movimiento de cabeza hacia la puerta.

—Pues abre.

Ella respiró profundamente y se giró hacia sus cuatro compañeros.

—¿Preparados?

Marcos levantó una bandeja.

—Preparado.

Carla encendió la cafetera exprés.

—Preparada.

Toni levantó las manos llenas de harina desde el obrador.

—Preparado y con las manos en la masa.

Inés levantó un cruasán.

—Pues… que empiece el caos.

Daniela fue hasta la puerta, puso la mano sobre el tirador y, antes de abrir, se giró una última vez hacia sus compañeros. Aquella cafetería volvía a estar llena de vida, exactamente como siempre había soñado.

Sonrió y abrió la puerta.

El primer cliente cruzó el umbral entre los aplausos de todo el barrio y la sonrisa emocionada de Daniela y sus trabajadores.

Solo habían pasado tres días desde la inauguración de la nueva Santa Massa y ya era imposible encontrar una mesa libre entre las nueve y las once de la mañana.

Daniela observaba la cafetería con una sonrisa que aparecía sola cada vez que levantaba la vista.

Las enormes cristaleras dejaban entrar la luz del sol, iluminando el interior con una calidez que hacía que todo pareciera todavía más acogedor. La barra restaurada seguía siendo el centro de todas las miradas. Muchos vecinos se acercaban solo para acariciar la madera y decir que seguía oliendo igual que la antigua cafetería y, en cierto modo, tenían razón.

El aroma a café recién molido, mantequilla y cruasanes recién horneados seguía siendo exactamente el mismo. Solo había cambiado el escenario.

—¡Daniela! —gritó Toni desde el obrador—. Seis "CEO enamorado", dos "No era un taxista" y tres "Que le den a Vanguard".

—¡Marchando!

Carla apareció por detrás cargando una bandeja.

—Mesa cuatro, dos chocolates calientes.

—¡Voy!

Inés pasaba entre las mesas con una agilidad sorprendente.

—¡Don Emilio! Si sigue pidiendo nata extra, va a haber que traerla en carretilla.

El anciano soltó una carcajada.

—¡No! ¡No! Por favor… un poquito más —imploró.

—Vamos allá…

Daniela no pudo evitar sonreír.

Aquello era exactamente lo que había echado de menos: el bullicio, las bromas… y la sensación de que aquel lugar tenía vida propia.

La campanilla de la puerta volvió a sonar.

Daniela levantó la vista automáticamente.

Su traje azul marino, la camisa blanca, el maletín negro, el cabello perfectamente peinado y aquellos ojos grises que seguían buscándola antes incluso de entrar del todo.

Ella sonrió sin darse cuenta.

Adrián caminó hasta la barra con la naturalidad de quien llevaba haciéndolo toda la vida.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días.

—¿Qué tal va todo?

Daniela miró alrededor.

—No me puedo quejar.

—Ya veo.

Adrián se apoyó sobre la barra.

—Quiero un café —le pidió.

—Como siempre.

—Y un cruasán —sonrió, mostrándole los dientes.

Ella cogió la libreta por pura costumbre.

—¿Cuál?

Adrián fingió pensárselo.

Muchísimo.

—El de "CEO enamorado", ya lo sabes… me encanta.

Inés, que pasaba justo por allí, soltó una carcajada.

—¡Ese está teniendo mucho éxito!

—Normal.

—¿Por qué?

Adrián sonrió.

—Porque está inspirado en hechos reales.

Daniela negó con la cabeza.

—No pienso entrar en tu juego.

—Qué aburrida —ironizó Adrián.

Le entregó el tique.

—Ahora te lo llevo.

Él asintió y se giró hacia el fondo de la cafetería, buscando automáticamente su mesa de siempre. La misma desde la que había pasado semanas enteras observándola servir cafés.

Llegó hasta allí y se quedó parado. Había una pareja desayunando tranquilamente.

Adrián chasqueó la lengua.

—Vaya…

Daniela levantó la vista desde la cafetera exprés.

—¿Qué pasa?

—Me han quitado mi sitio.

Ella se cruzó de brazos.

—Es lo que tiene llegar tarde.

—Yo siempre me sentaba ahí —dijo, sin apartar la mirada de la pareja que ocupaba su mesa.

—Eso era cuando solo venían cuatro clientes.

Adrián resopló y se giró hacia ella.

—Protesto oficialmente.

Daniela sonrió.

—La reclamación será atendida entre tres y cinco días laborables.

—Qué mal servicio el de este lugar.

—Puedes poner una hoja de reclamaciones —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿A quién?

—A la jefa.

—¿Y quién es la jefa? —ladeó el cuello, sonriente.

Ella levantó una ceja.

—Yo.

Adrián suspiró teatralmente.

—Qué mala suerte tengo.

Marcos señaló una mesa cerca del ventanal.

—Jefe, si le sirve de consuelo, esa también tiene buenas vistas.

Adrián miró hacia allí.

—Bueno… no está mal, aunque desde la otra veía mejor a Daniela.

Ella estuvo a punto de atragantarse de la risa.

—¡Adrián!

—¿Qué?

—Hay clientes.

—Precisamente —comentó—. Que sepan por qué vengo cada mañana.

Inés levantó un dedo.

—¡Eso es romanticismo!

—Eso es peloteo —respondió Daniela.

—También.

Unos minutos después, Daniela apareció con el café y el cruasán y lo dejó sobre la mesa.

—Aquí tiene, señor.

Él levantó la vista.

—Gracias.

Ella hizo ademán de marcharse, pero él la sujetó suavemente de la mano.

—¿No te sientas un minuto?

—Tengo trabajo.

—Treinta segundos.

Daniela miró alrededor. La cafetería seguía llena, pero Marcos levantó discretamente el pulgar desde la barra. Él se hacía cargo.

Daniela resopló y terminó sentándose.

—Treinta segundos.

—Cronometrados.

Adrián dio un sorbo al café.

—Está perfecto —dijo, mostrándole la taza.

—Lo sé.

—Qué humilde. —Ella sonrió—. ¿Estás contenta?

Daniela recorrió con la mirada la cafetería mientras sus ojos se iluminaban y volvió a mirarlo.

—Mucho.

—Se nota.

Daniela suspiró.

—Gracias.

Adrián negó con la cabeza.

—No, gracias a ti.

En ese momento, pasó junto a la mesa la señora Carmen.

—¡Buenos días, jefe!

Adrián levantó la mano.

—Buenos días, señora Carmen.

—Menuda maravilla habéis hecho aquí —dijo, mirando la cafetería aún asombrada.

—El mérito es de Daniela.

La mujer miró a Daniela.

—Siempre lo he sabido —contestó ya sin mirarlo.

Adrián enarcó una ceja al ver cómo la mujer se alejaba, lo que hizo sonreír a Daniela.

Adrián terminó el último sorbo de café, miró el reloj y resopló.

—Me tengo que ir.

—¿Ya?

—Tengo una reunión dentro de veinte minutos.

Se levantó, cogió el maletín y rodeó la mesa.

Daniela lo observó acercarse.

—¿Qué haces?

—Despedirme, como todo el mundo.

Ella negó con la cabeza, como si la idea la asustara. Sabía perfectamente lo que Adrián pretendía.

—No —lo señaló con el dedo—, estoy en el trabajo y…

Antes de que pudiera reaccionar y levantarse, se inclinó hacia ella y la besó con suavidad, un beso corto, cariñoso y natural.

Durante un segundo hubo silencio y al siguiente…

—¡Oooh!

Toda la cafetería comenzó a aplaudir.

—¡Eso sí que es empezar bien el día! —pronunció don Emilio levantando la taza.

—¿Los besos se regalan con el café? —bromeó otro.

—¡Que venga mi marido a aprender! —dijo una mujer sentada en la terraza, a varios metros de ellos.

Las carcajadas llenaron todo el local.

Daniela se llevó una mano a la cara, completamente roja.

—¡Qué vergüenza!

Adrián sonreía, divertido.

—Creo que les ha gustado.

—No vuelvas a hacer eso.

—Lo dices muy poco convencida.

Ella resopló y se puso en pie.

—Vete a trabajar, anda.

—Sí, jefa —bromeó él y le guiñó un ojo.

Cogió el maletín, saludó con la mano al resto de los trabajadores y salió de la cafetería.

Daniela se quedó observándolo a través del enorme ventanal mientras cruzaba la plaza camino de las oficinas de Vanguard.

El sol iluminaba el paseo, los árboles comenzaban a moverse con la brisa y él, justo antes de entrar en el edificio, se giró como cada mañana. La buscó entre toda la gente. Sus miradas volvieron a encontrarse y le sonrió, la misma sonrisa que aún seguía provocando que su corazón latiese con más fuerza. La que un día había visto desde una mesa de la antigua Santa Massa, la que había conseguido enamorarla poco a poco.

Daniela sintió que el corazón volvía a acelerársele. Dieciocho meses después seguía ocurriéndole exactamente lo mismo.

—¿Vas a quedarte mirándolo todo el día?

La voz de Inés la hizo volver a la realidad.

—¿Qué?

—Que como sigas poniendo esa cara…

Daniela la miró.

—¿Qué cara?

—La de "qué bueno está mi novio".

Marcos soltó una carcajada y Carla negó con la cabeza.

—Inés...

—¿Qué?

—No cambias.

—Ni pienso —dijo ella cargando la bandeja de vasos y platos.

En ese mismo instante, desde el obrador se escuchó la voz de Toni.

—Marchando un "No era un taxista", dos "Que le den a Vanguard" y un "CEO enamorado" bien calentito.

Toda la cafetería volvió a llenarse de risas al escuchar los nombres de los cruasanes y Daniela, mientras colocaba una nueva taza bajo la cafetera exprés, comprendió que la felicidad no siempre llegaba haciendo ruido. A veces olía simplemente a café recién

hecho, a mantequilla, a cruasanes recién horneados... y a un hombre de traje que, cada mañana, seguía entrando por aquella puerta solo para verla sonreír.

Levantó la vista de nuevo hacia el enorme ventanal, pero Adrián ya había desaparecido entre la gente camino de la oficina. Ella, sin embargo, seguía sonriendo porque al fin había comprendido que el amor no siempre llegaba con grandes gestos ni con promesas imposibles. A veces empezaba una mañana cualquiera, con un hombre de traje sentado en la misma mesa, pidiendo un café y un cruasán mientras encontraba cualquier excusa para verla sonreír.

Quizá la vida se parecía mucho a hacer un buen cruasán: necesitaba tiempo, paciencia, algún que otro error, volver a empezar cuando algo salía mal y poner el corazón en cada detalle.

Sonrió mientras colocaba la siguiente bandeja en el mostrador.

Al fin y al cabo, Adrián se había enamorado de ella entre el aroma de la mantequilla y el café recién hecho... y ella había descubierto que, entre todas las recetas que conocía, la mejor de todas era aquella que habían aprendido a cocinar juntos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar la ocasión de agradecer a las personas que tanto me han ayudado. En primer lugar, a mi padre y a mi madre, que sé que desde el cielo me dan fuerzas y me ayudan a seguir adelante. De todo corazón, gracias por haberme inculcado la lectura desde niña, por creer en mí siempre y apoyarme en mi sueño, y por el orgullo que demostrasteis cada vez que publicaba un libro. Siempre estaréis en mi corazón y en mis pensamientos. A mi marido, Raúl, y a mi hija, Cora, gracias por estar siempre a mi lado, por ayudarme en estos momentos y ser la alegría y la fuerza que me impulsan a seguir adelante.

A Nerea, gracias por estar a mi lado en estos momentos en que tanto te he necesitado.

A Marta y Rosa, gracias por estar ahí y darme la ilusión para seguir adelante.

A Marien Fernández, gracias por la portada y la maquetación. Siempre lo digo, pero es la verdad, es un placer trabajar contigo.

Tampoco puedo dejar pasar la ocasión sin agradecer a un grupo de personas que he conocido recientemente y que me están ayudando muchísimo: Andrea del blog aandreebookss, a Isabel del blog Isa book, a Ana del blog lecturasdeana, a Nerea del blog deboralibros, a Lorena del blog Lorena_book y a Sandra del blog devoradora.de.libros. Muchísimas gracias por haberme recibido con los brazos abiertos, por vuestra ayuda y por esas conversaciones que mantenemos hasta altas horas de la noche.

Y a todos los lectores: muchas gracias por darle una oportunidad a la novela, espero de todo corazón que la hayáis disfrutado y que os hayáis emocionado con ella.

Un fuerte abrazo.

Mariah

---

[1] *Del catalán: La Santa Masa.*